



LA MUERTE DE ARTEMISA

Manuel Casanova Gómez

...esa sensación de ser capturado por lo
increíble, que constituye la esencia de los
sueños...

J.CONRAD (El corazón de las tinieblas)

Cualquier sistema que depende de la
fiabilidad humana es un sistema infiable.
(Segunda ley de GILB)

LONDRES, 15 DE AGOSTO DE 1985

El señor Osborne pasó suavemente el pequeño plumero por la pulida superficie del reloj de mesa que acababa de adquirir. Era una pequeña maravilla del siglo XVIII y, pese a estar habituado a las obras de arte por su profesión de anticuario, no dejó de admirar la gracia con que el artesano había tallado la caoba que enmarcaba la esfera. Había conseguido el reloj a un precio ridículo y esperaba obtener de su venta sustanciosos beneficios. Era aún temprano y el mercadillo se hallaba poco concurrido por lo que el señor Osborne continuó quitando el polvo y ordenando con meticulosidad su mercancía. La venta de antigüedades había disminuido mucho en los últimos años, pero agosto era un buen mes; tal vez escasearan los auténticos coleccionistas, pero abundaban los turistas caprichosos capaces de pagar alegremente elevadas sumas.

Sin embargo, aquel hombre alto de aire distinguido que se había detenido ante el puesto, no le pareció un turista corriente. No era inglés, desde luego, a juzgar por el traje blanco de lino, el sombrero del mismo color y la llamativa corbata roja. Más parecía un americano rico, el tipo de cliente que hacía rentable el oficio. El señor Osborne se acercó y tosió discretamente. No le gustaba ser demasiado solícito: era preferible que el posible comprador se sintiera espontáneamente prendido en la belleza de los objetos. El hombre alzó la vista y sonrió:

-¿El señor Osborne?

El anticuario asintió y sus esperanzas de venta declinaron ligeramente: la expresión de aquel hombre no era la de un cándido comprador. Se sintió, además, algo confuso al advertir que el desconocido tenía un ojo de cristal.

-¿Está interesado en alguna pieza, señor? -aventuró.

-Tiene aquí cosas realmente hermosas, señor Osborne, pero en realidad lo que deseo es hablar con usted.

El señor Osborne experimentó un pequeño fastidio y miró en derredor. El público seguía siendo escaso; se encogió de hombros y dijo con amabilidad:

-Dígame.

-En privado, a ser posible.

-¿De que se trata?

El desconocido bajó ligeramente la voz.

-Me envía Meyer.

El cuerpo del señor Osborne se tensó imperceptiblemente y su mirada reflejó desconfianza.

-Aquí no podemos hablar y ahora no puedo abandonar el negocio. Mi empleado vendrá enseguida. Hay un bar al final de la calle. Espéreme allí dentro de quince minutos.

El desconocido se alejó sin prisa, curioseando en otros puestos. El señor Osborne se sintió inquieto y continuó sacudiendo el polvo maquinalmente. Hacía años que no oía el nombre de Meyer. Acudió a la cita en el tiempo previsto; el hombre del ojo de cristal le esperaba. Se sentó frente a él y pidió café.

-¿Qué quiere? -dijo con alguna brusquedad.

-¿No me pregunta por Meyer?

-Es cierto. Estoy olvidando los buenos modales. ¿Cómo está Dan?

-Está bien. Le envía recuerdos. Estuvimos hablando de los tiempos que ustedes dos trabajaban juntos.

El señor Osborne pareció abstraerse unos segundos. Luego recuperó el tono seco:

-Perdone, ¿qué le parece si vamos directamente al asunto?

-De acuerdo, Osborne. Quiero proponerle un trabajo.

-Imagino de qué trabajo se trata. Lo siento, no me interesa.

-¿No quiere conocer los detalles?

-No. Meyer debería haberle dicho que estoy retirado.

-Me lo dijo -admitió el visitante sonriendo-; también me dijo que usted seguía siendo el mejor.

-Meyer es muy amable, pero se equivoca.

-Permítame dudarle. En el 75 realizó usted un trabajo excelente en Guatemala. En el 78 participó en el caso Kowalsky. En el 81 se dice que trabajó para Tel-Aviv... ¿Quiere que siga?

El señor Osborne alzó una mano.

-No. Espero que entienda esto de una vez. Estoy retirado, ¿comprende? Aquello terminó. Escuche: tengo sesenta y cinco años y estoy cansado. Lamento decírselo, porque viene de parte de Dan, pero está usted perdiendo el tiempo.

-Le pagaríamos espléndidamente.

-Lo supongo, pero no me interesa. Le ruego que no insista -dijo el señor Osborne poniéndose en pie.

El desconocido siguió sentado sin que parecieran desanimarle las negativas del señor Osborne. Tras una corta pausa dijo:

-Su verdadero nombre es Hoffman, ¿verdad?

Los pálidos ojos azules del señor Osborne brillaron con hostilidad.

-Eso pertenece al pasado -replicó -. Hace mucho tiempo que soy ciudadano británico.

-Lo sé. Estoy bien informado. Sé también que usted vivía en Bélgica durante la ocupación alemana y que padeció la persecución de los nazis. Tendría entonces dieciséis o diecisiete años y tuvo que valerse por sí mismo para sobrevivir. Algunos amigos y familiares suyos no lo lograron, otros tuvieron que huir. Su hermano mayor, Aaron, consiguió pasar milagrosamente a Francia y de allí a España, donde comenzó a vivir con nombre supuesto.

Sin perder por completo su expresión correcta, el rostro del señor Osborne se había contraído y el normal tono rosado de sus mejillas era ahora más intenso.

-¿Adónde quiere ir a parar?

-Desgraciadamente -siguió el hombre del ojo de cristal-, un tiempo después, cuando su hermano estaba ya casado y había iniciado una nueva vida, un grupo fascista descubrió quién era y le secuestró. Su cadáver, horriblemente mutilado, apareció poco después sin que hasta hoy nadie haya pagado por ese crimen.

El señor Osborne volvió a sentarse.

-El responsable de aquella muerte aún vive. Se da la circunstancia de que el trabajo que le propongo ha de ejecutarse en España y que precisamente ese hombre es nuestro adversario en esta operación.

La mirada dura e impía del señor Osborne hubiera desconcertado a sus habituales clientes, acostumbrados a la bonhomía y dulzura de trato del anticuario. Sin modificar el tono de voz, dijo:

-Empiece a hablar.

MEDITACIONES EN LA CASA DEL PUERTO

La muchacha rubia se agitó inquieta mientras encendía un cigarrillo con imprecisión. Consultó de nuevo su reloj de pulsera y miró hacia la puerta una vez más. No más de veinte años, pensé, e intenté cruzar mi mirada con la suya. Yo estaba allí, en el otro extremo de la barra, observando el mundo a través de un cubalibre, algo que hacía últimamente con demasiada frecuencia. Una forma como otra cualquiera de matar el tiempo, aunque debo reconocer que mis intensas miradas se perdían en el vacío las más de las veces. La chica tenía una mirada virginal y un cuerpo inquietante. En particular, los muslos eran notables: densos y tostados escapando de la leve presión del vestido de verano. ¿Sería ella consciente de la perturbación telúrica que producía cada vez que descruzaba las piernas? Posiblemente no. Era demasiado joven y los jóvenes han introducido una maldita naturalidad en el sexo: todo queda en una placentera modalidad de gimnasia sueca. Sonreí al fondo de mi vaso. Qué sabía yo en realidad de los jóvenes. Estaba a años luz de aquella chica. A los cuarenta el tiempo empieza a pasar deprisa y con poco significado.

La muchacha rubia estaba sonriendo. Dos jóvenes habían entrado en el bar y se dirigían hacia ella. Pedí otro cubalibre. El calor era sofocante, anormal para finales de agosto, y no me seducía en absoluto irme a casa. Examiné otras posibilidades: podía ir al cine (pero ya había visto la película); quizás ir a cenar a alguno de los restaurantes del puerto (lo que en definitiva terminaba por hacer casi todos los días); tal vez podría invitarme a casa de Braulio. En fin, una deslumbrante serie de posibilidades. Me sentí abrumado. Después de todo lo mejor sería cenar con Braulio y darle ocasión para que me largara una de sus habituales digresiones políticas; mientras, yo me bebería su ginebra y su mujer dormiría en un sillón. Capté mi imagen en el espejo de detrás del mostrador: el cabello desertaba imparablemente de mi cabeza, de aquella lucida y envidiada cabellera tan sólo restaba un pelo fino y agonizante que se espesaba falazmente sobre las orejas. Me sumí en sombrías consideraciones sobre el paso del tiempo. Apuré de un golpe mi bebida. Aquél no había sido uno de mis días más brillantes, pero para qué hablar de los anteriores. Tendría que meditar seriamente sobre ello, analizar aquella especie de

desgana. Eran casi las nueve y seguía haciendo calor. Consideré formalmente un nuevo cubalibre.

La niña angelical y sus compañeros se disponían a salir. Al pasar frente a mí la muchacha me miró durante un segundo. Tuve la visión fugaz de un cuerpo joven desnudo, del baile salvaje de unos muslos incontenibles... Luego todo volvió a ser como antes: la única realidad era el contacto frío de mi vaso y el rumor de la gente, ahora perfectamente audible. Renuncié a beber más y busqué dinero en los bolsillos.

En la puerta tropecé con alguien que entraba y murmuré una excusa. Sentí que me retenían.

-¡Adrián! ¡Tú eres Adrián!

Era una mujer desconocida. Me miraba y sonreía ante mi confusión.

-¡Adrián, no has cambiado nada! ¿No me recuerdas? Soy Lucía, la hermana pequeña de Adela.

La miré más despacio y súbitamente me hice cargo de la situación. No tenía ni la menor idea de quien era; pero era joven, no muy alta, pelo corto color castaño, ojos oscuros y poseía unos hermosos senos. No vacilé ni una fracción de segundo.

-¡Ah, sí, Lucía, claro! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal estás Lucía?

Empezó a reírse y me zarandeó con familiaridad.

-¡Qué cara tienes! Seguro que no sabes quien soy.

-Es verdad. ¿Pero eso qué importa? Ahora sé que no te olvidaré jamás.

-Pero hombre -insistió entre risas -, ¿no te acuerdas de Adela?

¿Adela? ¿Qué Adela? De pronto un salto brusco hacia atrás: viejas imágenes abriéndose camino, el grupo de la sierra ocho o diez años antes... Adela, claro, un romance de verano que apenas había dejado huella.

-Entonces tú eres...

-Lucía. Adela tenía dos hermanas y yo soy la pequeña. Pero no te esfuerces, no te puedes acordar. Yo era muy pequeña.

-Debe hacer unos diez años.

-Exacto. Yo tenía entonces doce años.

Por tanto ahora tenía veintidós años. Veintidós tiernos y apetecibles años. Era exactamente lo que yo necesitaba. Dejé volar la imaginación presintiendo que el encuentro bien podía cambiar las fúnebres perspectivas que me ofrecía aquella noche y la vida en general. La chica dijo:

-Bueno, ¿qué hacemos aquí como dos tontos? Invítame a algo, anda.

Elegí una mesa al fondo del salón. Después de un nuevo cubalibre experimenté dos agradables sensaciones, aparentemente contradictorias: por una parte, la evocación de viejos amigos y ambientes lejanos me sumergía en una atmósfera cálida y familiar de mesa camilla; por otra, los ojos pícaros y el cuerpo sugestivo de Lucía disparaban mi fantasía hacia terrenos menos domésticos. Ella hablaba sin cesar, dejando oír a veces su risa fuerte que, para mi regocijo, despertaba la atención de las mesas vecinas.

-Habla algo, hombre -dijo de pronto-. A mí si no me cortan... Cuéntame cosas. ¿Estás casado?

-Sí y no. Vaya, estoy separado. La cosa no duró más de dos años.

Le hablé de Marta, del error de nuestro matrimonio, de la incomunicación y el hastío... Me callé. Estaba adoptando un tono de víctima que no me gustaba nada. A Lucía parecía divertirse mi relato.

-Yo estuve enamorada de ti, ¿sabes? -declaró sin previo aviso-. Con doce años, imagínate, eras para mí algo inalcanzable. Eras el novio de mi hermana mayor, así que tuve que sufrir en silencio. Tenía una foto tuya, recortada de un grupo, guardada entre las páginas de un libro.

Lo único que se me ocurrió fue sonreír estúpidamente sin saber donde fijar la mirada.

-Recuerdo que querías ser escritor -siguió Lucía-. ¿Eres ya un autor consagrado?

-No, qué más quisiera. Sólo soy un modesto profesor de literatura en un instituto de provincias. Bueno, también escribo, aunque es un tipo de literatura...diferente.

Todo había empezado cuando, a causa de una apuesta, una editorial de novelas de bolsillo me publicó un relato policíaco . Escribí un par de novelas más, que también fueron aceptadas, y lo que comenzó como un juego se convirtió en un pasatiempo agradable con una no despreciable retribución económica. Desde entonces escribía una novela al mes bajo el seudónimo de Alan Parker.

Lucía no pudo contener la risa:

-¡Alan Parker! Es increíble.

-No te burles. En realidad es una especie de divertimento y además me pagan. Como puedes comprender yo aspiro a más. Precisamente ahora que he alcanzado la serenidad necesaria, pienso empezar algo más serio. Tengo algunos proyectos, algunas cosas muy pensadas.

Estaba claro que no resultaba muy convincente, ni siquiera para mí mismo. Cambié de tema:

-Bueno, bueno, la pequeña Lucía. ¿Cómo se te ha ocurrido pasar las vacaciones en este pueblo perdido del norte peninsular?

-No estoy exactamente de vacaciones -su voz se hizo cautelosa-. Estoy con un grupo. Estamos siguiendo unas meditaciones.

-¿Religiosas? -Intuí con alarma algo relacionado con el Zen, el budismo o algún tipo de secta.

-No, nada de eso. Es una nueva forma de conocer las posibilidades de nuestro espíritu, un método para liberarnos de los esquemas habituales del conocimiento.

Torcí el gesto. Ese tipo de cosas siempre me ha sonado a impostura, a pesar de la aceptación que parecen tener entre la gente joven. De nuevo me sentí distante. Las sesiones se celebraban en una vieja casa del puerto. En cualquier caso, no estaba dispuesto a que Lucía se me escapara tan fácilmente, así que me mostré educadamente

escéptico e indagué si sus ejercicios espirituales, perdón, intelectuales, le impedirían cenar con un viejo amigo. Ella aceptó y sus ojos oscuros chispearon.

Caminamos por el paseo marítimo cogidos del brazo. Algunos conocidos me miraron con curiosidad y disfruté imaginando los comentarios que enseguida pondrían en circulación los correveidiles de turno. Divisé a Braulio al otro lado de la calle y le saludé agitando la mano. Estaba con otras personas y no se movió, pero nos siguió con la mirada como quien contempla el paso de un tren hasta que se pierde en la distancia. Me decidí por un tranquilo restaurante del puerto del que yo era asiduo. La comida era aceptable y los camareros me llamaban don Adrián. Nos atendió la dueña en persona. Tenía en el rostro una sonrisa de complicidad y a cada momento estuvo lanzándome lanzando miradas significativas que simulé no ver.

Elegí el menú cargando las tintas en el elogio de las materias primas y las exquisiteces de la sencilla cocina local. Lucía me escuchaba paciente, con un punto de socarronería en la mirada. La brisa de mar atenuaba el calor y disfruté hablando con la muchacha de cosas triviales. Mediada la segunda botella de vino me sentía muy locuaz y me enredé en confusas disquisiciones sobre el amor-rutina, el amor-pasión y el amor-amor. Ella parecía sentirse a gusto. En un olvidable momento recuerdo haberle dicho:

-Tus ojos brillan como estrellas.

Lo cual provocó de nuevo la risa desmesurada de Lucía. Pero no era una risa cruel. Tal vez yo estaba bordeando el ridículo, pero ella no parecía advertirlo. Es más, extendió el brazo desde el otro lado de la mesa y me oprimió la mano. Yo procuré retener el contacto el mayor tiempo posible. Seguimos hablando hasta que la dueña, desolada, me advirtió que tenía que cerrar. Paseamos entonces por el espigón con las manos enlazadas, casi sin hablar, abismados en el reflejo ondulante de las luces de la bahía. Deseé besarla en aquel momento, pero vacilé. No quería echarlo todo a rodar. Aunque quizá ella esperaba que la besara.

-Qué tarde es, Adrián -dijo la muchacha resolviendo mi indecisión -. Mañana tengo que levantarme temprano.

La acompañé al hotel y en la entrada me quedé mirándola.

- Ha sido una noche encantadora, Lucía.
- Yo también he estado muy a gusto.
- ¿Puedo verte mañana? Te enseñaré cosas de por aquí.
- Me encanta la idea.
- Bien. Vendré a buscarte sobre las nueve. ¿De acuerdo?
- De acuerdo.

Se acercó a mí y me besó en la mejilla. Luego sonrió y desapareció en el interior del hotel.

Caminé hacia mi casa sin prisa. Me sentía satisfecho, reconfortado. ¿Se habría roto el maleficio? Las calles me parecían acogedoras, la gente adorable, la brisa marina maravillosa. Por supuesto no había que sobre valorar un paseo romántico junto al mar, pero me sentía como en los viejos tiempos, cuando un tímido apretón de manos o un beso furtivo le hacían a uno soñar. Mi vida no había sido precisamente ascética en los últimos años, pero aquello parecía diferente. Lucía era joven, libre, vital. Presentí que algo refrescante iba a destruir la monotonía de aquellos días.

Me dormí tarde y al día siguiente estuve distraído, sin concentrarme por completo en mis asuntos. Al salir del Instituto, Braulio se me acercó.

- Buena jaca te acompañaba anoche, cabrón. ¿De dónde la has sacado? Vamos a tomar un vino y me lo cuentas todo.
- Poco hay que contar. Es una vieja amiga.
- Venga, no me jodas que te conozco.

Braulio era bajo de estatura, más ancho que grueso y lucía un enorme bigote recuerdo de otros tiempos. Tenía tres hijas y una mujer inteligente que le quería y le soportaba. Enseñaba matemáticas y había hecho del pragmatismo una norma de conducta, lo cual le había causado problemas cuando estuvo afiliado a algún partido político. Su espíritu crítico y su honestidad le habían impedido aceptar las necesarias componendas de toda actividad política. Y no es que estuviera amargado, ni que hubiera renunciado a su utópico izquierdismo: seguía sintiendo pasión por la política, pero desdeñaba a sus ejecutores. Se había constituido en protector mío, estableciéndose entre

nosotros una curiosa simbiosis. Según Braulio yo era frágil e indeciso y necesitaba protección; quizá estimaba en mí una cierta capacidad imaginativa de la que él adolecía. Por el contrario yo admiraba su solidez: era la persona con los pies en el suelo que yo necesitaba para no perderme en mis fantasías. Gracias a Braulio mis comienzos en el pueblo fueron menos desoladores.

Le conté, alargándolo lo más posible, mi encuentro con Lucía.

-Bien, bien. Ahí hay tajo -sentenció.

-¿Tú crees? Yo lo dudo.

-Tú, claro, cómo no vas a dudar. ¿Pero qué esperas, hombre, que se te metan las tías en la cama? Cada vez que pienso en los planes que has desaprovechado...Ay, si yo pudiera. Pero en este pueblo inmundo todo se sabe.

-Bueno, ya veremos.

-Pero si está muy claro, joder. Mira, esta es la típica niña bien, liberada, que se marca el rollo budista ese para andar fuera de casa. Entonces apareces tú, un tío ya maduro, con escuela, con mundo, una novedad para ella. ¡No puede estar más claro, está deseando que te la tires! Y luego, adiós muy buenas. Las tías de ahora son así.

-Las de antes también, si vamos a eso.

-Venga, no te hagas el listo. Ya sabes lo que quiero decir.

-Bueno, haré lo que pueda.

-Llévatela por ahí, a las playas. Tú no la des cuartel, que se entere a lo que vas. Y luego me lo cuentas, macho, que aquí uno no tiene emociones.

Ya en mi apartamento intenté continuar el tercer capítulo de "Muerte en Beirut", la última aventura del agente Kantor, pero las ideas se me escapaban. Durante dos horas no fui capaz de escribir nada aprovechable, de modo que me rendí sin condiciones, puse música, me serví una ginebra y me dediqué a pensar en Lucía. Conforme se acercaba el momento de volver a verla, crecía en mí una extraña ansiedad a la que no encontré fácil justificación. Seguramente Braulio, con su habitual tendencia a la esquematización, había considerado el asunto en su justa medida, pero algo me decía que no era todo tan simple. El día anterior Lucía se había mostrado habladora, incitante, trivial en muchos momentos; en otros, en cambio, silenciosa y evasiva. No, no iba a ser un asunto tan trillado como pretendía Braulio. Además, no me apetecía una aventura vulgar, no con Lucía.

Consumí una razonable cantidad de alcohol escuchando a Vivaldi, me duché y acudí a la cita.

Estaba preciosa. Un ajustado pantalón vaquero evidenciaba la rotundidad de sus caderas. La camisa, semitransparente, permitía adivinar el contorno de sus pechos. Anduvimos por los bares bebiendo y comiendo cosas típicas. La conversación fluyó fácil, como en el día anterior. Más tarde dijo que le apetecía bailar. El único sitio posible era una discoteca de adolescentes. Accedí un poco contrariado, habida cuenta del odio que profeso a esos lugares, pero a ella le pareció un sitio encantador y se contorsionó feliz en la pista mientras yo trataba torpemente de imitarla. Por fortuna los dioses se apiadaron de mí y comenzó a sonar música lenta. Bailamos abrazados, con las mejillas unidas y los cuerpos apretados, sin hablar, lo que me hizo pensar que los jóvenes no habían perdido después de todo las buenas costumbres. Tal vez por eso me decidí a besarla. Ella me correspondió suavemente y luego me miró con intensidad.

-Un pequeño tributo a un viejo amor -murmuré a modo de excusa.

No sonrió, pero me volvió a besar con una fuerza insospechada. A partir de ahí perdí un poco la noción del tiempo. Más tarde dijo que quería pasear, de manera que fuimos a buscar mi coche y, acordándome de las recomendaciones de Braulio, tomé la carretera de la costa. Nos detuvimos en un recodo del camino y anduvimos hasta el borde del acantilado. El mar, allá abajo, estaba oscuro y en calma. Nos bañaba la luz azulada de la luna que intermitentemente se escondía entre las nubes. Permanecimos silenciosos escuchando el batir de las olas. Ella dijo:

-Me gusta este sitio. Me gusta estar aquí contigo.

Me llegaba el perfume distinto de su cuerpo entremezclado con el olor a mar. Intenté decir algo profundo, una frase memorable, algo adecuado al momento. Pero dije:

-Estás preciosa, Lucía.

Se acercó más a mí y me acarició lentamente la cara. Yo la estreché con fuerza y sentí que su cuerpo se estremecía. Procuré hablar con naturalidad cuando le propuse tomar una copa en mi apartamento.

A ella le gustó mi casa. Curioseó entre los libros y se entretuvo ojeando las novelas de Alan Parker. Rebuscó entre los discos y no sin dificultad seleccionó algo no demasiado antiguo. Yo me encargué de preparar las bebidas, un poco decepcionado de que el momento pasional se hubiera desvanecido. Ahora, Lucía parecía tener ganas de hablar.

-Así que llevas dos años aquí.

-Más o menos.

-¿Y no has vuelto a ver a tu mujer?

-No. Hablamos por teléfono de vez en cuando, pero no he vuelto a verla.

-¿Cómo era Marta?

Le ofrecí su bebida e hice un gesto ambiguo.

-¿Cómo era? No sé. Entonces me parecía guapa, inteligente... Ahora no sabría decirte.

-¿Estuviste muy enamorado de ella?

-Sí, supongo que sí. Pero las cosas no funcionaron bien desde el principio. Tuvimos un largo período de convivencia previo al matrimonio, durante el cual fuimos felices. Después nos casamos. No sé por qué. Nada nos obligaba. Supongo que pensamos que lo nuestro estaba ya consolidado. Creo que fue una decisión más cerebral que emotiva. Puede que ese fuera el error, aunque probablemente el error sea el matrimonio en sí mismo.

Yo estaba de pie, recostado en una estantería; ella, sentada en mi silla de trabajo y me escuchaba con aparente interés.

-El caso es que sexualmente no teníamos demasiados problemas. Marta nunca dejó de atraerme. No sé cómo, un día descubrí que nos amábamos y nos destruíamos al mismo tiempo. Suena demasiado literario, ¿verdad? Pero no creo que pueda explicarlo de otro modo. Cientos de parejas se unen y se separan, y si se indaga la causa del fracaso la mayoría ofrece explicaciones ambiguas como que no se soportaban o que su vida era un infierno; o sea, vaguedades. Tampoco yo puedo ser más preciso. La cuestión es que de pronto, sin saber por qué, uno se encuentra metido en una situación cerrada y hostil y lo único sensato que puede hacer es escapar.

-Y te escapaste.

-Sí. Me escapé de ella y de lo que yo era entonces. El enfrentamiento constante con Marta me estaba destruyendo. Destruyó en mí muchas cosas: la confianza en mí mismo, el placer de afrontar la vida con ingenuidad, la alegría de desear cosas inútiles, la capacidad de sorprenderme cada día...

Me interrumpí. No quería parecer demasiado teatral ni ser excesivamente explícito. La intimidad confesada sin reparo puede a veces resultar trivial.

-También abandonaste tu trabajo y tu ambiente.

-¿Qué otra cosa podía hacer? Separarme físicamente de Marta no resolvió mis problemas. Me dominaba una intensa sensación de fracaso que había contagiado a todo cuanto me rodeaba. Pero había algo que Marta no había destruido en mí: la necesidad de soñar. Y sólo se puede soñar hacia atrás o hacia delante. El presente era incoloro y yo tenía que recuperar cosas pasadas o descubrir otras nuevas. Así que opté por la segunda posibilidad. No lo pensé dos veces: conseguí un traslado de mi plaza de profesor y me vine abandonando todo lo que me ligaba a Madrid. Siempre había deseado vivir junto al mar y quise creer que este tipo de vida sencilla, pueblerina, me ayudaría a recobrar todas esas cosas perdidas.

-¿Y fue así?

-Bueno, ese es otro tema.

Lucía dejó su vaso sobre la mesa y se acercó a mí sonriendo. Movié un poco la cabeza y me besó fugazmente en los labios.

-Eres muy tierno, ¿sabes?

-Y poco peligroso, ¿verdad? -pregunté de manera incongruente.

-¿Por qué dices eso? -Lucía frunció con sorpresa el entrecejo. Se separó de mí y salió a la terraza-. Un hombre tierno es a veces más temible que uno dominante.

Me acerqué a Lucía y la atraje hacia mí. La besé largamente. Luego ella se separó un poco y empezó a cubrir mi rostro con pequeños besos. Me miraba con ojos tiernos.

-¿Te gustaría hacer el amor? -dijo de pronto.

-Sí -contesté con un hilo de voz.

-¿Estás seguro?

Acaso había en su pregunta una lejana advertencia que desoí. Afirmé con la cabeza.

-Adrián, mi amor dormido... ¡Qué extraño haberte encontrado!

Todo fue espontáneo y natural. No experimenté las vacilaciones e inseguridades de un primer encuentro, ni sentí necesidad de demostrar nada. Nos amamos sin extrañeza, mecidos por la nostalgia de un pasado que quizás estábamos inventando en aquella primera noche.

LA ATRACCION DE LO PROHIBIDO

No olvidaré aquellos días. Recorrimos los pueblos de la costa, le enseñé rincones olvidados y fatigamos mi viejo dos caballos buscando ermitas románicas. Vi cumplidos secretos anhelos, como bañarme desnudo en calas desiertas o hacer el amor en la soledad de la montaña. Fue una adolescencia vivida con la intensidad de la madurez. De mi mente se desvanecieron oscuros fantasmas de inseguridad y frustración. Apenas nos separábamos. Por las mañanas, mientras yo hacía acto de presencia en el Instituto, ella acudía a las reuniones de la casa del puerto. Sobre este tema casi ni volvimos a hablar; estaba claro que yo no deseaba conocer más del asunto y Lucía no trató de interesarme. Tampoco la reproché nada. Por encima de cualquier cosa yo quería respetar su libertad. Era demasiado increíble lo que me estaba ocurriendo como para echarlo todo a perder con suspicacias. Nos reuníamos después y pasábamos juntos la tarde y la noche.

Volví a escribir y comprobé que lo hacía mejor. Avancé en mi novela y sentí que retornaba el ingenio de mis mejores días. Hasta Kantor parecía renovado: más cínico, más petulante, volvía a arriesgar la vida con una sonrisa despectiva en los labios. A Lucía le gustaba leer lo que yo escribía y no ocultaba su admiración, lo cual afianzaba la confianza en mí mismo. ¿Puede extrañarle a alguien que me enamorara de ella?

Ocurrió de manera fulminante. Tras unos días de forcejeo intelectual conmigo mismo, acabé aceptando la incuestionable verdad: estaba perdidamente enamorado de Lucía. El reconocimiento ensombreció en parte mi felicidad. Yo no sabía nada de Lucía, salvo la remota relación que ella había enunciado, y no quería saber más. Me bastaba con sentir día a día su presencia y hubiera deseado prolongar indefinidamente la plenitud de aquellos días. Pero el amor no puede dejar de presentir el futuro y empecé a pensar que nuestro idilio podría tener un final. Lo lógico era pensar que un día, tal vez cercano, ella volvería a su mundo y yo a mis rutinas de siempre. Pero ¿cómo asumir ese desenlace ahora que sabía que la amaba? Las cosas nunca volverían a ser como antes. Lucía alentaba en mí expectativas de vida que yo casi había excluido, despertaba en mi interior el reto de crear, de vivir sin amurallar los sentimientos. Lo más acertado sería entonces

vivir con intensidad aquellos días sin hacer preguntas ni alimentar proyectos. Aunque algo me decía no iba a ser fácil conseguirlo.

Tampoco Lucía hablaba del futuro, como si existiese un acuerdo tácito para excluir de nuestras conversaciones cualquier referencia al porvenir. No se mencionaba la palabra amor: hablábamos de felicidad, de placer, de bienestar, pero nunca de amor. Casi había conseguido adormecer mi inquietud cuando, una tarde que regresábamos de un pueblo vecino, Lucía preguntó:

-¿Adrián, tú eres feliz?

La miré con sorpresa durante un instante y sonreí.

-Muy feliz.

-No me refiero a esto, a nosotros -dijo ella con cierta brusquedad -. Te pregunto si eres feliz viviendo aquí.

-Bueno -repliqué sin dejar de mirar la carretera-, esa es otra cuestión. Nadie es por completo feliz, pero en fin, digamos que disfruto de una razonable felicidad. Aunque claro, todo ha cambiado desde que tú...

-Pero lo que haces, lo que tienes -me interrumpió -, ¿te satisface totalmente?

-Nada es totalmente satisfactorio, Lucía, pero esto se parece bastante a lo que yo deseaba.

-Muchas veces lo que deseamos no es lo que nos hace feliz.

-¿Qué quieres decir?

-Tú huiste de Madrid, de tu mundo, de tus cosas. ¿No echas en falta nada de eso?

La miré fugazmente sintiendo un cierto desasosiego.

-Tal vez sí, Lucía. Algunas veces echo de menos aquello. Pero aquí he encontrado otras cosas.

-¿Y te satisfacen realmente? ¿No te has vuelto un poco conformista? -Sin esperar respuesta Lucía continuó -: Tu trabajo, por ejemplo. Es posible que no te disguste, pero no creo que te apasione. Tus libros: escribes novelas, pero no las que te gustaría escribir. Tu vida sentimental: te separaste de tu mujer, pero no sabes vivir solo. Cualquier día te volverás a casar con una chica provinciana...¿Dónde están tus fantásticos proyectos?

No dije nada. No podía haber hecho Lucía una disección más precisa de mi estado de ánimo. Ni más cruel.

-Bueno, no me hagas caso. Son tonterías mías -dijo ella para romper el silencio. Sonrió levemente y me apretó el brazo.

No eran tonterías. Era el primer indicio de que la realidad invadía nuestro sueño. Ella había infringido el pacto removiendo inquietudes que yo había procurado olvidar. No había aludido a nuestro futuro, pero era aún peor: me había recordado mi propio problema, un problema al que yo, ni siquiera después de aquellos días idílicos, había sido capaz de dar solución.

-En resumen -sentenció Braulio -, que te has enamorado de ella.

Me encogí de hombros.

-Si es que eres un caso, coño. No podías ligar por las buenas, como todo el mundo. Si no te complicas la vida no disfrutas. Bueno, y si estás enamorado, ¿qué hay de malo en ello?

-Es más que eso, Braulio. Es plantearme mi propia estabilidad. Yo tengo aquí una vida organizada, tranquila. Lucía es lo opuesto: tiene veinte años, es libre, independiente. ¿Qué le puedo ofrecer? ¿Pudrirse en este agujero junto a un escritor de quinta categoría?

-Muchacho, lo que te pasa a ti es que eres incapaz de vencer tus propias contradicciones. Vamos a ver, rompes con todo en Madrid porque estás harto de la gran ciudad, pero aquí te pasas la vida quejándote de tedio. Afirmas que allí no podías desarrollar tus proyectos, pero desde que te conozco no has emprendido, que yo sepa, ninguno. Ahora conoces a una tía que te gusta, que te estimula, y te acojonas porque puede romper tu estabilidad. A ver si te aclaras, macho.

-Tienes mucha razón. Ni yo mismo me entiendo. Luego está la cuestión de la edad, la llevo veinte años. ¿Tú no tendrías miedo de hacer el ridículo?

-El sentido del ridículo está en uno mismo -dijo Braulio alzando la voz-. Tú sabrás si te merece la pena. El ridículo, el dolor, la tristeza, son riesgos que hay que correr. Que yo sepa, nada se consigue sin riesgo.

No dije nada durante unos instantes.

-¿Sabes una cosa? No sé si estoy enamorado de Lucía o de lo que ella representa.

-Eso son pamplinas y ganas de marear. ¡Échale huevos, hombre!

Aquella noche pensé que, como otras veces, me estaba adelantando a los acontecimientos. La madurez sólo nos cambia en aspectos muy superficiales. Mis viejos temores volvían a impedirme disfrutar plenamente de lo que de manera sencilla la vida me ofrecía. Debía tomar las cosas tal como eran. Y lo único real en aquel momento era el hermoso cuerpo de Lucía apaciblemente dormido entre mis brazos.

Sin embargo mis previsiones resultaron totalmente certeras. Un día descansábamos en mi pequeño barco después de haber pescado con fortuna. La tarde era transparente y Lucía tomaba el sol a proa, despojada de la pieza superior del bikini. Yo estaba recogiendo los aparejos y ella me pidió un cigarrillo. Hice ademán de llevárselo, pero la muchacha gateó por la cubierta hasta situarse a mi lado. La abracé y deslicé mi mano por sus pechos, pero ella me rechazó con delicadeza y se volvió de espaldas. Inesperadamente dijo:

-Pronto me iré.

Sentí una congoja repentina que traté de no evidenciar.

-Ya lo suponía- dije en tono neutro.

-¿Qué harás cuando me vaya?

Tardé algún tiempo en contestar. Había una infinidad de respuestas posibles.

-Intentaré acostumbrarme a vivir sin ti.

-¿Por qué? -dijo en voz baja.

Se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos. Había en su rostro una expresión dura que me sorprendió.

-¿Por qué? ¿Por qué? -repitió.

-No quiero retenerte, Lucía -contesté en el mismo tono tranquilo. Pero mi respuesta la enfureció.

-¿Te das cuenta cómo eres un conformista? Lo que hemos vivido juntos no cuenta para nada, ¿verdad? Si me quedo, está bien, si me voy... resignación. Cualquier cosa antes que perturbar tu orden y tu tranquilidad. ¡Muy bien, quédate aquí y no salgas nunca de tu mausoleo!

Con un gesto brusco se ajustó la pieza superior del bikini. Tuve la lamentable sensación de haber escogido un camino equivocado y traté de rectificar.

-Espera un momento, Lucía. Escúchame. Encontrarte ha sido lo mejor que me ha ocurrido en los últimos cien años. Si no te he pedido nada, no ha sido por conformismo, sino por temor a romper el encanto. No me importa nada mi miserable tranquilidad. Pero es verdad que tampoco me atrevo a retenerte.

Su expresión se dulcificó y permaneció largo rato mirándome. Luego dijo:

-¿Nunca has sentido la atracción de lo prohibido?

-¿Eres tú lo prohibido? -pregunté tratando de ser ocurrente.

-Tal vez... -Perdió su mirada en el mar y añadió -: Hay otras cosas distintas, prohibidas, que te hacen vivir intensamente.

-¿A qué te refieres?

-Tú escribes historias fantásticas. ¿Qué hay de ti realmente en ellas? ¿Nunca has deseado vivirlas?

-Diablos, sí -intenté bromear-, cualquier día voy a comprar un revolver y me voy a ofrecer a los servicios secretos de algún país.

Lucía estaba de espaldas y no dijo nada. Me acerqué a ella y la abracé con suavidad.

-Sé lo que quieres decir, Lucía. En cierta manera yo transfiero a mis novelas deseos de aventura que nunca realizaré. Soy Kantor cuando salta de aviones incendiados o seduce hermosas espías, es mi cerebro el que resuelve los enigmas y castiga a los villanos. Para narrar una aventura hay que sentirse protagonista de ella. A veces pienso que mis invenciones tienen más autenticidad que la vida cotidiana. Desgraciadamente la vida real no es así.

-Qué poco sabes de la vida, Adrián.

Giró entre mis brazos para mirarme de frente. Su sonrisa de conmiseración me afectó más que todo lo anterior.

-Quizás me he equivocado. No debería haberte dicho nada, Adrián. Puede que en el fondo sea mejor pensar que todo fue un sueño maravilloso.

Me sentí mal. Lucía se escapaba sin que pudiera evitarlo. Le pedí que fuera más explícita, pero no quiso volver sobre el tema. Sólo obtuve amables evasivas hasta que un silencio extraño se interpuso entre los dos. Más tarde Lucía volvió a ser la de siempre y por la noche mostró el mismo entusiasmo amoroso que en días pasados. Pero yo no pude desprenderme de una vaga sensación de pesadumbre: intuía que aquello era el principio del fin.

Dos días después Lucía desapareció. Cuando regresé a medio día no estaba en el apartamento. No me alarmé, a veces ella volvía tarde de sus reuniones, y esperé más de dos horas sin que la muchacha apareciera o llamara por teléfono. Tampoco estaba en su hotel. Intenté convencerme sin resultado de que su ausencia tendría una explicación lógica, tal vez las malditas meditaciones la habían retenido más tiempo del habitual. Esperé inútilmente su regreso hasta bien avanzada la tarde. A esas alturas distaba mucho de encontrarme sereno y mi cerebro era un mar de elucubraciones. Una suposición se alzaba con firmeza sobre las demás: Lucía se había ido. A qué negarlo, se había marchado sin decir adiós. A fin de cuentas era lo más lógico después de su repentino cambio de actitud. Menos me dolía su huida que mi propia incapacidad para retenerla.

No me resigné y salí a buscarla. Recorrí los lugares y las calles que habíamos frecuentado inspeccionando los rostros de la gente y llegué hasta el puerto. Avisté allí la casa de las reuniones y por un momento pensé en acercarme. Algo parecido a la dignidad

me lo impidió. Si ella decidía volver sabía dónde encontrarme, si no, mejor dejar las cosas como estaban.

Esa noche, sin proponérmelo de manera consciente, me emborraché, una borrachera muy británica, solitaria y autocompasiva, que no me alivió gran cosa. Tuve un sueño intranquilo y a la mañana siguiente estaba agotado y me dolía horriblemente la cabeza. Me levanté tarde y combatí la resaca con todos los medios a mi alcance. Encontré a Braulio tomando el aperitivo en el lugar de costumbre y le relaté lo ocurrido.

-Supongo que recordarte que ya te lo había advertido no te servirá de nada.

-No.

-Entonces no te lo recuerdo. Cada uno es como es.

-No te pido que hagas filosofías. Dime qué hago.

-Tienes dos opciones -Braulio se acomodó en su silla y extendió los brazos -: o la olvidas o vas a buscarla.

-¡Joder!

-Pero bueno, macho, ¿qué quieres que te diga?

-Quiero que me expliques lo que ha pasado.

-La cosa está muy clara. La pájara ha huido...

-No la llames pájara.

-... y lo más lógico es pensar que ha tenido miedo de enredarse contigo. Yo creo que si se hubiera cansado de ti te lo hubiera dicho. Y no de golpe, sino poco a poco. Las tías saben cómo prepararse el terreno en estos casos: que si son muy jóvenes, que si tienen su vida en otra parte, que si todo tiene un final. Eso es lo normal, pero dar la espantada así es raro. Pienso que la chavala estaba muy por ti y se ha acojonado. Ahora, si no te resignas a perderla, está en tu mano. Búscala.

-¿Pero dónde? La he buscado por todas partes.

-Excepto en la casa del puerto.

-Seguramente tampoco está ahí. Estoy convencido de que allí no queda nadie.

-Compruébalo.

Quedé pensativo tratando de averiguar por qué me resistía a ir a la casa. Aún me dolía la cabeza.

-¿Y lo prohibido? Ella me habló de la atracción de lo prohibido. ¿Qué quiso decir?

-A saber -Braulio se encogió de hombros -. Asuntos de drogas o cosas así.

Me vio muy abatido -aunque la culpa era en parte de la resaca- y me golpeó amistosamente el hombro.

-Te ha jodido esa mujer, ¿verdad? Bueno, ya pasará. El mundo no se acaba con esto.

-Te juro que no acabo de comprenderlo, Braulio. Puedo entender que esto tuviera que terminar. Por muchas razones: hemos vivido sin preguntarnos nada, sin proyectos, sin futuro, disfrutando sólo del presente. Bien, de acuerdo, esas historias no suelen durar. Pero entonces, ¿por qué esas alusiones a una vida diferente? ¿Por qué echarme en cara mi inmovilismo?

-Lo que yo te digo. Se ha enamorado de ti y piensa que si te vuelve a ver no tendrá valor para escapar. Para mí está muy claro.

-Es que si creo eso tengo que buscarla donde sea.

-Pues búscala.

Transcurrió el día sin noticias. Volví a recorrer en vano los lugares posibles y casi llegué a persuadirme de que Lucía se había marchado. Ir a la casa del puerto era la última posibilidad, pero seguía sin decidirme, influido quizás por mi amor propio y por el temor a sentirme ridículo ante sus compañeros de grupo, si es que todavía seguían allí. Al final interrumpí la búsqueda y me refugié en mi erosionada dignidad. La olvidaría. Por la noche fui a ver una película, de la que apenas tengo recuerdos fragmentarios, luego intenté escribir, sin conseguir otra cosa que una papelera llena de folios arrugados. El cansancio y un somnífero acabaron rindiéndome al sueño.

Al día siguiente me levanté temprano y me dirigí al muelle. El cielo estaba cubierto y había en el aire un presagio de tormenta. Baldeé concienzudamente el barco, preparé los aparejos y salí al mar. Durante la mañana no llovió. Estuve navegando sin preocuparme demasiado de las cañas, sometiéndome a la fuerza aturdidora del viento. A mediodía abrí unas latas y meforcé a comer algo. Navegué hacia el oeste bordeando la costa y cobré algunas piezas cerca de los acantilados donde había estado con Lucía.

El viento empezó a soplar duro y el mar a rizarse. Cuando cayeron las primeras gotas me enfundé en la ropa de agua y viré en redondo dirigiéndome al puerto. Pronto la luz disminuyó y escuché el retumbar del primer trueno. En pocos minutos la tormenta

desplegó toda su potencia de deslumbradores relámpagos y lluvia torrencial. Calado hasta los huesos, a todo lo que daba el motor de mi embarcación, entré en la dársena cuando ya amainaba el temporal. Al doblar la escollera divisé la casa. Iluminada por los últimos relámpagos me pareció siniestra y fantasmal.

Amarré con prisa el barco y volví al apartamento con la débil esperanza de que Lucía hubiera regresado. Mientras me cambiaba de ropa tomé una decisión.

EL HOMBRE DEL OJO DE CRISTAL

El viento había barrido las nubes llevando la tormenta tierra adentro. El cielo estaba limpio y me encaminé con resolución hacia el puerto. La vieja casa estaba construida sobre un montículo. Dejé el coche orillado en la carretera y me dispuse a recorrer a pie el resto del camino. Recordaba vagamente aquel sombrío caserón, semioculto por árboles frondosos, que siempre me había parecido deshabitado. Caminé a través de la maleza del descuidado jardín dominado por una extraña sensación de irrealidad. Al margen del amor propio y de la dignidad, acercarme a aquella casa provocaba en mí un oscuro sentimiento de rechazo, como si presintiera algo maléfico escondido entre sus viejos muros. La convicción de que era el último sitio en donde buscar a Lucía me animó a seguir.

El sendero finalizaba en la cima de una suave colina. Dejé atrás los últimos árboles y arribé a la explanada en la que se alzaba el caserón. Era una antigua casa solariega de dos plantas, en la que los signos de abandono eran evidentes. La alta hiedra, que en otro tiempo habría tupido de verdor la fachada, se había secado; había algunas contraventanas desvencijadas y la balaustrada de madera del porche estaba vencida en varios puntos. El silencio era absoluto.

Me estremecí al descubrir en el zaguán una figura inmóvil. Era un hombre alto, delgado, de abundante pelo gris cuidadosamente peinado; vestía un immaculado traje blanco de verano y una corbata roja. Traspuse los últimos metros y el hombre salió a mi encuentro.

-Buenas tardes -saludé con voz insegura -. Estoy buscando a Lucía. (Me di cuenta de que ignoraba su apellido).

La expresión del hombre era cordial, aunque advertí algo raro en su rostro que, al pronto, no supe identificar.

-Lucía no está aquí -dijo-. En cambio yo le estaba esperando a usted.

-¿A mí?

-Usted es el profesor Adrián Sánchez, ¿no es así? Me gustaría hablar un rato con usted. Mi nombre es Calabor.

Estreché la mano que me tendía y no supe qué contestar. Entonces descubrí qué era lo que me había llamado la atención: aquel hombre tenía un ojo de cristal.

-¿Le importa que caminemos un rato? -sugirió con voz armoniosa -. Ha dejado de llover y la temperatura es sumamente agradable.

Le seguí maquinalmente y a los pocos pasos me detuve.

-No quisiera parecer descortés, pero he venido aquí en busca de Lucía. Francamente, si no está...

-Le aseguro que luego hablaremos de Lucía.

La promesa me hizo transigir, aunque mi ánimo no era el más adecuado para charlas convencionales. Tomamos el sendero que circundaba la casa y descendimos hasta una pequeña playa solitaria llena de algas. El desconocido inició la conversación con afirmaciones sobre el clima y la belleza del paisaje; yo me limité a responder con monosílabos a la espera de que abordase el verdadero motivo de la entrevista. Al fin dijo Calabor:

-Delicioso rincón para encontrar inspiración, ¿no le parece? Ya sé que es usted escritor.

-Digamos que un escritor menor.

-¿A qué viene esa modestia, amigo mío? No es un escritor menor quien tiene en su haber una larga lista de libros.

Me molestó que se refiriera a un aspecto en el que no me encontraba especialmente cómodo. También me molestó que Lucía hubiera divulgado mis intimidades.

-Son libros de escasa calidad -declaré con alguna sequedad.

-Permítame disentir. La calidad literaria es una estimación subjetiva. Usted tendrá probablemente muchos más lectores que otros autores, supuestamente de más categoría, a los que sólo leen detestables minorías.

-¿Intenta halagarme? Ciertamente que el escritor escribe para ser leído, pero eso no basta. También la gente lee anuncios, prospectos, informes, folletos, cosas escritas sin calidad literaria. Existe algo que es la capacidad creativa, por medio de la cual el escritor intenta comunicar algo. Nada de eso hay por el momento en los libros que yo escribo.

-A lo mejor hay más de lo que cree -Calabor sonrió con afabilidad -. En cualquier caso ése es sólo un aspecto del problema. Si he de serle franco, no he leído una sola línea escrita por usted. Por falta de oportunidad o porque tal vez pertenezco a esas detestables minorías. Pero me gustaría desarrollar el tema de una manera más general.

Es la hora de la bajamar. La arena tersa de la orilla brilla como un cristal bajo los rayos oblicuos del sol poniente. Contemplo la extravagante figura de aquel hombre vestido de blanco, con calcetines del mismo color y zapatos de rejilla. Es tan irreal como mis sensaciones. Calabor prosigue:

-La literatura es ante todo capacidad de comunicación en su sentido más amplio. La belleza del lenguaje y la profundidad del tema son aspectos importantes, pero secundarios. ¿Qué comunica la literatura de su estilo? Acción, fantásticas hazañas, misterios indescifrables, paisajes exóticos, amores violentos... Todo lo que a la gente común le está, por lo general, vedado. Usted les hace un gran servicio: les hace soñar. ¿Y hay algo de lo que estén más necesitados? A menudo hablamos despectivamente de la literatura "de evasión", pero en el fondo la literatura más viva está ahí, en el relato que nos hace evadirnos de una realidad monótona y opresiva. Contar historias capaces de introducir al lector en un mundo distinto tiene un alto valor poético, ¿no cree?

-Mire, Calabor, sé lo que hago y sé lo que desearía hacer. Mis narraciones son simpáticas, incluso pueden tener un cierto sentido épico. Pero a mi juicio una novela debe tener un contenido testimonial, reflejar situaciones de nuestro entorno, problemas de la vida real. Eso es lo que yo desearía escribir.

-Ah, sí, la realidad. ¿Pero y la fantasía? Existen obras maestras de la fantasía.

-Precisamente: son libros en los que la fantasía es sólo un pretexto.

-¡No, no! Se equivoca. Nada más inútil que los cientos de páginas que se han escrito tratando de encontrar significados ocultos en, pongamos por caso, "Alicia en el país de las maravillas". Alicia no es otra cosa que un excelente cuento. Es absurda esa

moda de ensayar dobles lecturas en Verne o Tolkien. Lo imaginativo tiene su razón de ser en sí mismo y escapa de la realidad; mejor dicho, construye su propia realidad. Que es, en definitiva, lo que necesita el hombre normal, harto ya de que se le recuerde continuamente que es una miserable hormiga manipulada por intereses que nunca comprenderá del todo.

Habíamos llegado al final de la playa y Calabor trepó con seguridad por las rocas, como siguiendo un camino aprendido. Le seguí hasta un punto desde el que se dominaban las rompientes del otro lado.

-Vengo aquí a menudo -comentó -. Nada hay más inquietante que la fuerza primigenia del mar. Pero volviendo a nuestra conversación, ¿comprende ahora por qué alabo sus libros?

-Perdone, pero en todo esto hay un matiz que me desagrada. Usted habla de ofrecer fantasía no como algo espontáneo que se puede tomar o dejar, sino como una intoxicación deliberada. Algo así como venderle sueños a la gente para que no perciba la siniestra realidad en que se desenvuelve. Tome por ejemplo esos éxitos de venta norteamericanos, los "best sellers", donde las dosis de sexo, violencia, heroicidad y moralidad están calculadas con ordenador. ¿Qué fantasía hay en esos libros? Junto con la publicidad y los medios de comunicación, más o menos dirigidos, contribuyen a mantener la idea del americano como un superhombre capaz de triunfar donde se lo proponga. Constantemente se le recuerda que vive en el país más libre del mundo, que tiene el ejército más poderoso, que ha inventado la coca cola... Esa literatura sólo sirve para sumergir al individuo en un limbo prefabricado. ¿No cree que esa es una utilización mercenaria de la fantasía?

-Creo que no -negó Calabor moviendo lentamente su plateada cabeza -, pero aunque así fuera, el quid de la cuestión es llegar a admitir lo evidente: que efectivamente todo está programado. Las guerras, la economía, la ecología, cualquier interrelación a escala mundial está programada. Esto le parecerá una simplificación mecanicista, pero las cosas son así. Más aún: las grandes corrientes de pensamiento, los mismos conceptos del bien y del mal, son manejados con arreglo a programas previstos.

-Bien, teóricamente puede usted tener razón, aunque no es nada nuevo lo que dice. Sin embargo se remonta a niveles muy distantes de la realidad cotidiana del individuo. En

la práctica, todo eso no le afecta al hombre normal. Puede aceptar que a gran escala las cosas sean así, pero sabe que su pequeña parcela de libertad permanece intacta.

-¡Exacto! Eso es precisamente lo que piensa el hombre normal... porque es conveniente que lo piense. Gracias a ello sobrevive. Sería demasiado absurdo, demasiado intolerable, saber que su libertad, incluso esa pequeña libertad, está también codificada. Nunca aceptará que ideas que él considera esencialmente buenas -la libertad, la solidaridad- le han sido en realidad impuestas porque conviene a determinados grupos que piense así. Veo por su expresión que no me cree y es lógico; pero le aseguro que hasta nuestras más insignificantes acciones están reguladas por un vasto programa. Y si esto es así, ¿por qué alimentar la desesperanza del hombre normal? Un proverbio oriental dice: "Si no podemos hacer nada contra las cosas, hagamos que las cosas no puedan nada contra nosotros". La alienación del mundo americano que usted describía no es perjudicial, sino protectora. El hombre del futuro no tendrá más esperanza que la que halle en sí mismo ni más libertad que la de su fantasía.

Me pregunté qué hacía yo allí escuchando a aquel individuo grandilocuente. Repliqué con cierto desdén:

-En resumen: usted propone un modelo de sociedad dirigida por máquinas en el que lo mejor para el hombre normal es permanecer en la inopia. Tampoco es muy original. La dominación del mundo por robots es un tópico antiguo de las novelas de ciencia ficción.

-¡Oh, no! No me ha entendido. Cuando he hablado de un mundo programado no me refería a las máquinas en sí. Obviamente los computadores son básicos hoy en día, pero la programación ha existido desde la antigüedad. El más importante móvil de la historia es el poder, en esto estará de acuerdo, pero no sólo considerado como poderío territorial o económico, sino como instinto profundo de dominio del hombre sobre el hombre. Algo en lo que apenas cuentan los logros materiales, sino la satisfacción íntima, atávica, de detentar el poder. Y créame, los poderosos rara vez han estado a la luz del día. El verdadero poder siempre ha permanecido oculto, en manos de hombres anónimos.

-¿Y qué me dice de los héroes, de los líderes, de los grandes ideólogos que han seducido a las masas?

-La masa siempre han seguido el señuelo de las ideologías porque el hombre, en principio, se adhiere fácilmente a conceptos éticos universales. Por ejemplo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, etc. Sin embargo, desde la sombra, el poder ha manipulado estos

conceptos potenciando el que más le convenía a sus intereses según las épocas. Los estados de conciencia necesarios para mover grandes masas han variado a lo largo de la historia. El ideal de la conquista en la antigüedad, el religioso en la Edad Media -la guerra santa, las Cruzadas -, luego, las grandes revoluciones defendiendo la libertad, la democracia, en nuestros días, la conservación de los recursos naturales, en el futuro... Todos estos grandes ideales tienen un indudable valor intrínseco, pero demasiado abstracto para el pueblo; ha habido que convertirlos en algo digerible, comprensible para las masas, aunque manejados de forma que sirvieran los intereses del poder en cada momento.

-¿Y el fascismo? El fascismo no fue un poder encubierto.

-De acuerdo. Pero no creerá que Hitler y Musolini fueron derrotados por las fuerzas del bien. Fue una lucha entre lobos, de poder a poder. Había que destruir a quienes habían violado pactos secretos intentando alzarse con el poder absoluto. A veces, grandes corrientes de pensamiento surgidas de una necesidad imperiosa de rebelión escaparon al control del poder. Por ejemplo, el cristianismo o el marxismo. ¿Qué hizo entonces el poder? Cambió de táctica, se amoldó, se infiltró, corrompió, socavó desde dentro estas doctrinas. Ya conoce el resultado.

Era irritante oír a Calabor. Tanto por el fondo catastrófico y negativo de sus argumentos, como por la manera dogmática de exponerlos. Bastaba, tal vez, con ignorarlo, pero había despertado en mí una animosidad que me impulsaba a rebatir sus afirmaciones.

-Me gustaría saber adonde quiere ir a parar. Usted me habla del poder, de programas, de falta de libertad... Y, créame, no logro pensar que esto sea algo más que una charla de café. Francamente, no creo que toda esa serie de truculencias tenga una base real. Insisto que para el hombre corriente no se configuran como una amenaza real, a lo sumo como un caos lejano semejante al fin del mundo o al holocausto nuclear. Quizá porque no es demostrable o porque está tan por encima de nosotros que no nos afecta.

-Efectivamente. Estos hechos están fuera de los esquemas habituales de la realidad de las personas. Sin embargo existen, no lo dude, y si usted pudiera tener siquiera un atisbo de esa otra realidad se convencería-. Me contempló unos instantes y añadió -: Sería, además, una experiencia única para un hombre normal.

Súbitamente comprendí que toda aquella disertación obedecía a un propósito concreto. Pregunté con rapidez:

-¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Quiere proponerme algo?

-Sí. Volvamos a la casa -dijo Calabor.

El interior de la casa mostraba los mismos signos de deterioro que la fachada, excepto un salón o cuarto de estar que estaba confortablemente acondicionado. Había estanterías con libros, grabados en las paredes, cómodos sillones y, en un ángulo, un escritorio de estilo inglés cubierto de libros, papeles y discos. Al fondo, dos grandes ventanales encortinados tamizaban la luz violeta del ocaso. En una mesa había bebidas y un equipo de sonido. Calabor accionó los aparatos y la música invadió el ambiente.

-¿Le gusta Mahler? -preguntó mientras preparaba algo de beber.

Asentí aceptando la copa que me tendía y me dejé caer en un desgastado sillón de cuero. Él tomó asiento frente a mí, encendió un cigarrillo inglés y expulsó lentamente el humo.

-Mahler es el último gran romántico y posiblemente el primero que abordó la abstracción. Era consciente del cambio que se estaba produciendo en las formas de vida y, por consiguiente, en la música. Su obra es atormentada, compleja a veces, popular otras. Tal y como fue su vida. Es un buen ejemplo de lo que antes hablábamos. Ahí - señaló las notas invisibles - existe la percepción de otra realidad. De todas las manifestaciones del arte, la música posee la máxima capacidad de proyección afectiva. Cualquier sentimiento humano o inhumano puede ser transmitido por la música si quien escucha sabe entender.

Me sentía curiosamente relajado, aunque un confuso sentimiento de alerta me mantenía en tensión. Comprendí de qué se trataba: había ido allí buscando a Lucía y durante la última hora la había olvidado por completo. Inesperadamente Calabor abandonó el tono grandilocuente y habló de manera precisa:

-Voy a proponerle algo que puede parecer banal a primera vista, aunque ya le anticipo que no lo es. Lo que voy a pedirle constituye un eslabón sumamente importante en una cadena de acontecimientos que, por el momento, no le puedo revelar-. Se interrumpió un momento para comprobar el efecto que causaban sus palabras y añadió -: Queremos hacer llegar una información a una determinada persona.

Hizo una pausa y se inclinó hacia delante.

-Le propongo ser el mensajero.

Como si Calabor lo hubiera previsto, la música cesó en aquel momento y sus últimas palabras resonaron con exceso en la habitación. No pude reprimir un sobresalto.

-¿Qué?

-Quiero que lleve usted esa información -dijo Calabor.

-Me propone ser el mensajero... ¿Por qué?

Calabor se había recostado con los ojos entrecerrados, como recuperado por la música que volvía a sonar. Bebió lentamente de su vaso.

-Le parecerá extraño pero usted ha sido elegido para realizar ese trabajo.

Noté que mi paciencia se agotaba. Aquel fante estaba llevando la broma demasiado lejos.

-¿Pero de qué me habla? ¿Se está burlando de mí?

-Le estoy hablando muy en serio.- Su expresión era inescrutable y no parecía bromear.

-¿Y qué le hace pensar que podría aceptar?

-¿Por qué habría de aceptar? Por dos razones. La primera porque, a juzgar por mis referencias y después de la conversación que hemos mantenido, estoy seguro que desea conocer, aunque sea parcialmente, ese mundo distinto al que nos hemos referido. La segunda, porque al finalizar su misión usted podrá ingresar en su cuenta cien mil dólares.

-¡Cien mil dólares! -Silbé con asombro -. ¿Me propone algo ilegal? -Calabor se echó a reír.

-No me menosprecie, amigo Adrián. Legal o ilegal son conceptos que pertenecen a los esquemas habituales. Estamos hablando de otros planos de la realidad, de otra escala de valores. No le estoy proponiendo que robe un supermercado.

-Ya, comprendo. Pero tendrá que explicarme muchas cosas. No entiendo cómo una acción tan simple puede introducirme en ese hipotético mundo diferente, cómo puede hacerme vivir el placer de lo prohibido.

Me quedé callado. No sé por qué aquellas palabras acudieron a mi mente, pero eran las mismas palabras que había empleado Lucía. De pronto empecé a entender algunas cosas.

-Su actuación será sencilla, en efecto -admitió Calabor -, aunque pudiera no serlo tanto. No le oculto que existe algún riesgo. Pero el atractivo de la misión no reside en el hecho en sí, sino en *saber que se está haciendo*. Presumo que a usted no le emocionaría tanto pisar la Luna como tener conciencia de que ha sido capaz de llegar. Pienso que si acepta no será por dinero. Aunque, claro, todo ayuda.

-Lucía forma parte de todo esto, ¿verdad?

-No quiero ofender su inteligencia negando algo tan obvio -contestó Calabor sonriendo.

Automáticamente me levanté del sillón y di algunos pasos por la estancia. Sentía calor en las mejillas.

-Así que todo estaba preparado: el encuentro con la chica, el que intimáramos, esta entrevista... He mordido bien el anzuelo, ¿no?

En realidad estaba menos indignado de lo que traslucían mis quejas, como si en el fondo lo hubiera sospechado desde siempre. Notaba una enorme decepción, pero creo que se relacionaba más con la sensación de ridículo que con el derrumbamiento de mis románticos proyectos. Empecé a sentir un rencor sordo y deseos imperiosos de salir cuanto antes de aquel lugar. Calabor no me prestaba atención, concentrado al parecer en la música de Mahler. Me serví una buena cantidad de ginebra y la bebí de un trago. ¿Pero por qué yo? Esa pregunta se iba abriendo camino a mi pesar. ¿Por qué me habían elegido a mí? Advertí que la elección me causaba una satisfacción insensata. Toda aquella confabulación se había producido para que yo, Adrián Sánchez, maestro de

escuela y oscuro escritor fracasado, aceptara ser portador de un misterioso mensaje. Llené de nuevo mi vaso y me senté frente a Calabor. Fumaba tranquilamente con los ojos cerrados: parecía un amable profesor esperando a que el alumno comenzara, por fin, el tema que le había caído en suerte. Intenté poner en orden mis ideas: lo de Lucía era un asunto personal y habría que tratarlo en otro momento; ahora necesitaba saber qué había detrás de aquel tinglado.

-¿Su propuesta es en firme?

-Desde luego.

-¿Y dice usted que soy la persona indicada?

-Lo es.

-¿Puede explicarme algo más?

-Lo haré, si acepta.

-Necesito pensarlo.

-Lo comprendo -Calabor se puso en pie-. Lo siento, pero solo puedo darle 24 horas. Venga mañana a la misma hora.

Me acompañó hasta la salida y me estrechó la mano con fuerza.

-Creo que aceptará -dijo amistosamente como si hubiera estado tratando de venderme un chalet adosado -. Por cierto, Lucía le espera en su hotel... ¿Me permite que le de un consejo? No mezcle la fantasía con sentimientos más habituales.

Le miré inquisitivamente, pero su rostro estaba en sombras. Sin añadir una palabra más, volvió la espalda y entró en la casa.

Atravesé como en sueños el sombrío jardín y casi me sorprendió encontrar el coche donde lo había dejado. Permanecí un rato inmóvil sin encender el motor. Me tranquilizaba el contacto familiar del asiento, la dureza satinada del volante, el ámbito propio y cotidiano que me envolvía. Mi curiosidad se había esfumado y sólo podía pensar en Lucía: todo había sido fingido, calculado, y yo, pobre imbecil, había estado soñando futuros imposibles. Una seca tristeza se iba adueñando de mi ánimo. Arranqué con brusquedad y me dirigí al hotel de Lucía.

Ella bajó enseguida, me besó fugazmente y se acomodó a mi lado sin hablar. Durante el trayecto estudié de reojo su rostro: estaba serio y en calma. Tampoco dije nada hasta llegar a mi apartamento, reflexionaba sobre qué actitud tomar. Me iba ser imposible actuar con frialdad, pero no deseaba mostrarme violento o humillado. Desistí de imaginar la entrevista, en realidad sólo quería que Lucía contestase a una pregunta.

Ya en casa, Lucía se sentó en mi silla de trabajo, encendió un cigarrillo y esperó a que yo hablase.

- Bien, enhorabuena. Todo ha salido de acuerdo con vuestros planes, ¿verdad? -fue lo primero que dije. Inmediatamente me arrepentí del tono empleado.

-Sí.

Estaba increíblemente tranquila y yo la contemplé como a un ser extraño. Parecerá ridículo, pero fue precisa su confirmación para que mi terco cerebro aceptara la incuestionable verdad.

-Bueno, supongo que esto es el final -dije al cabo de un momento.

Sacudió ella la ceniza de su cigarrillo y preguntó sin mirarme:

-¿Que piensas de todo esto, Adrián?

-¿Qué puedo pensar? No sé lo qué ha ocurrido ni por qué. Lo único que sé es que he estado viviendo una gran mentira.-Lucía evitaba mirarme. Insistí -: ¿Por qué, Lucía?

-Ya sabes por qué. Calabor te lo habrá explicado.

-Te equivocas, Calabor no me ha explicado nada, sólo me ha contado una extraña historia. Pero eso es lo de menos, yo lo que quiero saber es por qué me has mentido.

-Fue necesario, Adrián.

-Ah, fue necesario. ¡Magnífico! -estallé -. ¿Es lo único que se te ocurre decir?

-Escúchame bien, Adrián -dijo con rapidez endureciendo un poco la voz -. Podría haberme marchado sin verte. Mi misión estaba cumplida. Pero he preferido hablar contigo. Esta no es una situación normal, debes entender eso. Si quieres podemos hablar, pero sin gritos. Si no, es mejor que me marche.

Se puso en pie y quedamos enfrentados, mirándonos. Estaba terriblemente guapa en ese instante y sentí un irracional deseo de abrazarla.

-No ...-murmuré tragando saliva -. No te vayas, háblame. Explícame algo... Necesito saber qué está pasando.

Sonrió a medias y asintió.

-Dame algo de beber.- Hice lo que me pedía y me senté en el sofá a su lado. Comenzó a hablar con suavidad -: Tampoco yo sé demasiadas cosas, Adrián. Hace no mucho conocí a Calabor en una reunión. Me fascinaron su personalidad y sus ideas. Volví a encontrarlo en dos o tres ocasiones más y un día me propuso colaborar con él. Desde luego había llamado a la puerta adecuada. Yo era terreno propicio, me sentía hastiada de lo de todos los días y me apetecía tener una aventura loca. Sorprendentemente Calabor conocía muchas cosas de mi vida, entre otras la relación que me unía contigo. Mi cometido era venir aquí, encontrarte, atraerte y preparar la entrevista con Calabor.

-Comprendo. Y para realizar ese trabajo tenías que emplear cualquier procedimiento, ¿no es eso?

-Sí, cualquiera -dijo ella en voz muy baja. Por un momento sentí que volvía la crispación. Los ojos oscuros de Lucía no suplicaban comprensión, me miraban tranquilos y desafiantes.

-No es sólo que te acostaras conmigo -dije nervioso -, sino algo peor quizás. Tenías que despertar en mí sentimientos muy hondos, tenías que aprovecharte de mi fragilidad, perturbar la estabilidad de mi vida... ¿Cómo quieres que entienda eso?

Dejé de hablar. Aquello no tenía sentido. Descubrí con asombro que no sentía lo que estaba diciendo. Estaba contaminando de vulgaridad una situación extraordinaria. Desde luego ella tenía razón, no era una situación normal, pero mi respuesta sí lo estaba siendo. Mi mediocridad resultaba abrumadora. Había tenido entre mis brazos una mujer distinta -¿qué importaba el motivo? -que me había desvelado sensaciones y caminos impensables, y yo la correspondía con un despecho mostrenco y provinciano. ¿No era esta la ocasión que había estado esperando para salir de mi insípida rutina?. Sí, Lucía era importante, pero era sólo el comienzo. Había que mirar más allá. Me asaltó el vértigo de lo desconocido, aunque esta vez la excitación reemplazaba al temor. La miré: allí estaba ella, hermosa y deseable, como si no formara parte de la increíble conspiración. Mi memoria se llenó con las fragancias de su cuerpo y lentamente me aproximé a ella. Aún había algo que necesitaba saber.

-¿Me mentiste en todo, Lucía?

Su semblante se dulcificó y volvió el brillo a sus ojos. Me acarició el pelo y sonrió:

-Mi trabajo consistía en servir de enlace a Calabor. Tenía a mi favor ser una antigua amiga tuya y ser una chica no del todo fea. Debía emplear cualquier método, incluido acostarme contigo. Pero nada más. Nadie me señaló cuáles debían ser mis sentimientos. Nadie me prohibió que fuera feliz. Ni me advirtió que quedaría fascinada por un escritor loco. Ni que...

No la dejé seguir. Lo que decía era de una lógica absurda, pero era la que yo necesitaba. Mientras la besaba comprendí que la suerte estaba echada. Supe que aceptaría la propuesta de Calabor, que partiría en busca de lo desconocido, cualquiera que fuese el riesgo. Casi vislumbre la sonrisa aprobatoria de Kantor. Se había roto definitivamente mi cómoda imagen de automarginado. Por una vez -acaso por primera y única vez -, el destino me era propicio: la aventura comenzaba.

LONDRES, 4 DE SEPTIEMBRE

Era un sobre alargado, corriente, con las franjas rojas y azules del correo aéreo, pero el matasellos de Bruselas hizo que el señor Osborne lo seleccionara del resto de su correspondencia. Dentro había una simple hoja de papel escrita a mano, cuyo texto no hubiera despertado la curiosidad de nadie. Sin embargo, para el señor Osborne era la confirmación de que algunas gestiones realizadas con anterioridad comenzaban a dar su fruto. Sin abandonar la carta, abrió el armario donde guardaba el whisky y se sirvió un vaso. Paseó pensativo por la pequeña habitación que hacía las veces de cuarto de estar, comedor y despacho, y se detuvo en la ventana, mirando a la calle. El cielo estaba gris y corría un viento desapacible. Nunca había estado en España, pero tenía entendido que allí el clima era muy diferente.

Bebió el licor a pequeños sorbos, paladeándolo, y se acomodó en su butaca favorita. Estaba oscureciendo, pero no se preocupó de encender la luz. En el fondo no le desagradaba volver a entrar en acción y se preguntó si seis años de inactividad habrían mermado sus facultades. Extendió la mano que sujetaba el vaso y la mantuvo firme sin observar ningún temblor. Se palpó el vientre y consideró que le sobraban algunos kilos; sin embargo, incluso en los años de mayor actividad, su aspecto no había sido muy diferente. Era al fin y al cabo una ventaja, aquel aire inofensivo y bonachón había sido su mejor camuflaje. Sólo los que lo conocían bien habían aprendido a desconfiar de su apariencia.

El señor Osborne vivía solo en aquel pequeño apartamento, siempre había vivido así, sin buscar compañía ni en lo profesional ni en lo personal. Pero ahora le hubiera gustado comentar con alguien su próximo trabajo. No era en apariencia más peligroso que otros, pero sí distinto: en anteriores misiones no había tenido más motivación que el dinero. Eso, y tal vez una necesidad irracional de vivir arriesgadamente. Esta vez existía una motivación de orden afectivo y eso le preocupaba. Nunca era bueno mezclar el trabajo con los sentimientos. Todavía le extrañaba que le hubieran convencido. Era sorprendente que algo ocurrido casi cuarenta años antes hubiera podido despertar en su

interior deseos de venganza. El señor Osborne se dijo que así de inexplicables eran las cosas del espíritu y no cabía darle más vueltas.

Casi sin luz releyó la carta de Bruselas y se sintió satisfecho. A pesar del tiempo transcurrido seguía contando con amigos. Era básico en aquel tipo de trabajo. Su mirada se detuvo en el calendario: faltaba muy poco para entrar en acción y había que ponerse en marcha. Sin precipitación y sin retrasos. Con la precisión de uno de sus relojes. Tal había sido siempre su forma de actuar. Y le había dado buenos resultados.

LA AVENTURA COMIENZA

Durante el vuelo me pareció que todos los pasajeros me vigilaban. Los rostros me resultaban vagamente conocidos y sus expresiones sospechosas. Combatí esta percepción con alcohol y después de la tercera ginebra empecé a tranquilizarme. El sol brillaba con fuerza en el exterior y el avión se deslizaba suavemente por un cielo sin nubes. Con suerte estaría de regreso en dos o tres días. Si todo iba bien llamaría a algún amigo o acaso me decidiera a ver a Marta. Habían pasado dos años, tiempo suficiente para que la hostilidad hubiera desaparecido. La nuestra no fue una separación cordial precisamente y mi conducta no todo lo meditada que hubiera sido de desear. La huida de Madrid pudo ser un error, pero no la ruptura con Marta: nuestra vida en común había dejado de existir, éramos dos extraños sin nada que decirnos, excepto cuando hacíamos el amor. Era difícil comprender cómo dos personas tan distanciadas eran incapaces de desoír la llamada del sexo. Pero era un amor sin ternura, insatisfactorio casi siempre. No sabría decir cómo alcanzamos esa situación límite -pienso que Marta tampoco lo sabe - y creo que conociendo las causas tampoco se hubiera podido evitar el final. Estoy seguro de que Marta me entendió al principio y admiró mi talante soñador. Cuál fue su desengaño o su frustración posterior, lo ignoro. Con desconcierto comprobé que ella se alejaba de mí. Al final uno alcanza el cero absoluto y se pregunta qué sentido tiene seguir intentándolo. ¿Habíamos llegado a odiarnos? Me recreé un momento en ese sentimiento primordial. ¿Había odiado yo a alguien alguna vez? La palabra odio me hacía evocar las viejas novelas, los grandes dramas, las películas memorables de mi infancia. El odio era un sentimiento noble y poderoso que no figuraba entre mis más inmediatos recuerdos. No, no odiaba a mi ex-mujer, y sin duda yo era en gran parte culpable de nuestro fracaso.

Adormecido en mi asiento repasé los últimos acontecimientos que ya me parecían inexplicablemente lejanos. Volví al día siguiente a la casa del puerto y esta vez Calabor no perdió el tiempo en disquisiciones: mi tarea consistiría en establecer contacto en Madrid con una determinada persona y transmitirle un mensaje. Un mensaje muy especial: yo mismo ignoraría su contenido.

-En este negocio es prácticamente imposible ocultar determinadas actividades - había razonado Calabor -. Los canales de información son múltiples y, a menudo,

comunes. Casi puede decirse que cada movimiento está predeterminado y todas las acciones son previsibles y computables. Por eso cuenta a su favor y al nuestro que usted es un elemento desconocido, no profesional. Aún así, otra organización, de intereses contrarios a los nuestros, tendrá conocimiento de inmediato de que usted ha entrado en juego. Por tanto, es un riesgo excesivo enviar la información escrita o memorizada, ya que podría interceptarse con suma facilidad. Ahora bien, si el emisario ignorase la naturaleza del mensaje, existirían muchas posibilidades de éxito. Es más, sería un factor importante en la seguridad personal del mensajero.

Oír hablar de riesgos y seguridades con tanta frialdad me producía un cierto desasosiego. Calabor adivinó mis pensamientos:

-No le oculto que este trabajo puede entrañar algún peligro, pero en estos asuntos nada se hace de modo arbitrario, y si *ellos* se convencen de que usted no sabe nada - porque en realidad no sabrá nada - le dejarán en paz -. Calabor expresaba una absoluta convicción en lo que decía y yo me preguntaba alucinado quienes serían *ellos*.

-Hay un procedimiento para llevar a cabo este plan. ¿Qué sabe de la hipnosis?

Cogido de sorpresa repliqué que sabía más o menos lo que cualquiera puede conocer a través de los medios habituales de comunicación. Añadí que en la actualidad no se consideraba el hipnotismo un truco de feria, sino un método científico.

-Exacto -dijo Calabor. Se extendió luego en detalles sobre la curación de alcohólicos y drogadictos mediante el hipnotismo y continuó:- Uno de los aspectos más interesantes es la orden posthipnótica. Durante el trance se induce en el subconsciente del hipnotizado una orden: repugnancia al alcohol o la droga, por ejemplo. Luego se crea una referencia externa que al ser percibida por el sujeto le hace recordar la orden previamente alojada en su cerebro. Esa referencia actúa a modo de llave, pues sin ella la persona no puede recordar la orden recibida.

Hizo una de sus acostumbradas pausas teatrales y anunció:

-Este será nuestro sistema. Le someteré a hipnosis y le dictaré un mensaje subliminal. Usted no recordará nada y sólo podrá memorizarlo cuando surja la referencia

externa. Esa clave sólo la conoceremos dos personas: yo, naturalmente, y su contacto en Madrid.

Era inevitable no percibir un matiz circense en aquel tinglado. A menudo, la línea divisoria entre lo extraordinario y lo ridículo es muy tenue y uno no sabe si maravillarse o reír a carcajadas.

-Un momento, Calabor. Estoy decidido a llevar su misterioso mensaje, voy a someterme a la hipnosis, aunque maldita la gracia que me hace, pero ¡dígame algo! ¡Explíqueme de qué va el asunto! No pretenderá que me embarque a ciegas en un negocio del que desconozco absolutamente todo.

-Sí, comprendo lo que siente -declaró Calabor con gravedad-, pero no puedo decirle más. Le aseguro que esta es la mejor forma de hacer las cosas. Por su seguridad y la de la misión, claro está.

El plan estaba cuidadosamente elaborado. El 8 de septiembre se celebraría en un hotel de Madrid la presentación de la última novela de Roberto Domínguez, el conocido autor de novelas policíacas. Nada tendría de extraño que un escritor de novelas del mismo género, como yo, asistiese al acto. Me alojaría en el mismo hotel, asistiría a la presentación y durante el coctel alguien establecería contacto conmigo.

-¿Qué debo hacer después?

-Nada. La misión habrá concluido. Quédese un día o dos en Madrid, visite amigos, vaya al teatro. En fin, haga lo que le parezca.

-¿No volveré a verle?

-Es poco probable.

-¿Y qué ocurrirá si el contacto no se produce o, por lo que sea, no puedo comunicar el mensaje?

-En ese caso -por primera vez hubo una ligera vacilación en la voz de Calabor -, Olvídense del asunto. Habremos fracasado. Pero no se preocupe, si eso sucede usted permanecerá al margen de las posibles consecuencias.

Era evidente que esa alternativa le preocupaba más de lo que quería dar a entender.

-Le pagaremos de todas formas -concluyó.

Aquella noche fui hipnotizado por Calabor. Previamente me había advertido que si yo, consciente o inconscientemente, me resistía a la prueba, todo sería en vano. No fue ese el caso y, a decir verdad, no me gustó que alguien se adueñase con tanta facilidad de mi voluntad. Lamentablemente mi resistencia mental debió ser escasa: a Calabor le resultó muy sencillo hipnotizarme. Diré en mi descargo que preparó una atmósfera propicia. Ultimados los detalles de la empresa, comenzó el período de preparación. Sumió la habitación en una relajante media luz y elevó el volumen de la música. Me pidió que no hablara ni bebiera -aunque no me prohibió fumar- y durante un rato permanecimos en silencio escuchando música sinfónica. Mi excitación inicial se fue desvaneciendo y, en un momento dado -el justo momento en el que yo empezaba a pasar de la inquietud a la impaciencia-, se situó detrás de mí y me habló con voz grave y monótona. Me ordenó que me relajara, sugirió que mis brazos pesaban, que mis ojos se cerraban... No recuerdo más. A partir de ese momento hay un vacío de tiempo en mi memoria.

Desperté sin sobresalto y sin experimentar ninguna sensación extraña. Calabor me miró sonriente y me ofreció una copa.

-¿Cómo se encuentra?

-Bien... me encuentro normal. ¿Lo ha conseguido?

-Sí, por supuesto. Ahora es cuando realmente empieza todo. Brindemos por el éxito.

Me entregó un pasaje de avión, algún dinero en metálico y tarjetas de crédito a mi nombre. Sugirió que emplease el tiempo de que disponía en arreglar mis asuntos de trabajo y despedirme de mis amigos, procurando que el viaje no pareciese demasiado repentino. Como el día anterior, nos despedimos en la puerta.

-Recuerde esto -dijo por último -: en este oficio, como en todos, lo importante es el sentido común. Sin esa cualidad de poco vale la experiencia. Hemos previsto las más mínimas contingencias, pero si a pesar de todo se produce algún hecho inesperado, actúe con sentido común. Ahora, adiós y buena suerte.

Era tiempo de despedidas. Esa noche Lucía me anunció que al día siguiente regresaba a Madrid. Aunque su partida tenía ahora una perspectiva diferente, traté de no

comportarme como el adolescente enamorado que en realidad era. No pude eludir una cierta melancolía al comprobar el cambio sutil que se había producido entre nosotros. Nos unía ahora un nuevo y fascinante sentimiento de complicidad, pero habíamos perdido el romántico ensueño de dos seres únicos viviendo en un mundo inventado. No siempre es deseable la sinceridad en el amor y me pregunto si no hubiera preferido que Lucía siguiera mintiéndome. Es consolador, no obstante, saber que a uno no lo abandonan y que, al margen de cualquier circunstancia, los sentimientos que ella había despertado en mí quedaban intactos. En mis novelas, Kantor se despide de las mujeres con una sonrisa inequívoca, expresiva de su irrenunciable libertad. Yo tenía aún demasiado presente mi condición de maestro de provincias para no desear volver a verla.

-¿No volveré a verte nunca?

-Nunca, es demasiado tiempo.

-Lucía, por favor, no uses frases de novela.

-¿Por qué? Estoy segura de que volveremos a encontrarnos.

No tuve problemas en el Instituto, estaría de vuelta antes de que empezaran las clases. Fue más difícil despedirme de Braulio.

-Te vas a Madrid a una presentación literaria.

-Eso es.

-Pero te vas con Lucía.

-Bueno, Lucía ya se ha ido. Este es otro asunto.

-¿Cómo que es otro asunto? Te vas con la chica, ¿sí o no?

-No, Braulio. Ella ha vuelto a Madrid, a su vida, y yo, dentro de dos o tres días, regresaré. Tal y como tú habías previsto, es un asunto acabado. Fin.

Durante un rato me miró con fijeza. No recordaba haberlo visto nunca tan serio.

-Así que se acabó, ¿eh? Así que toda tu angustia al carajo. Pues muy bien, hombre, que te diviertas. Que todos tus problemas se resuelvan tan fácilmente.

La voz de la azafata anunció el próximo aterrizaje y los altavoces difundieron música de zarzuela. Dócilmente abroché mi cinturón y puse el respaldo de mi asiento en posición vertical. Ya en tierra, volví a mirar con recelo a mi alrededor. Apparentemente nadie me vigilaba. A través de la megafonía, la salmodia bilingüe anunciaba salidas y llegadas de otros vuelos; personas anónimas portaban maletas, empujaban carricoches o besaban a otras personas. Por primera vez me sentí sólo. Refrené el impulso de renunciar a todo y me dirigí a la parada de taxis. Me asaltó el olvidado calor seco de Madrid y me aturdió la densa riada de vehículos que transitaban por la autopista. Procuré serenarme, encendí un cigarrillo y le ofrecí otro al taxista, que parecía deseoso de entablar conversación. Apenas escuché lo que me decía: estaba empezando a sentir una tensión que no me abandonaría en mucho tiempo.

El hotel Fleming estaba en la zona norte de Madrid. Yo conocía bien la zona, Marta y yo habíamos vivido allí en nuestra primera época, en un pequeño apartamento. Eran tiempos de optimismo y proyectos risueños. Todo estaba cambiado, nuevas torres habían crecido a ambos lados de la Castellana, los árboles parecían sobrevivir con dificultad y los escasos parterres amarilleaban abandonados a su suerte. Sin embargo era la misma ciudad dócil y acogedora de mi infancia; la misma que años más tarde se tornó agobiante y forzó mi huida. Fue como reencontrar a una mujer a la que uno reprocha el paso del tiempo y el olvido de un momento de amor.

Mi reserva en el hotel estaba en regla y, sin más trámite, me dirigí a la habitación. Al cruzar el amplio vestíbulo descubrí el atril que anunciaba, en letras blancas sobre fondo negro, la presentación literaria a las ocho y media. Eran las seis y cuarto, tenía tiempo de sobra. Mientras me duchaba pensé que tener una información secreta archivada en el cerebro, eliminaba las clásicas actitudes de no perder de vista el portafolio o cerrar a cal y canto las habitaciones. Meforcé unos segundos en bucear en mi subconsciente. En vano: no localicé nada nuevo en mis pensamientos, mis recuerdos eran los de siempre. ¿Cuál podría ser la clave? Una frase, una imagen, un objeto, una canción... Debía tratarse de algo lo suficientemente complejo como para evitar que la conexión surgiese por azar. Mi traje azul de verano estaba algo anticuado, pero serviría. Me anudé con evidente falta de práctica una corbata discreta y sacudí el polvo de mis zapatos. Faltaba todavía una hora larga. Conecté el televisor, pero los programas de tarde no lograron interesarme. Intenté enfrascarme en los artículos del periódico que había desdeñado en una primera lectura, pero tampoco pude concentrarme. Consulté de nuevo el reloj y decidí que necesitaba

beber algo. Bajé al hall y elegí uno de los bares con que contaba el hotel. Me instalé en la barra y pedí un gin-tonic, advirtiéndole al camarero que pusiera poca ginebra. Era importante mantener intacta mi capacidad de percepción, por más que durante el coctel con seguridad ingeriría más alcohol. Los minutos empezaron a transcurrir con desesperante lentitud.

BRUSELAS, 8 DE SEPTIEMBRE

Lloviznaba cuando el avión de Londres aterrizó en el aeropuerto de Bruselas. Densos y oscuros nubarrones, asombrosamente cercanos, cubrían el cielo, creando una atmósfera opresiva. El señor Osborne conocía bien el clima, al igual que la ciudad. Un taxi le dejó en un modesto hotel de la parte antigua. Portando un pequeño maletín se dirigió al recepcionista.

-Ah, sí. Señor y señora Osborne.- Como sólo viera una persona, el empleado alzó las cejas interrogativamente.

-La señora Osborne vendrá después.

-Perfectamente, señor. Firme aquí. Su pasaporte, si es tan amable. Todo correcto, señor. Habitación 214.

El señor Osborne dejó el maletín sobre una de las camas y se sentó en la contigua. Descolgó el teléfono y pidió un número. Al cabo de unos segundos se estableció la comunicación.

-¿George? Soy Osborne. ¿Qué tal, viejo amigo? Bien, bien. ¿Qué hay de nuestro asunto? Magnífico, dime cuándo nos vemos. De acuerdo, esta noche a las ocho en "Le faissant d'or". Hasta luego, George.

Colgó el auricular y se quedó ensimismado, tenía mucho tiempo por delante y nada que hacer. Resolvió que daría una vuelta por la Place du Sablon y husmearía entre las antigüedades de sus colegas belgas.

El restaurante se hallaba en una de las calles afluentes a la Grand Place. El señor Osborne encontró agradable deambular por aquellos lugares antes de acudir a la cita. A las ocho en punto entró en "Le faissant d'or" y echó un vistazo a la concurrencia. En una mesa del fondo descubrió la inmensa humanidad de su amigo, que agitaba los brazos como aspas de molino. El señor Osborne se sintió estrujado, besado y desbordado por la

atronadora salutación de George. El tiempo también había pasado por su antiguo compañero, quien parecía querer retener la juventud con manotazos y carcajadas estentóreas. Comieron y bebieron -George abundantemente, el señor Osborne con comedimiento- recordando tiempos pasados. Al término de la cena, el belga cambió de actitud. Bajó la voz, miró con discreción a su alrededor y extrajo un sobre abultado del bolsillo interior de su chaqueta.

-Aquí está todo. Documentación completa a nombre de François Lambert, súbdito belga, financiero; la de su esposa Silvia Flores, de origen ecuatoriano, y la de Jean Paul, el pequeño hijo de ambos. El niño está incluido en el pasaporte de la chica. No te pregunto para qué demonios necesitas una criatura de meses, supongo que como otras veces habrás urdido una cobertura poco común. Pero, ¡mil rayos!, ¿por qué una esposa sudamericana? No ha sido fácil conseguirla.

-¿Dónde está ella? -preguntó el señor Osborne guardándose el sobre.

-Vendrá dentro de quince minutos. Tiene veinticinco años. ¿No es demasiado joven? Vais a formar una pareja un poco extraña.

-He pensado que debería ser así. Voy a ser un cincuentón recién casado con una jovencita, que, a mayor gloria de su virilidad, le ha dado un hijo. Este tipo de cosas suele despertar hilaridad o simpatía, pero nunca suspicacia. Las sospechas, como tú sabes, recaen a menudo en las personas corrientes que tratan de ser demasiado normales para pasar inadvertidas.

-Sí, bueno. Lo más caro ha sido el niño, aunque no difícil. Hoy en día el tráfico o el alquiler de niños es moneda corriente.

-Muy bien, George. Es un buen trabajo. Aquí está lo convenido -dijo el señor Osborne entregándole un paquete

-Me alegro de que volvamos a trabajar juntos. Qué demonio, voy a pedir champán.

La mujer tenía el cabello negro y liso y la tez muy morena, sus labios eran gruesos y la oblicuidad de sus rasgos delataba un lejano mestizaje. El señor Osborne contempló con desaprobación su busto prominente y la deliberada ceñidura de su vestido; habría que corregir algo en ese sentido. Por lo demás, su francés era aceptable y a su evidente desenvoltura unía la no desdeñable condición de ser poco habladora.

-No es usted tan viejo como me habían dicho -comentó al ser presentada.

El señor Osborne respondió con una ligera inclinación de cabeza. El pelo del señor Osborne era totalmente gris y no demasiado abundante, pero su cuerpo era todavía atlético, a pesar de la curva del abdomen, y en conjunto podía resultar atractivo. Entre Silvia y George dieron buena cuenta de la botella de champán -el señor Osborne apenas lo probó- y brindaron por el éxito.

De regreso al hotel la muchacha se mostró muy comunicativa, pero sólo obtuvo respuestas concisas de su acompañante. Ni por un momento pensó el señor Osborne establecer con la ecuatoriana algún tipo de relación fuera de lo estrictamente profesional, y cuando, ya en la habitación, ella comenzó a desvestirse con cierta voluptuosidad, el anticuario le recordó con frialdad para qué había sido contratada y le sugirió que utilizase el cuarto de baño. Comprobó con agrado que la mujer acató sus órdenes sin sentirse rechazada: era la mejor garantía de una relación futura sin problemas. Antes de dormir le instruyó sobre algunos aspectos generales del plan, indicándole cual sería su cometido al día siguiente. Silvia lo memorizó bien y no fue necesario repetirlo. La chica parecía lista y el señor Osborne pensó que su antiguo camarada había hecho una buena elección.

ARTEMISA, MON AMOUR

A las 8,25, después de atravesar un dédalo de corredores, entré en el Salón Primavera. Las paredes del recinto eran de color verde claro y las cortinas blancas con motivos florales: sin duda era el Salón Primavera. Había algunas personas conversando en pequeños grupos. Varios rostros me resultaron conocidos de entrada y luego reconocí a otros. Identifiqué a tres escritores, un pintor, algún político. Me sentía un poco intimidado, pero recordé que contaba con el beneficio del anonimato: el nombre de Alan Parker carecía de significado para tan selecta asistencia. (Para todos menos para uno, pensé). Al fondo de la sala descubrí al autor hablando con Azurmendi, el filósofo de moda, que iba a encargarse de presentar el libro. Me moví de un lado a otro observando a los asistentes, parecían todos muy amigos, hablaban disputándose la palabra y de vez en cuando se interrumpían para palmear la espalda de un recién llegado o besar la mejilla de una recién llegada. La sala se iba llenando y me situé con discreción en un ángulo alejado de la tribuna de oradores. A mi derecha, un hombre gordo y calvo, ataviado con prendas vaqueras, hablaba en susurros con una anciana; delante de mí, un individuo de rasgos orientales revisaba su grabadora; a mi izquierda, un chico joven, casi un adolescente, tomaba notas en un bloc. El resto eran espaldas y cabezas distantes.

Unos golpecitos secos en el micrófono preludieron el inicio del acto y entonces advertí que el muchacho joven me miraba. Me observaba fijamente a través de sus gruesas gafas redondas, y yo me mantuve en silencio mientras me inspeccionaba, actitud no del todo lógica, pero comprensible si uno está allí para ser reconocido. Representaba poco más de veinte años y no era muy alto, tenía una de esas cabezas peculiares que son fáciles de reconocer entre una multitud: su cabello, rubio pajizo, formaba un promontorio enmarañado que aumentaba su estatura medio palmo al menos; sus ojos, de un azul desteñido, parecían enormes tras el espesor de los lentes. Me señaló con el bolígrafo.

-Nos conocemos de...

Hice un gesto ambiguo porque ignoraba qué debía decir.

-De La Gaceta, ¿no? Tú haces la información de La Gaceta -dijo el joven.

-No, no trabajo para esa revista.

-Entonces eres de radio.

-Tampoco. No soy periodista.

-¿Pues de qué te conozco? -El muchacho reflexionó un instante y se encogió de hombros-. Bueno, a lo mejor no te conozco de nada. Con las caras soy un desastre.

Dio por zanjado el asunto y se reintegró a sus notas. A través de los altavoces alguien reclamó silencio.

Habló en primer lugar el editor, elogiando el polifacetismo de Domínguez, la permanente actualidad de sus temas, y le agradeció en nombre del público que, pese a sus innumerables dedicaciones, siguiera produciendo tan excelentes narraciones policiales.

-Comerciales, desde luego -dijo a mi lado el joven rubio, casi en alta voz. Y precisó:- Creo que esta novela es muy floja.

El editor alabó después la audacia del escritor, que en este libro terminaba matando a su protagonista -no descubriría ningún secreto, la obra se anunciaba como la última aventura de Raúl Moncada-; pero al propio tiempo le suplicaba que, a semejanza de algunos ilustres predecesores, buscara en su próxima novela el medio de resucitar al detective. Al finalizar pregunté al muchacho:

-¿No te gustan las novelas de Domínguez?

-No demasiado, la verdad. Son buenos libros, pero malas novelas policíacas. Son demasiado realistas, demasiados problemas sociales. No sé, creo que les falta la candidez de una buena novela policíaca.

Iba a dar mi opinión, pero ya comenzaba el segundo discurso. Inició Azurmendi su intervención con un análisis de los habituales personajes de la serie. De Moncada dijo que era un anti-héroe al que motivan principios que él mismo desconoce o de los que a veces reniega. No faltan otros personajes esenciales en una narración, como el amigo del

protagonista, desvalido pero fiel a ultranza, y la compañera, quien mediante su amor-dependencia por Moncada se autoredime de una profesión que en el fondo detesta.

-No estoy de acuerdo -opinó el muchacho rubio-. A ella le gusta ser puta. Quien se avergüenza en el fondo del personaje es el propio autor. Aunque intente disfrazar su puritanismo con una pretendida comprensión progresista.

Algunos asistentes se movieron inquietos y se volvieron para lanzar miradas de reproche sobre el importuno. El chico, sin inmutarse, continuó anotando cosas en su cuaderno. Sonreí con disimulo; quien quiera que fuese era un tipo divertido. A esas alturas ya había descartado que fuese mi contacto.

Azurmendi exponía la diferencia entre el héroe virginal, como Galahad, que busca la victoria para ofrecérsela a sus semejantes, y el héroe escéptico y desencantado, como Ulises, que persigue el triunfo sobre sí mismo. Así Moncada se inscribía en la segunda categoría de luchadores, para los que la victoria final no supone la glorificación, sino el triunfo de unos valores éticos irrenunciables, ante la indiferencia, cuando no la irritación, de quienes le rodean. Me sumé a los aplausos y miré de reojo a mi crítico vecino, que en esta ocasión no hizo ningún comentario.

Habló por último Domínguez, el autor, que se confesó incapaz de definir a Raúl Moncada como un gallego catalanista o viceversa. En todo caso, esa mezcla dotaba al personaje del vitalismo mediterráneo, por un lado, y de la ancestral desconfianza de las gentes del noroeste, por otro. Atributos que le facultaban para ser buen detective, excelente gourmet y buen fornicador, pero también receloso y solitario.

-Ahora va a resultar que sólo se sabe follar en Cataluña -atacó el rubio de nuevo, y esta vez las miradas de odio se acompañaron de algunos siseos.

Comparó Domínguez a Moncada con una mantis que amenazaba devorar la personalidad literaria de su creador, lo que justificaba su sacrificio. Si Chandler había optado por retirar a Philip Marlowe, sumiéndole en la iniquidad del matrimonio, él apenas podía imaginar a Moncada rodeado de nietos u olvidado de todos en un asilo de ancianos. Sólo la muerte era un final digno, el único que el propio detective hubiera aceptado.

La gente aplaudió mucho, hubo saludos y felicitaciones, y los camareros comenzaron a circular ofreciendo en sus redondas bandejas bebidas y canapés. El muchacho se acercó con un vaso de naranjada en la mano.

-En fin, lo de siempre, ¿no crees?

-No sé, es la primera vez que asisto a un acto de estos.

-Son todos iguales. Tienen poco de literario y mucho de publicidad. Hay que vender el producto.

-Seguramente tienes razón. Sin embargo no comparto tu opinión sobre las novelas de Domínguez.

-Bueno -dijo el chico-, lo que ocurre es que soy un auténtico fanático de la novela policíaca y odio las adulteraciones.

-¿Y qué es para ti una buena novela policíaca?

-No es fácil contestar a eso. Pero en fin, allá va: una novela policíaca debe ser lineal, ingenua, arquetípica y sin embargo humana; inverosímil pero creíble. El lector debe remontar sin escepticismo desarrollos de mayor o menor complejidad y encontrar satisfacción en el desenlace, aunque éste no lo explique absolutamente todo.

Cualquiera podía darse cuenta de que el muchacho estaba encantado de haber encontrado un interlocutor para su tema favorito. Le dejó hablar y disertó durante un rato sobre la narración policial, con notable erudición.

-¿Qué me dices de los novelistas actuales?- pregunté.

-Poca cosa. Quiero decir que se salvan pocos autores. Como te decía, actualmente hay mucha contaminación de sexo y política. Te confesaré algo, ese estilo lineal, ingenuo, sólo lo encuentro ahora en esas novelas baratas, de autores desconocidos sin ambición literaria.

Bruscamente me puse en tensión ante una alusión personal tan cercana. ¿Sería, después de todo...? Debió interpretar mi gesto como de extrañeza y matizó:

-Bueno, hay mucha basura, claro. Encuentras una cosa aprovechable de cada diez o veinte, pero te aseguro que en esos relatos se conserva el auténtico espíritu de la aventura.

-¿Conoces un autor llamado Alan Parker?

-¿Parker? Claro, es uno de mis favoritos. ¿Has leído cosas tuyas?

-Bastantes. Yo soy Alan Parker.

-¿Qué?

Su expresión de asombro no me pareció fingida. Me miraba con los ojos muy abiertos.

-¿Tú eres Alan Parker? ¿El autor de "El enigma del rubí", de "Kantor en peligro", de "La caja de las siete llaves"?

-Así es.

-¡No me digas, es increíble! ¡Alan Parker en persona! Oye, tenemos qué hablar despacio... Pero dime, ¿de dónde sales? ¿Cuál es tu verdadero nombre?- Estaba tan excitado que hablaba en voz muy alta y la gente se volvía a mirar.

-Me llamo Sánchez, Adrián Sánchez.

-Bueno, bueno, es un placer conocerte -me estrechó vigorosamente la mano -. Yo me llamo Tracy.

-¿Tracy?

-Sí, Miguel Alvarez Tracy, mi madre es inglesa. Pero seguro que eres Alan Parker, ¿verdad? Chico, qué hallazgo. Oye, insisto, tenemos que hablar. ¿Cuándo nos podemos reunir?

-No lo sé. En realidad estoy de paso en Madrid y es probable que mañana mismo regrese a mi ciudad.

-¿Podríamos vernos esta noche?

-Lo siento, esta noche tengo un compromiso -contesté. (Al menos esperaba tenerlo).

-Qué mala suerte.-Escribió algo rápidamente en su cuaderno, arrancó la hoja y me la entregó -. En fin, estos son la dirección y el teléfono de mi estudio. Llámame o ven a verme cuando quieras. ¿De acuerdo? Ahora tengo que irme.

-De acuerdo, Tracy.

-No te olvides, ¿eh? -Se alejó empujando a la gente y aún se volvió para decir:- ¡Hasta pronto, Parker!

Doblé el papel y lo guardé complacido. Entendí un poco lo de saborear las mieles del triunfo. Era agradable aquel muchacho tan peculiar. Me hallaba sólo de nuevo y nadie parecía interesarse por mi persona. Eran las diez y la gente comenzaba a abandonar el salón. Caminé despacio entre los grupos sin saber qué hacer. ¿Y si no ocurría nada? La

posibilidad me inquietó, pero no era creíble que todo aquel montaje fuera una farsa. ¿Habría sido interceptado mi contacto? En ese caso mi situación podía ser peligrosa. Sentí la garganta seca y busqué algo de beber.

-Hola, cariño -dijo una voz a mi espalda.

Volví la cabeza sobresaltado y me quedé sin aliento. Era una de esas mujeres imaginarias que uno piensa que no existen en la vida real. Alta, sinuosa, de caderas anchas y ovaladas, cintura estrecha y piernas interminables. Sus pechos, grandes y erguidos, apenas cubiertos por un tenue encaje malva, eran un desafío a la gravedad. Su cara de muñeca antigua tenía la ingenuidad obscena de las pin-up. Un cabello rojizo y ensortijado contorneaba su rostro como una deflagración volcánica. Sus manos de uñas escarlata se apoyaron en mis hombros.

-Soy Artemisa -dijo en un susurro.

-Hola -balbucí.

-Me encanta verte -dijo en alta voz-. Es estupendo que hayas venido. ¿Te ha gustado la presentación?

Su voz era cálida y tenía esa entonación artificial, un poco desdeñosa, de la gente mundana. En mi aturdimiento debí contestar algo sin sentido. Ella sonrió deliciosamente y habló de nuevo en voz baja:

-Sonríe y háblame con normalidad.

Iniciamos así un diálogo disparatado que incluía comentarios de actualidad, referencias a amigos supuestamente comunes y disquisiciones meteorológicas. Artemisa me tomó de un brazo y, sin apresurarse, me condujo a una zona menos concurrida. Nos ofrecieron bebidas, y cuando el camarero se hubo alejado, recuperó el tono confidencial.

-Sigue sonriendo. Todo va bien. ¿Cómo te sientes?

-Muy impresionado -contesté recuperando algo de aplomo.

-He tenido que esperar. No estaba previsto que encontraras un conocido.

-¿Ese chico? No es ningún conocido. Ha sido una coincidencia, porque... Bueno, supongo que ha sido una coincidencia -dije alarmado.

-Bien, no importa. Ahora escucha con atención.- Su forma de hablar había cambiado y sus ojos miraban con agudeza -. Dentro de veinte minutos nos reuniremos en tu habitación. No deben vernos salir juntos. Lo haré yo primero, tú pasea un rato por aquí o tómate una copa en el bar. Pero asegúrate de que nadie te sigue. Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

Negué con la cabeza y la seguí hacia el centro de la reunión. Artemisa prodigó sonrisas y saludos y yo me sentí blanco de muchas miradas. A unos metros de la salida se detuvo y me tomó de ambas manos.

-Adiós, querido. Quiero verte pronto. Adiós.

Frunció los labios y con los ojos cerrados lanzó dos besos al aire en el mejor estilo del viejo Hollywood.

Encendí un cigarrillo y comencé a caminar en círculo. Estaba muy excitado. ¡Entonces todo era cierto: el mensaje, la organización, el contacto! Tenía húmedas las palmas de las manos y me esforcé en reprimir el súbito deseo de salir corriendo. La certeza de que ya era imposible retroceder cayó sobre mí como una losa. Respiré hondo, sólo podía hacer una cosa: seguir adelante. Una vez alcanzada esta conclusión, me sentí mejor. En otras ocasiones, y ante situaciones de igual modo irremediables, me había resultado útil aceptar plenamente mi destino. Ya que sólo había una cosa que hacer, procuraría hacerla bien.

Eché una ojeada al reloj y abandoné el Salón Primavera. Me deslicé con rapidez por los corredores y alcancé el vestíbulo principal. Pedí mi llave en recepción y el empleado me la entregó de forma mecánica. Me dirigí al mismo bar y pedí una ginebra. No tenía una idea clara de cuánto había bebido, pero no me sentía embriagado. Al contrario, estaba ansioso, con todos mis sentidos alerta, preparado para la acción. Calabor había dicho que acontecimientos aparentemente banales me harían sentir la emoción de la aventura. Tenía razón. Mi impresión no era la de ser un tipo ignorado por los escasos clientes del bar. Eran ellos, seres insignificantes, los que ignoraban la difícil misión que me había sido encomendada. Misión que, por otra parte, empezaba a tener alicientes inesperados, como aquella mujer, Artemisa. Nunca pensé que las aventureras pudieran ser como yo las describía en mis novelas; es más, nunca pensé que existieran realmente aventureras.

Pero allí había una, exuberante y espléndida, con la que en pocos minutos iba a reunirme a solas. Tampoco quería hacerme excesivas ilusiones. Era probable que Artemisa obtuviese de mí la información de manera inmediata y luego desapareciese de mi vida tan súbitamente como había llegado. En estas reflexiones el tiempo transcurrió con rapidez. Pagué y me dirigí a los ascensores.

Cuatro o cinco personas subieron conmigo, pero sólo yo descendí en el cuarto piso, Ante la habitación 4011 vacilé un momento. Miré a derecha e izquierda sin ver a nadie. El pasillo estaba desierto. Introduje mi llave y la hice girar con un movimiento rápido. La puerta se abrió sin dificultad. Entré en la habitación y cerré con suavidad. La estancia estaba débilmente iluminada, la única luz provenía del cuarto de baño, a través de la puerta semiabierta. Sonaba una música lejana, ilocalizable, y había en el aire un perfume agresivo que identifiqué con el perfume de Artemisa. No percibí ningún sonido, ni descubrí a nadie dentro de mi campo de visión.

-¿Artemisa? -llamé, pero la voz se me enredó en la garganta y resultó inaudible. Carraspeé y repetí:- ¿Artemisa?

La puerta del baño se abrió del todo y en el umbral se recortó la silueta desnuda de Artemisa. Cerré los ojos y los volví a abrir: no era una ilusión, Artemisa seguía allí y estaba totalmente desnuda, por más que mi incrédulo cerebro se resistiera a aceptarlo. Avanzó hacia mí con lentitud, sus brazos oscilaban a lo largo del cuerpo y hacían tintinear los brazaletes que constituían su única vestimenta. Mi mirada acarició la curva interminable de sus caderas, el leve triángulo cobrizo de su sexo, el volumen mayestático de sus senos. Sentí que las piernas me flaqueaban. Ella se detuvo a escasos centímetros de mi cuerpo y la intensidad de su perfume me hizo respirar con dificultad.

-Hola, amor -susurró.

Muy despacio enroscó sus brazos en torno a mi cuello y oprimió su cuerpo contra el mío. La elástica presión de sus pechos y el contacto cálido de su vientre me estremecieron. Estaba paralizado, inmóvil, pero cuando comenzó a aflojarme la corbata, salí de mi ensimismamiento y la abracé con precipitación. Sus labios se deslizaron sabiamente por mi rostro; muy cerca de mi oído, musitó:

-Esta es la mejor manera de justificar que estén juntos un hombre y una mujer.

Borrosamente comprendí que en efecto era una buena estrategia. Nada tenía yo que objetar y me sumí en la ardiente suavidad del cuerpo de Artemisa.

La columna de humo gris del cigarrillo se elevaba recta hasta una determinada altura donde era desintegrada por la turbulencia del aire acondicionado. Fugazmente recordé a Lucía aunque no eran experiencias comparables. Nada había en común entre la forma desenfadada de hacer el amor de Lucía y el sofisticado arte amatorio de Artemisa. Sin duda las cosas habían cambiado de manera drástica en mi vida, en menos de quince días había amado a dos mujeres fuera de lo común. No estaba mal para un escritor de tercera fila. Con cierta indolencia consideré qué nuevas experiencias podía depararme el plan de Calabor.

Me volví para contemplar la espléndida desnudez de Artemisa. Ella sonrió, y su sonrisa revelaba condescendencia, cierta profesionalidad, tal vez.

-Te has tomado muy en serio tu papel -dijo.

-¿Crees que alguien puede estar vigilándonos ahora mismo? -pregunté.

-No lo creo, pero sería excitante que fuera así, ¿no te parece?

-No sé qué decirte. Creo que no estoy preparado para ese tipo de exhibiciones.

Artemisa se echó a reír.

-De lo que estoy segura es de que no te ha resultado desagradable la estrategia.

-Por cierto que no - contesté con ardor y me acerqué a ella con un deseo que empezaba a renacer. Artemisa me contuvo sin brusquedad.

-Me apetece beber algo. ¿Quieres preparármelo? Hay whisky en la mesa.

En efecto, sobre la mesa había una botella, dos vasos y un cubo con hielo.

-Esto no estaba aquí antes.

-Encargué que lo subieran antes de que tú llegaras.

Preparé un whisky, se lo tendí a Artemisa y volví a la cama.

-¿Tú no bebes?

-No. Hoy ya he bebido bastante. Además el whisky nunca me ha gustado.

-Lo siento -dijo Artemisa después de beber un trago largo-. Nadie me proporcionó esa información.

-Lo que prueba que no estáis tan bien organizados. Por cierto... Bien, se supone que no debo hacer preguntas, pero ¿puedo saber cuándo y cómo recibirás mi mensaje? O quizás ya te lo he transmitido sin darme cuenta.

-No. Esto es sólo un primer contacto -sonrió Artemisa-. Pero no te preocupes, todo va bien.

Reconozco que estaba un poco decepcionado, me sentía como un niño al que en todo momento se le dice lo que ha de hacer sin explicarle nada. Todos parecían estar al cabo de la calle, preparados para conocer cosas terribles que yo ni siquiera podía imaginar.

-¿Cuántos años tienes, Artemisa?

-¿Siempre preguntas la edad a las mujeres que se acuestan contigo?

-No, perdona, no he querido...

-Tengo 25 años. ¿Qué más quieres saber?

-¿Cuánto tiempo hace que estás metida en esto?

-Algún tiempo -dijo ella con cautela.

-¿Te gusta lo que haces?

-¿Quieres decir que si me gusta acostarme con desconocidos?

-No era eso lo que yo quería decir. Perdóname otra vez.

-Sé lo que querías decir -había en su entonación una cierta desesperanza-, pero también imagino lo que piensas. Bueno, en el fondo todo es lo mismo. Hacer el amor contigo forma parte de mi trabajo.

-Debo parecerte un ingenuo.

-Ojalá todos fuéramos un poco más ingenuos.- Bebió hasta el final su whisky y se aproximó a mí -. Ahora, como tú dices, no es momento de hacer preguntas.

DEMASIADO PARA SANCHEZ

Desperté sobresaltado, cubierto de sudor, dominado por una violenta sensación de alarma. Una luz grisácea se filtraba en la habitación a través de las cortinas. Mecánicamente miré la hora: eran las seis. Poco a poco el torbellino de mi mente se apaciguó y mis latidos se normalizaron. Sin duda había tenido una pesadilla. Me volví hacia la izquierda para asegurarme que Artemisa seguía dormida y descubrí la cama vacía. Palpé desconcertado las sábanas y encendí la luz, pero no vi a nadie: el cuarto estaba vacío. Retornó la sensación de alarma y la llamé en voz baja, después elevé la voz. Nadie contestó a mi llamada. De pronto pensé en el cuarto de baño. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me levanté y empujé la puerta, la luz estaba apagada y no se oía ruido alguno. Con el corazón encogido pulsé el interruptor. Me costó trabajo reconocerla: su hermoso cuerpo yacía inmóvil en el suelo, estaba boca abajo, con la cintura rotada y las piernas abiertas en un ángulo imposible, un brazo se engarfiaba inútilmente en la bañera. Me quedé quieto, aturdido, con la mente en blanco. ¿Qué estaba pasando? Una idea asombrosa se abrió camino sobre las demás: Artemisa estaba muerta. Durante un tiempo sólo pude repetir mentalmente esa conclusión. ¿Pero qué había sucedido? Artemisa estaba muerta y yo estaba allí, aterrorizado, despavorido, y no acababa de entender por qué estaba allí. Yo tenía que estar lejos, junto al mar. Era todo una broma, una broma estúpida.

Hice un esfuerzo y me arrodillé y palpé su muñeca sin percibir ningún latido. Pero yo ya sabía que estaba muerta, lo supe al verla. Su cuerpo estaba aún caliente, pero sus ojos abiertos estaban aterrorizantemente inmóviles. Entonces descubrí las manchas: había restos de vómito en el suelo, en el lavabo, en el baño; su olor acre, inadvertido hasta ese momento, me produjo náuseas. Me incorporé y salí tambaleándome del cuarto de baño. Me apoyé en la pared e intenté pensar, tenía que serenarme y pensar con frialdad. Respiré hondo varias veces y me sentí un poco mejor. La náusea había desaparecido, pero quedaba el miedo; un miedo inmenso que me impedía razonar. De golpe comprendí por qué tenía miedo: estaba seguro de que la muerte de Artemisa había sido provocada, en ningún momento pensé en una causa natural: la habían asesinado, esa era la

espantosa verdad. La habían asesinado para interferir el mensaje. Empecé a preguntarme cómo había sucedido y la botella de whisky atrajo mi atención. A pesar de la tensión, debía funcionar mi mentalidad de novelista porque enseguida supe cuál era la respuesta: habían envenenado el whisky. Por eso Artemisa había vomitado antes de morir. Me acerqué a la mesa y olfateé la botella sin percibir ningún olor especial, tampoco en el vaso encontré nada sospechoso. Daba igual, era seguro que aquel había sido el procedimiento. Pero si el whisky estaba envenenado, *yo podía haber bebido también de la botella*. Esa certeza hizo que mis piernas volvieran a flaquear y tuve que buscar asiento. ¡Habían tratado de matarme a mí también!

Con desesperación hice un esfuerzo por controlarme, era preciso actuar, aunque no sabía con exactitud qué hacer. Puede que en algún momento pensase en llamar a la policía, pero mi mente era un caos y, poco a poco, se adueñaba de mí una sola idea: huir. En vano me repetía que el asesino debía estar ya lejos y nada me amenazaba de manera inmediata, pero no podía dejar de pensar que a pocos metros de mí había un cadáver. Imaginé lo que sucedería si la policía me encontraba allí. Estaba en una habitación de hotel con una mujer muerta y resultaba obvio que habíamos dormido juntos. Muchas personas podrían atestiguar que nos habíamos encontrado la tarde anterior en la velada literaria. ¿Qué pensaría la policía? Yo sería el principal sospechoso, aunque no hubiese un móvil aparente. Se inventarían que era un maníaco sexual o algo parecido. ¿Y qué podría decir en mi defensa? Cuando me preguntaran qué hacía yo allí, cuál era la razón de mi viaje a Madrid, cómo había conocido a Artemisa, ¿qué podría responder? ¿Contaría las increíbles circunstancias que habían motivado mi viaje? ¿Les hablaría de un hombre con un ojo de cristal, de mensajes subliminales, de organizaciones secretas? No, nunca me creerían. Me tomarían por un loco o, lo que es peor, pensarían que me burlaba.

Advertí que estaba desnudo, lo cual hizo que me sintiera aún más desvalido. Me vestí con precipitación y guardé mis cosas en el maletín. Anduve sin sentido de un lado a otro sin decidirme a salir y mi mirada tropezó con un objeto no familiar caído en el suelo. Era el bolso de noche de Artemisa. Lo abrí y volqué el contenido sobre la mesa. Había un pañuelo, llaves, una barra de labios, algunos billetes prendidos con una pinza de oro y una pequeña agenda. Sin pensarlo dos veces me guardé la agenda y devolví el resto de las cosas al interior del bolso. Algún oscuro impulso necrofílico me impulsó a entrar de nuevo en el cuarto de baño. Contemplé absorto el cuerpo de Artemisa y evoqué los momentos de placer de la noche anterior hasta que la urgencia me apremió. Antes de

abandonar la habitación tuve un atisbo del futuro: mis huellas dactilares impresas por todas partes, mi nombre inscrito en el registro del hotel... Pero ya pensaría en todo eso más tarde. Ahora era preciso salir.

Con la mano en el pomo de la puerta me volví a mirar la estancia: buscaba algo sin saber o quizás una fuerza desconocida me obligaba a permanecer allí. Abrí la puerta de un tirón y me asomé al exterior. Estaba vacío y en silencio. Cerré la puerta tras de mí y sentí que se desvanecía el horror; todos mis sentidos, todos mis resortes mentales, convergían de pronto en un único y preciso objetivo: escapar. Avancé con celeridad, confiando en que la gruesa moqueta absorbería el ruido de mis pasos. Dudé entre utilizar el ascensor o la escalera y descarté esto último: siempre sería sospechoso que alguien me viera hacer uso de esa vía. Tenía que evitar, en cualquier caso, ser visto por el personal de recepción, de modo que debía descartar la salida por la puerta principal. Una alternativa era escapar por la cafetería, que tenía acceso directo a la calle, pero dado lo temprano de la hora estaría cerrada con seguridad. Tuve una súbita inspiración y pulsé el botón del aparcamiento. El ascensor se desplazó con suavidad y al cabo de unos segundos la doble puerta se abrió silenciosamente. Estaba en el rellano de una escalera de servicio; una puerta metálica pintada de rojo indicaba el acceso al garaje. Tiré de ella y se abrió sin dificultad. Respiré hondo y avancé con resolución entre los coches sin encontrar a nadie. Fácilmente localicé una salida de peatones, ascendí rápido por la escalerilla y me encontré en el exterior.

El rumor de la mañana fue como un bálsamo. Algunos pájaros piaban, se oía el rechinar de los primeros autobuses y el crujido triturador de un camión de basura. El aire era fresco y de lejos me llegó el tañido de una campana. Tuve la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Por un momento me sentí desorientado, luego reconocí donde me hallaba y me encaminé a paso vivo hacia la Castellana.

Caminé rápido, alejándome del hotel, pero enseguida comprendí que no me alejaba lo bastante deprisa, de modo que, sin pararme demasiado a pensar, subí al primer autobús que pasó y me mezclé con los somnolientos pasajeros. Me dejé caer en un asiento y traté de examinar con frialdad mi situación: enseguida comprendí que era desesperada. Me había dominado el pánico y mi actuación había sido irracional; había sido una torpeza escapar, nadie tendría duda de mi culpabilidad. La policía no tardaría en conocer mi identidad y ordenaría mi búsqueda y captura; cuando esto sucediera -no sabía

cuanto tiempo tardarían en encontrarme, pero antes o después lo conseguirían-, estaría irremisiblemente perdido. Todas las explicaciones que pudiera aducir en mi defensa sonarían tan falsas, tan fantásticas, que más valía no pensar en ello. Y si de cualquier forma me iban a atrapar, ¿no sería mejor entregarme? ¿Por qué había huido? Le di vueltas a una idea: desde luego había escapado presa del pánico, pero acaso no era ésa la única razón. Confusamente entreví otra explicación: que yo despertase junto a un cadáver podía haber estado dispuesto de antemano por los asesinos de Artemisa; también podía haber muerto si hubiera ingerido el whisky envenenado (aunque lo del veneno era, por el momento, una suposición). Ambas alternativas debían estar previstas: si bebía, moría, si no, sería el principal sospechoso de un crimen. Y si este era el plan de los asesinos, que yo desapareciera perturbaba de algún modo sus planes.

Mis cavilaciones se vieron interrumpidas por una urgente necesidad de orinar. Descendí del autobús en la primera parada y anduve hasta encontrar un bar. Pedí un café y un bocadillo y pregunté por los servicios; satisfecha mi necesidad consumí el desayuno con un apetito voraz. No había advertido hasta entonces que estaba hambriento. En un espejo contemplé sobresaltado mi aspecto: sin afeitado, pálido y ojoso, descubrí que había olvidado la corbata en el hotel. El hallazgo me desalentó, aunque, bien mirado, la policía no iba a necesitar muchas pistas para saber quién era yo. Pensé en el revuelo que iba a organizarse en el pueblo si me buscaban allí. Aunque consiguiese demostrar mi inocencia, el escándalo en una comunidad tan reducida sería enorme; mi reputación quedaría destruida para siempre. ¿Qué pensaría Braulio? ¿Debería llamarle y ponerle al tanto de la situación? La cuestión era que no podía estar huyendo indefinidamente, a algún sitio tendría que ir. Necesitaba ayuda y pasé revista a los antiguos amigos de Madrid, pero ninguno me pareció adecuado.

Al sacar la cartera para pagar, un papel doblado cayó al suelo. Lo recogí y lo desplegué para ver de qué se trataba. Era la nota que me había dado aquel muchacho tan raro, Tracy, la noche anterior. Contemplé el papel unos instantes y tuve una corazonada. ¿Por qué no? Tal vez fuera la persona adecuada. Me dirigí al teléfono e introduje varias monedas. Pasó más de un minuto antes de que alguien contestara.

-¿Sí? -preguntó una voz ronca.

-¿Puedo hablar con Tracy?

-Soy yo. ¿Quién llama?

-Soy Adrián Sánchez, anoche...

-¿Quién?

-¡Soy Alan Parker! -grité.

Se oyó un estrépito que interpreté como la caída del teléfono.

-¡Alan Parker! Un momento... Caramba, son las siete y media de la mañana.
¿Siempre llamas a estas horas, Parker?

-Lo siento, es una emergencia. ¿Podría verte lo antes posible?

-¿Una emergencia? -su voz denotó interés -. Sí, claro, por supuesto. Bueno, ya sabes donde vivo. Ven ahora mismo.

Colgué el teléfono pensativo. Puede que mi actuación hubiera sido impremeditada, pero no perdía nada por intentarlo.

Tracy vivía en un edificio antiguo del Paseo de Rosales. El vecino Parque del Oeste me trajo recuerdos de mis tiempos de Universidad. Subí hasta el ático en un ascensor de madera, con espejos, y banqueta de terciopelo rojo desgastado. Un corto tramo de escalera me condujo hasta la buhardilla de Tracy. El muchacho estaba aún en pijama y en el interior olía a café recién hecho. Se entraba directamente a una espaciosa habitación de contorno irregular. El techo descendía oblicuamente de izquierda a derecha y en su parte media se abría un amplio ventanal por el que penetraba un raudal de luz. La pared opuesta a la entrada se truncaba en un breve chaflán y había en ella una ventana oval desde la que se divisaba la arboleda del parque. Había en un rincón una pequeña cocina donde burbujeaba una cafetera; una cortina sugería el paso a otra habitación. Observé estanterías llenas de libros, butacas desparejas, un largo sofá forrado de lona, una pesada mesa de oficina, con cajones a ambos lados, y sillas diversas. Las paredes estaban decoradas con posters, fotos, carteles de películas y algún cuadro; en el suelo se amontonaban papeles y libros. Todo era anárquico, sin la menor traza de armonía, pero resultaba acogedor.

Tracy llenó dos tazas de café y me invitó a sentarme. Tras una breve indecisión me decidí por el sofá y me hundí en un asiento de muelles deteriorados.

-Muy bien, Parker. Te escucho -dijo Tracy.

Le miré sin saber qué decir ni por dónde empezar. Había decidido en un arrebato confiar en Tracy y ahora estaba indeciso. Lo único que sabía del muchacho era su pasión por la literatura policial y que, curiosamente, leía mis novelas, pero no tenía ninguna seguridad de que pudiera ayudarme. Yo necesitaba confiarme a alguien, relatar mi disparatada historia, pero más que eso necesitaba ayuda, o la iba a necesitar en un futuro muy inmediato. Pensé que, a fin de cuentas, mucho no podía empeorar mi situación por hablar con Tracy, así que me acomodé como pude en el destartado sofá y le conté todo desde el principio.

Tracy me escuchó casi sin pestañear, sólo me interrumpió para precisar algún dato. Al terminar quedó silencioso, mirándome con expresión grave. Tomó la cafetera y se sirvió más café.

-Una cosa está clara: no debes entregarte -dijo al fin.

-¿Entonces me crees?

-¿Y por qué no habría de creerte? -Su semblante permanecía serio y sus ojos miopes reflejaban asombro.

-Bueno, no sé, te he contado una historia absurda y...

-Completamente absurda, sí -me interrumpió-. Es una historia fantástica, rocambolesca, inadmisible; pero es más que eso, es apasionante.

-Sí, es posible. Pero preferiría que fuera menos apasionante y tuviera alguna solución. ¿Te das cuenta del lío en que estoy metido? Y por desgracia no hay nada que hacer.

-En eso te equivocas, Parker. Hay muchas cosas que hacer, y la última es acudir a la policía.- Le miré con escepticismo sin decir nada. Tracy continuó -: De acuerdo, de acuerdo, acabas de pasar un mal trago, sé como te sientes, pero no te precipites. Lo primero que hay que hacer es analizar la situación, ¿no te parece? Igual que en una novela de misterio. Porque aquí hay un misterio, de eso no hay duda. Este es un asunto complejo. Así que vamos a examinar con calma el problema. Tú sabes muy bien cómo se hacen estas cosas, Parker.

Quise aclarar que no se trataba de ninguna novela, pero el entusiasmo de Tracy resultaba estimulante.

-Muy bien. Adelante.

-Primero te diré por qué entregarte no resuelve nada, en mi opinión. Para empezar te retendrán un tiempo indefinido, tendrás que buscar un abogado y te costará conseguir la libertad provisional. Todo dependerá de que te crean o no. Si no te creen, te procesarán y, en el mejor de los casos, pasarás bastante tiempo encerrado. Luego hay que ver si deciden investigar el caso y consiguen descubrir un culpable, cosa difícil si como parece hay gente gorda metida en esto. En los periódicos hay todos los días noticias de asesinatos y desapariciones, relacionados con oscuras tramas internacionales, que nunca llegan a resolverse. Ahora bien, en este caso la policía lo tiene fácil: hay un virtual culpable, una víctima propiciatoria. Es posible que no consigan probar de manera incuestionable tu culpabilidad, pero tú tampoco puedes demostrar, sin ningún género de dudas, que eres inocente. De modo que con pruebas circunstanciales te pueden condenar a unos años de cárcel y dar carpetazo al asunto.

-Puede que tengas razón -comenté. (El análisis me había parecido realista) -. Así que en el fondo da igual que me cojan o me entregue; el resultado es el mismo.

-No, no. Ni mucho menos -rebatí el muchacho-. Hay una diferencia esencial: todavía no te han cogido, y eso significa tiempo. Vamos a ver, ¿a qué hora limpian las habitaciones en los hoteles? Sobre las doce, ¿no? Más o menos. Así que no descubrirán el cadáver hasta mediodía; luego vendrán los trámites forenses y judiciales, después el examen de los datos, tu identificación, etc. Hay mucha burocracia en estas cosas y no creo que antes de cinco o seis horas se ordene tu búsqueda. El tiempo que tarden en encontrarte puede ser muy variable. Nadie sabe que estás aquí, nadie te relaciona conmigo. Todo eso significa tiempo.

-Pero tiempo, ¿para qué?

-Para encontrar a los asesinos de Artemisa -dijo Tracy muy serio.

Me quedé sin habla. Luego pensé que Tracy se burlaba de mí.

-Perdón, ¿cómo dices?

-Que tenemos que encontrar a los asesinos de Artemisa. Es la única solución.

-¿Estás hablando en serio? -pregunté sin salir de mi asombro.

-Completamente en serio.

-Oye, Tracy -dije con creciente irritación -. Te agradezco tu hospitalidad, has sido muy amable escuchándome... Pero esto no es un juego, ¿comprendes?

-¡Sí lo es! -replicó el muchacho con firmeza-. Es un juego de muy alto nivel en el que, por ahora, nosotros no jugamos. Pero vamos a empezar a hacerlo.

-Pero... ¡esto es ridículo! Perdona, quiero decir... Me propones seriamente buscar a los asesinos... ¡Pero eso es una locura! Esa gente es peligrosa, ya ha matado una vez y puede volver a hacerlo. ¿Y tú quieres jugar a detectives? Mira, yo no soy un detective, soy sólo un escritor mediocre. Y bastante asustadizo. Además, ¿qué podríamos hacer nosotros solos? ¿Por dónde empezar?

-De momento somos dos, pero se unirán unos amigos míos.

-¿Unos amigos? No, mira, olvídalos. En serio, Tracy. Vamos a olvidar este asunto.

-¡Vamos, vamos, Parker, no me decepciones! ¡Tú eres un creador, eres el famoso novelista Alan Parker! ¿Dónde está el nervio que se aprecia en tus libros? ¿No comprendes que esta es una ocasión única? Hay una historia fantástica, un misterio apasionante, y no es una novela, ¡es real! Eso quiere decir que podemos participar. Querías vivir una aventura, ¿no? Bueno, pues aquí la tienes.

-Pero el riesgo...

-¡Joder, con el riesgo! Todo tiene riesgo. Pero no somos imbéciles. Tenemos capacidad de maniobra, ya lo verás. Hay muchas cosas que podemos hacer.

Miré con desconcierto a Tracy. Tal vez, dentro de aquella serie de acontecimientos insólitos, su proposición no era del todo incoherente. Era una locura, desde luego, pero ¿algo no lo había sido hasta entonces? Me levanté decidido a encontrar un asiento más confortable y paseé por la habitación. El muchacho esperaba mi decisión. ¿Estaría Tracy en lo cierto? ¿Sería realmente lo que me proponía mi única alternativa? Calabor había dicho: si ocurre algo imprevisto, actúe con sentido común. ¿Dónde estaba allí el sentido común? ¡Maldito Calabor, buena me la había jugado! En poco tiempo había pasado de tener una existencia placentera y ordenada, a estar reclamado por asesinato y dispuesto a secundar los delirios detectivescos de un joven paranoico.

Me aposenté en una sobria silla de madera y encendí un cigarrillo.

-En fin, no me comprometo a nada, pero estoy dispuesto a escucharte. Explícame tu plan.

-Muy bien. Lo primero es establecer una hipótesis de trabajo -comenzó Tracy-. Existe una organización, que llamaremos A, que te contrata para transmitir una información secreta, pero teme que esa información pueda ser interceptada por otra organización, que llamaremos B. Consigues enlazar con tu contacto, pero lo eliminan antes de que puedas comunicarle tu mensaje. ¿Quién puede haber asesinado a Artemisa? Lo más lógico es suponer que haya sido la organización B, aunque no se pueden descartar otras posibilidades: por ejemplo, que haya sido la misma organización A, por motivos que desconocemos; o una tercera organización, o un loco, o la policía. Pero sin duda la primera hipótesis es la más consistente, y es verosímil considerar que el plan original incluía también tu eliminación. ¿Qué ocurre ahora? Que tú estás vivo y libre, y sigues siendo portador de un mensaje valioso para ambas organizaciones. Es decir, tienes algo que vender. Y si puedes vender algo, puedes negociar. Esa es la clave de lo que podemos hacer: negociar.

-Hay una cierta lógica en tu teoría -admití -. ¿Pero cómo vamos a negociar? ¿Con quién, si desconocemos dónde se ocultan unos y otros?

-Pienso que serán ellos los que tratarán de localizarte. Otra cosa no tendría sentido.

-Bueno, si me encuentran los A, no será demasiado malo, espero. ¿Pero qué ocurrirá si me encuentran antes los B o la policía?

-Si te encuentra la policía ya sabemos lo que va a pasar. Si son los otros... es difícil predecirlo. Puede que les interese la información que tú posees, o puede que esperen a que te atrape la policía.

-O pueden intentar matarme otra vez.

-Sí, no lo niego. Pero ésa es una posibilidad que existirá siempre, hagas lo que hagas.

-Total, que lo que me propones es que salga a la calle gritando: ¡Eh, oigan, soy Adrián Sánchez y tengo un mensaje para el mejor postor!

Tracy movió negativamente la cabeza sin perder la calma.

-No nada de eso. Lo principal es preservar tu integridad. Hay otras formas de hacerlo.

-Sí, bueno, perdona. Ha sido una salida de tono. Continúa, por favor.

-No. Estás cansado y creo que te sentará bien una ducha. El baño está ahí dentro. Voy a llamar a mis amigos y seguimos después.

Tracy tenía razón. El agua tibia relajó mis músculos y apaciguó mi mente. Estuve un buen rato bajo la ducha sin pensar en nada, me afeité y me puse ropa limpia. Cuando salí ya habían llegado los amigos de Tracy.

LA BANDA DE LOS CUATRO

Eran tan jóvenes como Tracy y me observaban como a un fenómeno de feria. Tracy me dijo sus nombres. Jaime era un chico alto y flaco, de nariz larga y ojos desdeñosos; su mirada estaba fija en mí, pero sus pensamientos parecían estar en otra parte. Despertó en mí una instintiva hostilidad. Los ojos de Itciar estaban brillantes de excitación; no era guapa, su cuerpo era desgarrado y sus facciones angulosas, pero su sonrisa tenía un cierto atractivo; me causó mejor impresión. El tercer muchacho se llamaba Daniel y su aspecto era menos espiritual que el de sus amigos; era un gordito sonrosado y escaso de talla, que acaso me miraba con más calidez que los otros; instintivamente decanté hacia él mis simpatías. Tracy me pidió que repitiera la exposición de los hechos, así que repetí con todo detalle mi historia y esperé con paciencia el veredicto de los muchachos.

-Bueno, ¿qué os parece? -habló Tracy en primer lugar.

-Es una buena historia -dijo Itciar.

Los otros no hicieron comentarios.

-Le he dicho a Adrián que puede contar con nuestra ayuda -añadió Tracy y los demás asintieron -. Muy bien, entonces empecemos. Mi idea inicial es que hay que descubrir a los asesinos de Artemisa. Para ello sería bueno contar con la colaboración de los mismos que contrataron a Adrián, o sea la organización A. Por tanto, nuestro primer objetivo podría ser establecer contacto con ellos. Es verosímil pensar que deben estar interesados en que se produzca el contacto, puesto que el mensaje no ha sido transmitido.

-Temo que no sea tan sencillo -dije-. Muerta Artemisa, no creo que exista nadie capaz de descifrar el mensaje. Calabor dijo con claridad que sólo Artemisa y él conocerían la clave.

-Busquemos entonces a Calabor -sugirió Jaime.

-No quisiera resultar pesimista, pero eso va ser también muy difícil. Él dijo que si fallaba algo me olvidara de la misión. Creo que sólo contaban con esta oportunidad, y al fracasar, es posible que se desentiendan del asunto.

-O sea -dijo Daniel-, que a los A, en el fondo, casi les viene bien que te carguen el muerto.

-Eso parece.

-Lo mismo digo de los adversarios. Estarán encantados de que te busque la policía -añadió Daniel y yo asentí sin hablar.

-No están muy bien las cosas -dijo Itciar.

-Un momento, un momento -intervino Tracy-. No tiremos la toalla tan pronto. Insisto en que Adrián tiene algo que vender y hay que jugar con eso.

-Estoy de acuerdo contigo, Tracy, pero me parece que no nos va ser fácil comunicarnos con personajes misteriosos o con sociedades secretas -dijo Jaime-. Se me ocurre una cosa: hay una mujer muerta, eso es un hecho, una mujer llamada Artemisa que al parecer era bastante conocida socialmente. Podríamos investigar su vida, sus relaciones, sus amigos. Podríamos empezar a hacer preguntas por ahí a ver qué pasa. A lo mejor alguien se pone nervioso

-Es una buena idea -admitió Tracy.

-¡Un momento! -exclamé saltando de mi asiento-. Tengo algo que nos puede ayudar.

Corrí a la habitación contigua y rebusqué en los bolsillos de mi chaqueta hasta dar con la agenda de Artemisa. Se la mostré a los muchachos y expliqué cómo había llegado a mi poder. Tracy me la arrebató e hizo correr las páginas.

-¡Bravo, Parker! Está llena de nombres y teléfonos. Esto es un hallazgo. Vamos a ver..., sí, aquí está: Julia Galván Díaz. Este debe ser el verdadero nombre de Artemisa. Y también figura su dirección.

La agenda pasó de unas manos a otras, hasta que Tracy la recuperó.

-Procedamos con método -dijo revisando el librito -. Hay direcciones y teléfonos, pero también hay anotaciones en las páginas finales. Hombre, qué curioso.

-¿Qué has encontrado? -preguntó Itciar mirando por encima del hombro de Tracy.

-Hay escritos unos versos.

-Venga, Tracy, léelos.

Tracy leyó despacio el siguiente poema:

*Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,
le vio la tarde pálida, le vio la noche fría
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.*

-¿Qué puede significar? -preguntó Itciar.

-¿Por qué tiene que significar algo? -dijo Daniel - No saquemos las cosas de quicio, por favor. No empecemos a ver mensajes secretos en cada línea. Mira, aquí otra nota que dice algo de la peluquería.

-Sin embargo, yo pienso como Itciar -dijo Tracy -. ¿A ti qué te parece, Adrián?

-Bueno, lo único que puedo decir es que esos versos son de Rubén Darío.

-¿Estás seguro?

-Segurísimo. Yo enseño literatura, no lo olvides.

-Hay más cosas curiosas -intervino Jaime -. Escuchad esto. Está en la página siguiente: Amigos de la Música Barroca. 9 de septiembre.17,30 horas.

-Es hoy. Hoy es nueve -dijo Itciar.

-¿Alguien sabe quiénes son los Amigos de la Música Barroca?

-Ni idea.

-Lo más intrigante es que las dos notas parecen relacionadas. O por lo menos fueron escritas al mismo tiempo -aseguró Jaime.

-¿Por qué? -pregunté sorprendido.

-Mirad -Jaime mostró la agenda -. Tanto el poema como lo del Barroco, están escritos con el mismo bolígrafo y apresuradamente. Hay otras notas, la peluquería, el coche, etc; en ellas la escritura es más regular y el color de la tinta varía de unas a otras. No sé si se puede concluir que los versos y la cita estén relacionados, pero sin duda Artemisa escribió ambas cosas en el mismo momento.

-Vaya, eso sí es interesante -reconoció Daniel.

-¿Qué te decía yo? -dijo Itciar.

-Un momento -dijo Jaime -. Tracy, ¿tienes El Diario de ayer?

-Sí, debe estar en aquel montón.

Jaime encontró el periódico, lo hojeó unos instantes y luego lo abrió por las últimas páginas. Había un pequeño recuadro, entre otros anuncios, en el que podía leerse:

Amigos de la Música Barroca. Reunión informativa. 9 de septiembre. Santa Clara, 15.
Levanté la cabeza y miré a Jaime con cierto respeto.

-Tienes buena memoria, muchacho -dije.

-Sabía que había leído eso en alguna parte.

-Son demasiadas coincidencias -dijo Tracy después de unos instantes de reflexión.

-Y las coincidencias no existen -comenté yo, pero nadie dijo nada.

-Muy bien -volvió a tomar el mando Tracy -, vamos a ver lo que tenemos. Sabemos el nombre y el domicilio de Artemisa; si seguimos el plan de Jaime, y creo que es el mejor, alguien debería investigar por ese lado, y pronto, antes de que lo haga la policía. Luego hay una serie de teléfonos a los que se puede llamar y hacer preguntas. Por último están las notas; vamos a dejar los versos aparte, por el momento, pero la otra nota es una cita para hoy mismo. Todo parece indicar que Artemisa pensaba acudir. Si ella no lo va a hacer, por razones evidentes, ¿por qué no acudimos nosotros?

-Puede ser peligroso -dije.

-Hombre, peligroso es todo lo que pensamos hacer -dijo Jaime -. Pero estos tipos del Barroco han hecho una convocatoria pública. Cualquiera puede sentirse interesado por el asunto, ¿no te parece?

-Perfecto -Tracy no me dejó contestar-. Ahora más vale que nos demos prisa. Itciar, tú y Jaime podéis ir a la casa de Artemisa, a ver que sacáis en limpio. Tú, Daniel, date una vuelta por el hotel Flemming; conviene saber cuando descubren el cadáver. Adrián y yo nos dedicaremos a hacer llamadas y esta tarde iremos a los Amigos de la Música Barroca. ¿Alguna pregunta?

Al quedarme a solas con Tracy advertí el sutil cambio que se había producido en mi estado de ánimo. No es que hubiera desaparecido la angustia de sentirme un prófugo de la justicia; seguía teniendo conciencia plena de mi situación, pero la había relegado a un plano más manejable. Sin duda los muchachos me habían infundido una cierta esperanza, aunque su plan me pareciera irrealizable. Sin embargo, la acción era preferible a la pasividad: era mejor dejarse llevar por aquel destello de esperanza, por débil que fuese, que consumirme esperando la inevitable captura. Ciertamente para ellos el asunto era sólo una charada, un ejercicio intelectual, y no habían medido el riesgo real a que iban a exponerse; pero no me sentí culpable: ellos me habían convencido a mí, no yo a ellos. Casi habían conseguido que empezase a afrontar los hechos con su mismo distanciamiento, como si en efecto se tratara de un problema de salón. Ni de lejos

pensaba que aquél fuese el mejor sistema, pero era peor no tener ninguno. En el mar de irrealidad en que me debatía, acaso el plan descabellado que íbamos a comenzar fuera, en efecto, el de más sentido común.

-¿Por qué hacéis esto?

-Vamos, Parker -Tracy fijó en mí sus grandes ojos miopes-. No te pongas ahora suspicaz. Podría decirte que es como un juego, pero es algo más. A ti también te sedujo la idea de participar en este lío. Puede que nosotros lo hagamos por la misma razón. Llámalo espíritu aventurero, necesidad de emociones distintas, lo que quieras.

- Pero yo acepté embarcarme en un asunto en el cual no parecía existir un peligro real. Ahora hay ya una persona muerta, y eso no tiene nada de fantástico.

Tracy se rascó la cabeza, como si la tarea de convencerme fuera poco menos que imposible.

-Mira, el mundo se ha vuelto demasiado pequeño. Para la gente de mi edad existen ya pocas cosas prohibidas, muchas menos que para ti hace veinte años. El sexo no es un problema, la política no le interesa a nadie, las drogas no son un tabú. ¿Qué nos queda que suponga un desafío? ¿Escalar montañas? Será que no nos atrae el alpinismo. Tu historia es insólita, es una situación fuera de lo común que forzosamente tiene que atraernos.

-Está bien, allá vosotros. Prometo no insistir en ese tema. De todas formas, formáis un grupo muy peculiar.

-¿Tú crees? Somos gente muy normal, Parker.

-¿Sois amigos desde hace tiempo?

-No todos. Si te interesa te contaré algo de nuestra pequeña historia.

Tracy y Daniel eran amigos desde la infancia. Estudiaron en el mismo colegio y al principio eran antagonistas feroces. Tracy era sereno, equilibrado, estudioso; Daniel enredador, bromista, indisciplinado. Después de una confrontación a golpes, en la que de manera inesperada Daniel llevó la peor parte, descubrieron que eran almas gemelas o al menos complementarias. Ambos eran ávidos lectores de novelas de aventuras y, cada uno a su estilo, chicos solitarios. Se produjo entre ellos un curioso transvase de

características: el corrosivo ingenio de Daniel despertó en Tracy un ignorado sentido lúdico de la vida, en tanto que la sensatez de Tracy encauzó las dispersas capacidades de Daniel por derroteros más productivos. De su unión nació una fuerza que llegó a ser temida en los ámbitos colegiales, y las hazañas de La Carcoma, sociedad secreta de sólo dos miembros, fueron largamente recordadas.

Aunque al término del bachillerato Daniel decidió hacerse ingeniero industrial y Tracy optó por Derecho, La Carcoma no se disolvió y aun se enriqueció con un nuevo miembro. Jaime era otro solitario. Tracy lo conoció en la Facultad, era un chico serio, poco hablador, adicto al jazz, que poseía una memoria poco común. No provenía de una familia adinerada, como era el caso de Tracy y Daniel, y en un principio mostró cierta reticencia a intimar con ellos. Pero Tracy adivinó que la personalidad de Jaime se desenvolvería a gusto en el seno de La Carcoma, y no mucho después la terrible sociedad incorporó al nuevo elemento. Debido a que el campo de acción no era ya común, y a que en cierta manera empezaban a sentirse adultos, cambiaron la fechoría por la actividad intelectual, y utilizaron como cuartel general el estudio en el que Tracy acababa de instalarse. La incorporación de Itciar constituyó la primera y más importante divergencia entre ellos. La muchacha era amiga de Jaime, quien un día, sin previo aviso, propuso que ingresara en el grupo. Más que un rechazo de Itciar, por el sólo hecho de ser mujer, a Daniel y Tracy les parecía que no reunía las condiciones precisas para pertenecer a su sociedad, (aunque era innegable la existencia de un cierto machismo subyacente). Pero ocurrieron dos cosas: la primera, que Itciar demostró ser dinámica y emprendedora y tener un concepto casi masculino de la amistad; la segunda, que la joven estudiante de periodismo se enamoró de inmediato de Tracy, y aunque el interesado procuró ignorar cortésmente ese sentimiento, lo cierto es que contempló con menos recelo la incorporación de la chica.

El grupo no creció más, parecía haber alcanzado el adecuado nivel gestáltico. Se convirtió en una comunidad elitista, poco permeable al exterior, en la que cada uno tenía sus competencias bien delimitadas. Así, el proyecto nacía en Jaime, era criticado por Daniel, activado por Itciar y coordinado por Tracy, líder no discutido del clan.

-¿Satisfecha tu curiosidad? -dijo Tracy.

-Sólo en parte. Sé bastantes cosas de tus amigos, pero poco de ti.

-No hay problema, me encanta hablar de mí mismo y no tengo secretos. Soy hijo único. Ya te dije que mi madre es inglesa. Ahora la veo poco, cuando mis padres se

separaron ella regresó a Inglaterra. Voy a Londres en verano, a veces en Navidad, pero no hay ningún problema entre mis padres. Se separaron porque vivían en mundos distintos. No hubo violencia. Se escriben, se llaman, se ven de vez en cuando, todo muy natural. Te cuento esto para que no pienses que soy un chico traumatizado por los problemas de sus padres. Tengo la suerte de que mi padre sea muy rico y sus únicas pasiones en la vida sean los caballos y el bridge. La fortuna era de mi abuelo, y aunque mi padre no ha hecho grandes esfuerzos por aumentarla, tampoco la ha dilapidado. Tenemos una serie de pequeñas empresas que han sobrevivido a diversas crisis económicas y siguen rindiendo beneficios; esto le ha permitido a mi padre dedicarse a sus aficiones y pagar mis más pequeños caprichos, incluido este apartamento. Me crié solo, fui a un colegio de lujo y siempre he estado rodeado de comodidades. En cambio, nunca tuve padres en el sentido literal del término, dicho sea sin ninguna clase de amargura o rencor: ellos iban por su lado y yo por el mío, y nunca me prohibieron nada. Nunca tuve con mi padre conversaciones trascendentales, pero tampoco he tenido que soportar sermones y reprimendas. Empecé a estudiar Derecho y lo dejé; me cambié a Periodismo y me aburrí; luego me matriculé en Económicas, que es lo que estudio ahora, pero pienso terminar Derecho. Ninguno de estos cambios fue discutido. Ahora bien, tantas facilidades no me han convertido en un parásito social, te lo aseguro. Nunca me ha faltado curiosidad por las cosas, ni estímulo ante la vida, aunque haya tenido que creármelo yo mismo. Mis amigos pertenecen a diferentes clases sociales y tienen conceptos distintos de la vida. Pero eso nunca ha sido un obstáculo entre nosotros: formamos un grupo heterodoxo, tenemos nuestras propias leyes y nuestra propia manera de divertirnos.

-Sin embargo, has dicho que Itciar está enamorada de ti. Eso hace menos heterodoxas vuestras relaciones.

-En absoluto. Itciar, como cualquiera, tiene sus sentimientos personales, pero no los antepone al bien común.

-¿Y cómo resolvéis el aspecto sexual?

-Con normalidad. Tampoco estamos todo el día juntos. Bueno, se acabó el interrogatorio, Parker. Tenemos mucho que hacer.

Tracy tenía conectado un altavoz a su teléfono que nos permitía seguir simultáneamente las conversaciones. Empezó por un número escogido al azar de la agenda y preguntó por Artemisa. Las primeras llamadas resultaron descorazonadoras: muchos comunicantes se mostraron extrañados o reticentes, otros dijeron no conocer a

Artemisa y algunos teléfonos no contestaron. Al fin una llamada pareció aportar algo de interés.

-Artemisa no está aquí. ¿Quién la llama? -Era una voz áspera, masculina.

-Soy un viejo amigo de Julia -dijo Tracy-. Estoy de paso por Madrid y me gustaría saludarla.

-¿Cómo se llama usted?

-Alberto. Alberto González.

-No le conozco. ¿Quién le ha dado este teléfono?

-Julia. Me dio varios números.

Siguió una pausa durante la cual sólo fue audible una respiración fatigosa.

-Julia no está aquí. Hace tiempo que no la veo -dijo el hombre y me pareció que había una cansada amargura en su voz.

-¿No sabe dónde puedo encontrarla? -insistió Tracy.

Nuevo silencio y esta vez una respuesta concisa.

-No, lo siento.

-Me hubiera gustado saludarla...

-Ya le he dicho que no sé nada de ella. Buenos días.

La comunicación se cortó y Tracy agitó el auricular impotente.

-¡Maldita sea, se me ha escapado! Estaba a punto de decir algo y de pronto se ha echado atrás.

-¿Tú crees? -dije con escepticismo-. ¿A quién pertenecía ese número?

-A un tal Juan. Juan a secas. En fin, siempre podemos volver a llamar, aunque me parece que no vamos a sacar mucho de las llamadas.

De pronto me sobresaltó el sonido del teléfono. Era Daniel.

-¡Tracy, esto está que arde! -su voz llegaba envuelta por el ruido de la calle-. Estoy en una cabina, frente al hotel. Hay maderos por todas partes. Está claro que se ha descubierto el pastel.

-¿Has averiguado algo?

-No, imposible. No hay quien se acerque.

Tracy colgó el teléfono y consultó su reloj.

-Lo han descubierto un poco antes de lo previsto.

La noticia me produjo una sensación de ahogo de la que Tracy se apercibió.

-Bueno, Parker. Era inevitable. Antes o después tenían que descubrirlo.

-Sí, y a estas alturas sabrán perfectamente quien era el ocupante de la habitación 4011.

El timbre del teléfono interrumpió mis sombrías cavilaciones. Esta vez llamaba Itciar.

-Tracy, hemos estado en la casa de Artemisa y hemos hablado con el conserje. Es un viejo desconfiado que no quería soltar prenda. Nos hemos hecho pasar por periodistas, pero ni por esas. Lo único que hemos sacado en limpio es que Artemisa era modelo profesional y trabajaba para una agencia llamada Euromodel. Volvemos al apartamento si no se te ocurre otra cosa.

-Muy bien, Itciar. Hasta ahora.

Reunido de nuevo el grupo, empezó a discutirse cual sería el siguiente paso que deberíamos dar. Yo les escuchaba en silencio, mi ánimo estaba otra vez bajo mínimos por más que los muchachos se empeñasen en restarle gravedad a la situación. Al final Tracy concluyó:

-Bueno, tenemos lo de la agencia y lo la reunión musical. La verdad es que no hemos avanzado mucho, pero algo es algo. Podemos seguir estas dos pistas. Primero iremos a lo de los Amigos del Barroco y luego a la agencia. ¿Alguna sugerencia?

Nadie objetó nada y el grupo se disolvió. Tracy se volvió hacia mí con una expresión forzadamente risueña:

-Bueno, ahora sólo nos queda esperar. ¿Juegas al ajedrez, Parker?

AMSTERDAM, 9 DE SEPTIEMBRE

El señor Osborne pensó que las bicicletas mantenían el espíritu de la ciudad tanto o más que los canales. Amsterdam es una de esas ciudades cuya fisonomía cambia poco con el paso del tiempo y el señor Osborne se dejó ganar moderadamente por la nostalgia. En la estación central tomó un tranvía que en pocos minutos le dejó en la Plaza del Damm, y allí se dirigió a una de las múltiples agencias que organizan recorridos turísticos por el Zuiderzee. Compró su boleto, como un turista más, y se arrellanó en su asiento hasta que el ómnibus inició la marcha. Un guía explicaba en dos idiomas las curiosidades históricas y geográficas del terreno que recorrían, sin olvidarse de recomendar a los excursionistas la adquisición de cerámica en Delf o quesos en Alkmaar. En cada pueblo, el señor Osborne participó colectivamente en el recorrido y escuchó con atención las explicaciones del guía. Sin embargo, al llegar a Volendam, se apartó discretamente del grupo; el pueblo estaba en fiestas, sonaba música en las calles y muchas personas se ataviaban con trajes regionales. Le fue fácil confundirse entre el gentío y dirigirse a una zona menos transitada.

Apresuró el paso, tomó una callecita estrecha y en poco tiempo alcanzó la periferia del pueblo. Sin titubear, subió los peldaños de entrada de una casa baja rodeada de un pequeño jardín y golpeó la puerta. Enseguida apareció un rostro en la ventana y el señor Osborne saludó con una inclinación de cabeza. El rostro desapareció tras los visillos y poco después un hombre joven le franqueó la puerta.

-Me envía De Haan -dijo escuetamente el señor Osborne.

El individuo no hizo ningún comentario, desapareció en el interior de la vivienda y regresó con un paquete alargado metido en una bolsa de plástico. A cambio, el señor Osborne le entregó un sobre que el joven guardó sin abrir. El señor Osborne se despidió con un gesto y regresó en busca de su grupo. Una vez más se sintió complacido de que sus contactos siguieran funcionando y que las cosas marcharan con la requerida precisión. El paquete no despertó la curiosidad de sus compañeros de excursión; a esas alturas, quien más quien menos, todos iban cargados de recuerdos y regalos.

El viaje en tren de regreso a Bruselas transcurrió sin incidencias. No era la primera vez que el señor Osborne hacía ese recorrido y, como en otras ocasiones, se ensimismó en la contemplación de la planicie que en primavera se adornaría con los colores violentos de los tulipanes. Llegó a Bruselas sobre las cinco de la tarde y sin abandonar la estación alquiló un coche; le contrarió un poco que en la agencia sólo dispusieran de coches nuevos. Por fin se decidió por un Volvo, al considerar que esa marca no modificaba demasiado el aspecto de sus nuevos modelos. Firmó el alquiler con el nombre de François Lambert y advirtió que dejaría el coche en Madrid.

Guardó el paquete en el maletero y se dirigió al hotel. Subió a su habitación llevando consigo la bolsa de plástico y llamó con suavidad. Le abrió Silvia y con un gesto señaló una de las camas. En una cuna transportable dormía con placidez un niño de pocos meses. A su lado había una bolsa que contenía pañales, biberones y útiles infantiles de aseo. El señor Osborne se acercó en silencio y contempló al niño largo rato. Nunca en su azarosa vida había precisado colaboradores de tan corta edad. La idea del pequeño le había parecido acertada, aun contando con las numerosas incomodidades que iba a ocasionar; pero una cosa era el plan teórico y otra muy distinta hacerse caso de aquella cosa diminuta y frágil. Se preguntó si, después de todo, no estaría al borde de la senilidad.

Miró a la ecuatoriana con una pregunta pintada en el rostro y ella le devolvió una sonrisa tranquilizadora.

-He trabajado antes con niños y sé cómo se maneja un bebé.

El señor Osborne no dijo nada y se sentó en la cama. Luego habló con su voz habitual, monótona e indiferente.

-Mañana emprendaremos el viaje. Lo haremos sin prisa y nos ajustaremos a las necesidades del niño. Pararemos para alimentarlo a sus horas, para darle agua, para entretenerlo si llora o para cambiarle el pañal. Somos un matrimonio con su hijo en viaje de placer. ¿Alguna pregunta?

-No.

-Muy bien. Espero que la suerte nos acompañe. Pero recuerda esto: no hay mejor suerte que no cometer errores.

En ese instante el niño despertó y comenzó a lloriquear.

CONCIERTO BARROCO

A las cinco y cuarto llegamos en dos coches a la calle de Santa Clara, una estrecha vía del barrio viejo de Madrid. Yo fui con Tracy, en su pequeño Lancia, y los demás en el viejo Opel de Daniel. Tracy tuvo suerte de aparcar a unos metros del portal en cuestión; Daniel tuvo que resignarse a estacionar en doble fila. Se decidió que Tracy y yo entraríamos en la casa y el grupo esperaría en la calle. Era un edificio antiguo, de cuatro plantas, con macetas y canarios en los balcones. El portal estaba oscuro y al fondo se vislumbraba el inicio de una escalera. No había rastros de ascensor. Las placas de la entrada notificaban la consulta de un callista en el segundo piso, una tienda de encajes y bordados en el primero derecha, y una sastrería en el tercer piso; ninguna indicación sobre los Amigos del Barroco. Bajo el hueco de la escalera, en una reducida caseta de madera, un anciano leía un diario deportivo a la luz de una débil bujía.

-¿Los Amigos del Barroco, por favor? -preguntó Tracy.

-Primero centro -informó el portero sin interrumpir la lectura.

Ascendimos los desgastados escalones hasta el primer piso. Olía a antigüedad y a pis de gato. En la puerta del centro no había rótulo alguno, pero se oía música en el interior. La puerta cedió al ser empujada y transpusimos con resolución el umbral. Accedimos a una habitación amplia y soleada: a un lado se alineaban consolas llenas de discos y estanterías con partituras y libros. Sentada tras una mesa blanca, una rubia muy maquillada nos miró con indiferencia. A su izquierda había otra puerta de donde provenía la música que escuchábamos. Tracy preguntó si podíamos echar un vistazo y la rubia asintió con un gesto reintegrándose a su quehacer, que en aquel momento consistía en limarse las uñas.

Con una calma que estaba muy lejos de sentir, me dedique a revisar los discos mientras Tracy ojeaba las partituras. Me abrumaba pensar que todo aquello era una tremenda improvisación: no sabía por qué estaba allí ni lo que debía hacer. Durante unos minutos no sucedió nada. Poco después la puerta volvió a abrirse y entro un hombre, saludó con la cabeza a la rubia y desapareció tras la otra puerta; a continuación entró una

mujer que siguió el mismo camino. En poco tiempo desfilaron seis o siete personas. Era obvio que en la habitación contigua iba a celebrarse la anunciada reunión de los Amigos de la Música Barroca.

Tracy se acercó a la mujer y preguntó con acento profesional:

-¿Tienen el concierto para arpa, cuerda y continuo de Vivaldi?

-¿Grabación o partitura? -preguntó la rubia con desgana.

-Partitura. Es el opus 525.

La mujer giró en su silla y consultó un archivador

-No está.

-¿Pero lo han tenido?

-Sí.

-¿Está segura?

-Por supuesto -replicó la rubia mirando de arriba abajo a Tracy con expresión de fastidio.

Justo entonces entró un hombre calvo con barba negra que desapareció velozmente por la puerta del fondo. Giré la cabeza con rapidez y el corazón empezó a latirme con violencia. Tracy seguía hablando con la mujer.

-¿Es posible asistir a las audiciones?

-No son socios, ¿verdad? Las reuniones son sólo para socios.

Intenté atraer la atención de Tracy por señas. Me vio, pero continuó con la rubia.

-¿Cómo podemos hacernos socios?

-No lo sé.- La rubia parecía estar cada vez más incómoda -. Mire, yo llevo poco tiempo aquí. Supongo que tendrán que hablar con el presidente o el secretario.

-¿Quién es el presidente?

-El señor Reuber. Es alemán, creo, pero no le he visto nunca.

-¿Con el secretario podemos hablar?

-Ahora está ocupado -dijo la mujer señalando la sala de reuniones.

-Muy bien. Muchas gracias. Volveremos otro día.

Tracy se acercó a mí y preguntó en voz baja:

-¿Qué pasa?

-¿Te has fijado en ese tipo calvo con barba que acaba de entrar?

-Sí.

-¡Estaba anoche en la presentación literaria!

-¡No me digas! -Tracy silbó por lo bajo-. ¿Te ha reconocido?

-No lo sé. Creo que no me ha visto.

-Bueno, la cosa se pone interesante. Vámonos y te cuento mi impresión de todo esto.

En la escalera Tracy me habló con excitación.

-Es todo fingido. Esta asociación debe ser la tapadera de algo. Por lo menos esa tía no sabe nada de música. Le pedí la partitura de un concierto que no existe y no se inmutó. Supongo que la secretaria de esta asociación debería saber que Vivaldi nunca escribió un concierto para arpa.

-¿Estás seguro? Vivaldi escribió muchos conciertos.

-Cuatrocientos treinta y cinco, para ser exactos, pero ninguno para arpa. Los primeros son de Mozart.

-No está mal la estratagema.

-No es nueva, Parker. Philip Marlowe emplea un truco parecido en *El sueño eterno*, como tú muy bien sabes.

Informamos a los demás de las novedades y se decidió que el grupo de Daniel seguiría al hombre de la barba negra cuando acabase la reunión. Tracy y yo investigaríamos en la agencia Euromodel. Media hora después empezaron a salir los musicólogos. Al aparecer el sujeto de la barba Tracy hizo la señal convenida y en respuesta oímos como se ponía en marcha el coche de Daniel. El individuo pasó junto a nosotros sin detenerse y se introdujo en un BMW; el coche se puso en movimiento seguido a corta distancia por el Opel de Daniel. Tracy esperó a que los vehículos desaparecieran y luego arrancó su coche.

La agencia Euromodel estaba en la calle de Serrano y, a pesar de lo pretencioso del nombre, se reducía a una pequeña oficina con dos secretarias que tecleaban reposadamente. En las paredes había fotografías de modelos y carteles publicitarios. Una de las secretarias, que vestía una turbadora minifalda, vino a nuestro encuentro.

-Buenas tardes, deseábamos contratar una modelo.

-¿Tienen ustedes cita?

Ni Tracy ni yo teníamos idea de cómo se contrataba una modelo, pero habíamos elaborado un pequeño plan.

-Comprendo que deberíamos haber concertado una cita -dije-, pero el señor Calafell, aquí presente, ha preferido venir directamente. Soy el jefe de publicidad de... (aquí mencioné una conocida marca catalana de cosméticos).

-Ya. Veré si el señor Durán puede recibirles.

Regresó a su escritorio, descolgó el teléfono y murmuró algunas palabras que no alcanzamos a escuchar.

-Pueden pasar.

Abrió una puerta de cristal traslúcido y nos hizo a entrar en un pequeño despacho. Un hombre alto, de rostro enérgico, nos estrechó la mano desde detrás de su escritorio y nos invitó a tomar asiento.

-Ustedes dirán.

Repetí el motivo de nuestra visita y añadí:

-Se trata de lanzar una nueva línea de perfume dirigida a la gente joven. Pero no pretendemos lanzar un producto informal, deportivo, ecológico; es un poco todo lo contrario. Algo para la juventud, sí, pero agresivo, sofisticado, con un cierto matiz de erotismo salvaje, ¿comprende? Y necesitamos un rostro nuevo, un rostro de mujer, claro está. Pero, ¿cómo le diría?, ha de ser un rostro misterioso, sensual, casi incómodo para la gente de orden. Es un decir, claro, no queremos desnudos ni obscenidades. La empresa,

como usted sabrá, tiene una mecánica muy familiar y no queríamos... En fin, lo importante es que sea un rostro diferente, ¿capta la idea?

El hombre se frotó la barbilla y nos miró con fijeza. Su expresión era indescifrable.

-Voy a enseñarles el "book".

Puso sobre la mesa un álbum vuelto hacia nosotros y comenzó a pasar páginas. Desfilaban hermosas mujeres que sonreían o miraban con esa mezcla de distanciamiento y sensualidad que caracteriza a las modelos y las hace ser más verosímiles en el papel que en carne y hueso. Había primeros planos, escenas campestres, delicados fondos difuminados o violentos contornos geométricos. De vez en cuando Durán sugería un modelo que creía apropiada y yo descartaba pretextando defectos poco creíbles. Hacia el final apareció la imagen de Artemisa y, casi con precipitación, señalé la fotografía.

-¡Alto! He aquí lo que necesitamos. ¿Qué te parece Jordi?

-Me gusta. ¿Quién es esta chica? -dijo Tracy con marcado acento catalán.

-Se llama Artemisa -dijo Durán.

Busqué en su expresión algún sobresalto, un gesto de inquietud, algo que revelase una posible complicidad, pero el rostro de aquel hombre era una máscara.

-Bien, les informaré de las condiciones del contrato.

-Perdóneme -interrumpí -. Dejemos para más adelante esos aspectos. Antes de nada quisiéramos conocer algunos detalles de la trayectoria personal de esta señorita. Infórmenos un poco sobre su vida, sus relaciones...

-Realmente, no es costumbre... -dijo Durán frunciendo el entrecejo.

-Lo sé, lo sé. Pero ya le he dicho que esta es una empresa muy familiar y don Ernesto, me refiero al fundador, tiene esas manías. El señor Calafell, aquí presente, que es su nieto y director de la división de perfumes, sabe de qué hablo.

-Pero comprendan que esta es una agencia seria y no podemos divulgar la vida privada de nuestras modelos.

-Me temo que sin ese pequeño requisito será difícil llegar a un acuerdo -presionó Tracy.

Durán pareció algo desconcertado, durante unos instantes jugueteó con un lápiz, lo dejó caer sobre la mesa y abrió un fichero del que extrajo una tarjeta.

-Artemisa lleva con nosotros un año. Ha hecho una campaña de bebidas, otra para unos grandes almacenes. Ha posado como modelo de peluquería y de fotografía artística para revistas especializadas. Es una modelo bien situada en la profesión, tiene una cotización alta.

-¿Dónde ha trabajado previamente?

-En la boutique Anselmo -dijo Durán, tras consultar la ficha.

-¿Qué más?

-No hay más. Habla inglés, si es que eso les sirve de algo. De sus gustos y aficiones no puedo informarles. Solemos mantener con nuestras chicas una relación estrictamente profesional. ¿Podemos pasar ya a los aspectos formales?

Simulamos atender a los detalles técnicos y pospusimos para más adelante cualquier tipo de compromiso escrito: era necesario el visto bueno del director general. Durán nos entregó una foto de Artemisa y prometimos dar una respuesta cuanto antes. Dio por terminada la entrevista con un simulacro de sonrisa y nos acompañó hasta la salida; en el antedespacho sorprendí un interesante cruce de miradas entre Durán y la secretaria minifaldera. El cara de palo podría mantener con sus modelos una relación aséptica, pero a buen seguro se beneficiaba a su secretaria.

-No es mucho lo que nos ha contado -dije cuando estuvimos en la calle.

-No, pero es suficiente para continuar. Esa boutique donde trabajó Artemisa está aquí al lado. El dueño es un conocido homosexual. Vamos a ver qué nos cuenta.

Era una tienda con aire exclusivo. Tenía un toldo amarillo y un pequeño escaparate con algunas pieles distribuidas con elegancia. No había clientes en el interior y dos dependientas ordenaban algunas prendas. Tracy preguntó por el dueño y una de las chicas desapareció tras una cortina. Anselmo salió enseguida. Tenía la corpulencia de un búfalo y la languidez de una gacela. Era un hombretón de casi dos metros de altura, de carnes lacias y obesidad mal controlada. Vestía una camisa color salmón, pantalones azules de terciopelo y botas de piel repujada. Se dirigió a nosotros con una sonrisa profesional.

-¿Me buscabais?

-¿Podemos hablar un momento contigo, Anselmo? Somos periodistas -. Tracy exhibió brevemente un carné.

-Ah, periodistas. ¿Qué puede querer de mí la prensa? Pasad, por favor.

La trastienda era un saloncito acogedor, con butacas de estilo y una gran mesa de trabajo sobre la que reposaban muestrarios y pieles.

-Sentaros por ahí. ¿Os apetece un whisky? Bueno, vosotros diréis.

Tracy le dijo que trabajábamos para una de las más populares revistas del corazón y se nos había encomendado un reportaje sobre modelos profesionales. Nuestro propósito era profundizar en el aspecto humano de esa profesión, la lucha por la vida, los sacrificios, los proyectos, las decepciones; se trataba de ofrecer algo más que la visión frívola y superficial que, por lo común, se tiene de estas chicas.

-Muy bonito -dijo Anselmo -, ¿pero qué tengo yo que ver en todo eso?

-La modelo que hemos elegido es Artemisa. Sabemos que trabajó para ti.

-Ah, ya comprendo. Artemisa, claro. O mejor Julia, cuando estaba aquí no tenía un nombre tan estelar. ¡Increíble mujer! Siempre dije que llegaría. Ella se reía, pero yo no dejaba de decirle: tú triunfarás, Julia, con ese cuerpo y esos ojos no hay quien te pare. Y ya lo veis, ahora es una de las *top*. Pero ella es ya famosa, ¿qué más puedo contaros?

-Mucho, Anselmo. Tu punto de vista es muy importante. Tú sabes cómo era ella antes de destacar, cuáles eran sus ambiciones, quiénes eran sus amigos...

-No os equivocáis, yo la conozco bien. Y guardo de ella un recuerdo maravilloso. En esta casa somos todos como de la familia, ¿sabéis? Trato de ser amigo de las chicas que trabajan conmigo, ellas me cuentan sus cosas, sus problemas, sus amores. Así la gente trabaja a gusto, ¿verdad? Y no todo es trabajo, mantenemos una relación amistosa fuera de la tienda, hacemos reuniones, nos vamos a cenar... O sea, un trato humano. Es tan raro en este mundo en que vivimos.

Tracy asentía con la cabeza y anotaba cosas en su cuaderno.

-¿Cuánto tiempo trabajó Artemisa para ti? -pregunté con la intención de fijar a Anselmo en lo que nos interesaba.

-Dos años largos. Cuando yo la contraté no era nada; tenía buena figura y esa carita de muñeca, pero le faltaba estilo. Venía de trabajar en uno de esos monstruosos almacenes, imaginaros. Nunca había tratado a gente con clase, bueno, modestia aparte, ya sabéis que visto a media *jet*. Pero tenía ansias de aprender, quería refinarse y estaba dispuesta a lograrlo. Después del trabajo estudiaba idiomas y ballet y estudiaba cultura por correspondencia, leía libros. En fin, un ejemplo de tesón.

-¿Desde el principio su objetivo fue hacerse modelo?

-No, ella quería ser artista. Incluso creo que ya lo había intentado en alguna ocasión. Pero su autentico despegue se produjo cuando empezó a frecuentar los ambientes de la alta sociedad.

-¿Cómo sucedió? Es un cambio importante.

-¡Ya lo creo! Bueno, ella se lo debe todo a Silvana Scampi. Ya conocéis la historia, supongo. ¿No? -Anselmo rió con picardía -. Esto es "off the record", ¿eh? No lo podéis publicar. Hablando claro, fue un flechazo, un "amour fou". Silvana es cliente mía de toda la vida, una mujer exquisita, podrida de dinero. Bueno, no le tengo que explicar a dos periodistas quien es la Scampi. Lo que quizás no sabéis es que se vuelve loca por las jovencitas. ¡Una cosa tremenda! Total que un día se encaprichó de nuestra Artemisa y comenzó a asediarla; venía más a menudo por la tienda, hablaba con ella, le hacía regalitos. Y Julia se daba cuenta, no vayáis a pensar que no, pero aceptaba las atenciones sin pestañear. La vida es muy dura, chicos, y Julia sabía muy bien lo que quería. Puede que ella esperase una oportunidad de otro estilo: un productor, un empresario... ¡Pero fue una mujer!

-¿Qué ocurrió después?

-Lo normal: llamadas, invitaciones, fiestas. Durante un tiempo Artemisa siguió con nosotros, pero pronto se vio que este empleo le venía estrecho. Era lógico que rompiera con muchas cosas, como fue lógico que se separara del marido.

-Sí, claro, lo del marido. ¿Qué puedes decirnos del marido?

-Pobre Juan. Un hombre adorable, pero demasiado mayor para ella. ¿Qué futuro podía tener un matrimonio así? Sobre todo después de que ella entrase en el gran mundo.

-¿Dónde vive Juan?

-Pues no sé. Antes tenían un piso alquilado por Hortaleza, yo estuve un par de veces allí, aunque creo que lo dejaron después de la separación. Pero seguro que lo podéis localizar en el negocio ese suyo de los bichos.

-¿Una pajarería?

-¡No! Es de esos que disecan animales, un taxidermista. Qué oficio tan terriblemente exótico, ¿verdad?

Nos dijo que el taller estaba a nombre de Juan Blasco y estaba situado en una bocacalle de Tirso de Molina.

-Antes de que os marchéis, quiero enseñaros algo.- Anselmo tomó de un estante un grueso álbum de fotografías y lo abrió sobre la mesa -. Este es el álbum familiar, aquí está nuestra pequeña historia. Mirad esta foto, aquí estamos en Navacerrada. Todavía no estaba Julia con nosotros; estaba yo más esbelto, ¿verdad? Esta otra es de una pasarela que hicimos... Mirad, aquí aparece Artemisa, es en una cena en mi casa.

Un grupo de chicas rodeaba a Anselmo; costaba trabajo aceptar que aquella muchacha de aspecto tímido, con melena corta, falda gris y blusa blanca, que sonreía a la cámara deslumbrada por el flash, fuera Artemisa. Era más reconocible en otra foto, en bikini, al borde de una piscina, aunque estaba muy delgada. La sucesión de instantáneas mostraba un cambio paulatino en su apariencia: otra forma de peinarse y de vestir; pero sobre todo se advertía una notable transformación en su actitud, una mayor soltura para posar, un desafío creciente en la mirada. Una foto de pequeño formato llamó mi atención.

-¿Cuándo se hizo esta foto? -pregunté.

-¿A ver? Ah, esa foto no es de mi colección. Debió dejarla olvidada Artemisa. Pero mira, aquí está la famosa Silvana Scampi.

Había cinco personas en primer plano y al fondo una mansión de paredes rosadas iluminada por el sol. Eran tres hombres y dos mujeres, una de las cuales era Artemisa y su aspecto era el actual. La otra era una mujer alta, muy morena, de ojos rasgados y boca sensual.

-¿Quiénes son los otros?

-Estos no tengo ni idea, pero a este lo conocéis seguro. Claro que la foto es muy mala, pero es Franco Dalessio, el famoso play boy. Últimamente parece que Artemisa y él están muy unidos.

Le pedimos a Anselmo prestadas algunas fotografías y accedió de buena gana. Elegí al azar dos fotos antiguas y la que aparecía con Silvana Scampi. Anselmo nos acompañó hasta la puerta.

-No os quejaréis, os he dado el reportaje hecho. Espero que mencionéis a Anselmo, un poco de publicidad nunca viene mal.

En el exterior, Tracy me interrogó con la mirada.

-Bueno, Parker, suéltalo ya.

-¿El qué?

-Lo de la foto. ¿Qué has visto en esa foto?

Sonreí enigmáticamente y me acerqué a un escaparate en busca de luz.

-Mira este tipo. ¿No te llama la atención? - Yo señalaba a un sujeto con bigote que sonreía al lado de Silvana Scampi.

Tracy negó con la cabeza.

-Al principio me despistó el bigote, pero fíjate en sus ojos. ¿No ves algo extraño? Tiene un ojo de cristal. *Este hombre es Calabor.*

EL HOMBRE DE LA BARBA NEGRA

No fue fácil seguir al BMW a causa de la creciente densidad del tráfico en la calle Ferráz. Daniel hubo de manejar con habilidad su viejo automóvil para no perderlo de vista. En un momento dado el perseguido no se detuvo ante un semáforo rojo y Daniel tuvo que acelerar a fondo, dejando tras él una sonora protesta de los coches que cruzaban. El BMW enfiló una calle secundaria y giró de nuevo por la primera transversal. Había menos coches y Daniel se distanció un poco de su perseguido. Advirtió que aminoraba la marcha y finalmente estacionaba en un espacio libre. Sobrepasó en unos metros el vehículo y detuvo su coche. Por el espejo retrovisor Daniel vio salir al hombre de la barba negra. Era un individuo de aspecto endeble, muy calvo, vestía un traje negro que acentuaba su aire siniestro y portaba una cartera de mano igualmente negra. Giró el brazo para consultar la hora y desapareció en el interior de un portal. Los tres amigos saltaron del coche y corrieron tras el hombrecillo. El portal era amplio y bien iluminado, tras un mostrador había un conserje de uniforme que levantó la cabeza al entrar los muchachos. Al fondo, alcanzaron a ver al hombre de la barba negra retirando cartas de un buzón. Sin ponerse de acuerdo Jaime y Daniel avanzaron hacia el portero, que se había puesto en pie, en tanto Itziar se deslizaba hacia el interior.

-¿Qué desean?

-¿Vive aquí don Heráclito Perez?

El hombre de la barba negra cerró el buzón y se encaminó hacia los ascensores sin volver la cabeza. Itziar se detuvo a la altura de los casilleros.

-No, aquí no vive ese señor. ¿Busca usted algo señorita?

-Venimos juntos -respondió Itziar retrocediendo -. Estaba mirando a ver...

-Les digo que aquí no vive nadie con ese nombre.

-Nos habrán indicado mal, usted perdone.

El conserje los contempló con suspicacia. Itciar le dedicó una amplia sonrisa y se dirigió a la calle seguida de sus amigos.

-Los porteros siempre tan cordiales -comentó Jaime -. ¿Has podido ver algo, Itciar?

-Creo que sí. Pude ver la tarjeta del buzón que cerró ese tipejo. Dice: "A. Peña y J. Orozco. Arquitectos. Proyectos y diseños. 3º B." ¿Qué hacemos ahora?

-Vamos a ese bar de ahí enfrente y lo discutimos -sugirió Daniel.

Se instalaron en una mesa desde donde podían vigilar el portal.

-¿Quién será nuestro hombre, Peña u Orozco? -preguntó Daniel.

-Me pega que es Orozco -dijo Itciar.

-Vale, daremos un voto de confianza a la intuición femenina -afirmó Jaime -. Sea quien sea lo que parece evidente es que aquí tiene la oficina. Podemos esperar a que salga y seguirle de nuevo.

-¿Seguirle otra vez? ¿Para qué? -dijo Daniel.

-No sé, puede que de aquí se vaya a su casa, o puede que se entreviste con alguien. De momento sólo sabemos que tiene cara de llamarse Orozco y que posiblemente es arquitecto.

-Me parece bien -dijo Itciar -, pero no necesitamos seguirle todos. Yo podría ir a hablar con Cortés, ese periodista de El Diario que es amigo mío, a ver si sabe algo del crimen.

-De acuerdo. De paso mira a ver si te enteras de algo sobre los Amigos del Barroco, y de quién es ese Reuber, el presidente.

-Haré lo que pueda. Nos vemos en el estudio de Tracy.

El arquitecto no apareció hasta pasadas las nueve de la noche. Subió a su automóvil y arrancó sin recelar nada. Los muchachos le siguieron a prudente distancia. Había anochecido y Daniel conectó las luces con temor a delatar su presencia; pero el arquitecto conducía relajadamente y sólo aumentó la velocidad al entrar en la autopista. Daniel le siguió sin dificultad durante diez o doce kilómetros, luego el BMW se situó en el carril derecho y encendió el intermitente. Salió de la autopista por la primera desviación y continuó por una carretera que conducía a una lujosa urbanización.

-Ahora viene lo peor -murmuró Daniel -. Aquí vamos a estar solos.

El BMW se adentró en una zona residencial desierta y mal iluminada. Al doblar una esquina vieron que el coche del arquitecto se había detenido ante un chalet. Daniel le sobrepasó sin aminorar la marcha, torció por la primera calle y paró el motor. Saltaron del coche y atisbaron desde la esquina a tiempo de ver como entraba el BMW en el chalet. Les llegó el gemido metálico de la cancela cerrándose. Se acercaron con cautela. Rodeaba la casa una cerca de ladrillo de media altura, que se prolongaba con una tela metálica tupida desde el interior con frondosas arizónicas. Alcanzaron a oír el rodar del coche sobre la grava y el golpe seco de una portezuela al cerrarse. Por entre el ramaje podía verse el jardín en sombras y los contornos vagos de una casa. Sin decir palabra Jaime señaló el buzón débilmente iluminado. Se leía: José Orozco Ruiz. Arquitecto.

Rondaron la cancela sin saber qué hacer. Daniel señaló en silencio un estrecho pasadizo que separaba el chalet de Orozco de la finca colindante y Jaime asintió. Se adentraron en la negrura del callejón, procurando no pisar la hojarasca que tapizaba el suelo, y rodearon la casa hasta situarse en la fachada posterior. En este punto el edificio estaba más cercano y la arboleda era escasa. El silencio era casi absoluto; de lejos llegaba el rumor apagado de la autopista y una débil brisa hacía susurrar a los árboles. De improviso se iluminó una ventana de la casa y proyectó un rectángulo de luz hacia el exterior. Jaime y Daniel se agazaparon instintivamente. La silueta de Orozco se recortó en la ventana abierta, permaneció inmóvil unos segundos y arrojó una colilla encendida al jardín. Orozco desapareció y le oyeron trajinar en el interior, de vez en cuando veían su cabeza, como si el arquitecto paseara de un extremo a otro de la habitación. Transcurrió algún tiempo. Daniel cuchicheó al oído de Jaime: "Qué coño hacemos aquí". El timbre del teléfono les sobresaltó. Enseguida oyeron una voz:

-¿Sí? Hola, Carmen, ¿qué tal los niños? Yo bien, con trabajo, ya sabes. Sí, lo de Colmenar, creo que lo terminaremos la semana que viene. Ángel cree que sí... No, por aquí calor, como en pleno verano, sí, terrible. Mañana me acercaré al tapicero, si tengo tiempo. No, hoy imposible. No, ahora iba a cenar, no te preocupes, tomaré cualquier cosa. Bueno, entonces hasta mañana. Besos a los niños. Adiós, Carmen.

Se hizo de nuevo el silencio. Daniel volvió a musitar: "Interesante conversación". Jaime se encogió de hombros. El teléfono volvió a sonar.

-¿Sí? Ah, es usted.- Les pareció que la voz de Orozco se hacía más ahogada -. Sí, lo sé. He sido informado. Pero, créame, no entiendo, yo hice lo previsto...- Ahora hablaba más bajo y se percibía un claro temblor en su voz-. Sí, sí, comprendo la trascendencia, pero en cualquier caso hemos neutralizado el contacto... No, perdón, no quería decir eso... Sí, comprendo, no se preocupe... sí, lo que usted diga. Esperaré instrucciones.

Jaime le dio un codazo a su amigo, sus ojos chispeaban en la oscuridad. (Tracy comentaría más tarde: ¡Habéis estado en el barril de manzanas!) De nuevo se escuchó la voz del arquitecto:

-¿Oiga? ¿Club Malibú? ¿Pueden avisar a Luzdivina? Sí, espero... ¿Luz? Soy yo, necesito verte enseguida. Ya te explicaré, se han complicado las cosas y estoy en una situación difícil. Voy ahora a verte... No, no importa, voy para allá. Hasta ahora.

Orozco apagó la luz. Poco después oyeron cómo el coche se ponía en marcha, el ruido de la cancela y el zumbido del motor alejándose. De nuevo reinó el silencio y durante unos segundos los muchachos no se atrevieron a moverse. Daniel dijo en voz muy baja:

-Este tío esta complicado en el asunto.

-De eso no hay duda, y además está asustado.

-¿Qué hacemos ahora?

-Podemos hacer dos cosas. Volver por donde hemos venido o jugárnosla.

Y al tiempo Jaime señalaba una puerta entreabierta en la cerca que les franqueaba el acceso al chalet. Daniel contuvo la respiración.

-Me gustaría echar una ojeada dentro -dijo Jaime.

-De acuerdo. Tengo una linterna.

Penetraron en el jardín con infinitas precauciones. Jaime se encaramó con facilidad al alféizar de la ventana y tendió una mano a su amigo. Ya en el interior, Daniel paseó el estrecho haz de luz de su linterna por la habitación. Parecía ser un despacho o un cuarto de trabajo. En una mesa se amontonaban planos y dibujos; en las paredes había fotografías de edificios y una gran variedad de máscaras y carátulas que, a la incierta luz

de la linterna, resultaban siniestras. Jaime revolvió los papeles de la mesa con mano insegura e intentó abrir sin éxito un archivador; en un cajón de la mesa encontró útiles de dibujo y en otro una carpeta con facturas. Daniel por su parte inspeccionaba las estanterías. No sabían lo que buscaban, confiaban en que algo resultase significativo. De pronto el teléfono volvió a sonar con un estruendo de mil diablos. Se movieron sin ponerse de acuerdo. Fue Daniel el primero en reaccionar y el primero que, con insospechada celeridad, alcanzó la ventana y saltó al exterior. Jaime le siguió a corto trecho. El teléfono seguía sonando y temieron que alertara a todo el vecindario. Abandonada toda prudencia corrieron por el pasadizo y aceleraron la marcha hasta llegar al coche. Daniel arrancó con brusquedad y se alejó echando humo hacia Madrid. Cuando rodaban por la autopista, Daniel aminoró la velocidad.

-Joder, qué susto.

-Mira esto. Lo he cogido dentro.- Jaime le mostraba a su amigo un objeto rectangular.

-¿Qué es?

-Tal vez nada. Es una casete, una grabación de conciertos para oboe de Albinoni. Pero hay algo interesante. Aquí dice: "Grabación especial para Amigos de la Música Barroca".

Itciar, igual que otros estudiantes de periodismo, frecuentaba la redacción de El Diario. Era amiga de Rodrigo Cortés, un redactor de sucesos, pero aun sin este patrocinio no hubiera tenido dificultad para acceder al periódico, ya que su director, Carlos Luis Aresti (Carlos Luis a secas, como le gustaba ser llamado), disfrutaba viendo a los estudiantes pulular entre las mesas de redacción. Tenía con ellos una actitud benevolente y paternalista que desmentía su fama de halcón, y a menudo les obsequiaba con largas peroratas didácticas que los muchachos soportaban con admirable entereza. En El Diario se hacía un periodismo ágil, directo, agresivo, que en muchas ocasiones caía en el sensacionalismo. Sus editoriales, breves y concisos, eran fácilmente digeribles por el ciudadano medio y, en general, el periódico se leía en poco tiempo; por todo ello El Diario se había convertido con rapidez en un periódico de gran tirada y contaba con un número creciente de adictos.

Itciar saludó a algunas personas y fue directamente a la sección de Cortés. Se sentó en una esquina de su mesa y cogió un cigarrillo de un paquete perdido entre fotografías y papeles; Cortés le indicó con un gesto que esperase mientras él terminaba de teclear algo en un monitor. Itciar revolvió las fotos y unas ampliaciones despertaron de inmediato su interés: mostraban desde varios ángulos el cuerpo desnudo de una mujer; sus ojos reflejaban la frialdad estática de la muerte.

-¿Quién era? -preguntó Itciar tendiendo una foto al periodista.

-Bonita, ¿verdad? "Sic transit gloria mundi" o como coño se diga eso.

-¿Un crimen?

-Eso parece. Precisamente ahora estoy con ese asunto. Se llamaba Artemisa y era modelo. Un caso extraño.

-¿Por qué?

-Apareció muerta en la habitación de un hotel y el huésped de la habitación se ha dado a la fuga. Dicho así la cosa no parece muy complicada, pero la policía sólo ha facilitado las iniciales del prófugo: A.S. Eso es todo lo que podemos publicar.

-A lo mejor es alguien conocido, un ministro o algún pez gordo.

-Por ahí pueden ir las cosas. Esto me huele mal, preciosa, y no olvides que mi olfato es infalible. Pero hay más cosas -. Cortés bajó la voz, precaución innecesaria dado el estruendo reinante, y añadió -: Me ha dicho Lozano, el redactor jefe, que junto a la crónica va un artículo sobre el caso

-¿Y que dice el artículo?

-Lo ignoro, pero todo me parece un poco raro. Sospecho que arriba deben saber más de lo que se ha dicho. ¿Por qué iba a querer Carlos Luis montar un escándalo a cuenta de un asesinato vulgar como este?

-Nunca cambiarás, Rodrigo -sonrió Itciar-. Siempre soñando con tropezarte con un Watergate.

-Sin coña, pequeña, que llevo en esto la tira.

-Vale, vale, ya me contarás. Pero yo venía por otra cosa. ¿Te dice algo el nombre de Reuber?

-¿Reuber? No me suena. ¿Quién es?

-Un alemán, creo. Relacionado tal vez con una asociación musical: música del barroco.

-Buf, barroco, que porquería de música. Vivaldi tenía algún sentido antes de que se pusiese de moda. No me interesa; ahora sólo oigo rock urbano.

-Siempre serás un snob, Rodrigo. Bueno, ¿qué me dices?

-Nada, no te puedo ayudar. Mira en el archivo, o sí no, habla con Vázquez.

-¡Oh, no! ¿Es preciso?

Vázquez, periodista especializado en temas sociales y culturales, era una verdadera enciclopedia viviente, pero tenía una peculiaridad: odiaba a los estudiantes. Mientras se encaminaba hacia su despacho, Itciar buscaba un método de abordaje y, a la vez, una excusa plausible. La puerta estaba abierta y Vázquez parecía concentrado en su trabajo. Era un hombre poco atractivo: tenía un rostro porcino y un ridículo bigote bordeaba su labio superior. Itciar golpeó ligeramente la puerta y Vázquez la miró un instante por encima de sus gafas de media luna con expresión hosca; luego se reintegró a su trabajo sin decir palabra. La chica entró en el cubículo y se sentó en una silla frente al periodista. Al cabo de unos minutos de silencio, Vázquez dijo sin mirarla:

-¿Vas a pasarte ahí toda la jodida noche?

-Reuber -dijo Itciar sin inmutarse -. Promotor musical o algo parecido. Si no te suena puedo mirar en la hemeroteca.

Vázquez dejó caer el rotulador y la miró con franca hostilidad.

-Reuber... Sí, puede ser Hans Wilfred Reuber. Ex piloto de la Luftwaffe, ex nazi, residente en España desde el año 51 o 52. Montó una cadena de restaurantes en la Costa Brava. En el 76 fue detenido y acusado de instruir grupos de ultraderecha en campos de entrenamiento clandestinos. No se le pudo probar nada o tenía protectores influyentes, porque quedó en libertad.

Dejó de hablar y miró a la muchacha con desdén.

-Nada que ver con la música.

-Quizá no sea el mismo.

-Quizá.

Vázquez dio por concluida la conversación e Itciar salió del despacho con el corazón acelerado. De tratarse del mismo Reuber- y no abrigaba demasiadas dudas al respecto- la cosa se complicaba; si el asesinato de Artemisa se relacionaba con tramas negras y grupos extremistas, se estaban metiendo en terreno peligroso. Investigó en el archivo y no

encontró nada diferente a lo que ya sabía. Consultó anuarios en busca de una referencia a los Amigos del Barroco, pero la asociación parecía no existir. Al salir se tropezó con Carlos Luis Aresti y el distinguido periodista se detuvo para saludarla. A pesar de sus inoportunos discursos Carlos Luis poseía un innegable carisma entre los estudiantes; era un hombre cordial, que hablaba a voces y lanzaba sonoras carcajadas. Saludó afectuosamente a Itciar y conversó con ella durante unos minutos. Sin pensar demasiado lo que hacía, Itciar le preguntó:

-Carlos Luis, si consiguiera una exclusiva importantísima, una noticia sensacional, ¿la publicarías en tu periódico?

Aresti se echó a reír.

-Querida niña -dijo pasándole un brazo por los hombros -, los estudiantes sois todos iguales. Igual que el aprendiz de médico sueña con descubrir el secreto del cáncer o el de músico en superar la novena sinfonía, vosotros, los estudiantes de periodismo, acariciáis la idea de realizar un reportaje insólito, asombro de la profesión. Y es bueno que sea así: esa fe ciega en vuestros propios recursos nace del amor por el periodismo y contribuye a formar, dentro de cada uno, ese necesario espíritu de noble competición. Pues bien, querida Itciar, yo te garantizo aquí y ahora que si ese improbable supuesto se produjera, las páginas de El Diario estarían a tu disposición. En esta casa sabemos valorar la sagacidad e intuición femeninas y no nos duelen prendas en aceptar la noticia, venga de quien venga. Y ahora, querida colega, debo dejarte. Me esperan tareas menos gratas que hablar contigo.

Itciar abandonó la redacción hecha un manojo de nervios. La posibilidad que había hecho sonreír a Carlos Luis pudiera no estar tan lejana.

EL MISTERIOSO SEÑOR A.S.

Hasta muy avanzada la noche estuvimos analizando los hallazgos obtenidos y discutiendo los pasos a seguir. El comienzo había sido en cierto modo alentador y reinaba en el grupo un moderado optimismo. Orozco constituía sin duda el elemento más valioso, era innegable que el arquitecto estaba involucrado en los hechos. Itciar iba más allá: estaba convencida de que era el asesino de Artemisa. Tal suposición, aunque fundada, fue rebatida enseguida por Jaime y Daniel, que preferían trabajar sólo a partir de hechos objetivos. Tracy les dio la razón, si bien manifestó que a Orozco había que sacarle más partido.

-Será o no será el asesino, pero hemos de conseguir que se sienta acosado -dijo.

-¿Cómo? -preguntó Itciar.

-De la manera más simple. Acusándole, hablando con él, exponiéndole los hechos.

Jaime expuso sus reservas a un plan tan audaz. Significaría descubrir nuestra existencia y perder la posibilidad de continuar la investigación desde el anonimato. (No estaba yo tan seguro de que en realidad fuéramos anónimos en aquel momento). Jaime pensaba que era mejor agotar otras líneas de investigación antes de meternos en la boca del lobo. Tracy no insistió.

Otra cuestión era la actitud de la policía. No estaba claro por qué habían omitido mi nombre, ofreciendo a la prensa sólo unas iniciales. Yo ignoraba si esa reserva era un procedimiento normal o si, como defendía Itciar, era una evidencia de que detrás de la muerte de Artemisa había intereses oscuros. De lo relatado por la muchacha se deducía que en El Diario debían poseer información reservada, y no era impensable que, a través de Rodrigo Cortés, pudiéramos llegar a conocerla. Se comentó también la fotografía cedida por Anselmo: puesto que, en teoría, Artemisa y Calabor actuaban en el mismo bando, no tenía nada de extraño que estuvieran juntos. Pero ¿y los otros? ¿Estaban implicados o eran compañeros circunstanciales? Itciar se propuso investigar en ese sentido. Dalessio era un maduro y muy discreto actor y se le conocía más por sus romances; la Scampi -al margen de su desenfadada vida social y sus reconocidas tendencias sáficas- estaba casada con financiero español que había sido ministro con el

general Franco. Por último estaba el marido de Artemisa. Había un acuerdo general -con la disidencia de Daniel, que siempre parecía cargar con la parte negativa -en que el paso menos arriesgado sería hablar con el taxidermista. Daniel aducía que si Artemisa estaba separada de su marido desde hacía tiempo, era poco probable que éste aportase datos de interés. Pero Tracy defendía lo contrario. Estaba convencido de que el Juan con el que habíamos hablado por teléfono aquella mañana y el marido de Artemisa eran la misma persona. Y en la conversación había demostrado una sospechosa reticencia. Se decidió que, en cualquier caso, hablar con el taxidermista no ofrecía riesgos y, si no una información decisiva, bien podía proporcionarnos otros aspectos sobre la personalidad de Artemisa. Tracy dio el visto bueno final, no sin antes recordarnos que ante una situación crítica, era preciso actuar con audacia, y que antes o después tendríamos que presionar a Orozco.

-Si al menos conociéramos el valor de la grabación -dijo Jaime.

Esto nos llevaba al último y más singular hallazgo de la jornada: la casete que Jaime había sustraído de la casa del arquitecto.

-Oigámosla otra vez -pidió Daniel.

Habíamos oído ya varias veces la cinta al comienzo de la noche, pero Tracy accedió a la petición. Comenzó a oírse el "allegro" del Concierto para oboe número 11 en si bemol mayor de Tomaso Albinoni y la habitación se llenó de vibrante alegría palaciega. Seguía un "adagio", más profundo, cuyo tema principal era una melodía triste cantada con dulzura por el oboe y acompañada pausadamente por las cuerdas. Hacia la mitad del movimiento la música se interrumpía y comenzaba a oírse un sonido desconcertante. Parecía el chirriar de una puerta o el graznido de un pájaro moribundo. El sonido ondulaba, se hacía más agudo, luego grave y entrecortado, se extinguía y reaparecía; después cesaba tan repentinamente como había empezado y retornaba la música.

Cuando se hizo el silencio, Daniel murmuró:

-¡Esos ruidos...! Tienen un significado, eso está claro, ¿pero cuál?

-¿Puede ser algo grabado al revés? -preguntó Itciar.

-No, no suena de ese modo. Es algo grabado de una determinada manera y para interpretarlo debe reproducirse con la misma técnica. Parecido a cuando los radioaficionados emiten sólo en los picos de frecuencia. Me llevaré la cinta y la estudiaré en casa.

-Muy bien -dijo Tracy -. Si lo desciframos, mejor, pero si no, no olvidemos lo más importante: que tenemos la casete. No sabemos lo que significa, pero es seguro que para ellos tiene valor.

-¿Crees que el tipo de la barba se pondría nervioso al saber que la cinta está en nuestro poder? -pregunté.

-Estoy convencido, Parker. Pero por ahora sigamos con el plan previsto. Mañana intentaremos hablar con Juan Blasco. Ahora debemos descansar.

El silencio me devolvió a la realidad. Había sido un día largo, lleno de acontecimientos, y apenas había tenido tiempo para pensar. Tenía una extraña sensación de brevedad, como si el tiempo hubiera transcurrido más deprisa y ahora, de pronto, se remansara ofreciéndome el lado real de las cosas. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Qué hacía yo allí? No encontraba una conexión lógica entre lo que me sucedía y mi vida anterior: un charlatán con un ojo de vidrio, una absurda misión, una mujer muerta, unos chicos extraños... Y, como una zarpa, la precisa y angustiosa percepción del peligro que a cada minuto se cernía sobre mí. Encontré una oportuna botella de ginebra y me dejé caer en un sillón.

-¿Cómo te sientes, Parker? -Tracy me observaba sin que su rostro reflejase inquietud.

-No lo sé. Todavía no creo que esto me esté pasando a mí. No sé lo que me ocurre ni lo que debo hacer.

-Tal vez no confías demasiado en nosotros.

-No, no es eso. Confío en vosotros, aunque si quieres que te lo diga no sé muy bien por qué. Pero veo que existe una tremenda desproporción de fuerza, nos enfrentamos con algo desconocido y poderoso, eso es innegable, y, francamente, desconfío de nuestra capacidad.

-Recuerda que no estamos solos. En algún lugar está la organización de Calabor. Ellos pueden ayudarnos.

-Puede que ya no les interese el asunto.

-¿Cómo puedes decir eso? -se exaltó Tracy -. Ésta no es una operación de trámite, estoy convencido de que se juegan mucho. Todo indica que existe una estrategia sutil, muy bien elaborada, y sería absurdo que abandonaran por un pequeño contratiempo. En tu cerebro hay una información, un mensaje, un código, lo que sea. Algo que debe ser vital para el éxito de una operación. ¡Y eso sigue ahí, virgen, ignorado, dentro de tu cabeza! Eres muy valioso para ellos, Parker.

Moví la cabeza dubitativo.

-Puede ser, pero ¿cómo encontrarlos?

-Los encontraremos, estoy seguro. ¿Qué hubiera hecho Kantor en esta situación?

-Bueno, Kantor no es muy reflexivo. Supongo que emprendería una acción directa.

-Exacto. Acosaría al arquitecto.

Me encogí de hombros y me serví otro vaso de ginebra.

-Procuremos dormir -dijo Tracy.

Dejó una manta y una almohada sobre el diván y entró en su dormitorio. Con todo, el sofá no era tan incómodo si uno le cogías las vueltas. Parecerá increíble, pero me quedé dormido al instante y disfruté de eso que suele llamarse un sueño reparador.

En El Diario del día siguiente se informaba de la muerte de Artemisa en la sección de noticias locales. Cortés había escrito:

Aparece muerta una mujer en extrañas circunstancias. A las doce del mediodía de ayer fue descubierto, en la habitación de un céntrico hotel, el cadáver de una mujer que resultó ser Artemisa, una conocida modelo profesional. La mujer estaba desnuda, pero no se encontraron en el cuerpo signos de violencia. No podrá determinarse la causa de la muerte en tanto no sea practicada la autopsia, pero algunos indicios apuntan a que la muerte podía haber sido provocada. La policía ha revelado que en la habitación se alojaba un individuo cuyas iniciales son A.S., del cual se desconoce el paradero. La policía no ha hecho

declaraciones que pudieran incriminar a A.S. ni se tiene constancia de si se encuentra en realidad huido.

Otras informaciones a las que ha tenido acceso este periódico sugieren que este crimen podría estar relacionado con sucesos similares, no totalmente aclarados. Artemisa, cuyo nombre real era Julia Galván, gozaba de una creciente popularidad, tanto en el ámbito profesional, como en los círculos sociales que frecuentaba con asiduidad.

En un recuadro, sin firma, figuraba el siguiente texto:

EL DESTINO DE ARTEMISA

No es infrecuente que muchachas jóvenes y ambiciosas que tratan de alcanzar la cima de una popularidad vinculada casi exclusivamente a su belleza física, caigan en manos de agentes o promotores desaprensivos que explotan la indefensión de estas chicas deslumbradas por el señuelo del éxito. No pocas veces, en el curso de esa arriesgada ascensión, se ven envueltas en sórdidas manipulaciones de las que, tristemente, son ellas las primeras víctimas. No sería la primera vez que una de estas incautas starlets encuentra la muerte como única cosecha de sus ilusionados esfuerzos. ¿Es éste el caso de Artemisa? No lo sabemos, pero no hay duda de que sería la explicación más cómoda, la menos inquietante para una sociedad culpable que mañana habrá olvidado su existencia. No era una modelo desconocida; por el contrario, estaba considerada como una de las diez más cotizadas del país y mantenía una relevante vida social.

Hace no mucho, la prensa especializada nos descubría la relación sentimental de Artemisa con Franco Dalessio, asiduo participante de todo evento social. Cabe aquí recordar la no disimulada afinidad de Dalessio con grupos españoles e italianos de la derecha más radical, así como su supuesta vinculación con La Mandrágora, sociedad italiana semisecreta que adquirió gran notoriedad a raíz de la quiebra del Banco Rossi. Recordemos también que la investigación judicial aludió en su día a posibles ramificaciones de La Mandrágora en España, concretamente a su relación con una poderosa empresa multinacional establecida en nuestro país. Nada hay probado en

este aspecto y nada más lejos de nuestra intención que hacer otras sugerencias que las que entonces se hicieron públicas en virtud del sumario. Señalemos por último la rara fatalidad que acompañó a algunos de los más importantes testigos del caso Rossi que, en menos de un año, hallaron la muerte en circunstancias aún no clarificadas.

Es nuestro propósito que ninguna posibilidad quede ignorada y de ahí que exponamos estos hechos como materia de reflexión. Cualquier cosa antes de aceptar como inevitables esas muertes y desapariciones nunca resueltas, que son secuela trágicamente habitual de algunos procesos o escándalos célebres que, de vez en cuando, afloran a la luz pública. Es la justicia quien debe investigar los hechos y determinar responsabilidades, tanto si Artemisa fue víctima de un triste crimen pasional, como si existen en el caso conexiones más complejas. Nuestro único deseo es que resplandezca la verdad: se lo debemos -se lo debe la sociedad- a esa mujer hermosa e ilusionada que se llamó Artemisa.

Levanté la cabeza del periódico y miré a Tracy.

-Esto es muy fuerte.

-Sí, y no me gusta. Ese artículo va armar revuelo, le va a dar al asunto una publicidad que no nos conviene nada.

-Pero por otra parte confirma nuestra suposición de que el asesinato de Artemisa no es un asesinato vulgar.

-Eso ya lo sabíamos, Parker.

No insistí, pero no me pareció inconveniente que la sospecha de una trama oculta se divulgara. Esa creencia podía atenuar mi supuesta culpabilidad y sentí una benefactora sensación de amparo, como si mi angustia empezara a ser compartida. Consideré incluso la posibilidad de interrumpir la investigación y limitarnos a esperar acontecimientos. Pero no dije nada, Jaime había llegado y nos instaba a continuar.

EL TAXIDERMISTA

El negocio de Blasco era una reliquia de otro tiempo preservada por algún oscuro mecanismo. El exterior se reducía a una puerta estrecha, con cierre metálico, sobre la cual un rótulo de cerámica anunciaba: J. Blasco. Taxidermista. El interior era sombrío y húmedo, tenía el aire anárquico de un taller de zapatería, donde, en lugar de zapatos, se alineaban disecados innumerables animales de la más diversa índole. Cegado al principio por la luminosidad exterior, contemplé perplejo la fantasmagoría de zorros, garduñas, liebres y perdices que poco a poco emergían de la oscuridad. El local parecía desierto y nos sobresaltó una voz terrosa que surgió de la sombra.

-¿Qué desean?

Era un hombre viejo y arrugado, su cuerpo enjuto parecía flotar dentro de un guardapolvo gris y el cabello, pajizo y escaso, le crecía en mechones desordenados.

-¿Juan Blasco? ¿Podemos hablar un momento con usted?

Se había detenido a una distancia excesiva de nosotros y mantenía entre las manos una especie de lezna u otro instrumento punzante similar.

-¿Qué desean? -repitió.

Tenía una actitud hostil y no parecía que fuera el momento oportuno para iniciar un acercamiento. Hubo un silencio revelador de nuestra indecisión que, al fin, fue roto por Tracy.

-Queremos hablar con usted de Artemisa.

-Váyanse -. La voz de Blasco sonó apagada pero conminatoria.

-Perdone que insistamos, pero...

-He dicho que se vayan. No hay nada de que hablar.- Nos contempló con más detenimiento y agregó -: No quiero nada con periodistas.

Me sorprendió lo correcto de su dicción. Ahora que sus ojos eran visibles, advertí que su mirada era inteligente. Era sin duda un hombre educado, lo que contrastaba con aquel entorno artesanal.

-No somos periodistas -dijo Jaime con rapidez.

-¿No son periodistas? Entonces...¿quiénes son ustedes? -preguntó Blasco y me pareció advertir un matiz de alarma en su voz.

-Somos amigos de Julia -afirmó Tracy.

-¿Amigos? ¿Qué amigos? -dijo Blasco alzando la voz. Sin esperar respuesta, añadió -: Bueno, es igual. Ya he dicho que no quiero hablar de ella.

-Escuche, señor Blasco -dijo enfáticamente Jaime dando un paso adelante -, hay cosas de Julia que necesitamos saber. La vida de una persona está en juego. Nosotros...

-¡Julia ha muerto! ¿Es que no lo sabe?

El rostro de Blasco estaba contraído y le temblaba la barbilla.

-Sí, lo sabemos -dijo Jaime con voz serena -. La han asesinado. Usted ya lo sabe. Pero también sabe que hay algo siniestro detrás de este crimen.

-¡Pero de qué me está hablando! -gritó el viejo fuera de sí -. ¡Fuera de aquí o llamo a la policía!

-Está bien. Como usted quiera -continuó Jaime sin perder la calma -. Puede que me equivoque, pero creo que a usted le interesaría hablar con nosotros. A su mujer la han matado y las cosas no están tan claras como parece. Detrás de todo esto hay gente capaz de matar. Asesinos, ¿comprende? Nosotros corremos un riesgo, pero puede que usted también esté en peligro. No sabemos si puede ayudarnos, no sabemos si tiene alguna información, no sabemos casi nada. Pero le pedimos que hable con nosotros. No le podemos dar ninguna garantía, pero le aseguramos que estamos del lado de Artemisa, sea cual sea ese lado. Comprendo que lo más lógico sería echarnos a la calle o avisar a la policía, pero le pido que no lo haga, no se arrepentirá. No tiene nada que temer, somos inofensivos. Sólo queremos conocer la verdad.

Jaime interrumpió su desordenada exposición para coger aliento. El semblante de Blasco seguía siendo receloso y permanecimos expectantes. Después de un interminable silencio, se movió hacia el fondo de la tienda y nos invitó a seguirle. Nos condujo hasta

una pequeña habitación contigua que parecía un almacén. A través de una ventana de cristales sucios penetraba la luz del día. Había una mesa, algunas sillas y una estantería con frascos, herramientas y otros utensilios. Al fondo se abría una puerta que, como comprobamos más tarde, daba a un patio interior.

-Digan lo que tengan que decir y váyanse -dijo Blasco en tono seco.

-Gracias, señor Blasco -dijo Tracy recuperando la iniciativa-. Supongo que querrá saber quiénes somos.

El taxidermista cerró los ojos y movió negativamente la cabeza.

-Se equivoca. No quiero saber nada, digan lo que quieran y márchense.

-De acuerdo. ¿Cuándo vio por última vez a su ex-mujer?

-Julia todavía era mi mujer. Nunca nos separamos legalmente.- Hizo una pausa y agregó -: Nos veíamos de forma irregular. No recuerdo cuándo la vi por última vez. Hace un mes quizás.

-¿Mantenían una relación cordial?

-Sí, ¿por qué no?

-Ella le había abandonado.

-No exactamente. Ella había triunfado en su profesión. Tenía una vida social intensa, nuevos amigos, nuevas ambiciones... Un ambiente muy distinto al mío. Fui yo quien se alejó de ella. Su triunfo me alegró, porque en parte había sido obra mía. También sentí perderla, como es natural, pero comprendí que no era justo retenerla. No piensen que trato de mantener una postura digna. Fue así.

-¿Conocía a sus nuevos amigos? -intervine yo.

-A algunos.

-¿Conoce a un hombre llamado Calabor?

Blasco negó con expresión ausente.

-¿Podía estar Artemisa implicada en algún asunto peligroso? -preguntó Tracy.

Blasco pareció pensar la respuesta. Encendió un cigarrillo y le temblaban un poco las manos.

-Peligroso es casi todo, ¿no? Ella me habló de algo, de un asunto complicado... Pero no quise saber de qué se trataba. Sólo le previne del riesgo. Tengo alguna experiencia en estas cosas, estuve un tiempo en la cárcel por..., bueno, estuve preso. No me importa decirlo, es algo pasado y no lo oculto. En fin, le advertí que esos asuntos podían perjudicar su carrera.

-¿Pero qué asuntos? -pregunté.

-Ya le he dicho que no quise enterarme -replicó Blasco con frialdad.

-¿Le dijo su mujer si se sentía vigilada o acosada?

-No.

-Señor Blasco -dijo Tracy -. ¿Cómo cree que ha muerto su mujer?

El taxidermista miró a Tracy con acritud.

-Ustedes ya lo saben. La policía me llamó..., tuve que ir al depósito - Blasco sacudió la cabeza como para alejar la imagen de Artemisa muerta-. La policía no me ha dicho mucho más. Al parecer... hay un hombre que ha desaparecido.

-¿Usted cree esa versión? -pregunté.

-¿Por qué no?

-¡No fue así! ¡Le aseguro que no fue así! -exclamé.

Sus ojos reflejaron asombro por mi vehemencia. Replicó con voz fatigada:

-Qué más da como fuese. Está muerta, ¿comprende? Muerta. ¿Por qué no me dejan en paz?

-Sí -dijo Tracy-, ya nos vamos. Gracias por todo, señor Blasco.

-Salgan por aquí -dijo Blasco abriendo la puerta trasera.

-Una cosa más -dijo Tracy entregándole una tarjeta-. Ahí está mi teléfono. Si necesita ayuda o quiere decirnos algo, llámenos.

Salimos a un patio vecinal al que se abrían otras puertas. Olía a verduras cocidas. Se escuchaba una radio a todo volumen y había un ajetreo de cocinas. Salimos a la calle a través de un viejo portón. Había una mujer apoyada en el umbral. Tracy propuso:

-Vamos a tomar algo en alguna parte.

-¡Chist! ¡Eh, oigan!

Era la mujer del portal. Se acercó a nosotros accionando nerviosamente las manos.

-Habéis estado hablando con Juan, o sea con el señor Blasco, ¿verdad? Sois periodistas, ¿no? Yo puedo contaros algunas cosas, si os interesa.

-Sí, claro que nos interesa -se apresuró a contestar Tracy.

-Vamos ahí enfrente, si os parece. A ese bar.

Era de mediana edad, metida en carnes. Bajo el liviano vestido temblaban unos senos desmesurados. En su rostro se advertían restos de maquillaje, tenía la boca grande y la sonrisa descarada. Su forma de moverse era provocativa y no era imposible adivinar su profesión. La tasca estaba vacía y nos instalamos en una mesa.

-Me llamo Luisa -comenzó la mujer -. Si Juan se entera de que estoy hablando con vosotros, me mata. ¿De qué periódico sois?

-En realidad trabajamos para una agencia. ¿Qué nos querías decir, Luisa?

-Bueno, soy amiga de Juan y conozco bastante de su vida. También sé algo de los líos que se traía con esa que han matado. ¿Os interesa?

-Desde luego, cuenta lo que quieras -dijo Tracy poniendo frente a ella una pequeña grabadora.

-Juan es un hombre muy bueno -dijo Luisa. Apuró su copa de anís y pidió que se la rellenaran-. Le ha afectado mucho la muerte de ésa, de su mujer, a pesar de lo mal que lo ha tratado. Cuando se marchó estaba hundido. Lo dejó tirado como un perro, después de todo lo que él había hecho por ella. Yo es que vivo en la misma casa y le conozco de antiguo, de cuando él estaba de pensión. Trabajo de noche, ahí, en Antón Martín, en una boîte, y cuando me levantaba a mediodía Juan estaba en el taller y charlábamos y me gastaba bromas. Es buena gente y entonces tenía muy buen carácter. Antes de que lo enganchara esa golfa era un hombre muy simpático y todo un caballero. Vaya, que yo le tenía ley, y no es que una, con lo que ha vivido se haga ilusiones, pero me trataba bien y me respetaba, no como otros del vecindario. Bueno, lo que yo quiero deciros es que en este asunto hay más de lo que se ha dicho.

-Explícate.

-Juan le había advertido más de una vez que no se metiera en líos. No es que a mí me dijera nada, pero en estos patios, ya os podéis figurar, se oye todo. Bueno y que yo ponía la oreja, para que lo voy a negar. Sobre todo después de que lo abandonara, porque si se hubiera ido sin más y lo hubiera dejado tranquilo, pues eso. Pero no, venía a

verle de vez en cuando y se los oía discutir y gritar, era un escándalo. Y ahora aparece muerta la tía, ya me diréis si no es para mosquearse. De fijo que ésa estaba metida en algo feo, pero lo que a mí me preocupa es que al final haya complicado a Juan en sus trapicheos.

-¿Por qué piensas eso?

La mujer miró hacia la puerta y bajó la voz.

-Ella le dio un sobre el día antes de que la mataran.

-¿Anteayer? ¿Artemisa estuvo aquí anteayer?

-Como te lo digo. Yo estaba en la ventana de la cocina y podía verlos porque la ventana del taller estaba abierta. No se oía lo que decían por los ruidos, pero discutieron cantidad. Bueno pues ella saca un sobre grande del bolso y se lo da a Juan, él se lo devuelve y la otra se lo vuelve a dar, y él que no y ella que sí. Entonces va la tía guarra y lo abraza y claro Juan deja de resistirse y trinca el sobre. Ya no vi más porque se metieron para dentro. No sé que habría en el sobre, pero cuando Juan no lo quería coger, seguro que no era nada bueno. A lo mejor era dinero, no sé, o algo que le podía comprometer y eso es lo que me da miedo, que le compliquen en el asunto. La otra no me da ninguna pena que haya acabado así, ella solita se lo ha buscado. ¿Tenéis un pitillo?

Saqué tabaco y le ofrecí a Luisa.

-Gracias. No suelo fumar por las mañanas, pero hoy estoy un poco nerviosa.

-¿Le has contado algo de esto a la policía?

-¿A la policía? ¡Estás loco! ¿No ves que tengo antecedentes? Pero bueno, ¿sois periodistas o qué? Os cuento esto para que lo publicquéis si la policía intenta cargarle el muerto a Juan. ¿Está claro?

-Sí, sí, no te preocupes -aseguró Jaime -. Oye, cuéntanos más cosas de Juan y Artemisa. Cómo se conocieron, cómo se casaron...

-¿Para qué? -preguntó Luisa con desconfianza.

-Bueno, ya sabes. Si haces un reportaje, tienes que poner algo de la vida de los personajes, a la gente le gusta.

-Sí, claro. Vale, pues ya os he contado que antes de casarse Juan vivía de pensión, aquí cerca. Allí le conocí hace cosa de cinco o seis años. Me figuré que era viudo, y no

digo que no lo fuera, porque es muy reservado, pero se notaba que era un señor, un tío educado, aunque sin un duro. Había estado unos años... fuera.

-Te refiere a cuando estuvo en la cárcel.

-Ah, lo sabéis. Mejor. El caso es que andaba a la última pregunta, pero abrió el taller, que llevaba años cerrado, y empezó a malvivir. Un año después o así llegó la Julia a la misma pensión. No tendría ni veinte años y venía diciendo que iba a ser artista. La chica era monilla, pero claro triunfar cuesta un huevo y lo único que hacía era papelitos en revistas y en cafés teatro. Tuvo suerte de que Juan se encaprichara. Y no creáis que se acostaba con ella, de eso nada, yo creo que esa se acostaba con todo dios menos con él. La tomó un cariño como de padre y ella se dejaba querer, a pesar de que él le sacaba unos pocos de años. Total que un día se quedó preñada, vete tú a saber de quien. De Juan fijo que no, porque me lo hubiera dicho, pero en fin, la cosa es que la señorita no encontraba ni dinero ni ocasión para que le hicieran un apaño y entonces va Juan y le propone matrimonio. Fíjate que chorradas hacen a veces los hombres, por mucha educación que tengan. Bien que se lo advertí que estaba haciendo el primo, pero no me hizo ni caso. Me dijo que se casaba para darle protección, no te jode, que para él era suficiente.

-¿Y qué pasó?

-Que se casaron y se fueron a vivir al centro. Al principio no parecía ir mal la cosa, seguíamos hablando en el taller como si nada y el hombre parecía feliz. Al parecer la niña se había puesto a trabajar y se le habían pasado las ideas de ser artista. A los tres meses ella abortó, creo que de manera natural, y entonces yo me dije: verás ahora lo que duran. Pero me equivoqué, siguieron juntos y felices. Pasó el tiempo y yo cada vez hablaba menos con Juan y parecía que todo iba bien, hasta que un día me contó que Julia estaba relacionándose con gente muy bien, con gente elegante, y quería hacerse modelo. Decía que se alegraba y que su mayor deseo es que ella triunfara, pero a mí no me la daba: se le veía triste y más viejo. Una mañana me confesó que ya no vivían juntos, pero que era natural lo que había pasado y que él ya sabía que todo terminaría así. ¡Qué desperdicio, madre mía! Si es lo que yo digo, los hombres sois la hostia. Bueno, lo demás ya lo sabéis, ella se hizo famosa y empezó a salir en las revistas y todo eso.

Luisa calló y se hizo un silencio.

-Pero siguieron viéndose -dijo Tracy.

-Venía por aquí, sí. De vez en cuando.

-Oye, Luisa, ¿y ese sobre? ¿No podrías enterarte qué es?

-Ni lo pienses, cariño. Juan es muy reservado.

-Gracias, Luisa, aquí hay una buena historia. Y no te preocupes, no vamos a publicar nada a no ser que Juan tenga problemas. Toma mi tarjeta. Si oyes o ves algo que nos pueda interesar, llámame.

Después de que Luisa abandonara el bar, Jaime fue el primero en hablar.

-El viejo nos ha mentado.

-Sí, nos ha ocultado que vio a Artemisa -dijo Tracy-, pero por lo demás creo que ha sido sincero.

-Por lo demás, no nos ha dicho gran cosa -precisé.

-Quiero decir que puede ser verdad que no estuviera al tanto de los líos de su mujer. No creo que esté implicado. Sólo en el último momento Artemisa le obligó a aceptar algo comprometido.

-¿Qué puede contener el sobre? -pregunté -. Algo valioso, sin duda. Blasco parecía asustado. A lo mejor es un documento secreto, un microfilm...

-No te dispares, Parker -sonrió Tracy-. No creo que sea algo tan concreto. Pueden ser documentos comprometedores a los que hubiera tenido acceso Artemisa y guardaba para su propia defensa. Iba a encontrarse contigo, formaba parte de una operación arriesgada, quizá temía por su vida. Entonces se acuerda del marido, le da los documentos y le dice: si me ocurre algo, haz uso de este sobre.

-Es una buena hipótesis -admití -, y muy novelística, por cierto. Pero si es así, ¿qué hará ahora Blasco? ¿Entregará el sobre a la policía?

-Es posible -dijo Jaime -. Pero puede que sólo lo haga si se ve acorralado. No parece muy amigo de tomar iniciativas.

-Podríamos volver al taller y presionarlo -propuse.

-No creo que consiguiéramos nada. Dejemos que reflexione sobre nuestra visita.

-¿Qué hacemos entonces? -pregunté.

-Nada. Esperar acontecimientos. Volvamos a mi estudio a ver si hay noticias de los otros.

-Id vosotros, yo iré después.

-¿Dónde piensas ir? -Tracy y Jaime me miraban con sorpresa.

-A ningún sitio en particular, pero necesito estar solo. Por lo menos un rato. Sencillamente voy a caminar y pensar. Desde que ha comenzado este asunto no he tenido un minuto de reposo. Quiero ordenar ideas, darle un poco vueltas a las cosas.

-Parker, no necesito decirte...

-Lo sé, Tracy. Tendré cuidado.

AUTOPISTA PARIS-BURDEOS, 10 DE SEPTIEMBRE

Habían dejado atrás París y el señor Osborne conducía relajadamente. En contra de lo previsto, el niño no había dado excesivo quehacer. Había dormido casi todo el tiempo, despertándose sólo en demanda de alimento. El señor Osborne se alegraba; hubiera tenido reparo de emplear tranquilizantes con el niño. Por lo demás, Silvia se había comportado magníficamente y demostraba que conocía el oficio; también se alegraba por eso. El señor Osborne sentía un optimismo moderado. Sabía que un exceso de optimismo era contraproducente en su trabajo; la mente debía permanecer alerta en todo momento, fríamente preparada para afrontar cualquier imprevisto. Al mismo tiempo sentía revivir antiguas sensaciones, ese extraño cosquilleo que precede a la acción.

Su compañera no había sido curiosa acerca del paquete traído desde Amsterdam. Mientras ella preparaba el equipaje el señor Osborne había sacado al niño de la cuna y, con suma delicadeza, lo había dejado sobre la cama. Luego había colocado el envoltorio en el fondo de la cuna y lo había cubierto con las ropas, alisándolo de manera que no se produjesen desniveles significativos. Había acostado de nuevo al pequeño, que no pareció sentirse incómodo. Una vez cerrada la cremallera sólo era visible la cabecita del niño y nada hacía suponer que allí había algo escondido. Silvia había presenciado la operación sin hacer ningún comentario.

Conforme se alejaban de Bélgica el clima se hizo más agradable. En aquel momento, cincuenta kilómetros al sur de París, el sol se desembarazó de las nubes y comenzó a brillar. No tenía intención el señor Osborne de hacer el viaje de un tirón, pese a que deseaba llegar cuanto antes a su punto de destino; pero también sabía que la precipitación es un error de principiante y el señor Osborne era todo menos eso. Con un punto de inquietud advirtió que acaso actuaba con excesiva minuciosidad -se felicitaba a cada momento por su destreza en prevenir contratiempos-, y se preguntó si esa actitud no revelaría, en el fondo, un oculto sentimiento de inseguridad. Le asaltó de nuevo el fantasma de la vejez, pero se dijo que, a fin de cuentas, lo que contaba eran los resultados. Echó una ojeada ala sienta posterior. El pequeño estaba despierto y jugaba con un sonajero. Procuró alejar de su mente todo pensamiento pesimista; sin duda, viejo o joven, la suerte le acompañaba por el momento. Conectó la radio del coche y sonrió a

su compañera. Pensaba dormir en Burdeos y continuar a primera hora del día siguiente hasta la frontera española. El señor Osborne se concentró en el verdor de la campiña y pensó que, después de todo, era el último y definitivo trabajo de esta índole que pensaba efectuar.

REENCUENTRO

Necesitaba estar solo y mezclarme con la gente como un desocupado más. Quería callejear, detenerme ante los escaparates, pisar aceras, sumarme a un ambiente ajeno, olvidar, siquiera momentáneamente, el absurdo que me envolvía. La soledad había sido insoportable al principio y de no ser por los muchachos mi huida hubiera sido breve. Gracias a ellos me sentía con ánimo para llevar a cabo una empresa descabellada, pero sin duda esperanzadora. Lo cierto era que, en las últimas horas, apenas había pensado por mí mismo. Al margen de una innegable confusión, ¿qué sentía en aquel momento? Sobre todas las cosas tenía una intensa sensación de inminencia: como si todos mis proyectos fueran a frustrarse en el instante siguiente, y en cualquier momento alguien pudiera tocar mi hombro y me conminase a darme preso. También tenía miedo. No un pánico incontrolado como el que me había dominado al descubrir el cadáver de Artemisa, pero sí un temor oscuro y persistente que no conseguía neutralizar. Advertí que bajo el miedo latía un incómodo desasosiego, un fastidio creado por la alteración inesperada de los acontecimientos. Era ridículo, pero me molestaba que alguien desconocido hubiera perturbado el planteamiento inicial. ¿Con qué derecho alteraban mi aventura? Porque no sólo me sentía amenazado, sino que no sabía bien qué hacer. Era extraño inquietarse por algo tan banal en mis circunstancias, quizás fuese un recurso mental inconsciente para desviar mi atención hacia cosas más tangibles. Sí, era preciso pensar despacio y adoptar una actitud propia, no ser un mero espectador de cuanto me sucedía. Debía existir un punto de ruptura, un giro lógico que introdujera alguna coherencia en los hechos. Yo no me sentía capaz de hacer un análisis frío de la situación y los chicos sólo veían las cosas bajo la óptica de la aventura. Era necesario encontrar a alguien con sentido común capaz de enfocar con sensatez el asunto. Entonces pensé en Marta.

Consideré la idea: Marta como oposición a mis fantasías, lo metódico frente a lo imaginativo. Era una posibilidad. Supuse que también deseaba ver a Marta por otras razones. Revivió en mí la sensación de cosa no resuelta que siempre me mortificaba al evocarla. A lo largo del tiempo, el temor o el cansancio de enfrentar algo que nunca había entendido del todo, me habían convencido de que era mejor no volver a verla. Durante más de dos años había bloqueado mentalmente el asunto y tratado de alejar de mí todo lo que pudiera desequilibrar mi nueva vida. Y ahora, cuando lo que estaba en juego era mi supervivencia, sentía la necesidad urgente de descubrir el por qué de nuestro fracaso.

Tampoco me sorprendió demasiado llegar a esa conclusión en un momento en que la contradicción y la paradoja estaban a la orden del día. Decidí actuar de inmediato. Marta era directora de relaciones públicas de una empresa y confié en que a aquella hora no fuera imposible localizarla. Consulté mi agenda y busqué una cabina telefónica. Ella misma contestó a la llamada.

-¡Adrián, qué sorpresa!

-Estoy en Madrid, Marta, y me gustaría verte. ¿Podemos comer juntos?

-Espera un momento... Sí, ningún problema. Dentro de dos horas, ¿te parece bien?

-Perfecto. Hasta luego, Marta.

Me abstuve de sugerir alguno de los lugares frecuentados en otro tiempo (ni siquiera sabía si existirían) y Marta escogió un pequeño restaurante próximo a su oficina. Uno frente al otro, nos contemplamos en silencio. Estaba más delgada y se peinaba de otro modo, pero era ella misma: el cabello negro brillante, los rasgos angulosos, la boca ancha, invariable también la luz oscura de sus ojos y la forma sensual, inconfundible, de moverse, de echar hacia atrás la cabeza y apartarse el pelo de la cara. Pensé en la lucha demoledora, en la crispación de aquellos días y me entristeció la evidencia súbita del tiempo perdido. Toda su vida después de mí, tan irrecuperable ya, llena de emociones, de rutinas, de proyectos, que yo había dejado de compartir.

-Estás igual, Marta.

-Tú tampoco has cambiado mucho.

-Ha sido un error no vernos en estos años y sé que soy el más culpable.

-A veces es necesario que pase el tiempo.

Ella frente a mí, mirándome con suavidad, demoliendo el pasado, apartando de mi mente otras cosas, invadiéndome con su presencia.

-¿Cómo van tus cosas, Adrián?

-No me van mal.

-¿Pero estás a gusto? Cuéntame de tu vida.

Le hablé de la serenidad, del sosiego, de la soledad, tal vez de la nostalgia. No sabía qué impresión quería causar en Marta. No deseaba dar una imagen resignada y conformista con añoranzas del pasado, ni me parecía honesto mentirle y decir que había alcanzado la paz y que las cosas habían sido como tenían que ser. Pero por encima de las otras cosas, quería saber qué quedaba de mí en ella.

-¿Qué nos pasó, Marta?

-Supongo que lo que le pasa a mucha gente, que dejamos de amarnos.

-Eso no es cierto.

-Puede que no - fijó sus ojos en mí un instante y desvió la mirada -. ¿Pero qué importa, si éramos incapaces de convivir?

-A mí si me importa, y no dejo de pensar en ello.

-Pues yo no, Adrián. Hace tiempo que me convencí de que no puede explicarse todo. Muchas cosas hay que aceptarlas como son o como vienen. No quiero romperme la cabeza analizando algo que fue más fuerte que nosotros.

-Sin embargo, yo no puedo evitarlo. Los recuerdos son como cartas antiguas: me resisto a tirarlos. Bueno, perdona, no quisiera ponerme pedante contigo. Lo que pasa es que de un tiempo a esta parte miro mucho hacia atrás. A veces tengo la impresión de que cuando me fui se cerró una etapa muy bien delimitada, no sólo porque tú y yo nos separáramos, también por todo lo demás, por todas las cosas que eran entonces mi vida. Ahora todo me parece muy lejano y me mortifica que haya cosas inconclusas o inexplicadas.

-Te entiendo, Adrián.

Había en ella una dulzura desusada, una sorprendente suavidad, y al tiempo una actitud distante, acaso una emotividad contenida.

-¿Te has vuelto a enamorar? -pregunté.

Me dirigió una de sus miradas densas antes de contestar.

-Vivo con otro hombre.

-Ya. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

-Un año. ¿Te sorprende?

¿Por qué me iba a sorprender? Sólo que la revelación distorsionaba aún más su recuerdo, la hacía de pronto más ajena a mí. Forcé una sonrisa convencional:

-¿Eres feliz?

-Tenemos una vida muy independiente, pero estamos bien. Es un planteamiento por completo diferente, ya te puedes figurar.

-No vas a volver a casarte, entonces.

-No. Al menos por ahora.

-Marta, hay algo de lo que quisiera hablarte.- Curiosamente me sentía ahora más libre para contarle el embrollo en que estaba metido -. Pero es algo muy reservado. No creo que aquí... ¿Podríamos ir a un sitio más discreto?

-Claro. Vamos a mi casa.

-Bien, pero...

-No hay problema.- Marta adivinó mi pensamiento.- Él no está aquí ahora. Es piloto. Ahora debe estar en Nueva York o en Montreal.

Vivía en un elegante apartamento cerca de la Plaza de Oriente. Era un edificio con una hermosa fachada de finales de siglo, cuyo interior había sido remozado. Encontré allí retazos de mi pasado: cuadros, vasijas, fotografías, muebles... esas cosas que un día tras otro pueblan un espacio común y a las que se adhieren con firmeza los recuerdos. No me gustó verlas allí, fuera de su primitivo entorno.

Me senté en un mullido sofá mientras Marta preparaba café y traté de imaginar cuál sería su reacción después de oírme. Sentía un cierto pudor de contarle todo Marta. No lo había tenido con Tracy y sus amigos, pero ante mi ex-mujer significaba reincidir en el comportamiento que ella había criticado con dureza en otros tiempos. Pero ¿en quién podía confiar mejor que en Marta? Nunca había compartido mis fantasías y me había tachado de inconsciente, pero no era probable que se mostrase insensible ante una situación en la cual peligraba mi vida.

Regresó con el café y se sentó a mi lado, no demasiado cerca. Me invitó a comenzar con la mirada y yo, tras una vacilación, inicié mi relato, lo cual ya se estaba convirtiendo en un hábito. Le conté todo sin omitir detalle, como recitando algo consabido, y así era en realidad. Cuando terminé de hablar se hizo un silencio opaco.

-¿Te enamoraste de Lucía? -fue lo primero que preguntó Marta.

Me encogí de hombros desconcertado. Nunca llegaré a adivinar la escala de prioridades femeninas y aún menos la de Marta. Encendió un cigarrillo, sacudió una ceniza inexistente y colocó algunos objetos, ya perfectamente colocados, que reposaban sobre la mesita de cristal, inútiles movimientos -yo los conocía bien- que revelaban a las claras el estado de inquietud en que se encontraba Marta.

-¿Quiere un coñac? -preguntó.

-Mejor ginebra, si tienes.

-Claro, ginebra.

Se levantó, anduvo por la habitación sin rumbo fijo, al fin abrió un armario y saco las botellas.

-No sé que decirte, Adrián -dijo mientras servía las copas-. Es... es tan increíble. No comprendo cómo has podido complicarte en una cosa así. No entiendo nada. ¿Cómo pudiste huir dejando a esa chica muerta? Sí, ya me has explicado los motivos, pero así, en frío, yo creo que... Y luego esa idea tan absurda de ponerte a investigar. ¡Adrián estás metido en un lío! Tal vez un buen abogado, sí, eso es lo mejor, tenemos que hablar con un buen abogado.

-Un momento, Marta. Ya sé que voy a necesitar un abogado, pero antes necesito saber qué te parece a ti todo esto.

-¿Qué me puede parecer? ¡Una locura!

-Lo sé, pero lo que ahora te pido es una opinión, una idea, un punto de vista. Eres una persona sensata, demasiado quizás, y esa sensatez es lo que necesito ahora. Todo esto parece absurdo, de acuerdo, pero debe obedecer a algo, tiene que haber una lógica que yo no alcanzo a descubrir.

Marta movió la cabeza con desánimo, como si yo fuera un caso perdido, pero luego pareció atender a mi petición y su rostro se tornó reflexivo.

-Mira, en primer lugar, hay algo que me llama la atención: nadie parece estar interesado en encontrarte.

-¿Tú crees?

-Está muy claro. Primero, la policía: ¿cómo es que no te han detenido ya? Me vas a decir que aún no han dado contigo, pero es que me parece que ni te han buscado. A ver, ¿cómo es que no me han interrogado a mí? Saben tu identidad y no les hubiera costado nada localizarme e interrogarme, ¿no crees? Por algo soy tu ex. Otro tanto te digo de tus amigos del pueblo, si te están buscando, también lo harán allí. ¿Has hablado con tu amigo?

-¿Con Braulio? No.

-Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

-Y si es verdad que la policía no me busca, ¿a qué lo atribuirías?

-Ah, no sé. A lo mejor saben que eres inocente, o están complicados en el asunto y de acuerdo con uno de los bandos, puede que hayan cogido al verdadero culpable; pero buscarte, no te buscan, te lo aseguro. En segundo lugar, el bando de los buenos (por decir algo), los que te contrataron. ¿Dónde se han metido? Si te hubieran liquidado, sería lógico que no aparecieran, pero estás vivo, y ya no es sólo que el éxito de la operación dependa o no de ti, sino que puedes comprometerlos con lo que sabes o puedes llegar a saber. Y por último, los malos, los que han matado a Artemisa. Han fracasado en el primer intento de eliminarte y lo lógico sería que lo intentaran de nuevo. Sin embargo te dejan en paz. ¿Por qué?

-Hombre, Marta, vistas así las cosas parece como si no tuviera nada que temer. Hasta podría irme a casa tranquilamente.

-No te lo tomes a broma, Adrián. Esa inmovilidad me parece muy siniestra.

-Bueno, no te olvides del arquitecto. Ese hombre sí parece directamente implicado en los hechos.

-Sí -admitió Marta-, ese hombre es lo único real. Oye, lo que me intriga son los versos, los que había escritos en la agenda de Artemisa. ¿Qué explicación le dais?

-¿Explicación? -repetí sorprendido -. Ninguna por el momento.

-Pues yo creo que esos versos pueden ser muy importantes. Tienen que tener un significado. Tal vez sean una clave o algo así.

Me eché a reír.

-Caramba, Marta, ¿no eres tú ahora la que te dejas llevar por la fantasía?

-De ninguna manera. ¿Es lógico que una chica como Artemisa, que por lo que veo era de armas tomar, se dedicara a escribir poesías en su agenda como una colegiala

enamorada? Ni de broma. No te quepa duda de que escribió esos versitos con un propósito definido.

-Está bien, Marta. ¿Qué más se te ocurre?

-De momento, nada más. Ahora coge el teléfono y llama a tu amigo Braulio.

Hice lo que Marta me pedía y tal y como ella había supuesto nadie había preguntado por mí. Braulio me preguntó por Lucía y fue imposible convencerlo de que no estaba con ella. Pero lo sorprendente era que nadie se hubiera interesado por mi persona. Descolgué de nuevo el teléfono y llamé a Tracy. Le dije donde estaba y añadí una justificación que nadie me había pedido. Tracy no hizo ningún comentario. Prometí volver al estudio en el curso de la tarde.

-Gracias, Marta.

-No me des las gracias, sigo pensando que estás loco. Hablemos con un abogado, te lo ruego.

Contemplé en silencio a mi ex-mujer. Era atractiva, muy atractiva, una rara mezcla de fragilidad y obstinación. Entonces ella hizo una pregunta que luego escucharía muchas veces:

-¿Por qué te has metido en esto?

-Como alguien dijo, entonces me pareció una buena idea.

-Eso no es una respuesta.

-No, no lo es, pero el caso es que no tengo una idea clara de cómo he llegado hasta aquí. Todo comenzó como un juego, un juego raro en el que el riesgo era algo abstracto, manejable. Pienso que daba sentido a mi aventura con Lucía; de otro modo, si no hubiera aceptado la propuesta de Calabor, todo hubiera quedado en un romance falso. Luego Artemisa muere. Ya no es un juego. Desaparece lo novelesco, hay una persona muerta, asesinada, y eso es real. A pesar de todo decido continuar. ¿Por qué? No lo sé... quizá presiento que el juego continua y ya no soy capaz de renunciar. Pero te diré por qué te he dado las gracias, Marta: por una vez me he sentido comprendido por ti.

-Eres injusto, siempre te comprendí. Que al final se torcieran las cosas no significa que no hayamos vivido momentos felices.

Los recuerdos me golpearon un instante.

-Es cierto. Hemos compartido muchas cosas.

-Claro, Adrián. Tú has sido muy importante en mi vida. Eres la persona con la que más me he reído. Te parecerá superficial, pero no lo es: disfrutar de la vida junto a otra persona es lo más importante de una convivencia. Otras cosas más trascendentes acaban por olvidarse. Al final sólo queda la risa. Lo malo es que tú querías que cada momento fuera memorable.

-¿Por qué no había de serlo?

-Por que no somos excepcionales, Adrián. Somos personas corrientes. ¿Todavía no te has dado cuenta?

-Nunca me resigné a ser mediocre.

-¿Quién habla de mediocridad? Yo he dicho normalidad, que es muy diferente. Pero tú tenías un miedo patológico a la vulgaridad y por vencerlo caías a menudo en la extravagancia.

-No creo haber sido extravagante -la miré con humildad -, todo lo más un ingenuo, un soñador. Puede que ni eso fuera.

-Eras un soñador y lo sigues siendo -dijo Marta.

En su semblante no había signos de ironía o reproche. Su mirada era cálida como su voz y yo sentía una laxitud que restaba fuerza a mis argumentos.

-No estoy seguro -contesté -. Todo el mundo puede soñar sin que eso deba servir como pretexto para sentirse diferente o superior. Creí ser un soñador y acaso sólo era (sólo soy) un inseguro con miedo a afrontar la realidad. Ante ti me siento desarmado, Marta. Nunca logré que compartieras mis sueños.

-¿Pero lo intentaste?

-Creo que sí, aunque ahora ya no estoy seguro de casi nada. Ahora te he contado un sueño, el más loco, el más inútil de mi vida, y creo que quieres compartirlo pese a todo.

-Sí, Adrián.

Sin proponérmelo extendí el brazo y tomé su mano. Marta correspondió a la caricia y me envolvió con su mirada oscura. Yo conocía bien esa forma de mirar. Se inclinó hacia mí y me besó. Fue un beso corto y leve. Me quedé callado sin saber qué decir. Marta cerró los ojos y me abrazó. La volví a besar, con fuerza esta vez, reconociendo sus labios, ajustándome a su forma no olvidada de besar.

-Marta, esto es una locura.

-¿Por qué?

-Tú tienes otra vida, no quisiera...

Se despegó un poco de mí y me amonestó suavemente con la mirada.

-Siempre te has creído en la obligación de organizar mi vida. ¿Cuándo aprenderás que yo hago con mi vida lo que quiero?

No supe o no quise contestar y dejé que los acontecimientos siguieran su curso.

BLACKFIRE

Itciar había decidido recabar la ayuda de Rodrigo Cortés. No había comunicado a nadie su intención y eso la inquietaba; Tracy no veía con buenos ojos las improvisaciones. Pero pensaba que tener un contacto con El Diario podía resultar útil aunque comportase algún riesgo. Si actuaba con habilidad y conseguía información confidencial, su iniciativa sería elogiada por el grupo. No tenía una idea clara de cómo justificar ante su amigo Cortés el interés por la muerte de Artemisa sin revelar su implicación en los hechos. Pero confiaba en Rodrigo, al que le unía una franca amistad, por más que el periodista no ocultara su predisposición a transformar esa amistad en una relación más adulta. Propósito irrenunciable, a pesar de las repetidas negativas de Itciar, pero no peligroso, ya que ella sabía eludir sin aspereza los asaltos de Cortés.

A la misma hora que nosotros escuchábamos las confidencias de la amiga de Blasco, Itciar hacía sonar el timbre de la casa del periodista. Tras una larga espera, un Rodrigo Cortés en bata y con el pelo alborotado abrió la puerta.

-¡San Pedro! Creí que se hundía el mundo. ¿Sabes qué hora es?

-Las once y media. ¿Me invitas a pasar?

-No me lo digas, adivino qué te trae. Al fin has decidido desprenderte de tu absurda virginidad. Sabía que tarde o temprano te decidirías, aunque escoges unas horas...

-No seas pelma, Rodrigo. Vengo por un asunto profesional.

-¿Profesional? -Rodrigo abrió desolado los brazos -. Me decepcionas. Bueno, pasa y rebusca por ahí. A lo mejor encuentras una revista pornográfica y te instruyes mientras me visto. ¿Quieres café?

-No, gracias, he desayunado hace horas -. Hizo una pausa y añadió -: He leído tu crónica sobre el crimen de la modelo. Está muy bien.

-Ah, eso -la voz de Cortés llegaba a través de la puerta medio abierta del dormitorio -. Para comentar eso podría haber venido a una hora más decente. ¿No sabes que los periodistas se acuestan tarde?

Itciar rebuscó en el hueco del salón que hacía las veces de cocina.

-Si me dices dónde está la cafetera te preparo café.

-De cafetera, nada -dijo Cortés asomando la cabeza -. La gente apresurada como yo toma café soluble. Calienta agua sin más.

Itciar puso agua a hervir y paseó por la habitación.

-Es muy curioso lo de la muerte de esa chica y el tipo ese que ha desaparecido. Me gustaría conocer más detalles.

-¿A qué viene ese repentino interés? -Cortés apareció, ya vestido, abrochándose el cinturón.

-Pues es que ayer me quedé intrigada y he hecho averiguaciones por mi cuenta.

-A ver, a ver. ¿Qué te traes entre manos?

-Bueno, el artículo de El Diario era muy sugerente y he estado en la hemeroteca buscando información sobre Franco Dalessio y todo ese rollo de la Mandrágora. Pensé que te podía interesar.

Le mostraba un cuaderno lleno de anotaciones. Cortés dejó la taza sobre la mesa y se rascó la cabeza.

-Un momento, pequeña, ¿a quién tratas de engañar? A Rodrigo Cortés no se le viene con esos cuentos. ¡Tu sabes algo!- La chica miró a su amigo sin saber qué decir y Cortés se echó las manos a la cabeza- ¡Hay que joderse! Mis jefes cogen un asunto vulgar y le dan una importancia desmesurada, pero, claro, sin explicarle nada a este inmundito reportero. ¡Y ahora resulta que hasta los estudiantes de periodismo saben más que yo del caso! Todo el mundo piensa que soy gilipollas, ¿o qué?

-Veras, Rodrigo -Itciar se mordió el labio vacilante -. Puedo decirte algo, pero no todo. Existe un pacto de silencio.

Cortés se desmadejó en una butaca con los ojos cerrados.

-Madre mía -murmuró.

-Resulta que un amigo mío -empezó Itciar-, alguien que yo conozco, sabe quién es el hombre que estaba con la modelo, el que ha desaparecido.

-¿Qué?

-Y sabemos, mi amigo sabe, que es inocente.

Cortés angustiado se inclinó hacia delante.

-¿Pero no se da cuenta Tracy del lío en que os estáis metiendo?

-Yo no he dicho que fuera Tracy -replicó Itciar sobresaltada.

-Vamos, vamos, Itciar, ¿tú también me tomas por tonto? Es evidente que tu insoportable amigo Tracy y ese absurdo grupito vuestro tiene algo que ver con lo que me cuentas.

La muchacha guardó silencio.

- Mira, pequeña -Cortés la apuntó con un dedo-, te diré lo que vas a hacer. Me vas a contar ahora mismo todo lo que sabes sin dejarte una coma, o si no ya sabes donde está la puerta. Te vas por donde has venido y aquí no ha pasado nada.

Itciar miró a Cortés con desaliento. Lo había hecho todo mal: no sólo no había sonsacado al periodista sino que había comprometido a sus amigos. Permanecer callada y dejar las cosas como estaban no resolvía nada y estimularía aún más la curiosidad de Cortés, pero si le hacía partícipe del asunto, tal vez pudiera evitar su indiscreción. Itciar optó por esto último y puso al tanto a su amigo de los acontecimientos. Al concluir había una luz de éxtasis en los ojos del reportero.

-¿Qué día es hoy? Tengo que consultar mi horóscopo. ¡Dios mío qué historia! No sé si creerte, es demasiado sublime. ¿Seguro que no te burlas de tu viejo amigo?

-Venga, Rodrigo, no hagas teatro. La cosa no es para tomarla a broma.

-¿A broma dices? Claro que no. De modo que tenéis escondido al señor A.S. Bueno, bueno, es inaudito. ¿Me dejaréis participar? ¿Crees que Tracy se opondrá?

-Prométeme ser discreto, Rodrigo.

-Claro, claro, no te preocupes. Ya sabes que soy zorro viejo.

-Bueno, ya te he contado todo. Ahora, dime tú lo que sepas.

-Pues el caso es que... -Cortés se detuvo cohibido- no sé mucho más. Los jefes no sueltan prenda. Ahora bien, a partir de ahora... Oye, pequeña, supongo que sois conscientes de que este es un asunto peligroso.

-Venga, Rodrigo, ¿no estarás asustado?

-¿Yo? No me conoces. No pararé hasta llegar al final. Soy un profesional. ¡Este puede ser el reportaje de mi vida!

-Rodrigo, te recuerdo que esta es mi historia.

-No te preocupes, criatura, aquí hay trabajo sobrado para dos. Una sola noticia lanzó a la fama a Woodward y Bernstein, recuérdalo. Ahora no perdamos tiempo y empecemos a trabajar.

Eran casi las seis cuando volví al estudio de Tracy. Estaba todo el grupo con excepción de Daniel. Itciar había hecho un buen trabajo de investigación sobre Dalessio y la Scampi. Franco Dalessio era un personaje sin edad: alto, atlético, de sonrisa cautivadora y cabellera encanecida, había comenzado como actor en películas italianas de escaso nivel. Saltó a la fama al protagonizar un escándalo que surtió durante meses a la prensa del corazón. Se casó en secreto, tras un rapto previo, con una menor, hija de un financiero español, y fueron perseguidos y detenidos por la policía. La historia terminó con la aceptación de Dalessio por parte de los padres de la novia y la pareja se estableció en España. Aunque el matrimonio duró poco, el italiano permaneció en nuestro país y se hizo asiduo de la alta sociedad, realizó dos o tres películas y se distinguió por sus romances con actrices jóvenes.

En 1982 se produjo la quiebra del Banco Rossi de Turín y salió a la luz la Mandrágora, organización semisecreta, que tras la aséptica denominación de Asesoría Financiera Internacional, ocultaba una extensa gama de actividades delictivas, desde sobornos a políticos a blanqueo de dinero a gran escala. Cayeron conocidas y respetadas cabezas; hubo huidas, desapariciones, suicidios y misteriosas muertes accidentales; pero nunca se supo quiénes eran los auténticos cerebros de la organización. Un periódico sugirió la existencia de un improbable consejo internacional de ancianos (los Grandes Padres), pero fue una mera conjetura. A otro nivel, el nombre de Dalessio fue mencionado, aunque nunca se le pudo probar nada. Entre las empresas presuntamente implicadas en el caso Rossi, estaba la Seymour & Davidson, una multinacional radicada en España, dato este a tener en cuenta, ya que García Conde, el marido de Silvana Scampi, era un alto ejecutivo de la firma. De esa época databa la amistad entre Dalessio y la Scampi. Aunque se les atribuyó un romance, los rumores sobre el lesbianismo de Silvana no disminuyeron. Otras versiones aseguraban que las chicas eran amigablemente

compartidas por los dos italianos. En cuanto a la enigmática Silvana Scampi, poco o nada se conocía de su pasado. Salta a la popularidad con motivo de su boda y desde entonces es perseguida por fotógrafos y reporteros a causa de su desaforada actividad erótico-social. Su matrimonio no se ha visto afectado y se mantiene sin fisuras dentro de un clima de liberalidad y consenso mutuo.

Bajo mi punto de vista, después de lo que acababa de oír, me parecía evidente que mi asunto se relacionaba claramente con aquellas conspiraciones internacionales, y que Dalessio, Silvana, su marido, la multinacional y quién sabe cuánta gente más estaban implicados en el asesinato de Artemisa. Todo lo cual me producía una cierta euforia, la aparición de nuevos sospechosos crearía dudas razonables acerca de mi presunta culpabilidad. Tracy y Jaime frenaron mi optimismo: había indicios, sí, de que esos personajes estuvieran implicados en historias turbias, pero no necesariamente en el crimen que nos afectaba. Carecíamos de pruebas. Mencioné entonces la foto de Anselmo, que probaba de manera incuestionable la relación entre los italianos, Artemisa y Calabor, pero según Jaime lo único que demostraba es que todos los de la foto eran amigos, lo cual no constituía delito alguno. Dije finalmente que si lo que habíamos conseguido hasta ese momento no valía para nada, para qué seguir jugándonos el pellejo, mejor abandonar y marcharnos todos a casa. Todos se opusieron: nadie hablaba de abandonar sino de perfilar adecuadamente una estrategia. Para contrarrestar mi actitud derrotista, los chicos admitieron en que en efecto los personajes investigados eran realmente sospechosos, pero que era imprescindible tener pruebas que fundamentaran cada paso adelante en nuestra investigación.

-Muy bien -dije en tono hosco, un poco harto de tanta filigrana-: ¿Cuál será entonces nuestro próximo movimiento?

El repentino sonido del timbre nos sobresaltó e impidió cualquier respuesta. Jaime atisbó por la mirilla.

-Es Daniel.

Daniel entró sonriente y se plantó en el centro del grupo.

-Esto está resuelto -dijo agitando en el aire la casete robada. Su rostro reflejaba satisfacción por la expectación despertada-. Debería haberlo adivinado antes. Anoche empecé a hacer pruebas con mis aparatos, pero sin resultado. La maldita cinta se resistía. Me fui a dormir y por la mañana continué haciendo pruebas. Nada. Todo parecía inútil. Desanimado me tumbé en la cama y, como dicen en las novelas, dejé que mi mirada vagara por la habitación. Entonces lo vi.

-¿Qué viste?

-Mi ordenador personal. Así de sencillo. Como es sabido estos pequeños ordenadores utilizan casetes normales y corrientes para almacenar programas, así que me dije: ¿Por qué no probar la cinta en el ordenador? Dicho y hecho, coloqué la cinta, la avancé hasta el comienzo de los ruidos y... ¡zas! En la pantalla empezaron a aparecer palabras perfectamente legibles. Ahora sabemos que las casetes de los Amigos del Barroco contienen mensajes camuflados, reproducibles mediante un ordenador.

-¿Pero cuál es el mensaje?

-Bueno, esa es otra -Daniel arrugó el entrecejo-. Descifrado está -nos mostraba una hoja de papel- Ahora falta saber que coño quiere decir esto.

SECTOR 217/B/45000

DENOMINACION: AMIGOS DE LA MUSICA BARROCA

CLAVE: BLACKFIRE

CONTINUA MENSAJE

ALCANCE INMINENTE NIVEL 3, PROBABILIDAD DE
INTERCEPTACION NO SIGNIFICATIVA. PERMANEZCA
DISPONIBLE.

EVENTUALIDAD: UTILICE CODIGO 13/00/O1.

FIN DEL MENSAJE

Todas las manos se disputaron el papel con excitación, hablaban todos a la vez y aventuraban interpretaciones sobre el críptico texto. Yo me recosté en mi asiento y dejé correr los pensamientos. Aquella nota me devolvía la fantasía, introducía de nuevo lo mágico, lo irreal, en mi aventura. Era un mensaje cifrado que maldito si sabía lo que podía significar, pero era auténtico: alguien enviaba mensajes encerrados en una inofensiva casete. Algo inconcebible, tanto como grabar un mensaje en un cerebro, pero también esperanzador porque suponía abrir una brecha en la organización de los poderosos,

desvelar una pequeña parte de la trama. Además era una demostración de que no nos movíamos en un mundo imaginario. Paradójicamente, ese elemento fantástico nos confirmaba la realidad.

Analizamos palabra por palabra del mensaje y tratamos de encontrarle algún sentido. Pero el texto no aludía a nada concreto que pudiéramos relacionar con nuestra investigación. Se refería a algo inminente, algo que estaba a punto de ocurrir- todos presentíamos que era algo importante- y que alguien temía que no llegara a realizarse, aun cuando esa posibilidad fuese remota. Era suficiente para estimular nuestra imaginación, ¿por qué no suponer que esa acción estuviera relacionada con el mensaje del que yo era portador? Pero había algo objetivo, tangible, incuestionable: sabíamos el nombre en clave de la operación. Para nosotros BLACKFIRE sólo era un nombre, pero para ellos debía significar mucho.

-Ahora ya sabemos cuál será nuestro próximo paso -dijo Tracy con determinación-. Quiero ver la cara de Orozco cuando le hablemos de Blackfire. ¿Qué hora es? -miró su reloj-. Aún no son las ocho, perfecto, estará en su estudio. Iremos ahora mismo Adrián y yo.

-¿No sería mejor telefonarle antes? -apuntó a Itciar.

-Nos arriesgaremos, Itciar. Tenemos que jugar el factor sorpresa.

Esta vez nadie se opuso al plan de Tracy.

¿QUIÉN MATO A ARTEMISA?

Tracy conducía ensimismado. Para romper el silencio le pregunté si, a su juicio, había hecho yo lo correcto al confiarme a Marta. Me dirigió una mirada rápida antes de contestar.

-Qué quieres que te diga, eso es asunto tuyo, puedes hacer lo que quieras. Tú mandas en todo esto, esta es tu historia.

Como ya lo iba conociendo, esperé con paciencia a que respondiese a mi pregunta.

-Ahora, si quieres saber mi opinión -dijo un poco después-, me preocupa que nuestra existencia se divulgue demasiado, hace más difícil actuar por sorpresa. Pero por otra parte, cuanta más gente esté al tanto de nuestro embrollo, más difícil será negar su existencia, si alguien se empeña en negarlo. Por cierto, te ha sentado bien estar con tu mujer.

-¿Por qué lo dices?

-Pareces otro, Parker. Hasta se diría que le has cogido gusto a la investigación.

Visto que no existía ironía en el comentario de Tracy, reflexioné un momento.

-Tal vez estás en lo cierto. No es que haya perdido el miedo, ni que confíe ciegamente en el éxito, es que todo esto está ocurriendo muy deprisa y mi capacidad de respuesta está muy sobrepasada. Entonces sólo puedo pensar en la acción por la acción en sí misma. No sé si me explico.

-Te explicas muy bien.

-Esta no es una situación normal para mí, ni para nadie, claro, pero estoy metido en ella hasta las cejas y necesito tener una inusual rapidez de decisión que nada tiene que ver con mis esquemas habituales de conducta. Entonces descubro que soy capaz de comportarme de forma adecuada a las circunstancias, incluso con cierta soltura, ¿comprendes? Y de alguna manera esto es satisfactorio.

-Quizás esto es lo que querías vivir.

-Sí, puede ser. Aunque nada podía estar previsto. No sé lo que hubiera hecho sin vuestra ayuda, hora es ya de decirlo.

-Vamos, Parker.

-No, escucha, no es palabrería. Estoy comprobando que en eso que llamamos situaciones límite -y esta no hay duda de que lo es- las valoraciones, digamos más intelectuales, son perfectamente inútiles. Sólo cuenta la solidaridad, el recurso primario de la mano a que agarrarse.

-Entiendo. En alguna medida también ha contribuido Marta, ¿no?

-Quizá... Hoy he descubierto en mi ex-mujer cosas que desconocía.

No volvimos a hablar hasta llegar a nuestro destino.

La luz oblicua del crepúsculo arrancaba reflejos rojizos de los muebles y creaba una atmósfera de sosiego en el despacho del arquitecto. Orozco escuchaba con aire profesional mientras se tironeaba discretamente de la barba. Las orejas puntiagudas, el cráneo liso y la tupida barba le asemejaban a un gnomo. Visto de cerca se advertía que la calvicie le hacía aparentar más edad. Sentado en un sillón de enorme respaldo y tras aquel gran escritorio, comunicaba una curiosa sensación de insignificancia. Habíamos vuelto sobre el tema de la firma catalana -esta vez se trataba de edificar una planta de cosméticos- sin que por el momento el hombre mostrase ningún recelo. Yo tenía los ojos ocultos por unas gafas de sol, ya que cabía la posibilidad de que mi cara le resultase familiar, pero el pequeño gnomo no daba muestras de reconocermelo.

Tracy prolongó su interpretación de nieto del Sr. Calafell hasta que Orozco pidió detalles concretos. Entonces cambió su actitud de manera radical.

-Veo que está usted interesado. Es una lástima, porque el proyecto es totalmente imaginario -dijo con desparpajo el muchacho .

-¿Perdón? -parpadeó el arquitecto, quizás sorprendido más que nada por el cambio de acento de Tracy.

-En realidad hemos venido a negociar.

-Me temo que no comprendo.

-Lo comprenderá enseguida. Queremos hablar de Artemisa.

Le observamos con atención, pero Orozco no hizo ningún gesto revelador.

-Sigo sin entender -dijo con voz neutra.

-Estoy seguro de que comprende.

-Bien -dijo levantándose a medias-. Es evidente que se trata de una confusión. Por lo tanto...

-No hay confusión. Hablemos de Artemisa. ¿O prefiere que hablemos de los Amigos de la Música Barroca?

Orozco abrió la boca, la cerró y volvió a sentarse.

-¿Pero qué demonios...? -murmuró.

En ese crítico instante se abrió una puerta y se asomó a la habitación un hombre en mangas de camisa.

-Ah, perdona, Pepe. No sabía que estabas ocupado.

Orozco pareció que iba a decir algo, pero se limitó a asentir con la cabeza. El otro individuo nos saludó con un gesto y desapareció, pero Orozco había aprovechado la pequeña pausa para recuperarse. Nos contempló despectivamente y dijo con voz tranquila:

-Son de la prensa, claro -. Casi esbozó una sonrisa y continuó:- Claro, periodistas. Lo que no me explico es a qué viene toda esa invención del principio. Desde luego emplean unos métodos... Pues bien, están perdiendo el tiempo. Yo ya he hecho una declaración sobre la muerte de esa modelo y no tengo nada más que añadir. Ahora, si no tienen inconveniente...

Casi había recuperado el dominio de sí mismo, aunque le delataban las gotitas de sudor que brillaban en su calva. Tracy no se movió y le miró impasible.

-¿Hablamos entonces de los Amigos del Barroco? ¿También ha hecho ya una declaración al respecto?

-¿Por qué insisten? -se alteró el arquitecto-. ¿Con qué derecho investigan mi vida privada? -Luego, más calmado, añadió-: Soy... soy miembro de una asociación musical perfectamente legal.

-¿Legal? Es posible, aunque realizan unas curiosas grabaciones que convenientemente descifradas... -Tracy se inclinó hacia delante y le espetó-: ¡Blackfire! ¿Quiere que hablemos de eso?

Orozco palideció y se pasó la mano por la calva. Súbitamente extendió una mano hacia el teléfono. Tracy, con audacia, sujetó el auricular.

-¿Qué trata de hacer?

-¡Voy a llamar a la policía!

-¡Hágalo! -Tracy se cruzó de brazos-. A la policía le gustará examinar determinada cinta encontrada en su casa. Y a propósito, no somos periodistas.

La mano de Orozco, siguió engarfiada, inmóvil, sobre el teléfono y Tracy aprovechó su indecisión:

-Vamos a ver si es posible hablar con tranquilidad. Le diré como están las cosas. Hay una mujer muerta y nos consta que usted sabe más de lo que ha dicho. Es evidente, por otra parte, que usted está mezclado en asuntos poco claros, como lo demuestra la casete que está en nuestro poder. Sabemos que ambos asuntos están relacionados. Por lo que se refiere al crimen, hay un presunto culpable: *este hombre*-. A una seña de Tracy me quité las gafas oscuras-. Nosotros sabemos que no es culpable y usted también lo sabe. Por tanto, podemos negociar. Usted nos ayuda y nosotros le ayudamos. ¿Qué me dice?

De pronto advertí que la argumentación de Tracy era inconexa y no resistiría el más mínimo análisis. Pero para Orozco las cosas estaban bastante más claras.

-¿Qué quieren saber? -dijo retirando la mano del teléfono.

-Así es mejor. Sólo queremos saber una cosa: ¿quién mató a Artemisa?

-No lo sé.- El hombre se retorció las manos con nerviosismo.

-Vamos, Orozco, es evidente que sí lo sabe. Quizás fue usted mismo.

-¡No!

-¿Quién, entonces?

-No... no puedo decir nada.

-Mire, no queremos perjudicarle ni entrometernos en sus asuntos. Pero queremos entregar a la policía al asesino. ¿Quiere ayudarnos? En caso contrario nos veríamos en la necesidad de divulgar lo que sabemos.

-Pero ustedes no saben... no comprenden en donde se están metiendo. ¡Juegan con fuego! ¡Les aseguro que corren un gran peligro!

-Me parece que usted si está en peligro. Sobre todo si se descubren las torpezas que ha cometido.

El arquitecto miró a Tracy con los ojos muy abiertos y casi sonrió.

-Están locos. Por un momento me han desconcertado. Se creen muy fuertes porque conocen algunos datos dispersos. ¡Qué estupidez! Eso no vale nada. Nada, se lo aseguro. Los aniquilarán, se desharán de ustedes sin el menor esfuerzo. Y además vienen aquí amenazándome. ¡Podría hacer que los detuvieran ahora mismo!

-No, Orozco, usted no va a hacer eso -dijo Tracy imperturbable-. Va a cooperar, porque si a nosotros nos ocurre algo, usted también va a salir perjudicado. Ahora - Tracy se puso en pie- nos vamos, pero queda advertido. Tiene tiempo de pensarlo hasta mañana. Nosotros le llamaremos.

El arquitecto se quedó quieto mientras salíamos de la habitación. No cruzamos palabra hasta llegar a la calle y subir al coche. Tracy se alejó con rapidez.

-¿Has pasado miedo? -preguntó.

-Bastante.

-Yo también -sonrió Tracy-, sobre todo al final.

-¿Crees que sus amenazas pueden ser ciertas?

-Es muy posible, Parker. Debemos estar atentos.

-Pero le has presionado al máximo. ¿Crees que dará resultado?

-Una cosa es cierta, él también estaba asustado.

-Sí, pero sospecho que no es de nosotros de quien tiene miedo -dijo y Tracy asintió con la cabeza.

El grupo estaba en silencio y había en el aire un clima de ansiedad. Tracy observaba la calle en sombras a través de la ventana oval, Daniel comía con desgana una hamburguesa, Itciar y Jaime estaban callados y quietos, y yo ojeaba sin interés los libros de Tracy. El tiempo transcurría con lentitud y yo hubiera dado algo por tener un poco de acción: sólo la imprescindible para no tener que pensar. No es imposible actuar en el absurdo, pero reflexionar dentro de él puede volverlo a uno loco. El problema era que, por el momento, habíamos agotado todos los posibles caminos y sólo cabía esperar. El teléfono causó un momentáneo sobresalto. Era Marta. Le dije que estaba bien y que por teléfono no me atrevía a ser más explícito. Entonces me pidió que pasara la noche en su casa. Tracy no puso objeción y Daniel se ofreció a llevarme. Cuando salimos llovía y por alguna razón me sentí melancólico.

Estaba solo cuando desperté. El despertador marcaba las 10,35. Marta debía haberse levantado mucho antes para acudir al trabajo. Aún soñoliento, recorrí el cuarto con la mirada. Había también allí una dolorosa mezcla de cosas nuevas y antiguas, pero, por encima de cualquier pasado o presente, se percibía en el ambiente la presencia de Marta. La situación era anómala: me había convertido en el amante de mi propia esposa. Era una curiosa combinación la de sentir celos de que mi mujer viviera con otro hombre y, al tiempo, satisfacción porque le hubiera traicionado conmigo. Por la noche no había obtenido de Marta demasiadas justificaciones, ninguna para ser exacto. Insistió en su libre albedrío para manejar su vida, sin querer sacar conclusiones de nuestro encuentro y, mucho menos, oír hablar de proyectos. Mi actitud fue exactamente la contraria: la conmoción que para mi precario equilibrio había supuesto volver a hacer el amor con Marta, demandaba con una urgencia un análisis de sentimientos, una cuota de explicaciones razonadas. Ante el fracaso, y como al parecer en los tiempos que corrían nadie estaba dispuesto a aportar un mínimo de cordura, me desentendí del problema y me dispuse -ya tenía hecho el hábito- a esperar acontecimientos.

Después de ducharme fui a la cocina a preparar café. Allí encontré una nota de Marta en la que sugería comer juntos y que, en cualquier caso, la llamara a la oficina. Se despedía con un beso y añadía instrucciones para hacer funcionar la cafetera. Había también una llave del piso. Encontré un cierto aire conyugal en la nota y un solapado intento de recuperar pasados dirigismos.

Aún no había terminado de desayunar cuando llamó Tracy.

-¿Adrián?

-Sí, Tracy. Buenos días. ¿Alguna novedad?

-Sólo una: Orozco se ha suicidado.

La consternación se había apoderado del grupo. Sólo Cortés estaba excitado y desbordaba vitalidad. Nada más conocer el suceso había telefoneado a Itciar y ésta a los demás. Nos hallábamos reunidos en una cafetería próxima a El Diario. La noticia había saltado temprano. Una asistenta había entrado en el chalet de Orozco a las ocho de la mañana, como solía hacer a diario, y había comenzado su tarea por las habitaciones principales. Al penetrar en uno de los cuartos de baño había notado una sombra en la bañera y al descorrer la cortina casi se desmaya. El cuerpo sin vida del arquitecto colgaba de la ducha: se había ahorcado con el cinturón de su albornoz. Cuando pudo recuperarse la asistenta llamó al 091 y la policía avisó a Peña, el socio de Orozco, quien reconoció el cadáver y se encargó de avisar a la familia del arquitecto que se encontraba en una playa de Levante. Por lo que Cortés pudo saber, Orozco llevaba varias horas muerto y al no haber signos de violencia ni desorden en la casa, la policía descartaba, en una primera impresión, que hubiera habido intervención de otra persona. Parecía que José Orozco se había quitado la vida; la ausencia de una carta explicativa no era, a juicio de Cortés, razón suficiente para dudar del suicidio.

-Y sin embargo yo no creo que se haya suicidado -afirmó Tracy.

-¿Por qué? -quiso saber Daniel-. La concatenación es perfecta: Orozco fracasa en eliminar a Adrián y es amonestado por ello, nosotros lo oímos. Luego vosotros le presionáis con la casete y la palabra Blackfire. El hombre se encuentra entre la espada y la pared y es un pusilánime que no sabe por donde salir. Conclusión: se quita de en medio.

-No digo que no, Daniel, pero esa es precisamente la cuestión: que era un hombre débil y temeroso. ¿Cómo reacciona cuando le amonestan? Se va corriendo a reunirse con esa tal Luzdivina, su amante, su amiga o lo que sea. Es decir, se siente desvalido y busca protección. Ayer, después de hablar con nosotros, es posible que buscara de nuevo a esa

mujer. ¿Qué puede hacer entonces? Pienso que trataría de huir, de escapar, y si piensa en el suicidio, ¿cómo hacerlo? ¿Colgándose de la ducha? ¡Jamás! ¿Habéis pensado lo difícil que es ahorcarse así? La altura es escasa y en caso de arrepentimiento es muy fácil apoyar los pies en los bordes de la bañera o sujetarse en algún lado. Se han encontrado suicidas colgados de sitios inverosímiles con los pies encogidos para acelerar la muerte, pero eran locos, esquizofrénicos, fanáticos decididos a morir. Orozco hubiera buscado una muerte sin sufrimiento, con narcóticos, por ejemplo, o se hubiera arrojado al vacío.

El silencio acogió la disertación de Tracy.

-El razonamiento es bueno –dije yo-, pero no nos ayuda mucho. La cuestión es que nos hemos quedado sin la gallina de los huevos de oro. Lo único que se me ocurre es hablar con su amante antes de que lo haga la policía.

Los muchachos aprobaron mi idea y Daniel y Jaime se ofrecieron para ir aquella noche al club Malibú. Cortés, por su parte, reclamaba para sí algún protagonismo e intentaba paliar el desánimo general afirmando que ahora contábamos con el poder de la prensa. Tracy le cortó con brusquedad:

-No seas ingenuo, Cortés. ¿Dónde crees que estamos? En este país a los poderosos les da igual lo que publiquen los periódicos. Además nadie publicaría algo sin pruebas y ese es nuestro caso.

El periodista reconoció que sus jefes, tras el aparente interés inicial, se habían mostrado remisos a que Cortés investigara una presunta relación entre la muerte de Artemisa y la del arquitecto. Otra sugerencia de Rodrigo fue aceptada: entraría en contacto con confidentes habituales de la policía a los que él tenía acceso. Itciar se brindó a acompañarle.

FRONTERA DE ESPAÑA, 11 DE SEPTIEMBRE

La larga hilera de vehículos se movía despacio a causa de los minuciosos registros que se producían en el lado español de la frontera. La causa era el atentado terrorista ocurrido el día anterior, que había hecho saltar por los aires un convoy de la Guardia Civil. El señor Osborne no había previsto una eventualidad semejante y no podía decirse que estuviera absolutamente tranquilo, pero, al menos en apariencia, no reflejaba la menor inquietud. Su compañera se mostraba un poco menos habladora, aunque, no conociendo nada del proyecto, razonaba el señor Osborne, su temor debía ser difuso, referido únicamente a la falsedad de la situación.

El policía uniformado se acercó al Volvo y pidió los pasaportes. Verificó el parecido de las fotografías y echó un vistazo al asiento posterior.

-¿Su nieto?

-Mais non, c'est mon fils.

-Es nuestro hijo, señor -intervino Silvia.

-¿Motivo de su viaje a España?

-Turismo.

-¿Cuánto tiempo piensan permanecer?

-Una semana.

-¿Quiere abrir el maletero, por favor?

El señor Osborne obedeció. Tres agentes se repartieron el trabajo de revisar el compartimento de equipajes, el del motor y los bajos del coche. Uno de ellos se dirigió a Silvia.

-Baje usted también. Abra esa maleta.

Las manos del aduanero se movieron con agilidad en el interior de la valija, sin casi desordenar su contenido.

-Esa otra, por favor.

El agente removi6 con indiferencia profesional la sugerente lencería de Silvia. Luego entr6 en el coche y mir6 bajo los asientos y en la guantera. Cuando inspeccion6 la bolsa de los biberones, el seńor Osborne experiment6 un ligero envaramiento que se acentu6 cuando las expertas manos del policia rozaron la cuna. El nińo estaba despierto y sonri6 al agente, quien, tras un instante de vacilaci6n sigui6 registrando otros rincones. El seńor Osborne comprob6 que sus manos se habían humedecido.

-Puede seguir. Es posible que encuentre controles en la carretera. Si es así, obedezca la seńalizaci6n para evitar accidentes.

-¿Hay problemas, agente? -pregunt6 en mal espańol el seńor Osborne.

-Ninguno que a ustedes les afecte. Buen viaje.

El Volvo reanud6 la marcha sin apresuramiento.

CONFIDENCIAS

Itciar estaba tensa. El barrio que atravesaban no era precisamente de los que ella frecuentaba y la razón misma de estar allí acentuaba su inquietud: nunca había hablado con un confidente ni con nadie del hampa. Tampoco le tranquilizaba la actitud confiada de Cortés, a pesar de sus repetidas declaraciones sobre su experiencia en ese tipo de negocios. Desde la ventanilla del coche contemplaba con disgusto la desabrida configuración del suburbio, los desmontes pelados y los solares llenos de escombros y basura. La deprimente uniformidad de los bloques de edificios convocaba en su imaginación escenas de hacinamiento y miseria. Observaba con aprensión los grupos de adolescentes recostados en tapias o sentados en la acera, aparentemente ociosos, pero que a ella le resultaban amenazadores. No dejaba de pensar que en lugares como aquel había una mayor incidencia de hechos delictivos, aunque, se decía, a aquella hora de la mañana la peligrosidad tenía que ser forzosamente menor. En cualquier caso, guardaba para sí estos recelos, en parte para no darle satisfacción a Cortés, que sonreía burlón ante su mal disimulado desasosiego, y en parte porque sabía que esos escrúpulos eran atribuibles a su condición de niña bien que rara vez abandona su hábitat, circunstancia esta poco adecuada para quien pretende llegar a ser una audaz reportera.

Cortés detuvo su automóvil frente a una taberna de aspecto inofensivo, con rótulo de Coca Cola y especialidades escritas con pintura blanca en la vidriera. El bar estaba desierto. Cortés pidió dos cafés y después de unos minutos interpelló al tabernero.

-Estoy buscando al Estanis. ¿Ha estado por aquí?

El tabernero, un hombre grueso de expresión abúlica, miró un instante a la chica y luego hizo un gesto con la cabeza:

-Ahí al lado, en las máquinas.

Cortés dio las gracias y dejó unas monedas sobre el mostrador. Caminaron unos metros por la misma acera hasta dar con el lugar indicado. En el local sólo había hombres, la mayoría adolescentes, aplicados a una gran variedad de videojuegos que

entremezclaban sus sonidos; otros probaban fortuna en las máquinas tragaperras. Cortés avanzó con resolución entre la concurrencia y algunas miradas se fijaron en Itciar, que seguía a su amigo a corto trecho. Cortés se detuvo ante una máquina y la hizo funcionar. Sin dejar de mirar la pantalla le habló en voz baja al hombre que jugaba a su izquierda, un joven de rostro cetrino.

-¿Tienes algo, Estanis?

-Según -replicó el otro sin apartar la vista de su aparato.

-Se han cargado a una tía, una modelo que se llamaba Artemisa. ¿Sabes algo de eso?

-No, nada. No me suena el nombre.

-¿Has oído hablar de algo llamado Blackfire?

-¿Cómo?

-B-l-a-c-k-f-i-r-e -deletreó Cortés.

-No, ni idea.

-Vale tío, avísame al periódico si te enteras de algo.

Al salir, Cortés comentó:

-Mala suerte. Probemos en otro ambiente.

El segundo confidente era un limpiabotas que trabajaba en una cafetería céntrica. Se acodaron en la barra y Cortés hizo una seña al limpiabotas.

-Aquí ya estás más tranquila, ¿verdad? -le dijo a su amiga.

Mientras el limpiabotas ejercía su trabajo, el periodista repitió parecidas preguntas, pero los resultados fueron igualmente negativos: el hombre sabía quién era Artemisa, pero no sabía nada sobre su muerte. Continuaron la búsqueda, pero no tuvieron más suerte con otros dos confidentes. Cortés estaba desconcertado.

-Nadie sabe nada. Es muy raro todo esto. Probemos con el Beato.

El Beato era un sujeto insólito que realizaba su trabajo en el interior de las iglesias, no sólo, según se decía, para aprovechar la intimidad de los sagrados recintos, sino

porque era de por sí hombre religioso. Esa mañana, la vieja iglesia donde ejercía el Beato se encontraba casi vacía, sólo había unas pocas viejas desperdigadas entre los bancos. Cortés localizó enseguida a su hombre: era un tipo pequeño, con cara de hurón, que parecía sumido en un profundo recogimiento. El periodista se arrodilló a su lado, se santiguó devotamente y le hizo al Beato las preguntas pertinentes.

-No he oído nada, Rodrigo -susurró el confidente.

-¿Hay algo que pueda estar preparándose? -preguntó Cortés en el mismo tono.

-No, que yo sepa.- El hombre movió la cabeza pensativo.- Pero me parece que no vas bien encaminado.

-¿Por qué?

-Por lo que me cuentas me huele que ese es un negocio de mucha altura, y esos asuntos no se controlan por aquí.

-¿Dónde, entonces?

-Habla con el Profesor.

-¿Con quién?

-Creí que lo conocerías. Ése no es un cualquiera. Búscalo por la noche en Camelot.

-¿En la discoteca? -preguntó Cortés sorprendido. Camelot era la discoteca de moda en Madrid.

-Eso es. Y vete preparado que ese tío cobra caro.

-¿Cuánto?

-Calcula cien talegos.

-¡Hostias!

-Calla, hombre, no digas blasfemias, y menos aquí.

-Vale, Beato. Gracias por la información.

Cortés y la chica regresaron con algo más de optimismo a reunirse con el grupo. Decidimos consultar al Profesor, aunque no sabíamos cómo obtener la financiación necesaria. Tracy aportó una solución:

-Si necesitamos dinero, se lo pediré a mi padre. De algo me tiene que valer ser de familia rica.

Aquella noche volveríamos a dividirnos: unos iríamos a la discoteca Camelot y otros al club Malibú. Nada que hacer hasta entonces y el grupo se desperdigó. Pensé en llamar a Marta, pero Tracy sugirió que le acompañase a hablar con su padre y acepté.

La casa familiar de Tracy estaba en un barrio residencial. Era una de esas anticuadas mansiones de altas murallas, vestigio de una clase floreciente en otros tiempos, que en la actualidad han pasado a ser sede de embajadas, capricho de nuevos ricos o recuerdo nostálgico de millonarios románticos. Este parecía ser el caso de Miguel Álvarez del Soto, el padre de Tracy, quien mantenía en el caserón una servidumbre anacrónica, incluido un viejo mayordomo uniformado. Fue éste quien nos franqueó la entrada y saludó a Tracy con sobriedad.

-Buenas tardes, señorito Miguel.

-Hola, Lucio. ¿Está mi padre?

-Su padre esta descansando, pero tengo que llamarle ya -eran las cuatro de la tarde-. Tiene una reunión dentro de una hora.

-Está bien. Dile que le espero en el jardín.

-¿Tomarán ustedes algo, señorito Miguel?

-Sí, Lucio, gracias. Tomaremos café.

Tracy me condujo a través de un amplio vestíbulo decorado con cuadros antiguos y muebles admirables. Entreví al pasar una biblioteca con invitadores sillones de cuero y chimenea de mampostería. Flotaba un denso olor a madera recién encerada mezclado con aroma de flores frescas. Fugazmente consideré que no se notaba en aquella casa la ausencia de una mujer. Por una puerta trasera salimos al jardín. Era una tarde hermosa y corría una suave brisa. El césped inmaculado brillaba bajo el sol y los macizos de rosas y dalias y los cuidados aligustres, denunciaban la mano experta de un jardinero. Nos dirigimos a una pérgola recubierta de glicinias, había allí varios muebles de jardín y sobre la mesa algunos periódicos del día. Mientras Tracy ojeaba los diarios desplacé la mirada por el jardín. Un sendero de piedra conducía a la piscina y entre los árboles distinguí una pequeña edificación que debía ser la vivienda de los guardeses; adosada a ella había una estructura baja, acristalada, que parecía un invernadero.

-Después de que mi madre regresara a Inglaterra, mi padre decidió seguir cultivando flores -dijo Tracy en respuesta a mi mirada-. Ella tenía pasión por las flores. A mi padre le dan igual, pero no quiso modificar nada.

-¿Nunca te has sentido sólo en una casa tan grande?

-No, porque nunca me pareció grande. Nadie me prohibía nada y yo podía recorrer libremente hasta el último rincón. También tuve mis lugares secretos. Allí hay un cobertizo para la leña que durante mucho tiempo fue mi refugio.

-¿Y de quién te escondías?

-Yo también tuve adversarios, ¿qué te creías? Pero estaban en mi imaginación. El amigo invisible fue en mi caso más duradero. Y sin embargo un día necesité salir de aquí.

-Te envidio -dije recostándome en el sillón-. Yo en tu caso pasaría aquí más tiempo, es un lugar idílico, ideal para escribir. Bueno, creo que también siento algo de frustración pequeño burguesa. Esta casa es un sueño que nunca estuvo a mi alcance. Tracy, pertenecemos a mundos distintos.

-¡Oh, eso es terrible! -se burló Tracy.

Un hombre de mediana estatura y pelo gris se acercaba por el sendero. Sus ojos eran castaños y usaba lentes tan gruesos como los de Tracy. Físicamente no se parecían demasiado, pero su expresión era idéntica y nadie hubiera podido cuestionar el parentesco. Padre e hijo se saludaron como si hubieran cenado juntos la noche anterior. Tracy me presentó como un amigo y el hombre me acogió con una mirada educada e indiferente, similar a la que su hijo me había dedicado la noche en que nos conocimos. Se sirvió una taza de café y sólo un rato después indagó el motivo de nuestra visita. Tracy no se anduvo con rodeos.

-Necesito dinero, papá.

-Dinero, claro, debería haberlo supuesto.- Bebió un sorbo de café y habló dirigiéndose a mí:- Uno tiene a veces la absurda esperanza de que un hijo visite a su padre por otra causa, pero no hay que hacerse ilusiones, siempre termina por surgir el aspecto económico. ¿Puedo saber para qué lo necesitas? Que yo sepa no te falta tu asignación semanal, aparte de lo que pago por tu apartamento. ¿Qué quieres comprar ahora?

-No quiero comprar nada, papá. Es otra cosa. Además, esta vez necesito más dinero.

-¿Cuánto más? -. Había una nota de alarma en su voz.

-Necesito 150.000 pesetas.

-¡Vaya! -sus ojos miopes se agrandaron-. Espero que no tengas deudas de juego o algo parecido. ¿Puedes explicarte?

-Verás, se trata de un negocio. Es que quisiera ganar mi propio dinero y no tener que pedirte a todas horas. Eh... mi amigo Adrián me ha propuesto una magnífica inversión. De momento es un secreto.

El padre de Tracy me contempló sin decir nada. Yo evité mirarle, mientras maldecía mentalmente a su hijo y me concentraba en el morado violento de las glicinias.

-Hijo, no te creo en absoluto. ¿Tú metido en negocios? Es algo impensable.

-No es exactamente un negocio, papá. En fin, te diré la verdad: Adrián es inventor.

Me prometí estrangular a Tracy en la primera ocasión, sonreí y procuré adoptar una actitud relajada.

-¿Y qué ha inventado, si puede saberse?

-Es un genio. Ha inventado un disruptor iónico de despolarización que va a causar asombro. Queremos construir uno y patentarlo.

El hombre, sin perder la calma, se sirvió otra taza de café y le dijo a Tracy.

-Tampoco te creo, Miguel. Pero bueno, esa insensatez está más en tu línea. Y dime, ese... disruptor ¿para qué vale?

-Adrián te lo podría explicar mejor, pero en definitiva es un relajador de tensiones psíquicas.

-Bueno, no estoy muy al tanto de las modas, pero me parece recordar que ese artefacto ya está inventado.

-En cierta manera, sí, papá. Pero éste modelo es infinitamente superior. Revolucionará el mercado.

Admiré las dotes de comediante de Tracy. Su padre guardó silencio un instante y luego, con movimientos pausados, extrajo un talonario y una estilográfica.

-No me has convencido, hijo. Estás perdiendo inventiva. Por lo demás, no necesitas mentirme. Sabes que te hubiera dado el dinero de todas formas.- Empezó a rellenar el cheque, pero se detuvo y se dirigió a mí:- Tengo mejor concepto de Miguel que el que él tiene de mí. Miguel tiene defectos, como todo el mundo, pero nunca ha sido trivial. Si necesita dinero, pienso que no será para derrocharlo. Por tanto no voy a hacer más

preguntas. Quizás esta actitud tan transigente sea equivocada en un padre, pero es un poco tarde para cambiar. Lo único que me preocupa es que Miguel esté metido en alguna complicación. Usted no parece un inventor, pero tampoco tiene aspecto de delincuente. Si mi hijo lo ha traído aquí, no veo por qué tendría que desconfiar. Sea lo que sea lo que se traen entre manos, espero que tengan suerte. Ahora espero que me disculpen, pero tengo que irme.

Firmó el cheque y se lo tendió a Tracy. Mientras se alejaba por el jardín, le dije a Tracy:

-Eres un cabrón, pero tienes un padre extraordinario.

-No es mal tipo. Y no me guardes rencor, algo tenía que decir.

-¿No querrá saber algún día en qué quedó lo del invento?

-No, él sabe que es una excusa. Si le hubiera dado una explicación menos absurda se habría preocupado más. Algún día le contaré la verdad. Anda, vamos a cobrar esto cuanto antes.

-¿Pretendes cobrar un cheque a las cinco de la tarde?

-Está todo previsto. Iremos a la oficina de mi padre y su secretario nos adelantará el dinero.

La placidez de la tarde se vio truncada por un hecho inesperado. Estábamos de regreso en el estudio de Tracy, cuando irrumpieron Itciar y Cortés dando muestras de gran excitación. Cuando consiguió serenarse, el periodista dijo haber recibido una llamada anónima que podía revolucionarlo todo. Apremiado por los muchachos, relató lo ocurrido:

-Estaba trabajando en la redacción, cuando me pasan una llamada. Aquí Cortés, digo yo , y una voz extraña, como desfigurada, me pregunta si estoy interesado en el caso de la modelo asesinada. Por supuesto, contesto, ¿quién llama? Eso no importa, dice el desconocido, si quiere una noticia sensacional sobre el caso vaya esta noche a las 11 al café Rialto. Oiga, le digo yo, no voy a acudir a una cita anónima así como así, deme alguna prueba de que esa información vale la pena. El tío se calla un momento y dice: *Artemisa está viva y puedo demostrarlo.*

Me quedé estupefacto y durante unos instantes fui incapaz de hablar. Luego exclamé:

-¡Eso es imposible!

-Eso es lo que yo le dije -continuó el reportero-, pero el tipo insistió. Entonces me dio una serie de instrucciones y colgó. Llamé inmediatamente a Itciar y aquí estamos.

Todos empezaron a hablar a la vez hasta que Tracy puso orden.

-Hay un hecho indiscutible, Adrián vio el cadáver de Artemisa. No hay duda de eso, ¿verdad?

-¡Claro que no! Yo la vi allí tendida y estaba muerta.

-¿Pero era Artemisa? -preguntó Daniel-. ¿O podría alguien haber maquillado el cadáver de otra mujer con el propósito de confundirte. Tú estabas asustado, medio dormido...

-Sí, eso es cierto, pero... No, no hay duda, Daniel, era ella. Yo la vi.

-Tal vez sólo viste lo que esperabas ver -sugirió Daniel.

-Todo eso está muy bien, Daniel -intervino Jaime-, pero el marido también la vio. Blasco tuvo que reconocer el cadáver.

-¡Exacto! Eso lo prueba todo -dijo yo.

-A no ser que Blasco haya mentido -insistió Daniel.

-¿Por qué iba a hacerlo? -dijo Tracy- No saquemos las cosas de quicio. Mientras no se demuestre lo contrario, Artemisa está muerta. De lo que no hay duda es de que la llamada de Rodrigo tiene una motivación concreta. Creo que no se trata de una broma, hay algo muy intencionado en esa confidencia. Por tanto, Cortés debe acudir a la cita.

Nadie puso ninguna objeción y, puesto que Cortés no podía desdoblarse, Tracy y yo iríamos a hablar con el Profesor y Daniel y Jaime tratarían de localizar a la amiga de Orozco en el club Malibú.

-Yo voy contigo, Rodrigo -dijo Itciar.

-Realmente, pequeña, no sé si...

-Oye, guapito. Ésta es...

-Lo sé, lo sé. Es tu historia. De acuerdo, lo haremos juntos.

MADRID, 11 DE SEPTIEMBRE, 10,30 DE LA NOCHE.

Cuando el señor Osborne entró en Madrid tuvo alguna dificultad para orientarse, pero preguntando a un par de transeúntes y con la ayuda de un plano, consiguió llegar a su destino. Era una antigua colonia de pequeños chalets, con calles poco transitadas, inmersa en una zona céntrica poblada densamente, uno de esos inesperados reductos de paz que el desmesurado crecimiento de la gran ciudad no ha logrado aniquilar. Las casas y los minúsculos jardines mostraban signos de deterioro, pero el señor Osborne pensó que era el lugar adecuado para sus propósitos. Estacionó el Volvo a la altura de una casa de dos plantas, en cuya verja de entrada una tablilla señalaba el número 23. Descendió del coche e inspeccionó en derredor: la calle estaba desierta y la única iluminación provenía de una farola emplazada a diez o doce metros. No se observaba luz en las viviendas contiguas. La verja estaba abierta y tampoco tuvo dificultad para franquear la puerta de la casa con la llave que encontró enterrada en una determinada maceta de geranios. Regresó al coche, indicó a Silvia que entrara con el niño y se dispuso a descargar el equipaje.

El interior estaba limpio y acogedor. La planta baja se reducía al recibidor, un saloncito y la cocina. En el piso superior había dos habitaciones vacías y otra más grande equipada con dos camas. Había dos teléfonos intercomunicados, uno en el saloncito y otro en el dormitorio. El señor Osborne verificó que ambos funcionaban. Silvia investigó en el frigorífico y en los aparadores y le informó que disponían de alimentos para más de una semana. El pequeño dormía con tranquilidad. En un armario había varias botellas, entre las que el señor Osborne encontró una de su whisky favorito. Hizo un gesto a la muchacha, que sonrió y fue en busca de dos vasos.

Sentados uno frente al otro, en dos butacas estilo años veinte, bebieron en silencio. Al cabo de un rato, el señor Osborne preguntó:

-¿Estás asustada?

-Estoy en tensión. Pero usted me da seguridad.

El señor Osborne fijó en la muchacha sus ojos sin expresión y se bebió de un trago el resto de whisky. Silvia no dejaba de mirarle con ojos tímidos y una sonrisa suave en los labios.

-¿Tú sabes quién soy yo? -preguntó el anticuario.

-Algo me han dicho.

-Seguramente han exagerado -dijo el señor Osborne en voz baja. La mujer amplió su sonrisa sin decir nada.- Sin embargo, no sabes para qué estamos aquí.

-Algo me imagino.

-¿Y no sientes escrúpulos?

-¿Los siente usted? -preguntó ella con una audacia que sorprendió al señor Osborne.

-Francamente, no -confesó el hombre. Y después de un silencio-: Supongo que estás en esto por dinero.

-Claro. Esto es más rentable que arrastrarse desnuda por las barras de los garitos. Y menos aburrido que la prostitución.

El señor Osborne no contestó y pareció refugiarse en la máscara de inexpresividad habitual en él. Silvia insistió:

-¿Usted no lo hace por dinero?

El señor Osborne no pareció haber oído la pregunta, pero al cabo de un momento la muchacha le oyó decir:

-Sí, naturalmente por dinero. Siempre ha sido así. Aunque a veces me pregunto si existirán otras razones para llevar esta clase de vida.

-¿Cómo empezó usted?

El anticuario parpadeó. No entraba en sus planes una conversación en exceso personal con su compañera de trabajo y le irritó un poco la insistencia de Silvia. Pero de pronto sintió que había estado solo demasiado tiempo y se dijo: Después de todo, ¿por qué no? Este es mi último trabajo y es un trabajo distinto. Casi sin entonación, con voz cansada, empezó a hablar:

-Empecé en la Resistencia belga y allí aprendí muchas cosas. Era muy joven y me dediqué al activismo con toda mi energía. La contienda fue dura, pero sobreviví. Después de la guerra me encontré desfasado. Me pasaba lo que a mucha gente, no sabía vivir sin un arma en la mano, no me adaptaba a la paz. Intenté buscar un empleo, pero me había quedado solo y había pocas cosas que supiese hacer. Un día, alguien se acordó de mí y me propuso volver al activismo. Acepté. No había una gran guerra pero había pequeñas guerras; había complots, intrigas, conspiraciones y era una forma rápida de ganar dinero, haciendo además lo que mejor sabía hacer.

Se sirvió otro vaso de whisky y meditó unos instantes.

-No es sólo el dinero, debe haber algo más -prosiguió -. Pero un buen activista no puede pararse a analizarlo, si lo hiciera no podría seguir. Si uno se preguntase por qué mata, dejaría de matar y se convertiría en víctima. Una muerte no se justifica por nada, ni siquiera por dinero. Hay que matar sin justificación. Algunos -bebió un largo trago- se engañan al pensar que matan por una idea, se vuelven fanáticos y creen defender una causa. Pero se engañan, todos matamos por lo mismo.

Siguió un largo silencio que Silvia no quiso interrumpir. El vaso del hombre estaba vacío y Silvia, sin decir nada, lo volvió a rellenar. El señor Osborne se lo llevó a los labios con un movimiento automático. Estuvo así, quieto, sin beber y luego dijo:

-La cuestión es saber si no soy ya demasiado viejo.

-A mi no me lo parece -dijo la muchacha y el señor Osborne la miró con intensidad. Después, en voz más baja, Silvia añadió:- ¿Quiere que hagamos el amor?

El señor Osborne se sobresaltó.

-¿Por qué?

La muchacha hizo un gesto desenvuelto.

-Me da seguridad.

El señor Osborne creyó comprender. Intuyó que la vida debía ser dura para las chicas como Silvia y, en cierta manera, se sintió conmovido. Sin embargo rechazó la idea con violencia. Ya habían llegado demasiado lejos en el aspecto íntimo y el señor Osborne lo atribuyó a la cantidad de licor ingerida. Le dominó un molesto sentimiento de culpabilidad y se arrepintió de haberle hecho confidencias a su compañera. Con deliberada frialdad dijo:

-Olvidalo. Limitate a cumplir tu trabajo.

Se levantó bruscamente, sin mirarla, y se acercó a la cuna del niño.

EN LA CORTE DEL REY ARTURO

Itciar y Cortés llegaron a la hora prevista al bar donde el misterioso comunicante había citado al periodista. Era noche de viernes y las calles estaban concurridas. Se mezclaba la gente del barrio con otros ejemplares, bien trajeados y encorbatados, cuya curiosidad superaba el temor de adentrarse en un ambiente supuestamente marginal. El Rialto era una antigua taberna transformada en bar de copas. Potentes altavoces difundían música caribeña. El bar estaba lleno. El personal desbordaba los límites del local y, vaso en mano, permanecían en la acera formando corrillos.

Lograron abrirse camino entre la gente y, no sin dificultad, alcanzar la barra. Rodrigo pidió bebidas y esperó diez minutos, tal y como le habían indicado. Transcurrido ese tiempo se dirigió a los lavabos. Antes advirtió a su amiga:

-Espérame aquí y no te muevas. Si ves algo raro o que tardo en salir, sal pitando. Hay un coche de la policía en la plaza.

-Ten cuidado, Rodrigo.

-Bah, no te preocupes. A lo mejor todo es una broma. Y con la gente que hay aquí, ¿qué me puede pasar?

Se perdió entre la muchedumbre. Al fondo de un corredor encontró los servicios. Empujó la puerta y entró en un espacio reducido y mal ventilado que olía a orines y a desinfectante. No se veía a nadie. Probó la puerta de uno de los retretes y la encontró cerrada. Empujó la del contiguo, que cedió, y se encerró en el cubículo. Pasó un tiempo sin que ocurriese nada. El silencio era sólo interrumpido por el siseo de las cisternas. Del retrete de al lado le llegó una voz susurrante:

-¿Cortés?

-Sí, soy Cortés.

-Hable bajo.

-De acuerdo. ¿Qué me quiere contar?

-Su periódico insinúa que hay algo raro en la muerte de Artemisa.

-Sí.

La voz tardó un poco en volver a hablar.

-Tienen razón.

-¿Cómo lo sabe?

-Lo sé, eso es todo.

-¿De qué se trata? ¿Qué es lo raro?

-Lo más raro es que la chica está viva. La he visto ayer.

-¿Dónde?

Se abrió en ese momento la puerta de los lavabos y entró alguien. Cortés enmudeció. Enseguida se oyó el sonido de un chorro golpeando contra el urinario y luego el ruido seco de una cremallera. Se escuchó el correr del agua y una exclamación ahogada, causada seguramente por la ausencia de toalla. Volvió a oírse la puerta y después volvió el silencio. Cortés se arriesgó:

-¿Dónde ha visto a la chica?

-En casa de los García Conde, ya sabe.

-¿Cómo sé que no miente?

-Ya le he dicho que tengo pruebas.

-¿Qué pide a cambio?

-Nada. No me interesa el dinero. Hago esto por motivos personales. Tengo una cuenta pendiente con ellos.

-¿Por qué no se lo dice a la policía?

-Podría traerme complicaciones.

-Bueno, ¿dónde están las pruebas?

-Súbase a la taza y mire en la cisterna.

Hizo Cortés lo que le pedían y tanteó en el depósito. Sus dedos tropezaron con un envoltorio de plástico sujeto al interior de la cisterna con cinta adhesiva. Dentro del plástico había un sobre y de él extrajo Cortés una fotografía en la que aparecían dos mujeres. La foto era de mala calidad, estaba oscura y desenfocada. Una de las mujeres recordaba a Artemisa.

-La foto no es muy clara.

-¿Qué quiere, una foto de estudio? Bastante es para las condiciones en que fue sacada.

-¿Cómo sé que no está hecha antes de su muerte?

-No lo puede saber, tiene que creer en mi palabra.

-Pero yo no puedo publicar esto sin garantías.

-Eso usted verá. No puedo ofrecerle otra cosa.

-¿Qué más sabe de este asunto?

-Sólo cosas aisladas. Hay algo que va a suceder pronto, algo importante, pero no sé que es.

-Siga.

-No hay más.

-¿Me avisará si se entera de algo?

-No creo que pueda. Me he arriesgado mucho.

-¿Conocía usted a Artemisa?

-Escuche, esto se ha acabado. No abra la puerta cuando yo salga. Espere cinco minutos y después váyase.

Cortés se resignó. Oyó cómo se abría la puerta del retrete de al lado y luego la de los servicios. Esperó impaciente a que transcurriera el plazo y se precipitó a la salida. Encontró a Itciar donde la había dejado hablando animadamente con un tipo corpulento de pelo largo. Tiró de la chica hacia la salida mientras la increpaba:

-Joder, eres el colmo. Yo jugándome el pellejo y tú tan tranquila ligando con el primero que se te acerca.

-No te pases, Rodrigo. ¿Qué has averiguado?

-Te lo contaré por el camino. Vamos a vuestra guarida.

Cortés advirtió de pronto, al acercarse al coche, que dos sujetos de aspecto poco tranquilizador les cerraban el paso. Se paró en seco y susurró a su amiga:

-Sal pitando y busca a los polis. ¡Rápido!

Itciar salió escapada y uno de los tipos dijo:

-¿Qué le pasa a tu chica, colega? ¿Tiene prisa?

Cortés empezó a retroceder.

-No te vayas, tío, que tienes que pasarnos una cosa -dijo el otro situándose detrás de él.

Dejó Cortés que se acercaran y de improviso saltó hacia delante y empujó a uno de los agresores. El otro le sujetó por la camisa, pero pudo zafarse y corrió en dirección al coche. No le dio tiempo a entrar, se le vinieron encima y pudo distinguir el brillo de las navajas. Con la espalda apoyada en el coche se cubrió la cara con los brazos.

-¡Esperad! ¡Os daré lo que queráis!

-Nos vas a dar lo que queremos y además te vamos a rajar, maricón.

Empezaron a golpearle y percibió algo punzante en el cuello. Miró en derredor buscando ayuda. Algunos transeúntes parecían no haber visto nada y otros se alejaban prudentemente de la pelea. En ese momento apareció Itciar con dos números de la policía.

-¡La pasma, yo me abro! -gritó uno de los navajeros.

-Ya te encontraré, hijo puta -murmuró el otro al oído de Cortés.

El periodista notó algo parecido a una quemadura en el cuello y una repentina sensación de humedad. Los asaltantes emprendieron la huida perseguidos por uno de los guardias, mientras que Itciar y el otro se acercaban a Cortés.

-¿Estás bien, Rodrigo?

-Creo que sí.

-Es sólo un rasguño -dijo el policía examinando el cuello de Cortés -. Ha tenido suerte. ¿Le han quitado algo?

-No... Supongo que querían robarme el coche.

Vieron regresar al primer policía.

-Cualquiera los coge. Con este gentío...

- ¿Quiere que le llevemos a un hospital?
- No hace falta, agente. Muchas gracias.
- Como prefiera.

Antes de poner en marcha el coche, Cortés dirigió a la muchacha una mirada triunfal mientras ella se esforzaba en anudarle un pañuelo al cuello.

-Venían por esto, pequeña -dijo mostrándole la fotografía-. Ahora sé que tiene auténtico valor.

Camelot estaba enclavada en uno de esos complejos urbanísticos en los que se aglomeran informes bloques de oficinas, tiendas exclusivas, restaurantes de moda y salas de fiesta, todo ello atravesado por una compleja red de escaleras, pasadizos y recovecos, sólo accesibles a peatones, y por cuyo subsuelo discurren amplias vías para el tráfico rodado. La discoteca Camelot era un buen ejemplo de cómo lo accesorio había logrado imponerse a lo esencial. Ya era bastante malo que los antiguos club de música melódica hubieran dado paso a las discotecas de acústica ensordecedora, pero el gigantismo actual (rayos láser, jaulas, piscinas, vídeos, etc.) superaba lo humanamente admisible.

Camelot era un grotesco trasunto del reino del Rey Arturo. El portero que nos franqueó la entrada iba disfrazado de guerrero medieval y el pequeño vestíbulo alfombrado estaba decorado con panoplias y recargados escudos nobiliarios. Una breve escalera nos condujo a la zona de baile. Era un inmenso recinto abovedado, estructurado en círculos concéntricos que recordaba los antiguos decorados de Hollywood. El círculo exterior lo constituía una muralla almenada, rematada al fondo por dos torreones gemelos adornados con banderas y pendones. Internamente se extendía una gran área circular abarrotada de gente. El tercer círculo era un foso de agua que circunscribía el cuarto y último círculo, la pista de baile. De los torreones surgía una orgía de reflectores y luces destellantes y ocultos altavoces propagaban una música brutal poco acorde con el ambiente sosegado que sugerían las murallas. Cruzaban veloces camareros vestidos de heraldos y la masa danzante se asemejaba a un ser único, amorfo y monstruoso, que cambiara de forma a un ritmo desenfrenado.

Tracy y yo nos encaminamos hacia una barra adosada a la muralla y, después de no pocos forcejeos, conseguimos abrir brecha y llamar la atención del barman.

-¿Qué desean vuestas mercedes? -vociferó el camarero.

El lenguaje era más cervantino que artúrico, pero poco importaban los anacronismos en aquel esplendor de cartón piedra. Cuando nos hubieron servido, Tracy preguntó:

-¿Sabe si está aquí el Profesor?

-¿Quién?

-El Profesor.

-No conozco a nadie con ese nombre.

Tracy se encogió de hombros y sugirió dar una vuelta. Deambulamos entre las mesas tropezando con la gente. La discoteca era un lugar de encuentro para famosos y gente pública y la edad media de los asistentes superaba con seguridad la treintena, pero también se veían grupitos de jóvenes vestidos de manera estrafalaria. Cerca de los torreones Tracy abordó a otro camarero.

-¿Dónde puedo encontrar al Profesor?

-No sé, pregunte al encargado.

Continuamos el periplo bordeando el foso y repetimos la pregunta un par de veces con idéntico resultado. Poco después habíamos vuelto a nuestro punto de partida.

-Bueno, Parker, ¿qué se te ocurre?

-Nada. Quizás hoy no es un buen día, hay demasiada gente.

-Puede ser. Vamos a tomarnos otra copa antes de irnos.

Nos disponíamos a afrontar un nuevo asalto a la barra cuando oí una voz a mi espalda:

-¿Estáis buscando a alguien?- El que hablaba era un tipo pequeño, de nariz afilada y ojos achinados; vestía un correcto traje azul y unos cegadores zapatos amarillos.

Sí, buscamos al Profesor -dijo Tracy.

-¿Para qué?

-Buscamos información.

-¿Sobre qué?

-¿Eres tú el Profesor?

-Yo soy su secretario. Ahora, venga, ¿qué queréis?

-Eso se lo diremos al Profesor.

El tipejo miró a Tracy de arriba a abajo antes de decir:

-Te crees muy guapo, ¿eh?

Tracy sostuvo su mirada y yo pensé que había escrito una escena semejante en alguna de mis novelas.

-Venimos de parte del Beato -explicó Tracy.

-Esperad aquí -dijo el secretario y se perdió entre la gente.

No tardó en volver y nos hizo señas de que le siguiéramos. No sé por qué Tracy había insistido en que yo llevase el dinero, pero esta medida resultó providencial. Seguimos al individuo hasta los torreones y comprobamos que no sólo eran decorativos, en su interior existían reservados a los que se accedía por una escalera de caracol. En el nivel más alto el secretario se detuvo y nos introdujo en una pequeña habitación sin ventanas. Había una mesa alargada y varias sillas. Sin decir palabra el tipo desapareció; minutos después se abrió la puerta y entró un hombre grande y gordo que se sentó en la cabecera de la mesa. El secretario volvió a salir de la habitación y el hombre gordo se dirigió a nosotros:

-Yo soy el Profesor. Siéntense.- Tenía la mirada aguda y maligna. Nos observó sin prisa, limpiándose el sudor con un gran pañuelo.- ¿En qué puedo ayudarles?

-Anteayer asesinaron a una modelo llamada Artemisa -dijo Tracy -. Queremos saber quién la mató.

-¿Qué más? -preguntó el profesor sin alterarse.

-Tenemos la sospecha...-Tracy vaciló-. Mejor la seguridad de que Artemisa estaba metida en algún asunto importante y por eso la mataron. ¿Sabe algo de eso?

-Puede ser -dijo el Profesor y permaneció un rato en silencio.- ¿Alguna pregunta más?

-¿Qué sabe de Blackfire?

Pareció que aquella sí era la pregunta justa. El Profesor se enderezó bruscamente, haciendo crujir su silla, y dirigió a Tracy una mirada de asombro:

-¿Dónde ha oído ese nombre?

Tracy no contestó y en ese instante se abrió la puerta del reservado, entró el secretario y murmuró algo al oído del Profesor. Cruzó por los ojos del gordo un brillo distinto y se puso en pie con insospechada celeridad.

-Hemos terminado -dijo con un amago de sonrisa.

-¿Cómo que hemos terminado? -hablé por primera vez.- No nos ha dicho nada.

-No hay nada que decir.

-Pero tenemos el dinero...

-Eso no cambia las cosas. La entrevista ha terminado.- Desde la puerta, el Profesor se volvió -: Me comunican que hay peligro en la sala. Salgan de aquí discretamente, es un consejo.

-¿Pero qué ocurre? -quiso saber Tracy.

El Profesor no contestó y salió de la habitación seguido del secretario. Tracy y yo nos miramos en silencio. Durante unos segundos sólo se oyó el sonido amortiguado de la música. Yo tenía las piernas clavadas en el suelo.

-Bueno, Parker, calma. No pasa nada. Vámonos de aquí -dijo Tracy moviéndose hacia la puerta.

Bajamos la escalera con precaución. De otros reservados salían risas y conversaciones. Nos cruzamos con algún camarero que no nos prestó atención y, ya en la planta baja, iniciamos la difícil progresión hacia la salida. Avanzamos bordeando el foso, que era la zona menos concurrida: el agua transparente, iluminada por colores cambiantes, invitaba a mitigar el calor sofocante. A medio camino alguien se interpuso entre Tracy y yo y me cerró el paso. Advertí al instante que aquel hombre era diferente:

llevaba una cazadora de cuero negro y su expresión no era amistosa. Algo me hizo volver la cabeza. Detrás de mí había otro hombre con gafas oscuras quien, sin darme tiempo para reaccionar, me cogió del brazo y dijo a mi oído:

-Quieto. No hagas nada y sigue andando.

La gente que abarrotaba el Club Malibú era de una especie bien distinta. Era un local no muy grande, bañado por una luz rojiza, y había mesas dispuestas a dos niveles y un pequeño escenario al fondo. Jaime y Daniel se acercaron a la barra sintiéndose observados por la concurrencia.

-¿Tú sabías que esto era un club gay? -preguntó Jaime.

-Claro -contestó Daniel con una risita.

-¿Entonces, la querida de Orozco...?

-Yo que sé, tío. Ahora veremos.

Daniel le preguntó por Luzdivina a un camarero y éste les informó que iba a comenzar su actuación en pocos momentos. Ambos amigos se acodaron en la barra, pidieron algo de beber y se dispusieron a esperar. Poco después se encendieron las luces del escenario y un individuo vestido con un frac cuajado de lentejuelas tomó la palabra.

-Querido público, vamos a dar comienzo al espectáculo. El Club Malibú se complace en presentar a la primera de un plantel de bellas artistas que esta noche actuarán para ustedes. Queridos amigos, ante ustedes: ¡Rocío, la Cortijera!

Sonaron los primeros acordes de un pasodoble y entró en escena un travesti de aspecto fofo, ataviado con mantilla y bata de cola. Interpretó una conocida copla con pasmoso dramatismo y fue cariñosamente aplaudido. Otro artista hizo la clásica imitación de Sara Montiel y después sucesivos travestis cantaron canciones de artistas vivas o extintas. Siguió un ballet moderno, con bailarines ataviados con sucintas ropas de cuero que interpretaban un poco convincente número sadomasoquista. Por fin el presentador anunció la actuación que Jaime y Daniel esperaban.

-Ahora, como broche de oro de nuestro espectáculo, tengo el gusto de presentarles a nuestra artista más exclusiva. ¡Ante ustedes, la maravillosa, la sensual, la divina: Luzdivina!

Luzdivina interpretaba a Marlene Dietrich. Vestía un traje ceñido de lamé plateado, por cuyas aberturas laterales escapaban unas piernas largas y bien formadas. La corta melena color ceniza, peinada con raya a un lado, y los apagados tonos del maquillaje, ayudaban a recrear la melancólica sensualidad de la Dietrich. Había que reconocer que Luzdivina, además de atractiva, era una magnífica actriz. Antes de que finalizara su actuación los muchachos repitieron su deseo de hablar con ella. Jaime mencionó el nombre de Orozco.

Se retiró Luzdivina, premiada con calurosos aplausos, las luces del escenario se apagaron y volvió la música ambiental. Un rato después Luzdivina, vestida ya de manera informal, se aproximó a los dos amigos.

-¿Queráis hablar conmigo?

-Sí, gracias por venir. ¿Dónde podemos hablar?

-Vamos a aquella mesa del fondo.

Una vez instalados Luzdivina los miró con curiosidad.

-No recuerdo haberos visto nunca por aquí.- Tenía una voz ambigua, algo afónica.- Me ha dicho el chico que venís de parte de José.

-Verás, Luzdivina -empezó Jaime muy nervioso-. Creo que no te traemos muy buenas noticias. ¿Sabes lo de José?

-No. ¿Qué le ha pasado? -preguntó el travesti con ansiedad.

-Orozco ha muerto.

-¿Qué?

-Se ha ahorcado en su casa.

-¡Ay, madre mía qué me estáis diciendo! -Los ojos de Luzdivina se abrieron con estupor y se llevó una mano a la boca.- ¿Cuándo ha sido?

-Anoche.

-¡No es posible, no es posible, Dios mío!

-Desgraciadamente es así.

-¡José muerto! ¡Pobrecito mío!

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas dejando un rastro negruzco, sus facciones estaban contraídas y sus ojos reflejaban incredulidad. Jaime relató las circunstancias del descubrimiento del cadáver mientras Luzdivina escuchaba con el rostro crispado. De pronto su expresión pasó del dolor a la desconfianza.

-A todo esto, ¿vosotros quiénes sois? ¿Por qué habéis venido?

-Somos amigos de José -dijo Daniel.

-¿Amigos? No creo que José tuviera amigos de vuestra edad.

-Pero queremos aclarar su muerte y tú nos puedes ayudar, Luzdivina. ¿Crees que es posible que Orozco no se suicidara? -preguntó Jaime.

-Que si creo... Pero, bueno, ¿no me acabáis de decir...?

-Lo que quiere decir mi amigo -intervino Daniel-, es que aparentemente se suicidó. Pero puede que no fuera así. Puede que lo mataran.

El rostro de Luzdivina reflejó ahora miedo, alargó un brazo y estrechó la mano de Jaime.

-¡Sí, seguro que le mataron! Tenía que suceder, yo ya se lo había dicho.

-¿Qué le habías dicho, Luzdivina?

-Pues... -de nuevo se despertó en ella el recelo-. ¿Pero vosotros quiénes sois? De la policía no creo.

-Tranquilízate, no somos de la policía. Somos amigos, ya te lo he dicho. Sospechamos que a José lo quitaron de en medio y tú nos puedes ayudar si nos dices lo que sabes.

Luzdivina vaciló un momento, pero debió encontrar a los muchachos dignos de su confianza, porque comenzó a hablar:

-Le dije que desapareciera, que se esfumara, pero no podía hacerlo, le tenían bien sujeto. Le han amargado lo mejor de su vida.- Levantó la cabeza y pidió un cigarrillo que encendió con mano temblorosa. Luego miró a los muchachos con decisión:- Esos hijos de puta se han cargado a José, estoy segura, pero por mi madre que lo van a pagar. No sé quienes sois ni me importa, pero os voy a decir lo que sé.

Todas las desdichas del arquitecto habían comenzado años atrás, cuando Orozco se vio implicado en una estafa inmobiliaria. Estuvo a punto de ser procesado, pero debido a poderosas influencias quedó libre de acusación. Claro que esta ayuda no fue en absoluto desinteresada y desde entonces Orozco había vivido bajo la amenaza de que su pasado saliera a la luz. Para evitarlo había seguido trabajando para sus poderosos benefactores y se había hundido cada vez más en la ilegalidad. Por último le habían querido forzar a que cometiera un crimen. Luzdivina estaba convencida de que Orozco se había negado y por eso lo habían matado. El problema era que el arquitecto le había contado sus problemas a Luzdivina, pero por desgracia nunca había sido demasiado explícito: al hablar de la Organización siempre se refería a *ellos*, sin decir sus nombres ni detallar sus actividades y sus métodos. Pero Luzdivina conocía un nombre y no tuvo reparo en mencionarlo:

-Él siempre recibía órdenes del mismo individuo. Se llamaba Jorge Sinclair.

LLÁMAME CHARLIE

Instintivamente traté de librarme, pero ambos hombres me sujetaron con fuerza.

-Quédate quieto, cabrón -silbó detrás de mí el de las gafas oscuras y sentí que algo punzante se apoyaba en mi costado.

Dejé de resistirme y los dos sujetos me forzaron a seguir andando. Tracy no se había apercibido y continuaba su marcha. Creí ver su inconfundible cabeza unos metros por delante. Debería haberle gritado, pero el objeto que me pinchaba en la espalda cumplía su misión disuasoria a la perfección. Así que al fin me habían cogido. ¿Pero quién? No parecían policías, la policía no suele emplear navajas y tampoco me habían dicho las frases rituales. Yo no había abierto la boca, tenía tan asumido que aquello tenía que ocurrir que no se me había ocurrido preguntar a mis captores quiénes eran y qué querían. Ya era tarde para hacerlo. Busqué de nuevo con la mirada y no pude localizar a Tracy. Ante mi vista desfilaban rostros sonrientes, cuerpos felices, hermosas mujeres, rápidos camareros de cuento de hadas, y nadie, incomprensiblemente, se daba cuenta de mi situación. Divisé cercano el falso arco de piedra con banderas inventadas que adornaba la salida y me sentí perdido. Mi pánico inicial se transformaba en cansancio, estaba resignado, aceptaba lo inevitable. Cerca de la salida las mesas estaban más espaciadas, había menos gente y mis captores me obligaron a acelerar el paso. A mi izquierda, estaba la muralla humana, a mi derecha, la barandilla del foso. Pronto alcanzaríamos la puerta y toda posibilidad de huida resultaría inútil, tenía que hacer algo, ¿pero qué? En una mesa había un grupo de jóvenes peculiares: tenían los cabellos erizados, veteados de color verde o naranja, los cráneos afeitados en las sienes y vestían ropas extravagantes. Sin pensarlo dos veces empujé con todas mis fuerzas al tipo de las gafas oscuras, haciéndole caer al foso. Su compañero tiró de mí y, aprovechando el impulso, me planté en medio de los punkies. La endeble mesa se tambaleó y se volcaron algunos vasos, lo que motivó que un corpulento muchacho, con aspecto de piel roja, me mirara con ferocidad. Entonces grité a pleno pulmón:

-¡¡Avergonzaros de ofender al señor!!

Los jóvenes me miraron con asombro y el tipo de la cazadora intentó retenerme, pero interpose la mesa de los muchachos entre los dos y al hacerlo derribé de la silla a una de las chicas.

-¿Pero qué hostias...? -dijo el sioux levantándose.

-¡¡Juventud de putas y maricones!! ¡¡Recibiréis el castigo divino!! -vociferé al tiempo que le daba una patada a la mesa.

Vasos y botellas volaron por el aire, las chicas gritaron y los ocupantes de las mesas vecinas se volvieron a mirar. El de las gafas oscuras (ya sin gafas) había conseguido salir del foso y acudía en ayuda de su compañero, pero ya el punkie iracundo apartaba de un manotazo al de la cazadora y me agarraba de la camisa.

-¿Qué pasa? ¿Estás loco o qué, tío?

-¡No me toques, mariconazo!

-¡Sí, está loco, se nos ha escapado! -gritó uno de mis captores.

-¡Loco o no loco, se va a quedar sin cara!

La gente se arremolinaba y algún bienintencionado intentaba separarnos, circunstancia que me era por completo adversa, de modo que le propiné un rodillazo en los testículos al gigantón, objetivo difícil de errar dado lo ajustado de sus pantalones.

-¡¡Soy el látigo del señor!! -aullé.

Cogido de improviso, el muchacho se dobló hacia delante y golpeó al tipo de la cazadora, que había logrado asirme. Pero ahí terminó mi suerte. Anulada la precaria ventaja del desconcierto, empecé a recibir golpes y rodé por el suelo. Comprobé que el sioux se disponía a patearme y me abracé con fuerza a las piernas de un curioso que perdió el equilibrio y recibió el primer impacto del enojado punkie. Luego todo fue confusión: me pisaron, me golpearon, me escupieron y manos anónimas desgarraron mi ropa. Soporté estoicamente el castigo, cualquier cosa antes de que aquellos sujetos volvieran a atraparme. Al fin, dos empleados de los de ropa medieval consiguieron detener la lluvia de golpes y me alzaron en vilo.

-¡¡La policía, que venga la policía!! -grité.

Se había formado un tumulto notable: dos camareros me sujetaban, otros trataban de contener a la gente e impedir que los punkies me lincharan, la gente gritaba y los dos matones me señalaban reclamando mi tutela. Yo seguía dando voces:

-¡¡Que venga la policía y cierre este antro de perdición!!

Las repetidas invocaciones a la policía parecieron inquietar a los dos individuos, que cejaron parcialmente en sus esfuerzos. En voz baja le dije a los camareros:

-Gracias, chicos, me habéis salvado la vida.

Consiguieron por fin los empleados calmar los ánimos y, casi en volandas, me arrastraron hacia las dependencias privadas del local. Pude distinguir a mis captores encaminándose hacia la salida. Había organizado un bello estropicio: mesas derribadas, vasos rotos, rostros golpeados, señoras llorosas y gente que sin duda había caído al foso con las ropas empapadas. En cuanto a mí, me sangraba la nariz y una oreja, me dolía terriblemente la espalda y mi camisa colgaba hecha jirones. Me condujeron a un pequeño despacho y cerraron la puerta. Me volví hacia los camareros para agradecerles su intervención y, como primera providencia y sin mediar explicación, recibí un bofetón que hizo que me tambaleara.

-Espere un momen...

Un segundo golpe me derribó y, en el suelo, recibí una patada en el vientre que me dejó sin respiración. En el momento en que se disponían a machacarme el cráneo, se abrió la puerta del despacho y entró un hombre joven, elegantemente vestido. Con un hilo de voz logré articular:

-No me peguen más..., por favor.

El joven bien vestido detuvo con un gesto a los camareros.

-Levántese.

Me incorporé penosamente. Tenía un ojo medio cerrado y sentía ganas de vomitar.

-Límpiese ahí dentro -ordenó el joven.

Entré en un cuarto de baño y me enjuagué con agua fría hasta que mi nariz dejó de sangrar. Volvieron las nauseas y vomité hasta quedar exhausto. Regresé vacilante, me sentía débil y empezaba a dolerme todo el cuerpo. Me dejé caer en una silla sin consultar a nadie. El joven bien vestido seguía de pie, fumando tranquilamente.

-Esto le va a costar una temporada de cárcel. Voy a llamar a la policía.

-Haga lo que quiera. Está usted en su derecho.

-¿Por qué ha montado este escándalo?

-Dos individuos querían raptarme.

El joven sacudió la ceniza y pareció cavilar.

-Bueno, eso no es asunto mío. Cuénteselo al comisario o al juez. A mí lo único que me importa es el destrozo que usted ha causado. Así que, sintiéndolo mucho...

-Oiga, espere un momento -tuve la impresión de que con aquel hombre se podía llegar a un acuerdo-. Si lo que quiere es que alguien pague los desperfectos, yo puedo hacerlo.

-Ah, entonces la cosa cambia. A la empresa no le agrada que la policía venga a menudo. Por el buen nombre del local, claro.

-Muy bien, ¿en cuanto estima los daños?

El joven dijo una cantidad desorbitada.

-Llevo encima doscientas mil pesetas, el resto puedo pagarlo con tarjetas de crédito -. Saqué mi billetero, que milagrosamente seguía estando en el bolsillo trasero de mi pantalón.- Puede comprobar que las tarjetas están en regla.

Uno de los empleados extendió varias facturas que yo firmé. El joven sonrió:

-Asunto concluido, señor Sánchez. Ahora creo que debe ir a algún sitio a que le curen. Le han puesto buena la cara.

-Óigame, ¿hay otra salida que no sea la principal?

El joven asintió. Me condujo por un pasillo hasta una puerta blindada por la que me empujó al exterior. Estaba oscuro y di unos pasos desorientado. Supuse que estaba en un nivel inferior al de la entrada principal. Mi reloj tenía el cristal roto, pero seguía funcionando: eran las dos de la mañana. Tenía la mente confusa y dudé qué camino tomar. Podía intentar subir al nivel superior y salir directamente a la calle o bien buscar el estacionamiento donde habíamos dejado el coche; tal vez Tracy me estuviera esperando allí. Me decidí por esto último, pero ¿dónde estaba el parking? Di varias vueltas, subí y bajé escaleras, crucé ante otros locales que permanecían abiertos y, en un momento dado, me pareció reconocer la entrada del garaje. Descendí por la escalera hasta la segunda planta.

La nave estaba desierta y pobremente iluminada. Anduve entre los coches oyendo sólo el retumbar de mis propios pasos. Al examinar con más atención la disposición de las columnas, comprendí que me había equivocado de aparcamiento y di la vuelta con la intención de regresar por el mismo camino. El ruido de un motor me sobresaltó y unos focos potentes me deslumbraron. Me quedé quieto, cegado por la luz, y sólo en el último momento comprendí que el coche venía a por mí. Salté hacia un lado y el automóvil pasó a toda velocidad rozando los vehículos aparcados. Empecé a correr con desesperación, sorteando coches, y conseguí cruzar un segundo pasillo justo antes de que los faros volvieran a descubrirme. Oí un frenazo, luego sonó un estampido y a mi lado una luna saltó hecha añicos. Corrí agachado y escuché un nuevo disparo. Alcancé la rampa de subida y una pared me protegió momentáneamente. A mi espalda el coche arrancó de nuevo. Corrí por las calles de la planta superior y enseguida sentí los faros tras de mí. Volví a meterme entre los coches aparcados a tiempo de evitar el de mis perseguidores, que golpeó contra una columna. Salí de la hilera de vehículos y distinguí la rampa de salida y la caseta de control. El vigilante se incorporó sorprendido, para luego lanzarse al suelo cuando el cristal de la caseta quedó pulverizado por otro disparo. Estaba a punto de desfallecer, pero seguí corriendo. Salí del aparcamiento y me encontré en una de las vías subterráneas del complejo: ante mí se extendía un amplio espacio desguarnecido. No había nada que hacer, allí no podría ocultarme. Había un coche con las luces apagadas parado en la calzada y me dirigí a él con la remota esperanza de emplearlo para huir. En

ese instante el coche de los pistoleros salió del garaje: estuve a punto de detenerme, perdida ya toda esperanza. El coche se detuvo y me volví a mirar: el tipo de la cazadora negra se había bajado y apuntaba hacia mí su arma con tranquilidad. Entonces se abrió la puerta del coche estacionado y apareció un hombre esgrimiendo una pistola.

-¡Al suelo! -me gritó.

Obedecí. Me dejé caer y rodé por el pavimento, cubriéndome la cabeza con los brazos, hasta quedar a corta distancia del desconocido. Desde el suelo vi como el hombre afirmaba sus pies en el asfalto, arqueaba un poco las piernas, y , sujetando la pistola con ambas manos, empezaba a disparar. No sé cuantos disparos hizo. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir el pistolero de la cazadora negra se desplomaba con los brazos abiertos. Cuando se extinguió el eco múltiple de las detonaciones, siguieron unos segundos de silencio e inmovilidad. El coche de mis perseguidores arrancó bruscamente y empezó a moverse. El desconocido volvió a hacer fuego y el parabrisas se transformó en una compleja tela de araña. El coche avanzó un poco, se caló el motor y se detuvo a unos metros de nosotros. Asomó por la portezuela izquierda el de las gafas oscuras con la cabeza bañada en sangre. Intentó salir, pero finalmente quedó inmóvil, con medio cuerpo colgando fuera del coche. El desconocido guardó la pistola y ordenó:

-¡Rápido, vámonos!

Me incorporé de un salto y entré en el coche por la puerta trasera. El desconocido se instaló al volante y arrancó con un crepitar de neumáticos. Derrapó en la primera curva y continuó a una velocidad endiablada. Empezó a oírse el ladrido estrangulado de las sirenas y por la ventanilla pude distinguir el destello azul de los coches de la policía. El desconocido aminoró la marcha y me sugirió que me tendiera en el asiento posterior. Segundos más tarde nos sobrepasaron dos coches patrulla. Seguimos a una velocidad moderada y tomamos la primera salida. Poco después rodábamos con tranquilidad por la Castellana. Vimos pasar en sentido opuesto más coches policiales y una ambulancia. El desconocido volvió la cabeza y me sonrió. Tenía el pelo rojizo y la tez muy blanca, salpicada de pecas.

-Ya puedes incorporarte. ¿Un cigarrillo?

Hablaba con fuerte acento norteamericano mezclado con cierto deje sudamericano.

-Casi te cazan, amigo. Has tenido suerte de que no fueran buenos tiradores.

-¿Dónde vamos?

-No te preocupes, de momento estás a salvo.

-¿Quién es usted?

-Llámame Charlie.

Comprendí que no iba a ser más explícito y, en el estado en que me encontraba, tanto me daba quién fuera mi salvador y cuál nuestro destino. Me recosté en el asiento. Nunca me había sentido tan mal. Estaba agotado, me dolía el cuerpo y sentía náuseas otra vez. Cerré los ojos y procuré dejar la mente en blanco. Debí quedarme dormido porque no tengo conciencia clara del camino que recorrí. Finalmente el americano detuvo el coche en una calle estrecha, desconocida para mí. Bajó del coche y me invitó a seguirle. El aire fresco me hizo bien y sacudí la cabeza para ahuyentar el sueño. Charlie se acercó a un portal y pulsó un botón del intercomunicador. Una voz metálica respondió a su llamada.

-Charlie -dijo escuetamente el americano.

Alguien accionó el mecanismo de apertura de la puerta y entramos. Subimos por la escalera hasta el segundo piso y Charlie golpeó una puerta con los nudillos. Nos abrió un hombre de mediana edad que me miró con sorpresa. Interrogó a Charlie con la mirada y éste informó:

-Ha habido problemas.

Pasamos a una habitación someramente amueblada: la ventana carecía de cortinas y estaba la persiana bajada; del techo colgaba una bombilla desnuda. El hombre me invitó a tomar asiento mientras Charlie relataba con desapasionamiento lo ocurrido.

-¿Qué tal se encuentra? ¿Quiere un coñac?

-Me vendrá bien, gracias.

Me sirvió un vaso que ingerí con avidez. Enseguida empecé a notar calor y algo de mareo, pero en conjunto me sentí mejor.

-¿Dónde estoy? -me arriesgué a preguntar.

-Soy el comisario Ferrer.

Abrí los ojos todo lo que me lo permitían mis magulladuras. ¡Entonces, la policía al fin! El comisario era ancho de espaldas, no muy alto, y tenía un aspecto atildado, aunque tal vez su chaqueta de paño inglés no fuera muy adecuada para aquella época del año. Sus facciones eran agradables, tenía ojos pequeños y un fino bigote entrecano. Fijé mi mirada en Charlie y el comisario añadió:

-Charlie es el amigo americano -dejó escapar una risita-. Me gusta llamarle así. ¿Se da cuenta? Soy aficionado a la literatura policíaca. Es raro entre policías, pero a mí me gusta. Leo muchas novelas y, a veces, hasta me ayudan en mi trabajo.- Sacó del bolsillo una pipa-. ¿Ve?, incluso fumo en pipa, como mi colega el comisario Maîgret -Encendió la pipa con parsimonia.- No hay que menospreciar a los novelistas -continuó-, en ocasiones se les ocurren ideas prácticas. Al margen de que algunas veces la realidad es más increíble que la ficción. En eso estará usted de acuerdo, ¿verdad, señor Sánchez? Tiene que estarlo, claro, buena prueba de ello es el jaleo en que está metido. En el que estamos metidos, para ser exactos.

-Yo no maté Artemisa -dije impulsivamente.

-Hombre, claro.- Ferrer volvió a reír con brevedad y aromatizó el ambiente con una bocanada de humo-. Si usted fuera el asesino de la chica no estaríamos aquí, hablando tranquilamente. Ni el amigo Charlie ni yo trabajaríamos en este caso.

-Entonces, ¿puede explicarme algo?

-Comprendo su ansiedad. Desde luego algo le explicaré, pero no todo. Tampoco nosotros tenemos todos los datos. Pero permítame seguir un orden. Ande, bébase otro coñac.

Hurgó con el pulgar en la cazoleta de su pipa y se recostó en su silla.

-Hasta el policía más bisoño hubiera advertido que este crimen las cosas no estaban muy claras. ¿Cuáles son los elementos del caso? Veamos, aparece muerta, envenenada, en la habitación de un hotel, una conocida modelo y el hombre que ha

pasado la noche con ella desaparece. ¿Es el asesino? Habría que preguntarse primero por el móvil. Si se tratase de un crimen pasional, la víctima hubiera sido probablemente estrangulada o golpeada, o quizá muerta de un disparo si el asesino tenía un arma, pero no envenenada. El envenenamiento supone un cálculo, una premeditación, y si este fuera el caso el asesino hubiera procurado ocultar sus huellas. Sin embargo el hombre que durmió con Artemisa dejó pistas por todos lados: huellas dactilares, prendas personales, incluso su nombre y dirección en el registro del hotel. Un niño podía haber seguido el rastro. Era, pues, evidente que el señor Adrián Sánchez, autor de novelas policíacas, no había cometido ningún crimen, pero, aterrorizado al descubrir el cadáver, se había dado a la fuga. Ahora bien, ¿qué hacía el señor Sánchez en Madrid durmiendo con una bella modelo? Evidentemente, ese es otro tema.

Hizo una pausa y se sacudió del pantalón algunas briznas de tabaco.

-¿Qué hacía usted en Madrid, señor Sánchez?

Traté de ordenar mis ideas antes de hablar, pero Ferrer se adelantó.

-Le diré lo que pienso: usted estaba comisionado para entrar en contacto con Artemisa y transmitirle algún tipo de información. ¿Me equivoco? -Yo negué con la cabeza y él continuó-. Sin embargo, alguien actuó con rapidez y eliminó a la chica. Lo que no sabemos es si ella llegó a obtener de usted esa información. Si la obtuvo se la llevó a la tumba. No obstante yo necesito conocer esa información, así que cuando guste, señor Sánchez.

-No puedo decirle nada, comisario -negué con la cabeza-. Yo también desconozco el mensaje.

El semblante de Ferrer perdió parte de su atractivo y dijo con sequedad:

-Explíquese.

-Es una historia demasiado increíble.

-No se preocupe, haré un esfuerzo por creerle.

Le conté todo de manera resumida, sin dar nombres y sin mencionar a Tracy y sus amigos; posiblemente fuera una precaución inútil, ya que Ferrer parecía perfectamente

informado, pero, en tanto me fuera posible, estaba dispuesto a no involucrar a nadie en aquel lío.

-Bien, bien, bien -murmuró Ferrer, que se había levantado y daba cortos paseos por la habitación-. Esperaba algo parecido. Muy astuto, sí señor. Esto confirma mi teoría, las piezas comienzan a encajar.- Se volvió hacia mí y me señaló con la pipa:- Ya veo que no entiende nada, pero no se preocupe, se lo voy a explicar.

Volvió a sentarse y empezó a hablar dirigiéndose a mí, pero mirando ocasionalmente al americano.

-Teníamos conocimiento de que una determinada organización se proponía llevar a cabo una acción de vital importancia y la había rodeado del máximo secreto. Perdone que sea tan impreciso, pero eso es todo lo que puedo decirle. No obstante, parte de este plan había trascendido a otras organizaciones y también a los servicios de inteligencia de algunos países. En particular, una segunda organización, tenía intereses completamente contrarios a la primera y por lo tanto trataría de impedir que esa operación se llevara a cabo. Aunque las intenciones generales de ambas organizaciones eran conocidas por nosotros, la urdimbre, los aspectos particulares seguían manteniéndose en secreto. Descubrimos que para lograr anular la acción prevista, la segunda organización debía hacer llegar un determinado mensaje. Algo así como apretar el último interruptor que pondría en marcha un largo y complicado proceso; un movimiento insignificante en sí mismo, pero sin el cual toda la estrategia se vendría abajo. Ahora bien, tampoco sabíamos cuándo y cómo habría de ser entregado el mensaje, ni quién debería recibirlo. La primera organización tampoco había conseguido anular el contraproyecto y estaba concentrando sus esfuerzos en bloquear el último movimiento, es decir, la transmisión del mensaje. En este sentido había desarrollado una red de vigilancia impenetrable, que hacía poco menos que imposible que se produjera una filtración. La segunda organización había confiado la responsabilidad de la acción a un elemento verdaderamente formidable, el hombre que usted conoce como Calabor, lo cual me hacía abrigar fundadas esperanzas de que el contraproyecto, pese a todo, iba a ir adelante. Antes de seguir le diré que el Servicio de Información al que pertenezco está muy interesado en que la mencionada operación fracase, es decir, que nuestros intereses coinciden con los de la segunda organización. Hay otros países cuyos intereses son también coincidentes, lo que explica la presencia del amigo Charlie. Sin embargo, no podíamos intervenir de manera

directa. Estos asuntos son muy delicados y una actuación inoportuna puede tener toda clase de repercusiones. Estábamos, pues, a la expectativa.

Me palpé los bolsillos en busca de cigarrillos. Debía haberlos perdido en la pelea. Charlie me ofreció y el comisario me dio fuego. Luego acercó la llama a su pipa apagada y continuó:

-Así que, en estas, aparece muerta la chica. Nosotros no sabíamos quién era usted ni qué pintaba en este asunto, pero sabíamos quién era Artemisa y a qué se dedicaba. De modo que sumando dos y dos, el despavorido señor Sánchez tenía que ser el esperado mensajero. De entrada me desconcertó que Calabor hubiera escogido para una misión tan decisiva a una persona inexperta como usted, totalmente al margen de estas cuestiones. Entonces pedimos a la brigada de homicidios -que ya se las prometía muy felices- que no diera su nombre a la prensa y dejara en suspenso toda la investigación. Nosotros le sometimos a vigilancia, nos era mucho más útil en libertad. Si era usted el mensajero, parecía lógico que la segunda organización, frustrado el primer intento, tratara de ponerse en contacto con usted. Y nosotros estábamos dispuestos a favorecer ese contacto. Pero eso no ocurrió. Seguimos con curiosidad las maniobras de usted y sus jóvenes amigos, que sin duda han tenido una cierta efectividad. Por ejemplo, el suicidio de determinada persona muy relacionada con el caso. Esta noche Charlie ha tenido necesidad de intervenir y me ha parecido conveniente explicarle algo. Pero nos desviemos de nuestro asunto.

Se sirvió dos dedos de coñac y volvió a escarbar en la pipa.

-Hasta ahora no me explicaba por qué Calabor le había elegido ni por qué ahora su organización parecía desinteresada en establecer contacto con usted. Llegué a sospechar la verdad, pero ahora su relato me lo confirma: Calabor ha montado una hábil maniobra de diversión. Ha lanzado un mensajero fantasma cuya verdadera misión es fijar la atención de sus adversarios. Mientras tanto, otro agente, el verdadero portador de la información, puede pasar inadvertido y burlar la vigilancia. Esa fantástica historia del hipnotismo me lo confirma. Mi querido amigo: *no existe ese mensaje, nunca hubo nada en su subconsciente*. Muy astuto Calabor, el viejo zorro. Usted, señor Sánchez, es sólo el reclamo, un simple reclamo destinado a atraer la caza.

Nunca he reaccionado de manera coherente ante las grandes revelaciones, mi reacción es con frecuencia tardía. Tengo la sensación de que lo que se me revela tiene poco que ver con la realidad. Mi primera reacción ante las palabras del comisario fue de incredulidad. No supe que decir. Si su suposición era acertada, rompía todos mis esquemas. Pero era la explicación más simple, aunque no la más satisfactoria. Sentí un miedo repentino porque si Ferrer tenía razón, todo lo anterior carecía de sentido.

-No puedo creerlo.

-Pues créalo, Sr. Sánchez.

Pensé que lo que estaba oyendo se debía en gran medida a que mi actual estado de fatiga me impedía razonar con claridad. Como si el hecho de sentirme lúcido y descansado pudiera cambiar el sentido de las palabras de Ferrer. Pero una idea diferente se destacaba de las otras: aquello podía significar el fin de mis tribulaciones.

-Bien, comisario, en ese caso aquí acaba toda la historia. Supongo que ahora podré volver a casa.

Los dos policías cruzaron una mirada y observé que el semblante del comisario se tornaba circunspecto. Tosió ligeramente y pareció escoger las palabras:

-Bueno, este es el momento en que la realidad se hace más ingrata que la ficción.- Me miró esquinadamente y sus palabras adquirieron un tono funcional:- Usted no ha terminado todavía.

-No le entiendo.

-Es muy fácil. Queremos que continúe actuando de la misma forma. El planteamiento es bueno y no hay por qué interrumpirlo.

-No acabo de creerle -dije con asombro-. ¿Pretende que siga actuando como hasta ahora, poniendo en peligro mi vida?

Ferrer movió la cabeza afirmativamente, con la pipa entre los dientes.

-Está loco si piensa que voy a aceptar.

-Por desgracia no se trata de que quiera o no quiera. Es que no tiene otra opción.

-¿Por qué?

-Ya le he dicho que ahora empieza la realidad. Y la realidad no es limpia, señor Sánchez, sino turbia e inhóspita. Tiene que hacer lo que le digo, porque si no le van a acusar de asesinato.

-¿Quiere decir que si no coopero dejará que me acusen de la muerte de Artemisa?

-Exacto.

-¡Pero usted sabe que soy inocente, acaba de decírmelo!

-Bueno, ese no es un asunto de mi departamento. El caso está en manos de homicidios.

Sentí una indignación creciente que el comisario pareció ignorar. Fumaba reposadamente y me miraba con ojos fríos.

-¡Son ustedes tan sucios, tan canallas como...!

-¡Cállese! -ordenó Ferrer en tono desabrido-. Vamos a protegerle, por descontado. ¿Ha olvidado que Charlie acaba de salvarle la vida? Será cuestión de poco tiempo, además. ¡Y no voy a permitir que este caso se me vaya de las manos por su culpa! Nadie le obligó a entrar en este asunto. Ahora, al menos, sea consecuente, termine lo que ha empezado. No me gusta coaccionar a la gente, pero sería capaz de emplear los métodos más rastreros si con ello aseguraba el éxito de mi trabajo. ¿Pero en qué mundo cree que vive? ¿Piensa que la gente que tenemos enfrente actúa con nobleza? ¡Hay que combatir al enemigo con sus propias armas!

No me gustaban las palabras de Ferrer. No me gustaba que nadie me amenazara. Me embargaba una ira contenida.

-¿De qué enemigo me habla? -pregunté con voz ronca-. ¿Me pide que siga en una lucha en la que no sé ni por qué ni para qué lucho?

-Ah, carajo, ahora salimos con esas. ¿Y por qué, si puede saberse, ha estado usted luchando hasta ahora? ¿Qué limpios ideales le han impulsado?

No supe qué contestar. ¿Cómo explicarle la verdadera naturaleza de mis motivaciones? ¿Qué sentido tenía ahora hablar de la atracción de lo prohibido, del espíritu de la aventura?

-Está bien, ya veo que no tengo alternativa. ¿Qué quiere que haga?

-Así está mejor -dijo Ferrer golpeando su pipa sobre el cenicero-. No tiene más que hacer que lo que ha estado haciendo. Debe seguir la investigación, hable con la gente, pregunte cosas por ahí. No hay duda de que para determinadas personas está empezando a resultar incómodo. Eso es lo que quiero que haga.

-Bien, pero en cualquier caso usted nos puede ayudar. Quiero decir que nosotros hemos averiguado cosas, hemos conseguido pruebas comprometedoras, pero nos movemos todavía en medio de una gran confusión. ¿No puede facilitarnos las cosas?

-Me temo que eso no es posible.

-¿Tampoco quiere conocer el resultado de nuestras investigaciones?

Volvió a mover negativamente la cabeza.

-Por el momento, no. Entienda de una vez un par de cosas, amigo Sánchez: no estamos interesados en desmontar una determinada organización ni queremos encarcelar a nadie. Nuestra única pretensión es que cierta operación no se realice. Cuando todo acabe, ya veremos.

-Otra cosa, comisario. ¿Es posible que Artemisa esté viva?

-Imposible -contestó con brusquedad-. ¿De dónde ha sacado eso?

-¿De veras quiere saberlo? Creí que no estaba interesado en nuestros hallazgos.

Me dirigió una mirada torva y luego se encogió de hombros.

-Tiene razón. ¿Alguna pregunta más?

Me quedé pensativo. Había cientos de cosas que hubiera querido preguntar, pero sin saber cómo me acordé de la pequeña foto polaroid cogida del álbum de Anselmo y que yo conservaba en mi cartera. Puse ante él la cartulina arrugada y señalé a una de las personas.

-Dígame, comisario, en esta foto están Artemisa, Silvana Scampi, Dalessio y Calabor. ¿Quién es la quinta persona?

Ferrer estudió la fotografía un momento.

-¿De dónde ha salido esta foto? -se la pasó a Charlie y preguntó -: Esta foto no es reciente, ¿verdad?

-No.

Se llevó la pipa apagada a los labios y se quedó mirando la fotografía con expresión grave.

-Este hombre es Vianescu -dijo al fin.

-¿Y quién es Vianescu?

-Un activista rumano. Hace un par de años supimos que estaba en España. Un tipo peligroso -dijo Charlie rompiendo su prolongado mutismo.

-No tenemos noticia de que esté mezclado en este negocio -dijo Ferrer-. En fin, Sánchez, es tarde y supongo que querrá descansar. Charlie le llevará a donde quiera. Tendrá noticias nuestras.

-¿Puedo telefonear antes?

-Claro, ahí tiene el teléfono.

Descolgué el auricular y marqué el número de Tracy.

LOS PAPELES DE ARTEMISA

El comisario Ferrer se equivocaba en una cosa: la realidad no era tan aborrecible como él la había pintado. Al menos no lo era la realidad que me esperaba aquella noche en el estudio de Tracy. Los últimos acontecimientos habían modificado sensiblemente mi concepto de la aventura. Me sentía maltrecho, atenazado por la angustia, y en las últimas horas mi más noble anhelo había sido sobrevivir. Empezaba a pensar que la única aventura satisfactoria es la que uno puede relatar, pero las personas que aguardaban mi llegada lograron persuadirme que acababa de vivir una apasionante experiencia. Me sentí un poco héroe cuando Marta me abrazó con fuerza, sin hablar. En sus ojos oscuros, borrosos de rimel, había un silencioso reproche; en el rostro de los chicos había ansiedad y alegría. Manos amigas me palmearon, me oprimieron y fui llevado a un sillón en torno al cual se congregaron todos. Pronto mi rostro dolorido se vio cubierto de suaves bálsamos y delicadas manos de mujer limpiaron y curaron mis heridas. Mediada la segunda taza de café noté que mi cuerpo se distendía. La afilada angustia de las últimas horas comenzaba a disiparse.

Conté con detalle cuanto me había ocurrido y Tracy, a continuación, relató sus peripecias. Había avanzado entre la gente, siempre pensando que yo iba tras de él, hasta que al apercibirse de la reyerta había vuelto sobre sus pasos. Comprendió lo que estaba pasando y se lanzó a aumentar el tumulto.

-No podía acercarme a ti, los camareros me lo impedían, y esperé a que la batalla amainase. Vi que te llevaban adentro y en cuanto pude me dirigí a las oficinas, pero un tipo me impidió entrar. Insistí, dije que era sobrino tuyo, y sólo conseguí que me despidieran con malos modos. Cuando el tipo se fue me colé dentro y anduve mirando hasta que un individuo salió de un despacho y, con toda corrección, me informó que te habías ido hacía rato. Entonces corrí hacia el aparcamiento.

Como es lógico yo no estaba allí y Tracy empezó a preocuparse. Cabía la posibilidad de que yo hubiera regresado sin esperarle, pero por si acaso volvió a la discoteca y me buscó entre la gente. Al no encontrarme se agudizó su inquietud, pero intentó convencerse que, en efecto, me había marchado. Entonces decidió volver al

estudio cuanto antes. Cuando salía del garaje oyó las sirenas y vio pasar los coches de la policía. Temió que todo aquello tuviera que ver conmigo, pero no se atrevió a volver. Llegó al estudio cerca de las tres de la mañana y encontró a todos despiertos y preocupados. Por supuesto nadie sabía nada de mí. Marta estaba también allí. Había llamado varias veces y, ante su incapacidad manifiesta de esperar junto a un teléfono, se había presentado en el apartamento.

Oímos después el relato de Cortés y debatimos la posibilidad de que Artemisa siguiera viva. La conclusión fue que, a pesar de la foto y la agresión sufrida por el reportero, no contábamos con una prueba objetiva. Mayor sorpresa me causaron las averiguaciones de Daniel y Jaime.

-No puedo creerlo. Repite ese nombre.

-Jorge Sinclair -repitió Daniel.

-¡Pero yo conozco a ese individuo!

Todos me miraron con incredulidad. Era una coincidencia absurda, pero Jorge Sinclair, el hombre del que recibía órdenes José Orozco, había sido compañero mío de colegio. Lo recordaba bien, era un tipo bajito, gordinflón, con cara de sapo. Marta también lo conocía:

-¿Un ingeniero muy pedante que conocí en una fiesta?

-Exacto. Ese es Sinclair.

-Pero puede no ser el mismo -aventuró Itciar.

-Puede. Pero no es un nombre habitual.

-Desde luego, si se trata de la misma persona, ahí hay un camino a seguir -dijo Jaime.

-La cuestión es -dijo Tracy haciéndose oír-: ¿Vamos a seguir?

Se produjo un silencio. Todos sabíamos lo que quería decir Tracy.

-Hay varias posibilidades para continuar -matizó el muchacho rubio-. ¿Pero vamos a seguir? Sería estúpido ignorar lo que ha ocurrido esta noche.

Nadie dijo nada. Mi ex-mujer miró a Tracy con reconocimiento y todos me miraron a mí. Empezaba a amanecer y nos envolvía una luz delgada y fría que poco a poco iba

volviendo mortecino el resplandor de las lámparas. Los rostros tenían una tonalidad cérica, no teníamos ninguno buen aspecto: Cortés y yo estábamos heridos o magullados y en los demás se advertían huellas de cansancio.

Sentí que me buscaban todas las miradas. Esperaban que yo decidiera porque, ahora lo veía claro, a mí me correspondía el dudoso privilegio de decidir. Demasiada responsabilidad para un indeciso que tardaba años en resolver sus propios problemas. Miré hacia la ventana oval y añoré los árboles del parque, como si entre sus frondas pudiera hallarse un cobijo impenetrable o una respuesta precisa. Si abandonaba y desoía las órdenes de Ferrer, tendría problemas con la justicia. Con suerte no me condenarían, pero nadie podría evitar el escándalo. Y aún peor: jamás sabría por qué había muerto Artemisa ni que papel me había tocado jugar en aquella trama. Si, por el contrario, seguía adelante, mi vida y las de mis amigos estarían en peligro y seguiría siendo, ahora con plena conciencia, el estúpido señuelo que Calabor había imaginado. Continuar significaba riesgo, claudicar era renunciar a un sueño. ¿Cómo me había metido en semejante lío? Marta y Ferrer me lo habían preguntado; Tracy y los muchachos, no. ¿Tenía yo una respuesta? El comisario había dicho: ¿Acaso cree usted que defiende una causa justa? No, yo no creía nada de eso, ni me había planteado ese aspecto. La gente normal como yo nunca llega a conocer el por qué último de lo que sucede. *Pero yo había convertido aquella tarea en una ocasión de cambiar.* Había respondido a la llamada de lo imaginario porque de pronto cobraron vida en mí sueños largamente acariciados, canciones olvidadas, proyectos imposibles arrinconados durante años terrosos de rutina y hastío. Siempre había confiado en que algún día el globo rojo de la fantasía estallaría con todo su esplendor y un barco con las velas desplegadas me conduciría al confín del mundo. Aquello no era el confín del mundo, ciertamente, pero ¿qué sueños pervivirían en mí si ahora me resignaba? Por tanto no era ya continuar por que un policía zafio me lo exigiese, sino porque era la actitud más coherente con el camino que me había trazado. La muerte era, en efecto, un posible final. Pero aceptaba el desafío.

-Continuamos -dije al fin.

Los ojos de Marta se llenaron de lágrimas y bajó la cabeza. Los chicos, tras un instante de silencio, empezaron a hablar todos a la vez. Enseguida noté que me pesaban los párpados y la conversación se convertía en un murmullo lejano.

Alguien me zarandeaba y me forzaba a tomar contacto con la realidad. Primero intenté ignorar al importuno y luego, ante su insistencia, sospecho que proferí frases poco académicas. Comprobé desolado que el zarandeo aventaba de manera irremisible los últimos celajes del sueño, así que entreabrí los ojos y descubrí a Tracy inclinado sobre mí.

-¡Vamos, Adrián, despierta!

-¿A qué tanta prisa? ¿Qué hora es?

-Las ocho.

¡Las ocho! Había dormido poco más de dos horas. Hice un intento de incorporarme y una punzada en el costado me dejó sin respiración. Ensayé un movimiento más lento y tuve un éxito discreto. Los puntos dolorosos de mi cuerpo eran innumerables. Sentía la cara tirante y mi ojo izquierdo se abría con dificultad.

-¿Qué ocurre?

-Blasco quiere vernos enseguida.

-¡Blasco! -Tomé conciencia brusca de lo que me decía y esta vez fue un lacerante dolor en la pierna lo que congeló el intento de levantarme. -¡Demonio, creo que no me han dejado un hueso sano!

Después de ducharme me sentí algo mejor. Mientras me afeitaba me vi reflejado en el espejo: ¡Caramba, cómo me habían puesto la cara!

-¿Qué te ha dicho Blasco?

-Solamente que quiere hablar con nosotros. Y que era urgente.

-¿Crees que está decidido a hablar?

-Tal vez- Tracy se encogió de hombros-. Enseguida lo sabremos.

-¿Dónde están los demás?

-No hay tiempo para esperarlos.

Apenas hablamos durante el trayecto. Tracy dejó el coche sobre la acera, a dos manzanas del taller de Blasco. Cuando llegamos, el cierre metálico estaba bajado.

-Qué raro. Entremos por detrás -dijo Tracy.

El patio estaba desierto. La música estridente de las radios era idéntica y había el mismo olor a verduras cocidas. La puerta del taller estaba entornada y Tracy la golpeó con suavidad sin obtener respuesta. Nos consultamos con la mirada y mi amigo llamó con más fuerza. Nadie respondió. Había un oscuro presagio que nos inmovilizaba en el umbral. Empujamos la puerta y entramos en el taller. A la innecesaria luz de una bombilla, la trastienda ofrecía un espectáculo desolador: las sillas estaban volcadas, las estanterías derribadas y había frascos rotos y papeles esparcidos, la tapicería de un viejo sillón había sido desgarrada y los muelles desnudos asomaban ominosamente. El taller presentaba un estado de devastación semejante. Los animales aparecían desventrados o decapitados, como si un loco hubiera querido darles una segunda muerte. El cuerpo nos pasó al principio inadvertido: yacía junto a una mesa volcada y había manchas rojas en su guardapolvo gris. Tenía los ojos abiertos y la cabeza ladeada, inmersa en un gran charco de sangre. Un corte largo y siniestro le segaba el cuello.

Después de un tiempo de pasmo, de imposibilidad de hablar o gritar, me arrodillé junto a Blasco y busqué con torpeza un latido en su muñeca.

-Está muerto.

-¡Dios mío!

Iniciamos un lento movimiento de retroceso, escrutando con temor los rincones del taller. En la trastienda tropezamos con los objetos caídos y emprendimos una huida precipitada. Una sombra nos cerró el camino y me quedé sin aliento.

-Habéis llegado tarde.

Reconocí la voz de Luisa y traté de controlar el sobresalto.

-¿Qué ha pasado, Luisa, qué ha pasado?

La mujer, enfundada en una boatiné, despeinada y sin maquillar, nos contemplaba con ojos extraviados.

-Vamos a mi casa.

La seguimos a través del patio y ascendimos por una escalera hasta el segundo piso. Luisa nos franqueó el paso y cerró la puerta con llave y cerrojo. Sin hablar nos condujo a una cocina que aún conservaba su antiguo fogón, sobre el cual había un hornillo de gas. En las paredes y en el techo había manchas de humedad y la pintura se desprendía en algunos puntos. Las contraventanas, casi cerradas, dejaban la cocina en penumbra. Luisa las entreabrió para mirar al exterior. Desde allí era visible la entrada al taller del taxidermista. Habíamos permanecido de pie, respetando el silencio de Luisa, quien, tras entornar de nuevo los postigos, se sentó en la única silla y nos miró con expresión fatigada.

-Habéis llegado tarde.

-Blasco nos llamó hace poco más de una hora.

-Pero ellos llegaron antes.

-¿Cómo sucedió?

Luisa desvió la mirada hacia la ventana y durante un tiempo no abrió los labios.

-Esta mañana me desperté temprano. Hacía calor. Me asomé a la ventana y vi gente extraña en el patio. Eran tres hombres y llamaron a la puerta de Juan. Creí que erais vosotros, porque Juan me dijo que os iba a llamar. Luego me di cuenta de que eran otros, eran más viejos y uno de ellos tenía la cabeza rapada. Entraron en el taller y al rato empezaron a oírse ruidos y golpes, parecía que estaban echando la casa abajo. Yo no sabía qué hacer, me quedé quieta asustada, temiendo que luego vinieran por mí.- Se le quebró la voz y guardó silencio unos instantes-. ¿Tenéis un cigarrillo? Gracias. Se fueron enseguida, no estuvieron dentro más de veinte minutos. Yo no me podía mover de miedo. Al cabo de un rato me decidí a bajar y fue horrible. Estaba ahí..., tirado, con los ojos abiertos. Ni se movió.

-¿Llamaste a un médico?

-¿Para qué? -dijo Luisa moviendo la cabeza con lentitud.

-¿Para qué quería vernos?

-Quería daros unos papeles. Anoche me esperó porque quería hablar conmigo. Subimos aquí y me dijo que iba a llamaros. No se fiaba mucho de vosotros, pero tenía unos documentos muy comprometidos y quería dárselos a alguien. Supongo que era lo que buscaban esos canallas.

-Luisa, ¿no te dijo Juan dónde guardaba esos papeles? -preguntó Tracy y la mujer le miró con asombro.

-Los papeles los tengo yo. Juan me los dio anoche.

Noté que el estómago se me encogía y mis latidos se aceleraban. Luisa se ahuecó la bata y extrajo un sobre grande y arrugado que Tracy recogió con manos ávidas. Lo abrió con nerviosismo y esparció su contenido sobre la mesa de la cocina. Había folios escritos a máquina, fotocopias, cartas, recortes de prensa, fotografías, un extenso dossier que debió constituir el seguro de vida de Artemisa. Ahora tal vez sirviera para vengar su muerte. No había tiempo para estudiar a fondo los documentos, teníamos prisa por salir de allí. Nos despedimos de Luisa con precipitadas palabras de agradecimiento y le aseguramos que los papeles servirían para encontrar a los asesinos de Juan. Tracy le advirtió:

-No has visto nada, Luisa, no sabes nada, nosotros avisaremos a la policía.

Movió ella dócilmente la cabeza mientras nos acompañaba a la salida. Bajábamos por la escalera cuando la oí decir:

-Era un buen hombre. Nunca tuvo suerte, pero era un buen hombre.

Caminamos con rapidez hacia el coche, que por fortuna seguía donde lo habíamos dejado. Una vez dentro, antes de encender el motor, Tracy planteó qué hacer con los papeles de Artemisa. Tenerlos en nuestro poder suponía un peligro evidente, pero por otra parte era preciso analizarlos con detenimiento antes de decidir cómo usarlos. Una posibilidad era entregárselos a Ferrer, aunque no sabíamos como entrar en contacto con él. Otra posibilidad era que los guardara Cortés y, en caso necesario, los divulgara a través de su periódico. Esta opción parecía la correcta y Tracy puso en marcha el coche. Le detuve. Mis planes eran otros.

-No me necesitas para eso. Busca tú solo a Cortés.

-¿Por qué, qué piensas hacer tú?

-Voy a hablar con Jorge Sinclair.

-Te vas a meter en la boca del lobo -. Tracy me miraba con fijeza.

-No te digo que no. Pero ya es hora de hacerlo, ¿no crees?

-Espera un momento, Parker. Hasta ahora hemos hecho las cosas muy meditadas, sin improvisación. Hablar con Sinclair es una posibilidad, pero espera que la consideremos en conjunto.

-Escucha, Tracy. Estoy asustado, pero también estoy harto. Acaba de morir otra persona. Esto tiene que terminar, empiezo a tener prisa por resolver este asunto. Sinclair es amigo mío, ¿no? Por tanto es normal que lo visite.

-Está bien. Tú sabes lo que haces. Llámanos dentro de cuatro horas. Si en ese tiempo no recibimos noticias tuyas, haremos uso de esto -dijo golpeando el sobre.

Bajé del coche y empecé a andar. En la sobada guía telefónica de un bar encontré el número de teléfono de Sinclair. Había tres Sinclair en la guía, pero sólo un Sinclair, J. Establecí la comunicación y una voz femenina me informó que el señor no estaba en casa. Pedí entonces hablar con su mujer (ni siquiera sabía si estaba casado). Medio minuto después estaba hablando con la mujer de Sinclair.

-¿Eres la mujer de Jorge? Encantado de saludarte. Soy Adrián Sánchez, un viejo amigo de tu marido. Estoy de paso en Madrid y me gustaría saludarlo.

-El caso es Jorge no está. Está en el despacho.

-¡Qué lástima! Bueno, a lo mejor puedo verle allí. ¿Dónde tiene el despacho?

-En la Seymour & Davidson -la mujer pareció sorprendida de que yo lo ignorase.

-Claro, claro. Pues mil gracias. Espero conocerte en otro viaje. Gracias por todo.

Colgué el teléfono y respiré profundo. Experimenté una sensación parecida a cuando uno encuentra la palabra adecuada de un crucigrama. Así que Sinclair trabajaba para la Seymour & Davidson, la multinacional que podía haber estado implicada en el asunto de la Mandrágora, la misma en la que el marido de la Scampi era un alto directivo. Las piezas empezaban a encajar. Si aquel no era un buen camino se le parecía bastante. Me acerqué a la barra y pedí una ginebra que apuré de un trago. Pese a mi fulgurante decisión de coger al toro por los cuernos, era evidente que necesitaba armarme de valor. Y la ginebra ayudaba.

MADRID, 12 DE SEPTIEMBRE

El señor Osborne se despertó muy temprano. Permaneció acostado largo rato escuchando el trinar de los pájaros y los escasos ruidos que provenían de la calle. Esperó hasta que su reloj de pulsera marcó las siete. Entonces se levantó sin hacer ruido. La habitación estaba sumida en una suave penumbra a la que el señor Osborne ya se había habituado durante la espera. Se vistió con rapidez, salió al pasillo y se encerró en el cuarto de baño. De regreso al dormitorio se detuvo ante la cama de Silvia. La muchacha dormía boca a abajo, abrazada a la almohada. Se ofrecía a la contemplación del señor Osborne un escorzo de su cuerpo apenas cubierto por el camisón. No la miró más allá de unos segundos y, procurando evitar el crujir de la madera, se acercó a la cuna. El niño estaba dormido. Se había despertado tres veces durante la noche y Silvia había atendido sus necesidades. El problema consistía ahora en mover al bebé sin que se despertara. Con sumo cuidado intentó levantarlo, pero el pequeño lloriqueó y el señor Osborne se quedó en suspenso. Luego, al ver que cerraba de nuevo los ojos, lo depositó con delicadeza sobre la cama. Algo hizo que se volviera y descubrió a Silvia sentada en la cama mirándole. El señor Osborne la observó un instante y ella sonrió con acento de disculpa. Con movimientos precisos levantó la colchoneta de la cuna y sacó el paquete alargado que aún seguía envuelto en el mismo plástico. Giró de nuevo la cabeza, pero Silvia ya no le miraba, parecía vigilar atentamente al niño. Fue hasta el otro extremo de la habitación, sacó del armario una bolsa de viaje y guardó en su interior el paquete. Miró hacia atrás y comprobó que la muchacha había devuelto el niño a su cuna. Sentada en la cama, seguía sonriéndole con sumisión. El señor Osborne hizo un breve gesto de despedida y salió de la habitación.

Le cegó la claridad del día. El cielo, de un azul intenso, estaba limpio de nubes y el sol reverberaba en los muros enjalbegados de las casas. Anduvo unos minutos orientándose por el ruido del tráfico hasta salir a una amplia avenida. Paró un taxi y ordenó al conductor que le llevara al aeropuerto. El coche le dejó en llegadas internacionales, cruzó rápidamente el hall y se dirigió a los lavabos. Esperó a que el recinto estuviera vacío y acto seguido se encerró en uno de los retretes. Se quitó el traje que llevaba y la corbata y lo guardó todo en la bolsa, de la que extrajo un uniforme azul, una corbata negra y una gorra. Se vistió con presteza y poco después pudo verse a un

comandante de las Scandinavian Airlines salir de los lavabos. Cruzó de nuevo el vestíbulo, esta vez sin apresuramiento, llevando consigo el bolsón de viaje y se dirigió a la salida. Tomó de nuevo un taxi y pidió ir a un hotel céntrico. Si en el viaje anterior el señor Osborne no había despegado los labios, esta vez, a pesar de su escaso conocimiento del idioma, hizo comentarios comparando el clima de Madrid y el de Estocolmo y sobre la ajetreada vida de los pilotos.

Una vez en el hotel, se dirigió en inglés al recepcionista y le interrogó sobre la tripulación sueca que estaba alojada allí. El empleado movió con gesto dubitativo la cabeza y, tras consultar el registro, confirmó al señor Osborne que allí no había tripulación alguna ni existían reservas al efecto. Cabeceó el señor Osborne y masculló algo sobre una maldita confusión. Terminó pidiendo una habitación para dos noches. Cuando el recepcionista solicitó su pasaporte, el señor Osborne se palpó los bolsillos, repitió los cabeceos y dijo que debería estar en otra maldita maleta y en otro maldito hotel con el resto de la tripulación. Aseguró que en cuanto pudiese localizar a su grupo se lo entregaría. El empleado aceptó la excusa y le entregó la llave. El señor Osborne entró en la cafetería y pidió un desayuno inglés que consumió en poco tiempo. Luego se dirigió a los ascensores y subió a su habitación del séptimo piso.

Veinte minutos después volvió a bajar, dejó la llave en recepción y salió al exterior. El recepcionista no podía saberlo, pero para entonces la bolsa de viaje del olvidadizo piloto sueco había perdido una parte considerable de su peso. El señor Osborne se alejó del hotel a paso vivo y, al poco, aminoró la marcha seducido por la tibieza de la mañana. Caminó despacio por el andén lateral de la gran avenida, contempló con agrado el amarillear de los árboles, y, casi por primera vez, tomó conciencia de que se hallaba en España, un nombre que despertaba en su interior lejanos sentimientos. La primera parte de su misión había concluido y aunque existía una segunda -más difícil y decisiva-, no sabía con exactitud en que momento habría de iniciarse. Y eso era peligroso. El señor Osborne se daba cuenta de que la inactividad le hacía vulnerable a los recuerdos. Peligroso, muy peligroso. Por ello, trató de no considerar una descabellada ocurrencia que acababa de cruzar por su mente. Sin embargo era muy improbable que volviese a Madrid alguna vez. Entonces, ¿por qué no aprovechar la ocasión? Las probabilidades de que aquello interfiriese en la misión eran realmente escasas. Ante la parada de taxis se detuvo indeciso y trató de desproveer de toda afectividad al dilema. No lo consiguió. Otro signo de vejez, se dijo, no soy capaz de pensar fríamente. Admitida así la derrota no tuvo

ya mayor problema en abrir la portezuela, acomodarse en el taxi y ordenar al conductor que le llevase a un lugar del Madrid antiguo.

No sabía con certeza adonde dirigirse y admitió la posibilidad de no encontrar lo que se había propuesto. El tiempo hacía borrosos los recuerdos. El coche le dejó en las cercanías de la Plaza Mayor, el único punto de referencia que poseía, y allí trató de orientarse. Callejeó por los alrededores, leyendo con dificultad los nombres de las calles sin dar con la que buscaba. A la vista de la poca efectividad de sus pesquisas decidió preguntar -no sin cierta prevención- a un agente municipal, que le atendió con inesperada solicitud, lo que no dejó de sorprenderle, hasta que recordó que iba vestido de uniforme. El guardia aclaró al señor Osborne que la calle en cuestión había cambiado de nombre y le explicó con profesionalidad cómo encontrarla.

Resultó ser una calle corta y estrecha. El señor Osborne la recorrió varias veces y leyó con atención los rótulos de los establecimientos, pero ninguno de aquellos nombres tenía significado para él. Entró en el único bar de la calle y pidió una cerveza. Le sirvió un muchacho joven y el señor Osborne vaciló antes de hablar.

-¿Sabe si existe o existía en esta calle un sitio llamado Cervecería Amberes?

-No señor -replicó el chico-, pero le puede preguntar a mi padre. Ahora le aviso.

El dueño del bar era un hombre calvo y sonriente. El señor Osborne repitió la pregunta.

-¿Cervecería Amberes, dice usted? Pues no caigo.

-¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

-¿Que si llevo? Figurese, la taberna la puso mi padre.

-El propietario de la cervecería era extranjero. Se llamaba Hoffman.

-¿Hoffman? ¡Calle, ya sé quien dice! Usted habla de la señora Sofía, la del 15, que el marido era extranjero y lo mataron. Era yo un chaval, pero aún me acuerdo. Fue muy sonado.

El señor Osborne notó una sensación parecida a la falta de aire, pero su expresión no cambió.

-Si hombre, ya me acuerdo -siguió el tabernero-. Tenían un bar, como usted dice, pero no en esta calle sino en la paralela. La señora Sofía lo vendió al poco de ocurrir lo de su marido. Luego tiraron la casa y construyeron un edificio nuevo.

-¿Sabe usted si es posible encontrar a la señora Sofía?

-Pues claro. Vive en esta misma calle, ya le digo, en el 15. Creo que es el segundo izquierda.

El señor Osborne agradeció la información al tabernero y durante un rato soportó con cortesía su locuacidad. Localizó sin dificultad la casa y el piso y pulsó el timbre con decisión. Salió a abrir una joven, casi una adolescente, de melena lisa y grandes y confiados ojos azules.

-¿Qué desea?

-Quisiera hablar con la señora Sofía. ¿Es posible?

La muchacha le miró con suspicacia, extrañada de su acento más que de otra cosa. Se volvió hacia el interior y dijo:

-Abuela, te busca un señor.

El señor Osborne calculó que la mujer que vino a su encuentro tendría más o menos su misma edad. Aún era una mujer atractiva. En sus ojos había un destello de arrogancia que sorprendió al anticuario.

-Usted dirá.

Absorto en la contemplación, el señor Osborne no parecía dispuesto a hablar, pero, al percibir la extrañeza de la mujer, dijo en voz baja:

-Sofía, soy Peter... Peter Hoffman.

BY THE GOOD TIMES

La macroestructura acristalada de la Seymour & Davidson se alzaba en la zona norte de La Castellana. Las gigantescas letras iluminadas del anagrama S & D eran familiares en la noche madrileña. Se me antojó simbólico mi acercamiento a la mole de acero y cristal, pero procuré desproveer de todo sentido épico a mis actos y concentrarme en la sencilla idea de que iba a saludar a un amigo. Imaginé que en días de trabajo hormiguaría en el interior del edificio un ejército de empleados, pero aquella mañana de sábado sólo un solitario vigilante armado, que no disimuló su extrañeza ante mi lamentable aspecto, acudió a mi encuentro.

-Quisiera ver al señor Sinclair.

-Las oficinas están cerradas.

-Sí, pero el señor Sinclair está aquí. Me han informado en su casa.

-¿Quiere darme su nombre?

Se lo di y el vigilante se retiró y habló a través de un teléfono interior.

-El señor Sinclair le recibirá. Su carné de identidad, si hace el favor.- Anotó mis datos y me devolvió el carné y una tarjeta de control-. Póngase esto, por favor. Piso catorce, ala norte, despacho 216. Por aquellos ascensores.

El ascensor ascendió con un suave susurro y sólo mi estómago acusó la disparatada velocidad del artefacto. Frenó con dulzura y mis vísceras se reorganizaron. Salí a un hall que se prolongaba en dos interminables corredores a derecha e izquierda. Elegantes rótulos de letras doradas indicaban: North Side y South Side. Puse rumbo norte y me adentré en el corredor. El silencio era tan sobrecogedor como la soledad. Mis pies se deslizaban sin ruido sobre gruesas alfombras y en los recodos encontré mesas vacías que imaginé ocupadas, en los días de labor, por eficaces secretarias. Avisté al fin una puerta marcada con el número 216 y entré sin llamar. Una secretaria de mediana edad se levantó a recibirme con expresión solícita.

-¿Señor Sánchez? Pase, por favor.

Empujó otra puerta que, al abrirse, descubrió la figura de Jorge Sinclair.

-Adrián, qué sorpresa.

-¿Qué tal Jorge? Cuánto tiempo sin vernos.

-En efecto. Pero hombre, ¿qué te ha pasado?

-Un pequeño accidente.

Nos fundimos en un abrazo y nos palmeamos la espalda, mientras la eficiente secretaria sonreía a media boca y salía de la habitación dejándonos solos. El despacho era un derroche de piel y maderas nobles. La mesa era de caoba maciza y las estanterías de madera y cristal. Había en un ángulo un tresillo Chester de color burdeos y de las paredes, también forradas de madera, colgaban cuadros de firma. Todo indicaba que mi amigo Sinclair tenía un rango elevado en la compañía. A Jorge lo hubiera reconocido en cualquier lugar: estaba algo más grueso y su pelo se había agrisado, pero sus piernas cortas y separadas, su cuerpo trapezoidal, casi sin cuello, y su cabeza en forma de pera no eran materia de confusión. Sobre todo persistía en mi memoria aquella mirada lúcida y dura que desconcertaba a los que pretendían mofarse de su poco agraciado físico.

-Bueno, bueno, el viejo Adrián. Siéntate, hombre. ¿Quieres un whisky? Tengo un Malta especial.

-Prefiero ginebra -dije sentándome en uno de los sillones.

-Ah, pues la ginebra que tengo es nacional.

-Esa es buena, Jorge. Antes sólo bebíamos ginebra a granel.

-Es verdad. Creo que no he vuelto a beberla desde entonces. Aquí tienes.-Me alargó un vaso tallado y añadió:- *By the good times*.

-*By the good times* -contesté repitiendo la antigua fórmula de cuando la pedantería nos hacía brindar en inglés por los viejos buenos tiempos.

-Creo que no te veía desde tu boda -decía Jorge-. ¿O no estuve en tu boda?

-No, nos vimos después, en una cena.

-Cierto. Al que he visto hace poco es a Escudero, ¿te acuerdas de Escudero?

Surge la conversación trabada de recuerdos, de noticias, de nombres ausentes, sin esfuerzo, como si el tiempo apenas contase. Veo a Jorge feliz, su expresión es relajada e intuyo que distinta a la cotidiana. Lo veo contento de verme, de hablar conmigo y me

pregunto qué estoy haciendo aquí, si él sabe a qué vengo y por qué debo romper este momento. Los vasos se agotan y Jorge los rellena mientras rememora alguna fabulosa hazaña. Hay de pronto un silencio, un remanso en la conversación, y Jorge me mira con sus ojos duros y lúcidos y apenas sonrío.

-Bueno chico, estoy encantado, pero me has cogido hasta aquí de trabajo. ¿Por qué no cenamos juntos una noche de estas y seguimos hablando?

Comprendí que era necesario abandonar el pasado. Sinclair también lo sabía y me forzaba suavemente a ello.

-En realidad, tengo que hablar contigo de un asunto muy concreto. Un asunto urgente, Jorge.

-Muy bien, tú dirás.

-Estoy metido en un buen lío, Jorge.

-¿Un lío de faldas, de dinero...?

-No, no es nada de eso -aferré con ambas manos mi vaso y agregué -: Tú sabes a lo que he venido, Jorge.

Me miró con curiosidad sin afirmar ni negar nada, bebió un sorbo de whisky y pareció esperar a que yo continuase.

-A qué andarnos con rodeos, Jorge. Somos amigos. Sería estúpido andar con fingimientos. Hay una especie de juego en el que yo estoy metido y del que tú también formas parte.

Alcé los ojos para observar su rostro. Su expresión no había variado. Dejó pasar unos segundos y se reclinó en su sillón con el vaso en la mano.

-¿Qué te hace pensarlo, Adrián?

-Bueno, hay una serie de hechos que me han llevado hasta ti. Si no los hubiera, si yo no tuviera la certeza de que tú estás implicado, no estaría aquí proponiéndote adivinanzas. Si no sabes de qué estoy hablando o no quieres darte por enterado, no insistiré. Habremos tomado unas copas y en paz. ¿Qué me dices?

-Lástima -movió una mano con aire resignado y concentró su atención en el fondo del vaso-. Hubiera preferido que esto fuera únicamente una reunión de antiguos compañeros. Pero tienes razón, hay que afrontar los hechos aunque no sean tan agradables, Adrián.- Permaneció unos instantes en silencio y luego me miró con una expresión distinta -: Voy a proponerte algo. Vete de aquí, desaparece, regresa a tu casa.

-¿Que me vaya? ¿Así, sin más?

-Eso es.

-¿Y no me ocurrirá nada? Quiero decir...

-Yo garantizo tu seguridad -dijo Jorge con firmeza.

-Eso quiere decir que a nadie le va a inquietar lo que he averiguado, o simplemente el hecho de que esté vivo.

-Precisamente.

-¿Y la policía?

-Todo puede arreglarse.

-Realmente tu proposición es muy generosa, Jorge. No pensé que todo resultara tan fácil -dije, y Sinclair no consideró necesario hacer ningún comentario. Pero para mí, las cosas no estaban tan claras.- Todo esto es un poco desconcertante, ¿sabes? Estos últimos días han sido de gran tensión. Me han ocurrido muchas cosas, me han golpeado - señalé vagamente mi rostro-, he tenido miedo, ha muerto gente... y tú me pides simplemente que me olvide de todo y me vaya. No sé, no acabo de entenderlo.

-Las cosas son así: has de tomarlo o dejarlo -atajó Sinclair-. Lo que por desgracia no puedo ofrecerte es una compensación a tus esfuerzos, una explicación, que es lo que estás buscando, supongo. Créeme, te aconsejo lo más conveniente. Quiero ayudarte. Sólo te pido que te olvides de este negocio.

Sentí deseos de moverme, de caminar por aquel mundo de alfombras silenciosas y mirar desde lejos a Jorge para distanciarme un poco de los recuerdos. Sabía cuales iban a ser mis próximas palabras y no podía hacer nada para evitarlo.

-Me pides más que eso, Jorge.

-¿A qué te refieres?

-Me pides que renuncie a mi dignidad.

Me hallaba junto al ventanal de cristal emplomado. Allá abajo se divisaba la gran avenida en casi toda su extensión, pero no llegaba ningún ruido, la insonorización era absoluta. Me pareció estar mirando una película muda. Me volvía hacia mi amigo.

-No has cambiado nada, Adrián. ¿Qué menoscabo sufre aquí tu dignidad?

-¿No lo entiendes? Se trata de mi dignidad. O de mis principios, como quieras llamarlo.

-Aunque fuera como dices-movió Jorge la cabeza con asombro-, ¿me quieres explicar, en nombre del cielo, a qué viene hablar ahora de dignidad y principios? Estoy intentando que salgas con bien de este lío. ¿No lo entiendes?

-Es que en esas palabras está todo -caminé lentamente de un extremo a otro del despacho-: dignidad, principios... Si las ignoramos, ¿qué nos queda? Tú tienes que entenderlo. *Entonces* lo habrías entendido.

Esperé algo, una señal, un gesto de comprensión por su parte, pero se limitó a decir:

-Adrián, sigues siendo el mismo ingenuo.

-Tú sí has cambiado -volví a sentarme frente a Sinclair-. ¿Por qué?

-Cielos -su voz se hizo tensa-. ¿Pretendes que te explique la historia de mi vida en dos palabras? Muchacho -añadió en un tono más suave-, la gente cambia, las ideas cambian...

-¿Hasta el punto de que ya no tenga para ti sentido la palabra dignidad?

-¡Maldita sea, Adrián! Quiero creer que no estás hablando en serio. No sé si te das cuenta de cuál es tu situación real.

-Contéstame sólo a esto, Jorge: ¿has aprendido a vivir sin dignidad?

Observé como se contraían las mandíbulas de Jorge y sonreí para mis adentros.

-Ya veo que insistes en complicarlo todo. Pues bien, hombre digno, dime una cosa: ¿qué haces metido en este embrollo? ¿En nombre de qué sublimes principios aceptaste participar? Porque no te creo tan ingenuo como para pensar que tus amigos son mejores que mis amigos. Aquí no hay buenos ni malos, sólo ganadores y perdedores. No hay razón para que te sientas digno, te lo aseguro. ¿A quién o a qué pretendes guardar lealtad?

-Tal vez trate de ser leal conmigo mismo.

-Bonita frase -sonrió sarcástico Sinclair-, pero perfectamente inútil.

-¿Tú crees? Hay algo en lo que te doy la razón. No hay nada limpio en este asunto, eso está claro. Pero no importa, estoy empezando a comprender que me muevo a un nivel distinto. No lucho contra ti, ni a tu favor, ni a favor de mis amigos. Lucho por mí, para demostrarme algo que ignoro, pero que intuyo resplandeciente.

Durante largo rato Jorge me miró sin hablar.

-¿Para qué has venido a verme? -preguntó al fin.

-¿No lo comprendes? Es muy fácil. Anteayer, ayer mismo, hubiera aceptado sin vacilar tu proposición. Entonces sólo pensaba en escapar. Pero ahora las cosas han cambiado, ahora *necesito* saber, quiero llegar hasta el final. *Necesito* descubrir el papel que me ha tocado jugar.

-Comprendo, y esperas que yo te lo diga.

-Eso es.

El rostro de Sinclair no reflejaba ninguna emoción. Se levantó y se sirvió más whisky.

-Supongo que te haces idea -dijo dándome la espalda- del precio que en ocasiones hay que pagar por saber.

-Lo imagino -contesté de forma refleja, pero noté un vacío repentino en el estómago.

Se acercó a la mesa y descolgó un teléfono. Vuelto a medias hacia mí, con el auricular en la mano, pareció dudar en el último momento.

-Lo he intentado, Adrián. Créeme que lo que he intentado.

Con decisión pulsó varias teclas, aguardó unos instantes y dijo con voz clara:

-Vengan a mi despacho.

Itciar se preguntaba dónde podía haberse metido Rodrigo. Llevar consigo aquel sobre le hacía sentirse insegura. Cuando Tracy había aparecido con los documentos, se había ofrecido para dárselos a Cortés. Pero después de buscar sin éxito al periodista por los lugares habituales, el sobre empezaba a resultarle molesto. Decidió esperar a su amigo en El Diario, donde tarde o temprano aparecería. Pero la espera estaba resultando larga. En un momento dado vio pasar a Carlos Luis Aresti y pensó: ¿para qué esperar a Rodrigo? No estaba pensando en marginarlo, la noticia era de los dos y no tenía Itciar intención de romper el compromiso, pero a fin de cuentas los papeles iban a terminar en las manos de Aresti. No podía saber si Rodrigo hubiera preferido retener por más tiempo los documentos y él no estaba allí para aclararlo. El tiempo corría y la muchacha deseaba desembarazarse cuanto antes de aquel sobre, por lo que se concedió un último plazo de diez minutos. Transcurrido este tiempo se decidió a actuar.

El director de El Diario leía unos originales cuando Itciar asomó la cabeza en el despacho. En pie, junto él, Lozano, un redactor jefe, dirigió a la muchacha una mirada hosca.

-Hola colega -dijo Carlos Luis-. ¿Qué te trae por aquí?

-Un asunto muy importante. Necesito hablar contigo.

Intercambiaron una mirada los periodistas y la expresión de Lozano se hizo más torva.

-Estoy ocupado, ahora. ¿Te importa que hablemos luego? No será tan urgente tu asunto que no pueda esperar media hora.

-No puede esperar. Es algo muy urgente, te lo aseguro.

Demandó Aresti comprensión con un gesto a Lozano, el cual se encogió de hombros, recogió unos papeles y salió del despacho.

-Espero que no sea una tontería -dijo Aresti mirando a la muchacha con severidad.

-Juzga tu mismo -replicó Itciar con nerviosismo. Se acercó al escritorio y puso el sobre ante los ojos de Aresti.

-¿Qué es esto?

-Es la prueba definitiva de que tras el asesinato de la modelo existe una conspiración. Cortés ya te habrá hablado. Estos documentos pertenecían a Artemisa.

Carlos Luis Aresti indicó a Itciar que se sentara. Con el ceño fruncido abrió el gran sobre y esparció su contenido sobre la mesa.

La respuesta a la llamada de Sinclair fue inmediata. Se abrió una puerta y dos hombres penetraron en el despacho. Saludaron a Jorge con un movimiento de cabeza y permanecieron en pie, silenciosos, con expresión indiferente.

-¿Qué va a pasar ahora, Jorge?

-Puedes imaginártelo -dijo Sinclair sin mirarme-. Estos caballeros te van a llevar a ver a unos amigos que quieren conocerte.

Me levanté del sillón y caminé hasta estar a la altura de Jorge, dando la espalda a los recién llegados.

-¿Y si me niego a ir?

-Sería una insensatez. ¿No querías llegar hasta el final?

-Creí que tu me ayudarías a recorrer ese camino.

-No hay otra opción. Lo siento de veras, Adrián.

De pronto me invadió el miedo o más propiamente el desconsuelo, un desconsuelo infinito de niño desterrado a la soledad de un cuarto oscuro. Yo no quería ir a ninguna parte con aquellos hombres. Mi rostro debió reflejar una súplica angustiosa que mi amigo no vio o no quiso ver. Sólo dijo:

-Adiós, Adrián.

Entonces procuré revestir a mis movimientos de la mayor dignidad (ahora pienso que debí resultar grotesco), di la espalda a Sinclair y dije a los desconocidos:

-Caballeros, cuando gusten.

LA HABITACION SIN VENTANAS

Mis guardianes no hablaban. Durante el trayecto de salida, que recorrí estrechamente flanqueado por los dos sujetos, aventuré algún comentario sin obtener como respuesta otra cosa que sonidos guturales o confusos monosílabos. Examiné a los hombres: tenían un aire ausente, pulcro, profesional. Es decir, lo mismo podían matarme sin vacilar, si me oponía a sus órdenes, como tratarme con deferencia y aun con cortesía, si me plegaba a sus deseos. Opté por lo último, ya que encontré muy mermada mi capacidad de reacción y no era fácil que tuviera la suerte de la noche anterior. Me pregunté si Charlie o Ferrer estarían cerca.

Al vigilante de la entrada no le extrañó verme salir acompañado y permaneció en su lugar. Uno de mis guardianes atisbó a través de la gran puerta acristalada hasta que un coche grande americano se detuvo en la entrada, momento en el cual me empujaron educada pero firmemente, obligándome a salir al exterior y subir con rapidez al automóvil. Uno de los hombres se sentó delante, junto al conductor, y el segundo conmigo, en el asiento posterior. La luna trasera y las ventanillas posteriores estaban cubiertas por cortinillas, a pesar de lo cual me cubrieron la cabeza con una capucha de tela negra y me ordenaron que me tendiera en el asiento.

-No se mueva, no hable, no pregunte -dijo uno de los individuos con insospechada elocuencia.

Así emprendimos la marcha. Rodamos largo rato sin que los hombres cambiaran palabra entre sí. En un momento dado las paradas se hicieron menos frecuentes y el coche aumentó la velocidad, por lo que colegí que estábamos saliendo del casco urbano; al poco la dinámica de la conducción me indicó que viajábamos por una carretera. El vehículo mantuvo una marcha regular durante bastante tiempo. Un súbito cambio en la pavimentación me sobresaltó, a pesar de la excelente suspensión del coche. Parecía que hubiésemos abandonado la carretera principal y rodásemos por un camino sin asfaltar. El traqueteo se prolongó y finalmente el coche se detuvo. Alguien bajó y enseguida me llegó el sonido de una puerta abriéndose. Reanudamos la marcha lentamente por lo que

parecía ser un suelo gravoso, hasta que el coche se detuvo definitivamente. Me hicieron bajar y me quitaron la capucha.

El lugar recordaba a una finca rural. El coche se había detenido ante una pequeña edificación de una planta, que parecía ser un pabellón auxiliar o una vivienda de guardeses, ya que entre los árboles se entreveía un edificio mayor. La arboleda era tupida, pinos en su mayoría, pero no se observaban trazas de jardinería. Por un instante pensé que podía tratarse de la casa de Silvana Scampi, pero descarté la idea, pues tenía la impresión que el viaje había durado más de una hora. Calculé que podíamos encontrarnos a 80 o 90 kilómetros de Madrid. El pabellón estaba amueblado de manera rústica. Una mujer con aire campesino nos salió al encuentro.

-Tenemos un invitado, Remedios. Vamos abajo.

La mujer nos precedió hasta una escalera estrecha, mal iluminada, por la que descendimos. Parecía el acceso a una bodega, si bien la puerta blindada que nos cerró el paso al pie de la escalera desmentía esta suposición. Uno de los hombres manipuló los cerrojos y accedimos a una pequeña habitación cuadrada, sin ventanas, extrañamente amueblada. En realidad no existía mueble alguno, excepto una mesa alargada y una banqueta redonda; pero había argollas en las paredes, cuerdas colgadas del techo y una barra horizontal. Demasiado similar todo ello a algunas salas de tortura, vistas o imaginadas, como para que mi pretendida entereza no empezara a flaquear.

-¿Por qué me traen aquí? -pregunté-. Tengo entendido que otras personas quieren hablar conmigo.

No se molestaron en contestarme. Salieron de la habitación, oí el ruido de los cerrojos y la luz -que provenía de dos tubos de neón adosados al techo- se extinguió. Me hallaba en el centro de la estancia. Instintivamente extendí los brazos y caminé despacio hasta tocar la pared más inmediata. De alguna manera su contacto me consoló. Permanecí un rato en aquella postura y luego me deslicé hasta el suelo. Con la espalda apoyada en la pared traté de pensar. Lo que más me inquietaba eran las características de aquella habitación: ¿tendrían el propósito de torturarme? ¿Pero por qué habrían de hacerlo? Si querían hacerme hablar no necesitarían emplear la tortura, les diría cuanto quisieran saber. Me sorprendió alcanzar esa certeza sin la más mínima vacilación y me

sentí avergonzado. ¿Tan escasa resistencia iba a oponer? Reconocí que así era, no tenía la menor intención de sacrificarme por nada ni por nadie y no creía tener compromiso con persona alguna, excepto conmigo mismo. Así que hacerme hablar no iba a resultar un problema. Otra cosa sería que mi confesión pudiera interesarles, porque en realidad era bien poco lo que yo podía aportar. Esta consideración me intranquilizó: si mi verdad era insuficiente, quizás recurrieran a la tortura después de todo. Pero no podrían obtener nada más de mí, de existir otra información más valiosa estaba atrapada en los circuitos de mi mente y la violencia no conseguiría hacerla salir. Todo eso contando con que la información existiera, que lo más lógico era pensar, como había dicho Ferrer, que el famoso mensaje subliminal no era más que una artimaña de Calabor. Pero tal vez debiera insistir en la realidad del mensaje ante mis captores para dar así algún valor a mi persona.

Pasó el tiempo y se acentuó mi inquietud. ¿A qué estaban esperando? Cruzaron por mi mente ideas tan disparatadas como que se habían olvidado de mí o que su intención era dejarme encerrado indefinidamente. ¿Pero por qué tardaban? En la oscuridad no era fácil calcular el tiempo transcurrido. Tal vez me estaban "madurando", esperando que la inacción quebrantara mi entereza. Sentí deseos de arrastrarme hasta la puerta y golpearla y gritarles que empezaran de una vez. Advertí que mi camisa estaba empapada de sudor. Entonces un débil reflejo de rebeldía se instaló en mis pensamientos. Como un eco lejano recordé mis propias palabras: era preciso mantener la dignidad. No me resistiría, no ocultaría nada, pero lo haría con dignidad. Hasta la cobardía puede ejercerse con dignidad. Y si persistían en su silencio, pensaría, dormiría o cantarí para ahuyentar la soledad. Ante la dificultad de lo primero y la imposibilidad de lo segundo, opté por cantar, actividad para la que no he sido bien dotado por la naturaleza.

Ya casi había agotado mi repertorio, cuando el alboroto metálico de los cierres me indicó que la espera llegaba a su fin. Se iluminó la habitación y reaparecieron los dos hombres, a los que ahora acompañaba un individuo ataviado con traje oscuro y corbata de seda prendida con un ostentoso pasador. Bajo el fino bigote entrecano exhibía un amago de sonrisa y fumaba un puro delgadito y largo, que sostenía a media altura, aspirando desganadamente el humo mientras me observaba con gesto impersonal. Los otros se habían quedado junto a la puerta en un respetuoso segundo plano. Me puse en pie y avancé un paso convencido de que aquel hombre iba a hablarme. El desconocido se limitó a mirarme y a expulsar tenues nubecillas de humo. Me decidí a iniciar yo el diálogo:

-Me alegro de verle. Tal vez usted pueda explicarme...

No hubo diálogo. El tipo del bigote giró levísimamente la cabeza en dirección a los otros y me señaló con el cigarro. En respuesta los dos subalternos se acercaron a mí y comenzaron a realizar su tarea concienzudamente, con meticulosidad; ya dije que me parecían muy profesionales. El primer golpe lo recibí en el costado derecho e hizo que me doblara sin aliento. El segundo impacto fue en el cuello, seguido de un rodillazo en el estómago. Caí de rodillas, perdida ya la cuenta de donde me golpeaban. Aproveché lo que parecía una tregua para farfullar:

-¡Basta, por favor! Les diré todo lo que quieran saber.

-¿Y a quién le interesa lo que tú quieras decir, maricón? -dijo el hombre bien vestido.

Reforzó su desinterés propinándome una patada en las ingles que me hizo aullar de dolor. Sacudió la ceniza del puro sobre mi postrada cabeza y aleccionó a los esbirros:

-Trabajarlo un poco más.

Volvieron a la carga los profesionales dejándome tundido, casi inconsciente, sin que milagrosamente ningún golpe me hubiera tocado la cara. Tomé conciencia de que el castigo había cesado al advertir que de nuevo estaba solo en la oscuridad. Me arrastré penosamente hasta la pared y me quedé allí quieto, respirando con dificultad. Al cabo de un rato me sentí mejor e incluso constaté sorprendido que mi ánimo estaba más alto. Atribuí esta paradoja al bienestar reflejo que por lo común sobreviene cuando una agresión cualquiera ha dejado de actuar sobre uno. Pero tampoco quería engañarme demasiado: se habían ido, pero era seguro que volverían. Acepté de todos modos ese efímero consuelo, porque lo necesitaba físicamente, y caí en una extraña somnolencia salpicada de sobresaltos.

Volvieron después de un tiempo difícil de precisar. El tipo del bigote se dirigió a mí en tono casi amable:

-Venga, levántate. A ver, acercar aquí ese taburete.

Me senté en la banqueta y pusieron ante mí la mesa, sobre la que el jefe puso una grabadora de bolsillo.

-Bueno, vamos a ver. Tenías muchas ganas de hablar, ¿no? Pues empieza.

Contemplé con extrañeza el aparato y luego a mi interlocutor. Notaba una especie de parálisis en mi capacidad de pensar.

-¿Qué quieren saber?

-Lo que sea, tú sabrás. ¡Y empieza ya!

Le miré con imprecisión unos segundos y al cabo murmuré:

-Necesito orinar.

Ahogó el desconocido una interjección y cerró significativamente el puño derecho. Se volvió a sus esbirros:

-Bueno, venga, que mee. Subirle arriba. A ver si acabamos con esto de una puta vez.

Perdí el equilibrio subiendo la escalera y hubiera caído de no haberme sujetado uno de mis viejos conocidos con la misma solicitud que un rato antes me había machacado el hígado. Aproveché el inciso para pensar cómo sería más conveniente enfocar mi confesión. Pero mis ideas seguían turbias y decidí contarle todo desde el principio.

El tipo del bigote se limitó a desconectar la grabadora cuando dejé de hablar. Me dirigió una mirada entre burlona y conmisericordiosa, aunque me pareció distinguir un destello de curiosidad en sus ojos. Los hombres abandonaron nuevamente la habitación y esta vez no apagaron la luz. Más tarde reapareció uno de los matones y con un gesto me indicó que le siguiera. Me condujo a una de las habitaciones del primer piso. Era una sala espaciosa con un amplio ventanal abierto de par en par, a través del cual se divisaba un nutrido bosque de pinos. Había dos hombres sentados. Al más viejo, un tipo oscuro, de pelo ralo y mofletes colgantes, que cubría sus ojos con unas gruesas gafas negras, no lo había visto nunca; al otro lo reconocí enseguida: era Vianescu, el tercer hombre en la

fotografía de Anselmo. En pie, detrás de ellos, estaban el tipo del bigote y el segundo esbirro. Comprendí inmediatamente que Vianescu ostentaba allí la máxima autoridad y que los demás eran meros sicarios. No era fácil determinar de dónde provenía la sensación de poder que emanaba de aquel hombre rubio y bien peinado: sus ojos eran azules y plácidos tras las gafas de montura dorada y su expresión era aniñada.

-Siéntese, señor Sánchez. ¿Quiere un cigarrillo?

El rumano me observaba con una sonrisa amable, casi con simpatía. Acepté el cigarrillo que me ofrecía y me senté con la cabeza baja.

-Hemos oído su grabación, señor Sánchez, y nos ha parecido muy interesante - comenzó Vianescu. Hablaba el castellano con gran fluidez.- Es una historia fantástica, casi inverosímil, muy divertida, por otra parte. No, no se alarme, es perfectamente posible que nos haya dicho la verdad. Es más, estoy seguro de que no ha mentido. Ahora bien - hizo una breve pausa y sus ojos se iluminaron-, usted nos plantea una cuestión insólita, algo sorprendente, un verdadero enigma. Dice que le hipnotizaron y que en ese estado le dictaron un mensaje, un mensaje que usted desconoce y sólo podrá descubrir otra persona. Pero mi querido amigo, esto es admirable. Claro que no sabemos si se han burlado de usted, lo cual sería una lástima, créame. Pero ¿y si es cierto? ¿Y si en realidad hay un mensaje en su mente? ¡Ah, entonces, qué fascinante empeño intentar descifrarlo!

Me estremecí. Las palabras de Vianescu eran inquietantes. El rumano prosiguió:

-No se deprima si le digo que el contenido intrínseco del famoso mensaje ya no tiene para nosotros el menor interés. Ese mensaje, de haber sido comunicado a tiempo, hubiera cerrado una cadena de hechos indeseables para nuestros intereses. Pero felizmente todo ha sido debidamente interceptado y la operación cancelada. Así que, como le digo, la información que usted pudiera aportar resultaría irrelevante. Ahora bien... no nos gusta dejar cabos sueltos. Sobre todo cuando hay métodos a nuestro alcance para desentrañar ese fascinante misterio.

Vianescu esperaba que yo dijera algo. Pero mi ánimo estaba por los suelos y lo único que quería era acabar cuanto antes. De todos modos le advertí con cansancio:

-No les servirá de nada seguir torturándome. Sin la contraseña yo no podré...

-No, no, amigo Sánchez, no se trata de emplear la violencia.- Cambió una sonrisa con el hombre sentado a su lado-. No conocía al doctor Reuber, ¿verdad?

Hice un gesto de sorpresa. De modo que aquel individuo era Reuber, el presidente de los Amigos del Barroco, el antiguo nazi afincado en España.

-El Dr. Reuber es un hombre extraordinariamente hábil para hacer hablar a la gente -añadió el rumano.

-¿Qué me van a hacer? -pregunté súbitamente alarmado.

-No tema, no va a dolerle -habló Reuber por primera vez-. Le trataremos con cariño.

-El Dr. Reuber es un maestro manejando determinadas drogas. Si hay algo en su mente, él lo descubrirá -aclaró finalmente Vianescu.

Noté que me faltaba el aire y la cabeza me daba vueltas. Si había algo en aquel momento que me aterrorizase más que la propia muerte, sin duda era que me drogaran. Recordé historias de drogas que producían daños mentales irreparables, relatos de personas anuladas y convertidas en zombis. Di un salto hacia la ventana, pero me atraparon antes de alcanzarla. Lancé golpes al azar y alguno debió llegar a su destino. A pesar de mi debilidad fueron precisos cuatro hombres para reducirme. Me inmovilizaron y me arrastraron a un dormitorio contiguo. Me tendieron en una cama y me sujetaron con correas.

-Está en ayunas, ¿no es así? -oí preguntar a Reuber.

-Sí, desde luego.

-Perfecto. Alcánceme mi maletín y la botella de suero también, por favor.

-¿Quiere más luz, Dr. Reuber?

-Con la lamparita de noche bastará. Cuelguen el suero en la cabecera. Así, muy bien.

Le vi manipular aquellos adminículos con profesionalidad. Cuando todo estuvo dispuesto se sentó en el borde de la cama y me habló:

-Mire, amigo, esto no va a dolerle. Es mejor que no se resista, sólo voy a darle un pequeño pinchazo en el brazo.

Pero me resistí y sudaron para conseguir que mi brazo quedara inmóvil. Reuber demostró gran destreza. En unos segundos canalizó una de mis venas y el suero comenzó a fluir lentamente.

-¿Ve usted? No es para tanto. Ya no tendré que pincharle más. Ahora, vamos a ver.

Distribuyó una serie de frasquitos y ampollas sobre la mesilla de noche y con una jeringa aspiró y mezcló dos o tres sustancias. Después enarboló la jeringa repleta de un líquido oscuro y se acercó a mí. Hice un último e inútil esfuerzo para liberarme, pero no pude hacer otra cosa que contemplar con espanto como la droga se iba vertiendo en mi sangre.

Alcé la vista y tropecé con el rostro sonrosado de Vianescu. Intenté decir algo, pero de pronto dejé de sentir todo contacto físico. Nadie me sujetaba, no había ataduras, estaba flotando en un vacío iluminado en el que danzaban rostros deformes. El cuerpo del rumano se había alargado hasta tocar un techo inexistente; en cambio, Reuber parecía una bola achatada y su rostro se modificaba a cada momento. No sentía calor, ni dolor, ni ninguna otra sensación, ni siquiera tenía conciencia de mi cuerpo. Había varias voces sonando a la vez, mezclando sus ecos, pero yo no podía entender de qué hablaban. Las palabras eran claras, definidas, pero las frases carecían en absoluto de significado. Alguien hablaba y sin asombro verifiqué que era yo mismo. Contemplaba mi cuerpo y oía mi voz (pero no era yo, eran sólo mi cuerpo y mi voz). Pensé que si era yo el que hablaba, por fuerza tendría que entender mis propias palabras. Dio resultado: las palabras cobraron sentido y empecé a comprender. Estaba hablando con Lucía y repetíamos un diálogo ya dicho. Aquello me hizo feliz, era agradable hablar con Lucía. De pronto advertí que ya no era Lucía quien hablaba, era Calabor. Intenté volver atrás, pero en vano. Otras voces ordenaban que permaneciera Calabor. Vi que mi cuerpo volvía a pasear junto a él por la playa, luego seguíamos hablando en la vieja casa y escuchábamos música de Mahler y seguíamos avanzando hasta que todo cesaba y me rodeaban el silencio y la soledad. Entonces, como si alguien hubiera rebobinado una película, todo volvía a empezar. No sé cuantas veces se repitió la secuencia, siempre la misma con escasas variaciones e idéntico final, pero en todas, cuando Calabor iba a decir algo importante, sobrevénía bruscamente la oscuridad. Un tiempo después comencé a oír voces (voces reales, no lo anterior) y a tener sensaciones de peso, de tacto, de dolor. Mis pensamientos flotaban en una espesa turbidez y tuve conciencia de que me estaba

despertando. Abrí los ojos y reconocí a Reuber que movía la cabeza dubitativamente. La cara de Vianescu ya no era tan bonancible y decía algo de manera cortante y seca, creo que en alemán.

Reuber se encogió de hombros y cargó de nuevo la jeringa. Sentí una angustia imposible de describir y cerré los ojos. Los rostros se deformaron de nuevo, volvieron las voces, reaparecieron Lucía y Calabor y se repitió hasta el infinito la secuencia, pero esta vez había una mayor crispación en las voces, una exigencia distinta. De improviso todo cesó: las palabras y las imágenes empezaron a romperse, a replegarse, a huir hacia algún lugar, y dejé de ver y de oír y de sentir. Había una oscuridad diferente, más apacible, más absoluta. Después hay un hueco, un tiempo vacío sin recuerdos. De súbito tomé conciencia de mi cuerpo, las piernas y los brazos me pesaban y sentía un frío intenso. Alguien golpeaba mi pecho salvajemente. Hice un esfuerzo, en el que empecé toda mi energía, y llené de aire mis pulmones. Algo me decía que eso era lo que tenía que hacer. Continué respirando y comprobé que me sentía mejor, además, habían dejado de golpearme el pecho. Intenté abrir los ojos, pero no fui capaz. Estaba demasiado agotado. Luego, sin poder evitarlo, me sumí en la inconsciencia.

Desperté desorientado. La habitación estaba vacía y en sombras, sólo una débil claridad que se filtraba por la ventana me permitió reconocer confusamente mi entorno. Sonaba una musiquilla lejana que, ignoro por qué razón, me llenó de felicidad e hizo que las lágrimas se agolparan en mis ojos. Acaso era la primera cosa risueña que percibía en mucho tiempo. Volví a abrir los ojos y razoné acerca de la oscuridad: era de noche, luego debían haber transcurrido muchas horas. ¿Cuántas horas habían pasado, Dios mío, cuántas? Ese espacio de tiempo desconocido me causaba una intensa angustia. Procuré controlarme y restablecer un orden de prioridades: ya averiguaría más tarde cuántas horas llevaba allí. Lo que importaba es que estaba vivo y al parecer libre. La razón por la que me habían dejado vivo contaba poco ahora, no había guardianes a la vista y la ventana abierta prefiguraba la libertad. Pero para huir había que moverse y eso era ya otro cantar. Intenté girar sobre mí mismo y sentí un dolor localizado en mi brazo izquierdo. Me palpé la zona con un movimiento lento de la otra mano y descubrí la cánula inserta en mi piel. El súbito pensamiento de que todavía pudieran estar pasándome drogas me descontroló. Arranqué de un tirón el tubo y mi brazo empezó a sangrar. Me comprimí con la sábana y doblé con fuerza el brazo. Estos movimientos me extenuaron y permanecí inmóvil, boca arriba, respirando con dificultad. Noté que me invadía el sueño. Estaba muy

cansado y la tentación de dormir era casi irresistible. Por otro lado mi instinto de conservación me advertía que era preciso moverse. Estaba allí la ventana abierta y más allá la libertad.

MADRID, 12 DE SEPTIEMBRE, 22,30 HORAS.

El señor Osborne había estado poco comunicativo durante toda la tarde, sin que los intentos de Silvia de entablar conversación hubieran tenido el menor éxito. Y lo que era más sorprendente: no había bebido una sola gota de whisky. Era difícil discernir si estaba o no preocupado, su rostro no reflejaba emoción alguna y sus ojos muy azules tenían una engañosa vacuidad senil. Pero Silvia había aprendido a captar pequeños matices y aquella noche percibía en él una actitud tensa. Y se sentía intranquila. Era consciente de que no debía preguntar ni aludir a ningún tema concreto, ese era el trato, pero no le parecía justo. Si existía algún peligro real, alguna amenaza inminente, era preferible saberlo. Cualquier cosa mejor que la incertidumbre.

Sin previo aviso el señor Osborne abandonó su mutismo.

-Ya no habrá que esperar mucho tiempo. Dentro de unas horas todo habrá terminado.

Silvia no dijo nada y esperó.

-Todo depende de una llamada, una simple llamada telefónica. Si no se produce... - El señor Osborne pareció meditar-. En fin, si no se produce esa llamada, este viaje habrá sido lo que aparentaba ser: un pequeño viaje de placer, unas cortas vacaciones. Pero si ese teléfono empieza a sonar -miró a Silvia con dureza-, nos separaremos en el momento en que empiece la acción. Había pensado que esperases aquí con el niño, es un buen refugio y probablemente estuvierais a salvo. Pero no quiero correr ningún riesgo. Mañana a las 9,30 hay un vuelo directo a Bruselas; debes tomarlo y regresar. Con toda seguridad yo me reuniré contigo en el aeropuerto y cogeré ese mismo avión, pero si me retraso o no aparezco, no me esperes.

-¿Cuándo nos separaremos?

-En cuanto esté decidida la acción. El niño y tú iréis directamente al aeropuerto y esperaréis la salida del vuelo. Será más incómodo, pero sin duda más seguro.

La muchacha se sintió dominada por el miedo y también advirtió que no temía sólo por ella. Desde el principio había descargado en él sus inquietudes, no sabía bien por qué, pero a su lado se sentía segura. Y ahora, en el momento más crítico, el señor Osborne aparecía ante sus ojos como el anciano indefenso que acaso en realidad era.

-¿No hay otra alternativa mejor? -preguntó.

-No, no la hay.

-Entonces será mejor que tenga listas mis cosas.

Movió la cabeza afirmativamente el señor Osborne y durante unos segundos ambos se contemplaron en silencio. Luego el anticuario volvió a perderse en sus oscuras meditaciones.

EL HOMBRE DE MODA

Me costaba un gran esfuerzo mantenerme en pie, tenía una desagradable sensación de debilidad y me asaltaba un vértigo recurrente. Descubrí un lavabo y me mojé las sienes y la nuca, luego bebí agua en el cuenco de las manos. Me sentí mejor y me arriesgué a abandonar la sujeción de las paredes. Caminé hacia la ventana, cuya imagen se había convertido en un puerto de esperanza. Aspiré la fragancia de los pinos y dejé que la brisa me acariciara. A punto de saltar me di cuenta de que la puerta de la habitación estaba abierta. Después de todo no sería preciso utilizar la ventana.

Nadie me impidió abandonar el pabellón. El exterior estaba oscuro, aunque se veían luces en la dirección de la casa grande. La música sonaba con mayor intensidad y me pareció oír voces aisladas. Me planteé por primera vez cómo escapar de la finca. Por descontado la puerta principal estaría vigilada, pero debía existir una puerta de servicio o algún lugar de la tapia que pudiese escalar. Resolví seguir un sendero que me pareció el mismo por el que habíamos llegado. Eché a andar y traté de avanzar oculto por los árboles de la linde del camino, pero no sirvió de mucho esta precaución. Había avanzado escasos metros cuando una potente luz me enfocó directamente a los ojos y una voz familiar me conminó:

-No se mueva, no intente escapar.

Eran mis viejos guardianes. Me cubrí la cabeza con las manos y murmuré resignado:

-Está bien, no me moveré, pero aparte esa luz.

-Andando, le esperan.

-¿A mí? No puedo creerlo. ¿No se tratará de un error?

-Siga andando.

-Ya voy, ya voy. No me encuentro muy bien, ¿sabe? Ha debido sentarme mal algo.

El gorila me miró con asombro, pero no hizo ningún comentario. Me dejé llevar hacia la casa grande. Era un edificio blanco, macizo y sin gracia, si se exceptuaba una especie

de mirador circular en el segundo piso que rompía la monotonía del caserón. Sobrepasamos lo que parecía ser la entrada principal y nos dirigimos hacia la parte posterior, de donde provenía la música y la mayor iluminación.

A mis ojos se ofreció un espectáculo deslumbrante. En torno a una piscina de contornos abstractos y transparentes aguas verdosas se movían, conversaban, nadaban o bailaban no menos de cincuenta personas. A un lado se extendía una inmensa pradera de césped que contrastaba con la sobriedad montaraz del campo circundante. En un ángulo, sobre un kiosco de música, actuaba un conjunto de rock. Se veían severos esmóquines, lujosos trajes de noche, largas túnicas de sugestivas transparencias y, en contraste, espléndidas ninfas semidesnudas que se arrojaban alborotando a la piscina. Ristras de farolillos de papel se cernían sobre las cabezas de los bailarines como un ingenuo techo de luz. Todos sonreían y parecían felices, incluyendo a los camareros que se desplazaban etéreos entre la gente ofreciendo la mercancía de sus bandejas. Estaba tan desconcertado que mis amigos tuvieron que obligarme a seguir. De pronto me preocupó el aspecto deplorable que yo debía presentar, pero ya algunas personas se habían percatado de mi presencia y, de entre ellas, vi que se destacaba el rumano Vianescu.

-¿Qué tal se encuentra, amigo? Veo que ya está recuperado-. Despidió con un gesto a los matones-. Venga por aquí, estoy seguro de que necesita comer algo.

Sin esperar respuesta me tomó del brazo y llamó a un camarero que se acercó velozmente. Personas desconocidas, de rostros curiosos, se acercaban a mí.

-El señor Sánchez está agotado y necesita comer-explicó Vianescu. Luego, señalando a la bandeja, me informó:- Mire, estos emparedados de foie son excelentes, coja uno, o mejor dos, eso es. Le recomiendo también estos canapés de salmón fresco; en cambio el caviar no es de lo mejor y no creo que le sentase nada bien en su estado actual.

El rumano iba acumulando comida en un gran plato que yo sostenía estupefacto. Otro camarero vino a aportar nuevas viandas.

-A ver que tenemos aquí. Ah, tortilla de patatas y jamón ibérico. Esto si que le conviene, Sánchez, alimentos sencillos de fácil digestión. Le serviremos un buen plato. Pero empiece a comer, hombre, no le dé apuro, tiene que recuperarse. Caramba, perdóneme, me había olvidado de la bebida. ¿Qué le vendría bien, un whisky? No, claro, usted no bebe whisky. Entonces vino, creo yo, precisamente están sirviendo un Borgoña muy agradable. ¿O prefiere Rioja? Bueno, este mismo. Tenga, sosténgalo con la otra mano.

Pensé si no estaría todavía bajo los efectos de la droga. Tal era la sensación de irrealidad que me embargaba. Pero Vianescu tenía razón: no había tomado alimento en todo el día y estaba a punto de desfallecer. Empecé a engullir comida ante la mirada sonriente de aquellas personas que se ofrecían a sujetarme la copa de vino y me brindaban nuevas exquisiteces.

-Bueno, ¿está en condiciones de seguir? -preguntó Vianescu-. Perfecto. Deje ahí su plato y traiga consigo su copa. Quiero que conozca a algunos amigos.

Conforme avanzábamos hacia el núcleo central de la fiesta, la gente se volvía a mirarme y los más audaces pedían ser presentados.

-Vianescu, preséntenos, por favor.

-Está bien. Mire, Sánchez, estos son... ¡Qué diablo, preséntense ustedes mismos! No pretenderán que recuerde todos los nombres.

Ellos sonreían y daban sus nombres y estrechaban mi mano como si yo fuese una celebridad.

-Yo fui amiga de Artemisa -dijo una mujer.

-¿Sabe que no ha muerto?

-¿No? ¿Y aquel cadáver?

-Era un cadáver falso.

Vianescu se reía ladinamente de mis palabras, que sin duda empezaban a contagiarse del ambiente.

-No se ría usted, Vianescu. Tengo pruebas de que Artemisa vive.-El rumano seguía sonriendo y me invitaba a seguir.

-No se pare demasiado con estos. Es gente de medio pelo, recién llegados que probablemente hoy disfrutan de su primera invitación y ya se creen con derecho a figurar.

-¿Por qué quieren conocerme?

-¿Cómo que por qué? ¡Es usted el hombre de moda, Sánchez! Pero no les haga mucho caso, a no ser que quiera acostarse con alguna jovencita. Si le apetece, dígamelo y le arreglaré una cita. Ellas estarán encantadas.

Era inútil preguntar, empezaba a dudar de mi propia coherencia. Aquello no encajaba en absoluto con todo lo anterior.

-Un momento, quiero que el Dr. Reuber le examine.

-Está totalmente recuperado -dijo el alemán después de tomarme el pulso.

-¿Es usted doctor?

-Bueno, eso depende -. Reuber dejó oír una risa cascada.

-En su especialidad, lo es -dijo Vianescu.

-No soy médico, si es eso lo que usted pregunta, pero soy un experto en explorar la mente humana.

-¿Y qué ha encontrado en la mía?

-Nada, mi querido amigo, absolutamente nada. No hay nada oculto en su mente, puedo asegurárselo.

-¿Está seguro?

-Por completo -aseveró Reuber mirando de reojo al rumano-. Si hubiera habido algo, usted nos lo hubiera dicho. La dosis de droga que ha recibido...

-Ha estado a punto de matarme.

-Bueno, no se excite -dijo Vianescu-. Ya ha pasado todo. Lo importante es que nunca existió ese mensaje subconsciente.

-¿Y de qué manera me afecta ese descubrimiento?

-De una manera no desfavorable -Vianescu sonrió enigmáticamente-. Pero sigamos, recuerde que esto es una fiesta y usted uno de los principales invitados.

-Más que un invitado, soy en realidad algo así como el ternero de dos cabezas o la mujer barbuda, ¿no?

-Es usted gracioso, Sánchez -rió Vianescu.

Nuevas gentes me rodearon y me asediaron a preguntas. Una chica joven, de cara anodina y no desagradable cuerpo, generosamente exhibido, me invitó a bailar. Acepté y nos dirigimos a la gran pista de baile. Era una pieza lenta y la muchacha se pegó a mi cuerpo e inició un experto frote ondulatorio en algunos puntos. Pero no estaba yo en mi mejor momento erótico. Separé a la chica con brusquedad y le pregunté:

-¿Cómo te llamas?

- Amalia

-Bueno, Amalia, ¿qué haces tú aquí?

-¿Qué? Estoy en la fiesta.

-Ya veo, pero ¿a quién conoces? ¿Quién te ha traído?

-He venido con Guillermo. Me ha traído Guillermo.

-Guillermo, muy bien. ¿Y quién es Guillermo?

-¿No le conoces? Pues es uno de los importantes.

-Te creo. ¿Cuál es su apellido?

-No lo sé -dijo Amalia desconcertada-. Nunca se lo he preguntado.

- Amalia, ¿crees que estás entre amigos?

-Claro, vaya pregunta.

-¿No crees que algunos puedan ser unos asesinos?

-¡Asesinos, qué cosa tan terrible!

-Pues lo son. Hace poco han estado a punto de matarme.

-¡Qué horror, no puedo creerte!

-Pues es cierto, te lo juro. Yo mismo llamaría a la policía si no me vigilaran tan de cerca. Pero podrías hacerlo tú. ¡Tú podrías llamar a la policía!

-¡No, no puedo hacer eso! -Era evidente que a la muchacha ya no le agradaba mi presencia.

-¿Por qué no?

-No le gustaría al Gran Padre.

-¿A quién?!

Una ráfaga de miedo cruzó por el semblante de Amalia, que se desasíó de un tirón y se escabulló entre la gente. Miré en derredor y encontré aquellas malditas expresiones risueñas. Comprendí que estaba llegando al límite de lo humanamente soportable. Con voz alterada me dirigía a ellos:

-¿Lo habéis oído? No le gustaría al Gran Padre. Eso es lo que ha dicho. ¿Y quién es el Gran Padre, me lo podéis explicar?

Era obvio que mis preguntas resultaban inconvenientes, pero no me arredré y me acerqué a un tipo bajito, de ojos huidizos y pelo refulgente pegado al cráneo. Le tomé por una solapa de su chaqueta de seda y grité:

-Tú, enano repugnante, ¿me dirás quién es el Gran Padre? -Le aparté a un lado y me encaré con una dama que me miraba con prevención -: Y usted, señora mía, ¿sabe que está entre asesinos? ¿Lo saben todos ustedes? ¿O son todos iguales?

Apareció enseguida Vianescu y me sacó de allí.

-Se está pasando, Sánchez -dijo en tono agrio.

-Dígame, Vianescu, ¿es temible el Gran Padre?

-¡Cállese! Ya ha dicho bastantes tonterías. Compórtese como una persona normal.

-¿Y si me niego?

-Tal vez prefiera entonces volver a la celda.

Aún respiraba agitadamente e hice un esfuerzo para serenarme.

-De acuerdo, me portaré bien.

-No me haga pensar que le he sobreestimado. Creí que era usted un hombre curioso, con ganas de aprender cosas interesantes.

-No se equivoca.

-Pues tenga paciencia. Todo aprendizaje es lento, no lo olvide. ¿Ve aquella pareja? Seguro que los reconoce.

Miré en la dirección que me indicaba Vianescu y descubrí a Franco Dalessio y a Silvana Scampi. Dalessio me pareció más viejo que en las fotografías y quizás un poco más bajo. La sonrisa era encantadora y el esmoquin blanco impecable. Su rostro estaba delicadamente maquillado, una sombra de color siena acentuaba la oscuridad de sus ojos y los labios, demasiado gruesos tal vez, brillaban con suavidad. La fragancia de su perfume evocaba el incienso. Sus gestos y ademanes resultaban un poco excesivos, sin perder en ningún momento una innegable elegancia natural. De Silvana Scampi lo

primero que llamaba la atención eran sus ojos rasgados, inmensos y transparentes; después uno podía ya considerar su cuerpo largo, de caderas suaves y anchos hombros, un cuerpo de nadadora olímpica que movía con la sensualidad de una pantera. Un examen más minucioso descubría pequeños haces de arrugas en las sienes y en el cuello, y uno podía cuestionarse si la deslumbrante negrura de su pelo no sería hija de la cosmética.

Me invitaron a sentarme junto a ellos y comenzaron a hablarme como si fuese un conocido de toda la vida. Pero a esas alturas ya estaba yo familiarizado con ese tipo de cosas. Apenas si participé en la conversación, me sentía exhausto y profundamente desmoralizado, harto de aquella absurda puesta en escena. Dalessio hablaba de barcos y yo procuraba asentir o negar de vez en cuando con pequeños movimientos de cabeza. A mi alrededor continuaba la fiesta. En la zona de baile se celebraba un concurso de tangos. Alguien había caído vestido a la piscina y algunas personas seguían alborozadas su ejemplo. En el comienzo de la arboleda cinco elegantes varones hacían pis al unísono, jaleados por un número equivalente de damas, en lo que parecía ser una competición de potencia miccional. Otros seres solitarios, con aspecto de estar perdidos en el universo, vagaban por los senderos de piedra y camareros incesantes y ubicuos surcaban el espacio con sus bandejas plateadas. En ese momento Dalessio decía:

-... porque ya no somos tan jóvenes y para navegar a vela es necesario estar en forma. ¡Ja, ja! Antes que no me hablaran de yates de recreo, pero ahora... ¿No está de acuerdo, *caro*?

Observé consternado al italiano durante unos segundos.

-Oiga, Dalessio, todo eso que me cuenta es encantador y le aseguro que en otro momento disfrutaría hablando de barcos con usted. Yo también tengo un barco, ¿sabe? Nada del otro mundo, un barco pequeño, pero muy marinero. Y amo el mar tanto como usted pueda amarlo a bordo de sus fastuosos yates, al fin y al cabo es el mismo mar, ¿no? Sin embargo... sin embargo me gustaría, desearía, que alguien me explicara qué estoy haciendo aquí. Es muy importante para mí. ¡Necesito saber qué está pasando!

-Pero, amigo mío, usted es un invitado a esta fiesta -dijo Silvana poniendo su mano en mi brazo.

-Eso me han dicho. Todo el mundo lo dice. ¿Pero por qué, por qué? ¿Pretenden que me vuelva loco? ¿Creen que puedo olvidar que hace unas horas he estado a punto de morir? -Se me agarrotaban las palabras en la garganta. Apreté los dientes y miré hacia otro lado-. Estoy cansado, muy cansado.

-Eh, vamos, no se ponga triste. Necesita una copa.- A una seña de Dalessio tuve ante mí una variada colección de bebidas. Escogí un vaso al azar.

-Ecco, ahora se sentirá mejor. Es mejor no preguntar. ¿Para qué? Está usted bien, ¿no es cierto? Nadie le molesta. Disfrute de la noche. Es una noche hermosa, la temperatura es suave, el aire huele a flores. ¡Mmmm! Aspire profundo, *cosí*. ¿Le gusta Silvana? Está bellísima esta noche. ¿Por qué no baila con ella y la estrecha entre sus brazos? No se entristezca, se lo ruego. Nadie debe estar triste en una noche tan maravillosa.

Su rostro reflejaba una profunda desolación y su interés por mi felicidad no podía parecer más auténtico. Me cubrí la cara con las manos y traté desesperadamente de no pensar en nada.

-Hábleme de Artemisa, entonces -dije al fin.

-Oh, bueno -Dalessio chasqueó la lengua-. Se empeña en hablar de cosas tristes. Pobre Artemisa, todos la queríamos. ¡Hemos sentido tanto su muerte!

-¿Por qué murió? ¿Por qué tuvo que morir?

-¿Por qué se muere, por qué? Artemisa era una mariposa de vida fugaz. Y un día se extinguió como una flor.

Tuve que hacer un esfuerzo para no aplastar la nariz de aquel inmundo comediante. Sonreí al formular mi siguiente pregunta:

-¿Quizás Artemisa se enfrentó con el Gran Padre?

Dalessio se sobresaltó.

-Bien, es...

Reapareció Vianescu en ese instante y Dalessio recuperó la sonrisa.

-Me llevo a nuestro invitado -dijo el rumano-. Quiero que conozca a otra persona.

-Pero resulta que yo no quiero conocer a nadie más -declaré con resolución.

Pero bastó un cambio de tono en la voz de Vianescu para que capitulara.

-Vamos, muévase y no me haga perder el tiempo.- Le seguí sin rechistar y Vianescu me palmeó la espalda como a un perrito-. Tenga paciencia, estamos cerca del final.

-¿Cuál es el final, la muerte?

-Sea cual sea, está cercano.

Afronté el siguiente grupo de invitados con expresión indiferente, resignado a escuchar las mismas banalidades, pero esta vez me esperaba una sorpresa. Había un hombre alto y fornido, de rostro aniñado y voz poderosa, que acaparaba la atención de un grupo de gente. Hablaba muy alto y reía de sus propias ocurrencias. Cuando me vio llegar enmudeció y, sin demasiados miramientos, apartó a las personas que le rodeaban y vino a mi encuentro.

-Adrián Sánchez, supongo.

-Sí.

-Soy Carlos Luis Aresti -me tendió la mano-, estaba deseando conocerle.

Mi mano quedó congelada en el aire.

-¿Aresti? ¿Usted es...?

-El director de El Diario, en efecto.

-Pero entonces... -miré a Vianescu que sonreía con placer.

-Les dejo un momento -dijo-. Charlen de sus cosas.

-Le sorprende verme aquí, ¿verdad? -dijo Aresti.

-No acabo de entenderlo. En El Diario se publicó... ustedes sugirieron las posibles conexiones de la muerte de Artemisa.

-Sí, todo formaba parte de la misma estrategia, una especie de antídoto. Nosotros dijimos algunas vaguedades que todo el mundo conoce -especialmente la policía-, para así alejar cualquier sospecha. De ningún modo hubiéramos profundizado en el tema.

-Por supuesto Itciar y Cortés no sabían nada de esto.

-Evidentemente, Sánchez, evidentemente. Usted y su grupo de amigos han estado jugando a detectives y han estado a punto de quemarse los dedos. Por fortuna nuestra común amiga Itciar decidió en el último momento confiarme los papeles de Artemisa.

-¡Itciar le entregó los papeles!

-Así lo habían acordado, ¿no?

Era cierto, no había nada que reprocharle a Itciar. Sólo que ahora ya estaba todo perdido. Había conservado la remota esperanza de que los documentos pudieran servirme de ayuda en el último momento. Ahora era el fracaso absoluto. Oí tras de mí la voz de Vianescu.

-¿Está preparado, Sánchez?

-¿Preparado? ¿Para qué?

-Arriba ese ánimo, hombre. Es un honor -dijo Aresti.

-¿Pero a qué se refiere?

-No todo el mundo lo conoce -. Dalessio y Silvana se habían acercado y sonreían.

-¿De qué hablan? Dígamelo, Vianescu.

-Hablan del Gran Padre. Quiere verle a usted.

-¡Ah, al fin el misterioso Gran Padre!

Procuré darle un tono jocosos a mis palabras, pero el anuncio de Vianescu me produjo un repentino vacío en el estómago. El rumano no se dejó engañar.

-Vamos, no se preocupe. Es sólo un momento.

El vestíbulo de la casa no era demasiado grande, pero acumulaba una cantidad sorprendente de objetos valiosos. Igual ocurría con el salón, pero el conjunto resultaba frío como un museo. Al fondo de la sala distinguí el inicio de una escalera de caracol. Subimos al piso superior y comprendí que nos hallábamos en el mirador circular. Había ante nosotros una gran puerta de madera que el rumano abrió sin llamar.

-Entre.

Avancé unos pasos en el interior de la habitación y la puerta se cerró tras de mí. Vianescu me había dejado solo. No es que la compañía de aquel tipo me agradase, pero

había desarrollado hacia él un sentimiento de sumisión. Su ausencia, ahora, me hacía sentirme indefenso.

La habitación era circular. Muebles antiguos dispuestos de manera anárquica llenaban en exceso la estancia creando una sensación de agobio. Las ventanas estaban cerradas y hacía calor, el aire estaba enrarecido. La única luz provenía de una lámpara de pie que difundía un tenue resplandor amarillento. Se oía música a muy bajo volumen. Permanecí quieto sin saber qué hacer.

-No se quede ahí parado. Acérquese.

Me sobresalté. La voz fina y aflautada provenía de un sillón de respaldo alto, vuelto hacia uno de los ventanales. Me aproximé con paso inseguro. Perdido en las profundidades de la butaca había un viejecito pequeño y consumido, de cabellos blancos y mirada acuosa. Estaba correctamente vestido con traje gris y corbata oscura, y tenía cubiertas las rodillas con una manta. Olía suavemente a lavanda. Todo en él emanaba pulcritud.

-Siéntese ahí -señaló una silla-. Supongo que tendrá calor. Yo, sin embargo, tengo frío, siempre tengo frío.

Me senté frente al anciano sin hablar.

-Le ruego que no fume, si es posible.- Tenía el cuello reseco y arrugado y la camisa parecía estarle demasiado grande-. ¿Quiere tomar un coñac?

Negué con la cabeza y el anciano continuó:

-Me han prohibido el tabaco y el alcohol. Lo primero lo respeto y ya casi ni me cuesta. En cuanto a lo segundo, tomo de vez en cuando una copa de coñac. Siendo coñac bueno no creo que me haga demasiado mal.

Con mano vacilante tomó una copa de una mesita baja de mármol y dio un breve sorbo. Me miró unos segundos y asintió repetidamente con la cabeza.

-Por lo general detesto conocer gente nueva, pero en su caso he hecho una excepción.- Incluyó la cabeza e hizo una larga pausa.- Me han dicho que es usted profesor de literatura. Por eso he querido conocerle. No es habitual encontrar a un intelectual en estos asuntos.

-Muy bien, ya me conoce.- No sabía si el viejo quería ser irónico o hablaba en serio.-
¿Qué más quiere?

-Quería preguntarle algo. Me gustaría saber por qué se prestó a realizar este trabajo.

Cerré los ojos y sonreí.

-¿Sabe? De un tiempo a esta parte todo el mundo me pregunta lo mismo.

-¿Y conoce usted la respuesta?

-No lo sé muy bien -fijé mi mirada en los ojos turbios del Gran Padre-. Puede que por curiosidad. Quería conocer un mundo diferente.

-Y ahora que lo conoce, ¿qué le parece? ¿Lo encuentra despiadado?

-Despiadado es un calificativo benévolo.

El viejo emitió unos sonidos ásperos que me sobresaltaron. Tardé en comprender que se estaba riendo.

-Claro, claro, aunque por supuesto no es así. Usted sólo ha conocido el aspecto negativo.

-¿Es que hay aspectos positivos?

-Desde luego. Nosotros trabajamos por el bien de la humanidad.

De nuevo pensé que aquel hombre se burlaba, pero no había atisbo de sarcasmo en sus palabras.

-No me haga reír.

-No espero que lo comprenda -dijo el anciano-. No debe ser fácil en su situación. Además los años me han demostrado que la experiencia del poder es muy difícil de comunicar y rara vez es perfectamente entendida. No obstante, trataré de explicárselo.

Bebió un poco más de coñac y se arrebujó en la manta.

-Las sociedades humanas han perseguido siempre el bien común, sin entender muy bien en qué consistía y sin saber cómo lograrlo. Lo que es bueno para la comunidad con frecuencia no lo es para algunos y viceversa. Nunca llueve a gusto de todos. Sin embargo, el bien común es un objetivo necesario para el desarrollo de los pueblos. ¿Cómo resolver el problema? Lo más fácil es dárselo resuelto a las comunidades en vez de esperar a que ellas lo resuelvan. Siempre es más fácil ponerse de acuerdo entre unos pocos, que esperar a que lo haga una multitud. Por tanto hay que conseguir que las colectividades acepten el bien común como aceptan la lluvia o la sequía, el verano o la primavera. Es decir, como algo que les viene dado.

-Es decir -dije-, con un absoluto desprecio por su libertad.

-Absoluto no -corrigió el Gran Padre-. Todo lo absoluto es indeseable. Por eso la libertad absoluta, como la verdad absoluta, es también negativa. Si el poder residiera verdaderamente en el pueblo y sus derivados -parlamentos, asambleas, etc. -, aún estaríamos en la edad media. Por tanto, lo más adecuado es que exista una libertad relativa bajo la supervisión de la elite rectora. Es el concepto de elite lo que quiero hacerle ver.

El tono dialogante del extraño personaje me había envalentonado y dije con irritación:

-Perdone, pero yo no quiero ver nada. Esta conversación es grotesca, tiene que admitirlo. Estoy aquí en contra de mi voluntad y le supongo al tanto de que he sido apaleado, torturado y drogado. Después me piden que participe en una fiesta absurda y por último se empeña usted en que mantengamos una discusión político-filosófica que no me interesa nada. Dígame si no resulta grotesco. Aún no sé qué va ser de mí y a usted no se le ocurre otra cosa que glosarme las excelencias del fascismo.

Guardé silencio un poco alarmado, pero el viejo se limitó a fijar en mí su mirada sin brillo.

-Le ruego que no se impaciente. Ya verá como el esfuerzo no queda sin recompensa. Ha identificado como fascistas mis argumentos y ha caído en un error muy común. A menudo la elite es tildada de fascista. Últimamente todo lo que no es popular se califica alegremente de fascista. Pero el fascismo es algo muy reciente, mientras que la elite es tan antigua como la humanidad. Yo estoy en contra del fascismo porque tiende a

no respetar la libertad de pensamiento y expresión. Por el contrario, pienso que hay que dejar que el ciudadano exprese libremente sus ideas mientras no perturbe el Orden. Pero hay que estar por encima de las ideas. No se puede conducir el mundo con las ideas del pueblo. Paradójicamente los pueblos necesitan ser gobernados por encima de sus ideas... para que esas ideas puedan existir.

-¿Y que ocurre cuando está amenazado el Orden?

-Ah, entonces hay que convencer, corromper o eliminar a los líderes.

Le miré asombrado.

-Bueno, veo que al fin es sincero. Pretende estar a favor del bien común y sin embargo me habla cínicamente de corromper, de eliminar...

-¿Por qué cínicamente? Mucha gente tendría que perder el respeto a algunas palabras. Veamos, he dicho convencer: nada que objetar, supongo, ustedes los demócratas se rigen por la convicción. He hablado después de corromper: bien, solo se puede corromper lo corruptible. ¿Qué confianza puede ofrecer un líder corrupto? Es mejor apartarlo para que no siga engañando al pueblo. Por último he hablado de eliminar y, como siempre que se aborda, el tema de la muerte resulta tabú. ¿Por qué? Creo que el hombre normal debería vencer ese atavismo y enfrentarse con la realidad de que a veces es *necesario matar*. Matar no es siempre un acto deleznable. Aunque algunas leyes y religiones abominen de él, el crimen puede ser incluso un arte, como escribió un inglés cuyo nombre he olvidado. En definitiva, deberíamos exonerar el crimen, restarle todo sentido peyorativo. Todo estriba en dar con las justificaciones. Nadie le culpará por matar un animal, porque en nuestra cultura existen cientos de justificaciones para hacerlo. El gran paso consiste en comprender que, en determinados casos, también existen justificaciones para matar a un ser humano. Puede que yo le parezca un monstruo por pensar así, pero recuerde cuántos gobernantes han encontrado esa justificación y de qué manera hacen uso de ella.

El anciano hizo otra larga pausa.

-Lo que ocurre -prosiguió- es que se cometen excesos. Inevitablemente es necesario utilizar a gente de rango inferior que, por lo común, se extralimita. Es muy lamentable, pero son hechos aislados. Y aún así: el vulgo no entiende que los males de un sistema elitista son males menores; los defectos de la democracia, por el contrario, son

aniquiladores del Orden. Y para el bien común es más tolerable la restricción de la libertad individual que la ineficacia de un colectivo.

De nuevo sobrevino el silencio y esta vez pareció que el Gran Padre había concluido su disertación. Aguardé unos minutos y me arriesgué a preguntar:

-¿Qué van a hacer conmigo?

Pareció no haber oído, pero al poco volví a escuchar su vocecilla.

-Sí, es lógico. Comprendo que en este momento sea eso lo que más le interese. ¿Le importaría servirme un poco más de coñac? Está ahí la botella.

Hice lo que me pedía y esperé.

-Puede irse cuando quiera -anunció el Gran Padre.

-¿Qué quiere decir? -Mi corazón empezó a latir apresuradamente.

-Quiero decir que está libre.

-Entonces... ¿puedo irme ahora?

-Puede irse cuando guste.

Debería haber comenzado a correr en aquel preciso instante, pero mi maldita curiosidad me forzó a preguntar:

-¿Por qué?

-Usted ya no representa ningún peligro. Una cosa es que la muerte pueda estar justificada y otra matar inútilmente. Todavía no ha entendido que nuestra lógica es la misma en el castigo y en el perdón. Yo tengo un gran respeto por la vida y destruir la suya ahora sería arbitrario. Usted ya no es ninguna amenaza.

-¿Y no teme que divulgue todo lo que sé?

-Al contrario, espero que lo haga. Cuanto más diga menos le creerán. ¿Quiere hacerme otro favor antes de irse? Se ha terminado la música y me llega el molesto ruido de la piscina. ¿Quiere darle la vuelta al disco?

Me aproximé a la mesa donde reposaba un antiguo tocadiscos. Tome el disco por los bordes y lo hice girar. Distraídamente leí la etiqueta: Primera sinfonía de Gustav Mahler. ¡Mahler otra vez! Mi aventura empezaba y terminaba con la música de Mahler. ¡Qué extraña coincidencia! Durante un segundo divagué sobre las afinidades electivas de aquellos dos monstruos antagónicos, Calabor y el Gran Padre. Puse el disco en el plato y mi mano se deslizó en busca de la tecla de puesta en marcha. Pero no llegué a pulsarla, me quedé paralizado ante la insólita idea que cruzó por mi cerebro. Sentí que el sudor me corría por las manos. Temblando, releí la etiqueta del disco. Era absurdo, pero...

-¿Tiene alguna dificultad? -preguntó la vocecilla del Gran Padre.

El corazón me dio un vuelco y me apresuré a oprimir el botón adecuado.

-No, no, ninguna.

Temí que mi aspecto me delatara, pero la expresión del viejo no había variado. Alargó hacia mí una mano blanca que estreché con brevedad. Me deseó suerte y pareció hundirse aún más en el sillón, desentendido de mi presencia y de cuanto le rodeaba. Alcancé la puerta y descendí la escalera sin precipitación. Vianescu me esperaba.

-¿Le ha satisfecho la entrevista?

-Sí, claro, imagínese -dije con voz insegura.

-Vamos, controle sus nervios. Ahora está usted libre. ¿Quiere quedarse en la fiesta un rato más o prefiere irse ahora?

-No quisiera parecer descortés, pero preferiría irme cuanto antes.

-De acuerdo. Le llevarán ahora mismo.

Me acompañó hasta el coche, donde me esperaban mis primitivos guardianes.

-Bueno, Sánchez, siento que nos hayamos conocido en unas circunstancias no muy agradables para usted. Usted me cae bien.

-Usted no, Vianescu. Y no ha sido un placer conocerle.

Creí advertir una ligera tensión en sus mandíbulas, pero enseguida sonrió y me dio una palmada en el hombro.

-Disfrute de su libertad.

Volvió la espalda y se alejó en dirección a la fiesta.

Hube de soportar de nuevo la capucha, pero esta vez no tuve que tenderme en el asiento. El viaje de regreso me pareció interminable. Por fin el coche se detuvo, me hicieron bajar, me quitaron la máscara y desaparecieron sin decir adiós. Me hallaba en un descampado y a mi alrededor todo era oscuridad. Distinguí unas luces lejanas y corrí hacia ellas. Pronto alcancé las primeras calles. El lugar era desconocido para mí y por el tipo de edificios supuse que me encontraba en un barrio periférico. Eché a andar por las calles desiertas: tenía que encontrar un teléfono y llamar a Tracy. Busqué una cabina sin éxito y, al borde de la desesperación, divisé un rótulo luminoso. Era un pequeño bar y estaba abierto. Algunos parroquianos rezagados que jugaban a las cartas interrumpieron la partida para mirarme. El dueño, tras el mostrador, me miró con recelo. Hice caso omiso y me precipité sobre la barra:

-¿Puedo telefonear?

El tabernero pareció pensárselo y luego, sin pronunciar palabra, señaló un teléfono de pared. En la taberna se había hecho un gran silencio. Procuré controlar mis nervios y marqué el número de Tracy.

El Centro Informático de la Jefatura Superior de la Policía funcionaba ininterrumpidamente. A cualquier hora del día o de la noche podía ser necesario obtener un dato o realizar una identificación. Durante la noche el frenético ritmo de trabajo del Centro disminuía, así como el número de personas encargadas del servicio. El teléfono empezó a sonar a las tres y media de la madrugada en el despacho contiguo a la sala de ordenadores. Uno de los técnicos atendió la llamada.

-Delgado, es para ti. Voz de mujer.

Acompañó sus palabras con una sonrisa picaresca, dado lo avanzado de la hora. Se encogió de hombros el aludido y alegó ignorancia sobre la identidad de la comunicante, lo que de ningún modo convenció a su colega. Entró en la oficina, tomó el auricular y se identificó. Al otro extremo del hilo una voz femenina dijo:

-Hemos recibido el pedido de muñecas.

Delgado no dijo nada durante unos instantes y de inmediato su cerebro empezó a funcionar a velocidad similar a la de los ordenadores.

-¿Quiere repetir, por favor?

Con un titubeo, la voz repitió la frase. El técnico, marcando mucho las sílabas, contestó:

-Entonces las niñas serán felices.

Siguió un largo silencio.

-Tiene usted algo para mí, supongo -dijo Delgado.

-Sí, tengo un mensaje.

-Adelante, la escucho.

Cuando regresó a la sala de ordenadores su compañero le interrogó con la mirada. Estuvo a punto de contestar que le había llamado alguien de su familia, pero lo pensó mejor y dijo que era una amiga, lo cual satisfizo la curiosidad de su amigo, que ya no hizo más preguntas. Esperó unos minutos hasta que el otro estuvo concentrado en su trabajo, se sentó ante su monitor, pulsó algunas teclas y esperó. Sobre la pantalla aparecieron letras y números. Siguió tecleando. Por último pulsó INTRO y esperó. Le temblaban un poco las manos. Encendió un cigarrillo sin perder de vista el monitor. No tuvo que esperar demasiado: sobre la pantalla se inscribieron nuevos caracteres que leyó atentamente. Pero sólo cuando apareció la última frase y el ordenador enmudeció, Delgado notó que le faltaba la respiración. Esa última frase era también una instrucción, sólo que ahora era la máquina quien ordenaba.

MADRID, 13 DE SEPTIEMBRE, 4 HORAS.

El señor Osborne no pudo reprimir un pequeño sobresalto cuando el teléfono empezó a sonar. Contuvo con un gesto el movimiento instintivo de Silvia y alargó el brazo hacia el aparato. El señor Osborne había decidido permanecer despierto aquella noche y la ecuatoriana había insistido en acompañarle. Silvia no había conseguido tranquilizarse y deseaba que nadie llamara, pero parecía que sus deseos no iban a realizarse.

El señor Osborne levantó el auricular, escuchó durante unos segundos e inmediatamente colgó. Levantó la cabeza y su mirada se encontró con la de Silvia, ella percibió la tensión del hombre. El anticuario se levantó y se sirvió un whisky -el primero en muchas horas-, se acercó a la muchacha con una sonrisa descolorida en los labios y con voz clara ordenó:

-En marcha.

Minutos después el señor Osborne, vistiendo de nuevo el uniforme de piloto, conducía lentamente el Volvo a través de las calles semidesiertas. Durante el trayecto ponía en orden sus ideas, aunque ningún pensamiento era de orden afectivo: las perturbaciones emocionales de los últimos días se habían disipado en el momento de iniciarse la acción.

El empleado nocturno del hotel le entregó su llave sin mencionar para nada el problema del pasaporte. Una vez en su habitación, comprobó que la camarera había entrado a preparar el cuarto. Cerró con llave la puerta y corrió las cortinas. Se arrodilló ante la ventana y tiró con ambas manos de la rejilla que cubría el radiador. Una espesa capa de polvo tapizaba el receptáculo, signo inequívoco de que la doncella no había curioseado en aquel lugar. Allí había guardado el señor Osborne el paquete traído de Holanda. Deshizo rápidamente el envoltorio y durante unos segundos contempló su contenido. No era un arma especialmente construida para él, pero se había modificado sustancialmente el modelo de serie. Se había acoplado un visor telescópico de infrarrojos y adaptado para un tipo especial de munición capaz de perforar una pared maestra. Por lo demás, era en apariencia una manejable y atractiva carabina de competición. El hombre

acarició las piezas y montó el arma, la palpó, la sopesó y se encaró la carabina, que se adaptó a su cuerpo como una mujer. Miró la hora y comprendió que no estaba sobrado de tiempo. Desmontó el arma, envolvió las piezas y guardó la munición en un bolsillo. Se acercó a la puerta y escuchó: en el exterior todo era silencio.

No se cruzó con nadie en el corredor. Un ascensor igualmente vacío le llevó hasta la última planta y por una escalera de servicio alcanzó la azotea. Salvó sin gran dificultad el último obstáculo -una puerta de hierro que abrió con una ganzúa- y se encontró en el techo del edificio. Soplaban un viento frío y sobre su cabeza el cielo era negro y las estrellas brillaban con violencia. Por un momento miró extrañado hacia arriba. Le pareció que las estrellas eran diferentes y no fue capaz de reconocer ninguna constelación. Sacudió la cabeza y avanzó entre un bosque de antenas y chimeneas hasta alcanzar el antepecho de la terraza. Miró ante sí y contempló las masas oscuras de los edificios y las luces parpadeantes por efecto de la neblina. Le pareció una ciudad impersonal y ajena, no diferente a otras. Por alguna razón le asaltó el pensamiento de que el arma que portaba tampoco era diferente a otras, ni él era diferente a otros, ni la vida podría ser nunca diferente a como fue. El señor Osborne volvió a sacudir la cabeza y oprimió con fuerza la carabina. Lentamente, mirando con atención hacia la calle, se desplazó siguiendo la balaustrada. Recorrió unos metros y se detuvo. Retrocedió unos pasos. Volvió a avanzar y permaneció unos instantes con la vista fija en algún punto lejano. Sacó del bolsillo de la chaqueta unos pequeños prismáticos y los enfocó en aquella dirección. En su rostro apareció una tenue sonrisa. Muy notable, pensó. Había motivos para sorprenderse: desde aquel preciso lugar, si se utilizaba el instrumento óptico adecuado, era posible distinguir un estrecho pasaje entre dos edificios. Pero si uno se movía a derecha o a izquierda, por poco que fuese, y variaba el punto de observación, el callejón desaparecía de la vista como por arte de magia.

El señor Osborne montó de nuevo el arma e introdujo en ella la munición. Sabía que no tendría oportunidad de hacer más de un disparo, todo lo más dos. Se apostó en el pretil y dirigió el arma hacia el callejón. A través del visor infrarrojo divisó un coche oscuro estacionado, medio oculto por un voladizo. Estimó que el pasaje tendría cinco metros de anchura. Inspiró profundamente y consultó su reloj. No conocía la hora exacta en que habría de actuar, pero daba por seguro que sería antes del amanecer. Descansó el arma, enfocó los binoculares y esperó. Ningún pensamiento extraño vino a perturbarle.

Comenzaba a insinuarse la claridad cuando el señor Osborne creyó percibir movimiento en el pasaje. Apuntó la carabina y a través del visor telescópico vio salir a un hombre de uno de los edificios. El individuo se movía con cautela: se detuvo en medio del callejón y giró la cabeza de un lado a otro, luego cruzó la distancia que le separaba del coche y desapareció en su interior. El señor Osborne no pudo oír ruido alguno, pero sí vio como se encendían las luces del coche. Sus manos estaban húmedas y algunas gotas de sudor rodaban por su frente. Permaneció inmóvil. Los faros del coche lanzaron una ráfaga que iluminó el extremo del callejón. Esta señal se repitió tres veces. Apareció entonces un hombre algo encorvado, cubierto con un abrigo o un impermeable blanco. El señor Osborne contuvo la respiración y curvó el dedo sobre el gatillo. Dos hombres armados flanqueaban al primero y los tres comenzaron a cruzar en dirección al automóvil. El señor Osborne vaciló una fracción de segundo y recordó fugazmente las extrañas estrellas, luego se maldijo a sí mismo y disparó. El estampido despertó un sinfín de ecos y en algún lugar ladró un perro. El hombre del abrigo blanco saltó hacia atrás y cayó de espaldas. Presintió más que vio a los guardaespaldas apuntando sus armas en dirección al destello y volvió a disparar sobre el hombre caído. No esperó a comprobar la efectividad del segundo proyectil y empezó a correr entre el bosque de antenas.

El hotel seguía desierto y silencioso. El señor Osborne avanzó con el arma en la mano. Llamó al ascensor y, mientras descendía, trató de adivinar cómo resolvería un eventual encuentro con algún huésped trasnochador o algún empleado. Si es un huésped, pensó, tal vez me confunda con un vigilante; si es un empleado... El señor Osborne deseó no tener que hacer uso de la escopeta otra vez. El ascensor le llevó hasta el sótano del hotel. Estaba en el área de cocinas y servicios. Se movió con rapidez, como si conociera previamente el terreno, hasta dar con la puerta de retirada de basuras. Manipuló los cerrojos, que no opusieron gran resistencia, y salió al exterior. Se hallaba en una calle lateral y no había nadie a la vista. Se quitó la chaqueta y envolvió con ella el arma. A pocos metros estaba estacionado el Volvo. Se instaló en el coche, inspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud. Luego se secó el sudor de la frente, aceleró con suavidad y se alejó del hotel.

No tenía conciencia clara de por qué había vuelto al chalet. Debía permanecer en lugar seguro durante las horas restantes hasta poder abordar el avión de regreso. ¿Pero por qué en el chalet? No había razón ninguna para volver allí: todos los rastros habían sido borrados. Había descartado encontrarse con Silvia en el aeropuerto, pero en una

ciudad había cientos de sitios donde esconderse durante unas horas. Desde luego el chalet era un sitio seguro o al menos lo había sido hasta entonces. Sin embargo, el señor Osborne sabía que la decisión de regresar obedecía a un oscuro y repentino impulso. Quizás tuviera alguna relación con el hecho de que, una vez finalizado el trabajo, no hubiera sentido la indiferencia -a veces satisfacción- que experimentara en otros tiempos en semejantes ocasiones. Por el contrario, le había invadido un inexplicable cansancio, una relajación no placentera, que le hizo parar el coche para darse unos segundos de tregua y meditar. Por último había resuelto volver a la casa, y ahora, cuando el alba extendía por las calles su luz imprecisa, permanecía inmóvil dentro del coche, a pocos metros del chalet, sin decidirse a entrar.

Bajó al fin del coche y caminó por la acera con paso firme, llevaba la carabina en la mano derecha con el cañón apuntando hacia el suelo. Ante la puerta de la casa se volvió a mirar al cielo: ya no había estrellas, la luz las había borrado. De pronto supo que, de alguna manera, su regreso se relacionaba con las estrellas que no supo reconocer. De otro modo, todo hubiera podido ser diferente. Pero ya nada sería nunca diferente.

El pequeño vestíbulo estaba oscuro. El señor Osborne lo cruzó y entró en el cuarto de estar. No encendió la luz. Había una suave penumbra que le permitió distinguir sobre la mesa la botella de whisky. Con la mano izquierda desenroscó el tapón y se sirvió un vaso; su mano derecha asía con fuerza el arma. Bebió un sorbo y, en ese instante, notó una presencia a su espalda. No oyó ni vio nada, pero comprendió que no estaba solo. Bajó la mano despacio y dejó el vaso sobre la mesa. Esperó un segundo, tal vez dos, y luego, con repentina celeridad, giró sobre sí mismo y abrió fuego. A tan corta distancia el primer proyectil abrió un boquete enorme en el pecho del primer hombre, que se desplomó con los brazos abiertos sin emitir un gemido. Después oyó muchas detonaciones que no procedían de su arma. Aún consiguió disparar dos veces más, pero las balas se perdieron en el techo. El señor Osborne cayó de rodillas. No sentía dolor alguno, sólo deseaba saber, quizás por pura deformación profesional, cuantos impactos había recibido. Intentó llevarse las manos al pecho, pero no lo consiguió y quedó tendido en el suelo sobre un costado. Alguien encendió la luz y el señor Osborne alzó la vista. Vio borrosamente a varios hombres. Uno de ellos se acercó, era un hombre rubio, con gafas de montura dorada y rostro aniñado. Sonreía levemente cuando, con precaución para no mancharse de sangre, empujó con un pie e hizo rodar el cuerpo sin vida del señor Osborne.

A PROPOSITO DE MAHLER

El comisario Ferrer llenó cuidadosamente su pipa y apretó el tabaco con el pulgar. Todo ello de manera automática, ya que su atención estaba prendida en mi relato. Escuchaba con estudiada indiferencia, como correspondía a su profesión, pero no era difícil adivinar que seguía con interés el curso de mi historia. Resultaba curioso verlo allí, en el estudio, rodeado por los muchachos, en dura lucha con los muelles del sofá. Pero había sido él quien había insistido en celebrar la entrevista en el estudio de Tracy. Era la tarde del día 13 de septiembre.

-¿Le importaría repetir el mensaje? -pidió Ferrer.

-En absoluto -repliqué-. Decía textualmente:

CONTACTO: DELGADO, 7302235. CLAVE: HEMOS RECIBIDO EL
PEDIDO DE MUÑECAS. DEBE CONTESTAR: LAS NIÑAS SERAN
FELICES. SIGUE MENSAJE:

DO BLKFR

DO WHILE .T.

@ 23,0

STORE " " TO MOPTION

@ 23,0 SAY "(S)EARCH (N)EXT (P)REV" GET MOPTION

READ

ESTE MENSAJE ANULA LOS ANTERIORES.

-Entonces, después de darle muchas vueltas, llegamos a la conclusión de que el número que figura a continuación de Delgado era un número de teléfono.

-Comprendo. Y usted llamó.

-Sí. Mejor dicho, llamó Itciar, ya que estaba previsto que lo transmitiese Artemisa, o sea una mujer.

-Muy profesional. Pero dígame una cosa, ¿por qué llamó? ¿Qué le impulsó a llamar? En realidad fue un acto compulsivo, a ciegas, usted no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

-¿Qué hubiera hecho usted en mi caso? -pregunté a mi vez.

-Esa posibilidad no podría darse jamás -declaró Ferrer entornando los ojos.

-Bueno, eso es cierto. De todos modos intente comprenderlo, yo había descubierto que, después de todo, existía un mensaje en mi cerebro. ¡Tenía que intentar transmitirlo! Era la única cosa que podía hacer siguiendo mi propia iniciativa. No vuelva a decirme ahora que me he movido en una dirección determinada sin saber si favorecía una causa justa o injusta. Me da igual. Independientemente del bien o del mal, eso era lo que tenía que hacer. En cuanto a usted, no puede tener queja. Le he ayudado bien en sus manejos. ¿O no?

-Ha sido un modelo de colaboración -afirmó con la cabeza el comisario-. Pero sigamos, ¿cómo supo que el mensaje estaba realmente en su mente?

-Dicho ahora puede parecer un razonamiento descabellado. Fue una de esas asociaciones mentales repentinas, que si uno las analiza pierden toda consistencia, pero que si no se razonan resultan tremendamente reveladoras. Yo estaba allí, poniendo en marcha el tocadiscos del Gran Padre, asombrado de las coincidencias en torno a Mahler, cuando distraídamente leí el título del disco que tenía entre las manos: era la primera sinfonía de Mahler, también llamada Titán... ¡Titán! Sentí como un relámpago. ¡Había una referencia a Titán en el verso que Artemisa había copiado en su agenda! *y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán*. Lo vi todo claro de pronto. No podía ser una coincidencia. Recordé entonces una frase de Calabor: "Cualquier cosa puede ser transmitida por la música si quien escucha sabe entender". ¿No era una referencia clara a la forma de descifrar el mensaje? En aquel instante tuve la certeza absoluta de haber encontrado la solución. *¡En la primera sinfonía de Mahler debía estar la clave para descifrar el mensaje!* Temí que el viejo notara mi excitación. Pero no, estaba demasiado satisfecho con la magnanimidad que acababa de demostrar para preocuparse de otras cosas.

-Así que le soltaron sin más.

-Sí. Estaban convencidos de que era inofensivo.

-¿Qué ocurrió después?

-Tracy me recogió. Por suerte tenía aquí, en el estudio, una grabación de la primera de Mahler. Estábamos todos, los mismos que estamos ahora aquí, y antes de que yo les contase lo que me había ocurrido, puse el disco y comencé a escuchar. Al principio no ocurrió nada. ¿Conoce esa sinfonía? Empieza como un susurro, como un avance de barcos en la niebla. El susurro de interrumpe de pronto por el sonido de trompetas que anuncian algo inminente, algo que de momento no ocurre. Se oyen entonces dos notas

que se repiten y evocan el canto de un pájaro en el bosque. La música se hace más fuerte y compleja sin concretarse en un tema. Vuelven las trompetas y se repite el canto del pájaro y, por fin, de esas dos notas surge un tema alegre como una canción infantil. En ese momento empecé a... no sé si oír, percibir o saber. No es fácil explicarlo. Sé que antes no había nada en mi mente y de pronto todo estaba allí. No tuve la sensación de recordar algo olvidado, me pareció que las palabras habían estado siempre en mi memoria. Entonces, como ya le he dicho, Itciar llamó. Y hasta aquí lo que sé, comisario. Después dormí catorce horas seguidas. Y ahora supongo que usted tendrá algo que decirnos.

Ferrer carraspeó y dedicó una mirada circular a su auditorio.

-Hay que reconocer que ha tenido usted suerte, Sánchez. Se ha escapado por los pelos. Todos ustedes son muy afortunados, verdaderamente. Debo admitir que Calabor me engañó. Debió prever que tanto yo como sus adversarios supondríamos que usted era un simple reclamo y actuaríamos en consecuencia. Como así ha sido. Lo que yo no supe ver es que Calabor había ejecutado una doble pirueta: usted, además de un cándido palomo, era realmente el emisario. Una jugada maestra, arriesgada, pero maestra, justo es reconocerlo. Sin embargo, en un plan de Calabor no suelen existir ambigüedades, por lo que sospecho que su misión tenía una doble finalidad. Había dos objetivos y ambos se cumplieron. El primero consistía en distraer a sus adversarios y usted los distrajo eficazmente. Lo que yo no acababa de entender era su elección. ¿Por qué usted? ¿Por qué había elegido Calabor a una persona frágil, no adiestrada, que hubiera podido fracasar en la misión? No podía entenderlo, sabiendo como sabía, que su elección había sido cuidadosamente considerada. Ahora creo saber por qué.

Hizo una pausa para encender la pipa. Nadie se movió, reinaba el más absoluto silencio.

-La gente en general no sabe que los servicios de inteligencia de muchos países dedican elevados presupuestos a la investigación de la conducta humana. Muchos avances en la teoría del comportamiento se deben precisamente a estas organizaciones. A veces, el prever una conducta es más interesante que saber disparar o colocar explosivos. Pues bien, una de las hipótesis más conocidas y manejadas en esos ambientes es la del Hombre Extraño. Se basa en la capacidad aleatoria de decisión que

puede tener una persona normal en determinadas situaciones que no les son habituales. Se ha comprobado que la reacción de personas expertas en situaciones límite suele ser estereotipada y previsible. Por el contrario, un Hombre Extraño -es decir, una persona no informada, ajena al medio -, actúa, no según su experiencia, puesto que no la tiene, sino según su iniciativa, que es imprevisible. Calabor debió pensar en esto al escogarlo a usted. Ahora mismo justificaba usted una decisión porque era la única en la que actuaba "según su propia iniciativa". Un agente profesional hubiera sido fácilmente interceptado, y aún en el caso de que hubiera podido burlar el cerco, su manera de actuar hubiera sido previsible, computable. En cambio, nadie podía contar con su capacidad de improvisación. Estoy seguro de que Calabor no le dio ninguna norma al respecto.

-No. Sólo me dijo que en caso de emergencia utilizase el sentido común,

-¿Se da cuenta? Sentido común. Es decir: improvisación, iniciativa.

-Sin embargo -intervino Jaime-, Adrián pudo no actuar después de la muerte de Artemisa. Pudo entregarse a la policía o, sencillamente, esconderse y esperar.

-Pero no lo hizo. Existía ese riesgo, desde luego, pero también había un trabajo previo. Calabor estimuló su fantasía, sus ansias de emociones diferentes, en fin, todo eso. Creo que él sabía que usted no iba a abandonar.

-Por eso Calabor no le prestó ayuda -dijo Tracy.

-Exacto -asintió Ferrer-. Calabor no quiso interferir en su espontaneidad. Si sus adversarios hubieran detectado el más mínimo indicio de cobertura la farsa se hubiera venido abajo. Ellos pensaron lo mismo que yo: que usted estaba actuando por cuenta propia, metiéndose inconscientemente en terrenos peligrosos, impulsado por el terror a que le hicieran responsable de un crimen.

-Así fue en realidad.

-No del todo. Al principio sí, pero usted sabe que luego existieron motivaciones más personales, más en relación con sus poéticos anhelos de aventura.

-Tampoco olvide que usted, de manera no muy limpia, me forzó a seguir.

-Es cierto -Ferrer sonrió-. Y tal vez deba pedirle excusas. Pero se nos estaba echando el tiempo encima y después del episodio de la discoteca temí que usted claudicara. A propósito: también Calabor contribuyó al final.

-¿A qué se refiere?

-¿Quién cree que intentó convencerlos de que Artemisa no estaba muerta?

-¿Calabor?

-¿Quién si no? Nosotros no fuimos, o sea que sólo pudo ser él. Tal vez quiso introducir un elemento nuevo de desconcierto a modo de estímulo. El que la chica estuviera viva podía significar una nueva esperanza.

-Entonces, está realmente muerta...

-De eso no hay duda. En estos asuntos, como siempre, lo único real son los muertos.

Se produjo otro silencio. Daniel se removió inquieto en la silla:

-Ha dicho que el plan de Calabor tenía dos objetivos. El primero es que Adrián fuera un elemento de distracción. ¿Cuál era el segundo?

-Ser el auténtico mensajero -contestó el comisario-. Es posible que haya habido otros mensajeros falsos o quizás verdaderos. Tal vez mandaron varios con la esperanza de que al menos uno rompiera el cerco. No lo sabemos -se encogió de hombros -. No podemos saberlo todo. El hecho es que nadie imaginó que usted sería el auténtico.

-Pero no entiendo. Yo descubrí la clave por casualidad. ¿Que hubiera sucedido si no tropiezo con el disco?

-Posiblemente nada. O puede que Calabor hubiera hecho algo en el último momento. No lo sabemos.

-¿Qué va a ocurrir ahora? -preguntó de pronto Cortés-. ¿Van a detener a esa banda? ¿Quién pagará por las muertes? ¿Qué pasa con Aresti? ¿Quién es el Gran Padre?

Ferrer alzó exageradamente las cejas.

-Demasiadas preguntas, joven. Como le dije el otro día a Sánchez, mi trabajo no es encarcelar asesinos. Tampoco interesa remover demasiado estos asuntos, son temas delicados que escapan a mi competencia... y a la de ustedes. Les aconsejo que no compliquen más las cosas. Esas personas son conocidas, sabemos a qué se dedican y cuáles son sus negocios. En cuanto a los asesinatos, no tiene por qué preocuparse, Sánchez. Nadie va a acusarle de nada.

-¿Pero esos crímenes van a quedar impunes? -se asombró Cortés. Ferrer se encogió de hombros.

-Imaginaba algo así -dije-. Es mejor no insistir, Cortés. Ese mundo huele bastante a podrido.

-No es desde luego un mundo de valquirias como el suyo, Sánchez -dijo Ferrer sin inmutarse.

-Hay algo que aún no nos ha dicho -dijo Tracy-. El mensaje que transmitimos, ¿fue efectivo?

Todos nos volvimos a mirar a Ferrer.

-Sí, fue efectivo.

-¿Quiere decir que Blackfire no se realizó?

-Eso mismo.

-Bien, díganos, ¿qué era Blackfire?

Ferrer movió negativamente la cabeza y empezó a limpiar la pipa.

-Lo siento, pero no puedo decir más.

-¿Qué? -salté de mi asiento.

-Comprendo que es frustrante, pero no puedo revelar ni una palabra más sobre este asunto.

-Espere un momento, Ferrer, ¡necesito saber por qué me he jugado la vida! ¿No lo comprende? Si no consigo saberlo tendré toda la vida la sensación de haber sido un juguete, una marioneta. Creo que he colaborado con ustedes. Merezco esa recompensa.

Descubrí entonces que el rostro de un policía podía llegar a parecer amistoso.

-Es mejor que no lo sepa, Sánchez. Lea la prensa de mañana, de pasado mañana: encontrará conspiraciones, atentados, golpes de estado, quiebras, secuestros, contrabandos... Todo lo que constituye a diario la sucia actividad de este sucio mundo. Piense que alguna de esas noticias puede corresponder a Blackfire. ¿No cree que sería muy infeliz sabiéndolo? Conserve una idea no demasiado contaminada de su aventura. Usted ha sido honesto con arreglo a sus principios y eso es lo que cuenta. Pretendió cruzar la frontera entre dos mundos y en parte lo consiguió. Pero esa frontera sigue existiendo y usted pertenece al mundo real; el otro, para usted, es mejor que siga siendo imaginario. Su aventura ha terminado: ahora nos toca a los profesionales limpiar el establo.

No supe qué responder. Ferrer se levantó, estrechó las manos de todos y salió apresuradamente. Miré con desconcierto a los chicos y tropecé con la mirada seria de Tracy. El muchacho se quitó las gafas y se frotó los ojos con ambas manos.

-Creo que Ferrer tiene razón -dijo-. Es mejor que el juego termine ya.

Le miré sorprendido, pero moví la cabeza afirmativamente. Acaso yo pensaba lo mismo. Entonces, por primera vez en mucho tiempo, me acordé del mar.

EPILOGO

En el aeropuerto, mientras esperaba que anunciaran mi vuelo, intenté sin éxito aclarar mi situación con Marta.

-¿Para qué quieres que hablemos? Tu manía de analizar siempre ha estropeado las cosas.

-Lo sé, Marta, pero esto ha sido diferente. No ha sido un vulgar reencuentro, al menos para mí.

-Ni para mí tampoco, nunca había tenido tanto miedo de perderte.

-Y sin embargo nos volvemos a separar.

-De una forma muy distinta, reconócelo. Pero no quiero pensar en el futuro.

-¿Por qué?

-No quiero forzar los acontecimientos.

-¿No deberíamos volver a intentarlo?

-No. No de la misma manera.

-Entiendo. Quieres conservar tu libertad.

-Sí, Adrián, quiero ser libre y que tú también lo seas. Quiero que nos amemos en libertad.

-No suena mal eso que dices, pero me costará acostumbrarme otra vez a vivir sin ti.

-No vas a vivir sin mí. Y tampoco te vas al fin del mundo. Ahora adiós, Adrián.

Se colgó de mi cuello y me besó muy fuerte. Luego se desasíó con brusquedad y se alejó de mí con paso rápido. A una cierta distancia se volvió y agitó la mano. Le contesté de la misma manera y me uní a los pasajeros que avanzaban hacia la puerta de embarque. Todavía me volví una vez más a mirarla, pero la riada de gente ya la había ocultado de mi vista.

Mientras el avión se elevaba pensé en el regreso y no me pareció indeseable. Me gustó la idea de reanudar mis clases, escribir novelas y pasear junto al mar. Tampoco era tan malo ser un tipo corriente al que nadie busca por asesinato. En poco tiempo esta aventura se convertiría en un sueño y yo mismo pondría en duda su realidad.

-Buenas tardes, mi querido amigo.

El cinturón de seguridad impidió que me pusiera en pie de un salto. ¡Aquella voz! Me volví hacia mi compañero de viaje: tal y como había temido aquel hombre tenía un ojo de cristal.

-¡Calabor!

-Tiene un magnífico aspecto, Adrián. Un poco magullado, pero le encuentro desbordante de satisfacción.

- Por todos los demonios, ¿qué hace aquí?

-Viajar, lo mismo que usted -rió suavemente Calabor.

-¡Usted! -grité con voz ahogada-. ¡Usted me engañó, me utilizó, me...!

Alzó Calabor su mano mayestática.

-No le engañé en absoluto. Tal vez no le dije demasiadas cosas, pero no le mentí. Hicimos un trato que, por cierto, usted ha cumplido perfectamente.

-Ah, ya entiendo. Está aquí para felicitarme, ¿no es eso? Pues puede podía haberse ahorrado la molestia.

-Le hablo en serio, Adrián. ¿Quién sabe si volveremos a colaborar en el futuro?

-¡Ah, no, eso sí que no! Ni se le ocurra. Está visto que no he ahuyentado del todo los fantasmas. Escuche -le apunté amenazadoramente con un dedo-: Usted no existe, es una sombra, una fantasía, la invención de un novelista loco. Hágame un favor, compórtese como un pasajero más. Hábleme del tiempo, de fútbol, del gobierno, de lo que quiera, pero hábleme de cosas vulgares, por favor, cuanto más vulgares, mejor.

Calabor dejó oír su risa armoniosa.

-De acuerdo, de acuerdo. Como usted prefiera.

Inmediatamente, y en franca contradicción con lo anterior, deseé hacerle una pregunta.

-Espere un momento. Dígame una última cosa. ¿Qué sabe de Lucía?

-Ah, Lucía -Calabor me miró con expresión burlona-. ¿Qué podría decirle? Ella fue una colaboradora circunstancial, como usted, y una vez finalizado el trabajo no suelo mantener un contacto permanente con mis colaboradores. Ahora bien...

-¿Qué?

-Lo último que me dijo es que le había fascinado su pequeño pueblo, su paisaje, sus costumbres. Creo que añadió que tenía intención de volver un día u otro, cuando todo hubiera terminado.

No contesté y me volví a mirar por la ventanilla. El sol brillaba con fuerza en el exterior y el avión se deslizaba suavemente por un cielo sin nubes. De pronto me pareció que eso ya lo había dicho antes. No me inquieté demasiado: era probable que algunas cosas se repitieran en los próximos tiempos. A lo cual, por cierto, no iba a oponer yo el más mínimo reparo.